

SILVERVILLE

VICTORIA ÁLVAREZ



13

Cuando en 1872 Grace Mallory se instala en la antigua mansión de su familia política, los rumores no tardan en circular por el pueblo. ¿Una dama viviendo sola en un caserón deshabitado? ¿Por qué no la ha acompañado John, el heredero de la compañía minera con el que contrajo matrimonio lejos de allí? ¿Y qué pretende ahora al mudarse a la zona?

A sus veintidós años, Ruby Lawrence ha experimentado de sobra la sensación de ser subestimada por su condición de mujer. Por eso no le sorprende que nadie tome en serio su desconfianza por la recién llegada. No obstante, sus familiares deberían hacerlo... Al fin y al cabo, fueron ellos quienes asesinaron al padre de John.

Mientras la paz de Silverville se resquebraja, Grace y Ruby se sumen en un intrincado juego donde el sacrificio de cualquier peón merecerá la pena con tal de ganar la partida y donde solo quedará una certeza: el mundo es un escenario y los hombres y mujeres, meros actores.

Victoria Álvarez

Silverville



Título original: Silverville
Victoria Álvarez, 2018

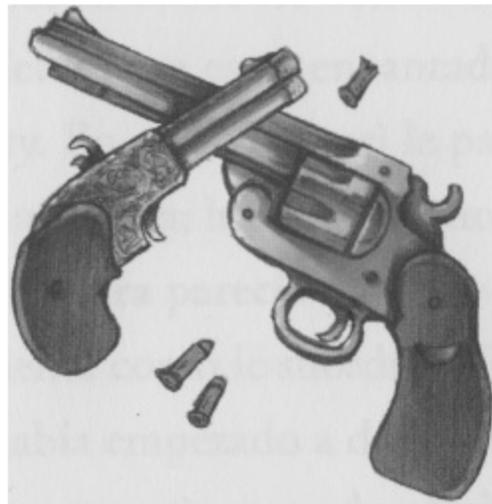
Revisión: 1.0
Fecha 26/05/2018

Para Verónica

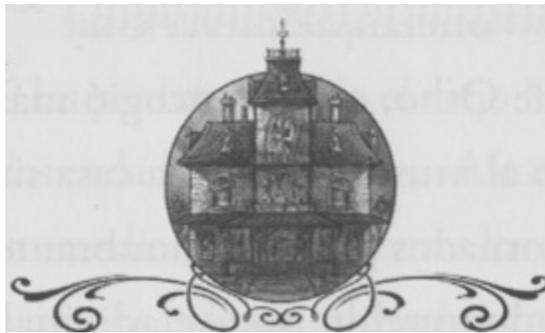


*El odio y la colera ofuscan la mente, y el que toma la
venganza por su mano se expone a beber un amargo brebaje.*

ALEXANDRE DUMAS,
El conde de Montecristo



CAPÍTULO I



Otho Mitchell habría apostado la pierna derecha, y eso era la que no le dolía cuando se avecinaba tormenta, a que no existía en todos los condados de Colorado una casa con más papeletas para estar encantada que la antigua mansión de los Mallory. En realidad, casi le parecía un chiste continuar refiriéndose así a ella; hacía trece años que la familia no la habitaba y la estructura parecía inclinarse cada día más sobre sí misma, exactamente como le sucedía a él. La pintura encarnada de las paredes había empezado a desprenderse el verano pasado como si la casa estuviera mudando la piel, aunque Otho sabía que no había nada más debajo, que esa decrepitud era todo lo que podía ofrecerles a su nieto Tom y a él. Aun así, se había acostumbrado a su ruina y su suciedad, y había dejado de preocuparse cada vez que se tropezaba con una rata en las sombrías estancias en las que ambos casi se sentían emperadores. La mansión de los Mallory era su hogar y los Mitchell no estaban dispuestos a que nada les hiciera renunciar a ella a esas alturas.

El sol había comenzado a elevarse poco antes enfrente de las Montañas Rocosas que se extendían por el horizonte, manchándolas de oro y de rosa. Estaban a finales de septiembre; no faltaba mucho para que se cubrieran de nieve. Un repentino escalofrío recorrió la espalda de Otho, que se encogió más sobre sí mismo en el banco adosado al muro norte de la casa sin dejar de observar, con los ojos entornados por la deslumbrante claridad, los tejados polvorientos del pueblo que se adivinaba en la lejanía. Silverville se desperezaba poco a poco, con la cabeza tan inundada de sueños de plata como siempre.

—Deberíamos arrancar todos esos hierbajos un día de estos —dijo el anciano pasado un buen rato—. Las matas de salvia siguen creciendo demasiado cerca de las de dedalera.

—Como si fuéramos a usarlas —rezongó su nieto, sin dejar de escardar el pequeño huerto que con muchos esfuerzos habían sacado adelante en uno de los laterales de los jardines—. Patatas, lechugas y medio filete a la semana; eso es todo lo que comemos. El día que usted y yo probemos la salvia, abuelo, será porque caigamos rodando sobre ella.

—No me extrañaría que te pasara el día menos pensado. La última vez que fuiste al saloon con esos inútiles de la pañería, debiste de beberte hasta el agua de los abrevaderos.

El chico no pareció avergonzado, pero optó por seguir blandiendo la azada con un ceño fruncido que Otho sabía perfectamente a qué se debía. Tom odiaba trabajar en el huerto; «está justo al lado de las tumbas —le comentó un par de años antes— y esto tiene que ser sacrílego a la fuerza». De nada había servido que su abuelo le asegurara que de los Mallory no debía de quedar más que un montoncito de huesos y que sus lápidas eran tan inofensivas como la enseña de una tienda. Él nunca había sido demasiado bueno con las letras, pero se había aprendido de memoria los nombres esculpidos en las piedras cuando el viejo Mallory aún vivía y le mandaba limpiarlas cada fin de semana. «Angus Mallory», se leía en un monumento medio enterrado entre los zarzales, seguido por «1810-1859». Y a ambos lados, dos tumbas más pequeñas que parecían a punto de desmayarse: «Catherine Mallory, 1820-1843», y «Mary Mallory, 1826-1844». Aquellas letras casi no se distinguían, pero a Otho le parecía absurdo ponerse a acicalar al harén de piedra de su antiguo patrón si el propio

Angus Mallory se había marchado. Los tres estaban muertos, tanto como la casa.

Como si le hubiera leído la mente, su nieto empujó con la azada las ortigas recién cortadas hacia la cerca, tan descolorida como los muros del edificio, mientras preguntaba:

—¿Cómo era todo en esa época, abuelo? ¿Mallory se portaba bien con los criados?

—Bastante bien, aunque no nos dejaba mucho tiempo libre —replicó Otho—. Era uno de esos tipos que se pasan el día con visitas en casa, siempre alardeando de que cuando se instaló en el pueblo no tenía más que cuatro dólares en el bolsillo. Cuando no eran los Sullivan quienes se quedaban a cenar era el cura o el banquero, y sus mujeres no hacían más que invitar a parientes... No nos dejaba descansar ni siquiera en Acción de Gracias.

—Si alguien le hubiera dicho entonces que esta casa nos pertenecería, apuesto a que también le acusaría de haberse bebido el agua de los abrevaderos —se burló el chico.

—Supongo que sí, pero no te olvides de que no es nuestra. Si continuamos aquí es para asegurarnos de que no se cae a pedazos. Es lo que decidieron los abogados.

—Bueno, pero en teoría lo estamos haciendo hasta que regresen los Mallory —Tom se apartó un rizo alborotado que le caía por la frente sin soltar la azada— y, como no queda ningún familiar con vida, nadie nos echará. ¿Qué le pasó exactamente al pequeño John?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Todo Silverville lleva trece años haciéndose esa misma pregunta. Lo buscaron por todas partes cuando desapareció, no solo en Colorado, sino también en Kansas, en Utah... Fue como si se lo hubiera tragado la tierra y, cuando alguien se esfuma de ese modo, las autoridades acaban dándolo por muerto al cabo de unos años.

—Hasta hace poco pensaba que se escapó de casa, pero Sam y los demás aseguran que fue el propio viejo el que lo largó. Lo envió a Denver con una maleta para que pasara una temporada con su familia materna y nadie volvió a verlo después de salir de aquí.

—No creo que se enterara siquiera de que su padre murió poco después. —Otho se hurgó entre dos dientes con un dedo y contempló de nuevo los

tejados de Silverville—. Lo más probable es que su diligencia fuera asaltada por indios o por bandidos. Me juego el cuello a que sigue en una zanja, puede que dentro de su propia maleta o metido en un...

La voz del anciano se apagó poco a poco. Tom alzó la mirada, extrañado, y se dio cuenta de que se había quedado observando el sendero ondulante que descendía desde la mansión hasta las primeras granjas del pueblo. Una mancha de un verde más oscuro que el de los arbustos se dirigía hacia ellos, apareciendo y desapareciendo entre la espesura.

—Vaya —murmuró Otho. Se puso en pie con esfuerzo para aproximarse a la cerca y su nieto dejó caer la azada antes de seguirle. No tardaron en comprobar que se trataba de una joven elegantemente ataviada con una bolsa de viaje—. Esto sí que es una novedad...

Observaron cómo se detenía al cabo de medio minuto ante la puerta, inspeccionando la casa con una mano enguantada sobre los ojos. Lo que descubrió no pareció ser de su agrado, pues apretó los labios en un mohín de desdén segundos antes de reparar en su presencia.

—Bueno, ya veo que no está del todo abandonada —comentó—. Empezaba a pensar que lo único que saldría a darme la bienvenida sería un regimiento de fantasmas apolillados.

Tenía una aterciopelada voz de contralto en la que no costaba distinguir el timbre de alguien acostumbrado a dar órdenes desde la cuna. Cuando se detuvo ante ellos, Otho se fijó en el extraño color de sus ojos: vistos desde lejos parecían azules, pero al prestar más atención uno se daba cuenta de que eran de un verde muy claro, o puede que de un gris que englobaba ambos colores a la vez. Eran unos ojos con un océano dentro, tan cambiantes que los Mitchell supieron de inmediato que no convenía embravecerlos.

—El señor Mitchell, me imagino. —La dama alargó una mano y Otho, tras unos segundos de vacilación, se aproximó más para estrechársela—. Mi esposo me comentó que era probable que lo encontrara aún en la casa. Siento haberme presentado sin avisar y a una hora tan temprana, pero al parecer —recorrió con la mirada la parte del huerto que se veía desde allí, enarcando una ceja— suelen madrugar para ocuparse de sus propios asuntos.

Lo dijo de un modo que hizo que abuelo y nieto se sintieran abochornados, pese a no saber a ciencia cierta por qué. Sin prestarles más atención, la mujer

se arremangó el vestido para abrirse camino entre la maleza hacia el porche medio derruido.

—Santo Dios, de lo que sirve un jardinero... Creo que tendremos que hablar largo y tendido usted y yo cuando me haya instalado, Mitchell. Me imagino que los mejores dormitorios darán a la parte delantera, si es que no los han convertido aún en trasteros.

—Espere..., espere un momento —acertó a decir Otho. La joven había entrado en la casa y el anciano, renqueando con la pierna mala, trató de seguirla—. ¿Quién es usted?

—Me parece que las preguntas debería hacerlas yo. No empezaremos con buen pie si intenta someter a un interrogatorio a la persona encargada de mantenerlo en su puesto.

—¿En mi...? —Otho no podía creer nada de lo que oía—. ¿Ha comprado... esta casa?

—Cielos, como si me interesase. De haber sabido el cuchitril que es ahora su antiguo hogar, habría obligado a mi marido a venir él mismo a adecentarlo.

—Un momento... Lo que está diciendo no tiene sentido, señora. Su marido no pudo criarse en este lugar porque ya no hay Mallorys con vida. Debe de haberse confundido...

—Ojalá lo hubiera hecho. No sabe lo que daría a cambio de haber entrado en la casa equivocada. —La joven suspiró de nuevo, ahora más airadamente. Había clavado los ojos en las telarañas que colgaban del techo del vestíbulo, tan gruesas que casi daba la sensación de que alguien podría usarlas como lianas—. Y claro que quedan Mallorys con vida, uno por lo menos: mi esposo, John Mallory. El único hijo del antiguo propietario.

A Otho se le abrió poco a poco la boca. Tom los miró alternativamente a ambos.

—Pero ¿John no estaba legalmente muerto? ¿No es lo que acaba de decir, abuelo?

—Sí, ya me advirtió que eso es lo que contestarían los vecinos de Silverville —repuso la joven—. Aún no tengo claro qué ha hecho que un pueblo entero pensara que la familia se había extinguido, pero habrá tiempo de sobra para sacarles de su error..., si es que nos las apañamos para que este lugar sea habitable cuando John se presente aquí.

Se desató las cintas del sombrero, revelando un cabello tan negro como el interior de una mina, y empezó a subir la crujiente escalera adornada con vidrieras. Mudos de estupefacción, los Mitchell no pudieron hacer otra cosa que seguirla, encogiéndose cuando la dama pasaba un dedo sobre una superficie polvorienta, sacudía una cortina casi petrificada por la mugre o apartaba con un zapato los trastos amontonados en cada una de las habitaciones.

Cuando le tocó revisar el dormitorio situado sobre el porche, el que antes había pertenecido al señor Mallory y ahora era ocupado por Otho, el anciano casi tembló ante la mirada que ella le lanzó. «Dios mío —la oyeron murmurar mientras daba la espalda a la cama, cubierta por ropa sucia y las migas de un bollo—. Dios mío...».

La inspección no mejoró cuando la señora Mallory, siempre precediéndoles como a perritos, salió por la puerta de la destartalada cocina a la parte trasera de la propiedad. La hierba estaba tan crecida que casi les llegaba por los codos, haciendo que la amplia pradera que se extendía hasta la cerca, en la que aún se levantaban los esqueletos de un par de establos medio derruidos, recordara a una selva descontrolada. Cuando torció a la derecha y desembocó en la parte norte de la propiedad, y vio la maleza que abrazaba las lápidas de los Mallory a escasos metros del improvisado huerto, los Mitchell desearon que la tierra se abriera bajo sus pies. Ella respiró hondo, como para serenarse.

—No había ningún otro terreno que pudiéramos usar..., no estando tan descontrolada la hierba de atrás, sobre todo en los últimos años. —Había una nota de súplica en la voz del anciano—. Plantamos las verduras en..., en una parte del cementerio en la que ahora no hay nadie enterrado, donde antes estaba Emily, la tercera esposa del patrón. Poco antes de morir hizo que la trasladaran a un panteón que construyó para ella en Denver.

—Le dije que esto no estaba bien —masculló el muchacho—. Es sacrilegio, seguro...

—Basta —les interrumpió la joven. Había apoyado la frente en una mano, pero, cuando se giró hacia ellos, cualquier rastro de cansancio la había abandonado—. He tenido más que suficiente. Mientras venía en la diligencia, pensaba que me encontraría con una de esas casas abandonadas que aparecen

en las novelas, ¿no con un vertedero en el que un par de vagos han estado haciendo lo que les ha venido en gana desde que murió su patrón!

Tanto Otho como Tom retrocedieron alarmados cuando la señora Mallory se agachó para recoger la azada, pero lo único que hizo fue señalar las Montañas Rocosas con ella.

—¿Ni siquiera tendrían dónde caerse muertos de no ser por Angus Mallory, que se pasó años cavando ahí arriba antes de fundar con su socio la Compañía Minera Mallory & Sullivan! ¡Y así es como se lo agradecen..., viviendo como cerdos en su antiguo hogar!

—No ha sido culpa nuestra, señora, se lo juro —trató de defenderse Otho, aunque la voz le temblaba—. Desde hace unos años mi pierna izquierda..., bueno, ha dejado de ser lo que era cuando trabajaba para su suegro, y cuando intento hacer algún esfuerzo...

—En ese caso, es evidente que no debería seguir trabajando como jardinero. Tendré que escribir a los Dalloway, los abogados de los Mallory, para explicarles que no tiene sentido que continúe viviendo en esta propiedad. ¿Es eso lo que quiere, señor Mitchell?

El agua de sus ojos parecía haberse congelado, convirtiéndolos en dos glaciares ante los cuales Otho, después de guardar silencio unos segundos, no pudo más que claudicar.

—No —murmuró con dificultad—. No, señora. Ni mi nieto ni yo tenemos adónde ir.

—Entonces no es necesario que le diga que las cosas deben cambiar. Nos esperan unas semanas muy duras, pero confío en que consigamos hablar el mismo idioma... por lo menos hasta que la mansión merezca de nuevo ese nombre. —La joven recorrió con una mirada desalentada la tambaleante estructura—. Lo primero que tendremos que hacer será asegurarnos de que el edificio no se viene abajo con nosotros dentro. Me parece un milagro que no hayan muerto en un derrumbe, teniendo en cuenta cómo han chirriado los peldaños de la escalera. Cuando lo hayamos apuntalado todo habrá que empezar a limpiar y a pintar, por no hablar de todo lo que conviene hacer en los jardines antes de...

Se detuvo al reparar en que los Mitchell habían clavado la mirada en algo cercano a su zapato derecho. Cuando agachó la cabeza, se encontró con que

una rata acababa de salir de la casa por la puerta trasera. Para sorpresa de los dos hombres, la señora Mallory no se puso a gritar; se limitó a describir un amplio arco con la azada antes de hundirla sin miramientos en el cuerpo del animal, que soltó un chillido y después se quedó inmóvil.

Otho ni siquiera reaccionó cuando la sangre le salpicó las zapatillas. La joven dio una patada a la rata para que rodara hacia el montón de ortigas que acababan de cortar.

—Ahora hagan el favor de sacar a ese bicho de aquí y pónganse manos a la obra de una condenada vez. Y después, muchacho, baja al pueblo con cualquier excusa y cuéntales a los vecinos con los que te cruces lo que está ocurriendo. —Le alargó la azada a Tom, que se había quedado paralizado—. Cuanto antes sepan que los Mallory han regresado, mejor.

CAPÍTULO II



«**U**na encrucijada no sirve de nada cuando no te permiten avanzar más que en una dirección», reflexionó Ruby Lawrence mientras recorría Main Street bajo un sol tan cegador que se alegró de haberse puesto su sombrero de paja más ancho. Hacía meses que no llovía y el suelo estaba reseco y polvoriento, y la pintura que cubría las fachadas de los edificios que iba dejando atrás, con su hija Verity correteando ante ella, no tardaría en agrietarse. Podría haberlos enumerado con los ojos cerrados: a la izquierda la oficina del *sheriff*, el banco y el gran saloon haciendo esquina, que servía a su vez de hotel para los escasos forasteros que pernoctaban en Silverville; al otro lado la escuela, el salón de baile en el que el Comité de Decencia solía realizar sus reuniones, el ayuntamiento y la iglesia.

Su madre siempre le decía que pensara en las dos aceras como el Bien y el Mal. La de la izquierda pertenecía a los hombres, y por eso en ella estaban todas las cosas que si se descuidaban acabarían conduciéndoles a la perdición; la de la derecha era la acera de las mujeres, la segura, la confiable.

Ruby se acostumbró mucho antes de que su madre muriera a caminar por la que le había indicado, y solo con el paso del tiempo se percató de que todas las mujeres de Silverville hacían exactamente lo mismo, porque era lo que sus madres también les habían enseñado a ellas. En cambio, los hombres caminaban por donde les apetecía. Si acababan en el infierno por pasar demasiado tiempo en el saloon, o incluso en el burdel al que Ruby nunca se había acercado, era problema suyo. Nadie les iba a pedir explicaciones porque se sobreentendía que tenían la inteligencia necesaria para tomar sus propias decisiones, algo de lo que al parecer carecían sus esposas e hijas.

Lo más curioso, siguió pensando la joven mientras observaba sin detenerse el escaparate atestado de pasteles de la confitería, era que su madre incluyera al banco en la categoría de las «cosas peligrosas». Se preguntó, no por primera vez, qué le habría parecido su decisión de casarse seis años antes con Max Lawrence, que había abierto el único banco de Silverville y era uno de los hombres más poderosos de la zona. Al pasar por delante de otro escaparate, en esta ocasión el de la sastrería, sus ojos se tropezaron con su reflejo y le sorprendió lo parecido que era al aspecto que su madre conservaba en sus recuerdos: el mismo cabello de un rojo tan oscuro que casi parecía castaño, la misma piel salpicada de cientos de pecas, la misma complexión anclada en la adolescencia. Por alguna razón aquellas similitudes la inquietaron tanto que apretó sin darse cuenta el paso detrás de Verity, quien acababa de doblar la esquina de la iglesia con un revuelo de cintas.

—¡Si son la señora y la señorita Lawrence! —La voz de Chastity Chadler, la esposa del dueño de la tienda general, la sacó de su ensimismamiento—. ¿Qué, dando un paseo?

Parecía haberse apresurado a salir a la calle en cuanto las vio aparecer al otro lado de los cristales. Era una mujer gruesa de mediana edad, con unos ojos penetrantes que se encendían como carbones siempre que tenía un chismorreó en la punta de la lengua.

—¿Han visto eso? —añadió, señalando la iglesia. Un rayo había alcanzado la torre antes del verano, reduciendo a cenizas prácticamente todo el edificio, y desde hacía unos días un equipo de obreros de un pueblo cercano trabajaba en su reconstrucción encaramados a un andamio—. Están todo el día ahí arriba, martilleando sin parar. Si fueran de nuestro pueblo, les diría un par

de cosas; ayer por la tarde casi hicieron que me estallara la cabeza.

—Sospecho que el reverendo Cross tenía razón al decir que esto será más caro de lo que creíamos —comentó Ruby, escrutando también la obra—, pero cuanto antes acabemos con ello, mejor. Se me parte el corazón cada vez que veo esas paredes tan renegridas...

—Una niña de la escuela dice que fue una señal de Dios —intervino Verity—. Un aviso de que está a punto de pasar algo muy malo.

—Supercherías —contestó su madre recolocándole el lazo del pelo, tan negro como el de Max—. Siempre que ocurre un fenómeno extraño la gente empieza a pensar que es una señal de que se avecina el Apocalipsis, pero hasta donde yo sé, no nos ha alcanzado aún.

—Sin embargo, podría ser una advertencia de que se avecinan cambios en nuestra comunidad —aventuró la señora Chadler—. ¿No se ha enterado de lo de la vecina nueva?

—¿Cómo dice? —Ruby dejó de toquetearle el pelo a Verity en el acto. Ahí estaba de nuevo; el brillo codicioso que precedía a un cotilleo—. ¿Hay una forastera en el pueblo?

—No exactamente, señora Lawrence. Se trata de una desconocida, sí, pero que en cierto modo está relacionada con Silverville a través de su marido. —Y acercándose un poco más a ella, añadió en un susurro—. Es la esposa de John, el hijo de Angus Mallory.

—¿Qué? —El grito de Ruby fue tan repentino que un par de vaqueros que pasaban en ese momento por la calle a lomos de sus caballos se quedaron mirándola—. Pero ¿qué está diciendo, señora Chadler? ¿Cómo va a ser... precisamente de...? ¡John está muerto!

—Sí, eso es lo que todos creíamos hasta hace unas horas, pero parece ser que los abogados de la familia se equivocaron al darlo por muerto. Ha reaparecido en la capital, vivito y coleando..., y con una mujer que deja a los hombres sin aliento. Aún no he hablado con ella, pero George se acercó hace un rato a la mansión con un par de amigos y regresó perplejo por lo que había visto. La están reparando, ¿puede creérselo?

—¿Quién es John, mamá? —preguntó la pequeña. Era bastante observadora para sus cinco años y no le había pasado inadvertida la palidez de Ruby—. ¿Tú lo conocías?

—Tu mamá y él fueron muy amigos cuando tenían tu edad, cariño — explicó la señora Chadler con cierto regodeo—. Aún me parece verlos correteando por Main Street, con los bolsillos llenos de los caramelos que les daba George. Podría decirse que fueron como una gran familia, los Mallory y los Sullivan..., y por eso pensé que os interesaría conocer la noticia cuanto antes. Sobre todo porque esto acarreará ciertos cambios en la Compañía Minera Mallory & Sullivan, que había pasado a ser propiedad exclusiva de tu abuelito...

—Por supuesto —acertó a responder Ruby, más blanca a cada momento—. No obstante, se trata de un tema delicado que preferiría comentar cuanto antes con mi padre. Muchas gracias por contármelo, señora Chadler, pero me temo que tenemos que marcharnos...

Y dejando a la vecina casi con la palabra en la boca, la joven agarró a Verity de un brazo para que se diera prisa en seguirla. Su conmoción era tan absoluta que ni siquiera oyó sus protestas («¡Mamá, me estás clavando las uñas!»), ni se dio cuenta de la extrañeza con la que un minuto después la miró Rita, su doncella personal, cuando las vio pasar a todo correr por delante de la entrada adornada con columnas de su casa. Max la había hecho diseñar expresamente para Ruby cuando se casaron, aunque a ella no le habría importado continuar viviendo en la mansión que su padre, Colm Sullivan, se había construido años atrás en lo alto de la colina sobre cuya falda se extendía el cementerio.

Había otra colina similar al otro extremo de Silverville, y al mirar por encima de la tapia salpicada de desconchones del camposanto, Ruby distinguió sobre ella la casa de los Mallory. Curiosamente, aquella imagen le pareció más ominosa que las propias lápidas, de modo que apretó más el paso para alcanzar cuanto antes la propiedad de los Sullivan.

No le sorprendió encontrar a su hermano Troy en el porche, repantingado en una mecedora con una botella de *bourbon* en la mano. Era tan pelirrojo como ella, aunque más larguirucho; parecía más un muchacho que acabara de dar el estirón que un hombre hecho y derecho de veinticinco años. Enarcó una ceja al ver acercarse a Ruby entre jadeos.

—¿A qué vienen tantas prisas, Rub? ¿Te persigue el Comité de Cotillas del pueblo?

—John Mallory —fue lo único que pudo decir su hermana. Se detuvo ante él con las mejillas encendidas como dos amapolas—. ¿Te has enterado de lo que..., de lo que ha...?

—Estoy al tanto, sí. El viejo lo averiguó hace un rato gracias al dueño de la tienda general. —Troy se llevó la botella a los labios con indiferencia—. Se ha encerrado en su despacho con tu señor esposo, el reverendo y el *sheriff*. Parece estar bastante alarmado.

—¿Y no se te ocurre por qué? —preguntó Ruby en voz más baja. Al verlo encogerse de hombros, continuó—: Cuando dieron por muerto a John después de que falleciera su padre, la parte que le correspondía de la Compañía Minera Mallory & Sullivan pasó a manos del nuestro. La Compañía que algún día te pertenecerá por completo a ti, Troy...

—Si John Mallory pretendiese reclamarnos esa parte, lo habría hecho mucho antes y sin necesidad de regresar a Silverville —respondió él—. Habría que ser idiota para querer instalarse en un agujero como este después de haber vivido tantos años en Denver. Me acuerdo de que nació poco antes que tú, así que debe de rondar los veintitrés. Y, de todas formas, como mucho perderíamos la mitad de la mina... ¿Tan alarmante resultaría eso?

Su hermana no podía creer que hablara en serio. Se limitó a mirar con exasperación cómo cogía a Verity cuando le echó los brazos al cuello para sentarla sobre sus rodillas.

—¿Eso es todo lo que te importa en esta vida? ¿La botella y las partidas de cartas?

—También Savannah, aunque es una debilidad mucho más estimulante —añadió Troy con una sonrisa maliciosa—. A propósito, hoy he recibido una carta suya. Me decía que en unos cuantos días estará con nosotros y que quedarse con Max y contigo hasta el día de la boda le parece lo más razonable. Cree que así no escandalizaremos al vecindario por...

Pero Ruby no estaba dispuesta a perder más tiempo hablando con él. «Siempre ha sido igual —pensó mientras corría escaleras arriba, saludando brevemente al asombrado mayordomo que la había visto crecer—. Siempre pendiente de sus caprichos, de hacer lo que le viniera en gana. Si padre no siguiera al mando del negocio, John no podría tenerlo más fácil para recuperar su mitad». Tuvo que detenerse para recobrar el aliento ante la puerta del

despacho, detrás de la cual se percibía el murmullo de unas voces muy exaltadas, antes de dar unos golpecitos con los nudillos.

—Adelante —dijo su padre, y Ruby accionó el picaporte.

Ringo y Dallas, los perros labradores de la familia, corrieron a saludarla en cuanto la vieron entrar, y la joven se agachó para acariciarlos mientras Max se apartaba de una ventana para acercarse a ella.

—Ruby. —Parecía un poco abochornado pese a que seguía siendo la viva imagen de la elegancia, con su pelo y su bigote negros muy engominados, y aquel traje gris perla que le sentaba como a un maniquí—. Me temo que no es un buen momento para que...

—Deja que se quede, Max —ordenó Colm Sullivan mientras abandonaba su escritorio—. Me parece haberte dejado claro que, si hay una opinión que me interesa escuchar, es la suya.

Ni el reverendo Jacob Cross ni el *sheriff* Frank Campbell, que ocupaban sendas butacas del despacho, pronunciaron palabra mientras la joven le daba a su padre un beso de agradecimiento. Grueso y con una poblada barba pelirroja, su aspecto solía recordarle cuando era pequeña al de los leprechauns que poblaban las leyendas de su Irlanda natal.

—Me imagino que, si vienes directamente del pueblo, habrás oído el último rumor que recorre el vecindario —continuó él—. A tus compañeras del Comité de Decencia no les gusta perder el tiempo, especialmente cuando huelen una catástrofe...

—Ha sido una de ellas quien me lo ha contado, la señora Chadler. Estoy segura de que debe de haberse pasado la tarde entera tratando de hacerse la encontradiza conmigo.

—Ya veo que da lo mismo lo que les diga sobre la mala costumbre de entrometerse en las vidas de los demás —se lamentó el reverendo Cross, pasándose una mano por el cabello blanco—. Es increíble que en todo lo demás sigan mis consejos al pie de la letra.

—Nosotros nos hemos enterado a través del señor Chadler. Se lo contó a su padre y él nos convocó de inmediato para hablar del asunto —explicó el *sheriff*. Era un hombre moreno y vigoroso de unos treinta y cinco años, atractivo a su desastrada manera; Ruby no recordaba haberlo visto nunca afeitado—. Parecía estar bastante impresionado, tanto por el mal estado de la

casa como por la señora Mallory. Según dijo, es toda una belleza.

—No tanto como para arrebatarse a mi Ruby la manzana de oro de la más hermosa de Silverville —sonrió Max con irreprimible orgullo—. ¡No tendrá nada que hacer a su lado!

Ruby prefirió no contestar a esto. Max le repetía unas diez veces al día lo hermosa que la encontraba, pero no le había oído mencionar nunca lo inteligente que le parecía.

—¿Creéis que es verdad, entonces? —Siguió—. ¿John ha enviado a su esposa como avanzadilla? ¿Pretenden restaurar la mansión para vivir juntos en ella?

—Eso es lo que Chadler ha deducido de la conversación que mantuvieron —confirmó el *sheriff* Campbell—. Grace Mallory..., así es como se llama..., no mencionó la compañía minera en ningún momento, pero es muy posible que eso sea lo que está detrás de todo esto.

—La plata —murmuró el reverendo Cross. Ruby observó cómo se ponía en pie para acercarse a la ventana desde la que, ahora lo entendía, Max había estado contemplando la casa de los Mallory—. Siempre esa espantosa obsesión por la plata. Se lo he dicho miles de veces, Sullivan —y lo señaló con un dedo—, esto nos acabará arrastrando al infierno.

—Le iría mejor reservando esos discursos para sus adoradoras —repuso el aludido—. Si he de ser sincero, lo que John Mallory pretenda hacer con respecto a la mina no es lo que más me preocupa ahora mismo. Ruby, va a resultar muy duro explicarte esto, pero...

—No es necesario que andes con rodeos, padre. Sé perfectamente a qué te refieres. El reverendo Cross se giró para mirarla, tan sorprendido como el *sheriff* Campbell. Max, por su parte, parecía alarmado, pero Ruby prosiguió con calma:

—De hecho, lo sé desde hace siglos. Lo que os tuvo tan preocupados a los cuatro cuando tenía nueve años, lo que se escondía detrás de vuestros silencios cuando se mencionaba a los Mallory. Tendría que haber estado ciega para no adivinar la verdad.

—¿La verdad? —repitió Sullivan pasado un instante—. ¿A qué te refieres, mo chailín?

—A la muerte de Angus Mallory. Sé que no se trató de un ataque al

corazón, como dictaminó el doctor Daniels tras reconocer su cadáver. Lo asesinasteis entre los cuatro.

El silencio que invadió el despacho cuando acabó de hablar fue tan denso que por un instante todos los demás ruidos de la casa parecieron amplificarse. Ruby pudo oír a dos de las doncellas riéndose en el piso de abajo, al mayordomo llamar al orden a uno de los criados, al jardinero silbar una tonada. Al volverse hacia su padre, se dio cuenta de que se había quedado estupefacto, y eso le hizo añadir en un tono más quedo que antes:

—No os preocupéis; no voy a pedir os explicaciones, al menos por ahora. La situación es demasiado peliaguda para perder el tiempo con reproches. Me parece que nuestra prioridad debería ser ponernos de acuerdo para evitar que la verdad salga a la luz.

—Eso es exactamente lo que estábamos tratando antes de que llegaras —corroboró Sullivan. Su hija se dio cuenta de que parecía aliviado por poder hablar con sinceridad con ella de aquel tema—. Tenemos que asegurarnos de que Grace Mallory no lo descubra.

—El principal problema es que todavía no sabemos qué le habrá contado su marido antes de marcharse de Denver —comentó el *sheriff* Campbell—. Si sospecha de nosotros...

—Eso es imposible —recalcó Max, tajante—. John Mallory no estaba en Silverville la noche en que..., en que sucedió. No hay pruebas que nos incriminen, ni el menor de los rumores, y la verdad es que en un sitio como Silverville eso es extraordinario.

—John Mallory —repitió Ruby. Ringo había vuelto a acercarse a ella, metiéndole la cabeza en el cuenco de la mano para que siguiera acariciándosela—. No he podido dejar de pensar durante todo este tiempo en su extraña desaparición. ¿También fue cosa vuestra?

—No —murmuró el reverendo Cross—. Sabemos lo mismo que usted: que Mallory lo envió a Denver en diligencia unos días antes de nuestro golpe y que, una vez que abandonó el pueblo, se perdió por completo su rastro. No tenemos ni idea de qué pudo sucederle.

—En ese caso, será mejor que salgamos cuanto antes de dudas —declaró Sullivan—. No estoy dispuesto a seguir recurriendo a terceras personas para saber si nos enfrentamos a una catástrofe: haré que uno de mis criados lleve

una nota a la mansión de los Mallory para invitar a nuestra nueva vecina a cenar. Quién sabe —dijo cuando los demás lo miraron perplejos—, quizás acabe convirtiéndose sin darse cuenta en una aliada muy útil.

CAPÍTULO III



A Colm Sullivan nunca le había gustado perder el tiempo, de modo que a su hija no le extrañó que al día siguiente la invitación para la señora Mallory hubiera sido escrita y entregada en mano por uno de los criados. Sí lo hizo, en cambio, que la señora Mallory se mostrara tan encantada con la propuesta como para garabatear una respuesta en ese mismo momento. Tras un par de misivas más la cena quedó fijada para el martes, y en los días siguientes la noticia causó tanta sensación en Silverville que Ruby estaba segura de que muchos de sus vecinos habrían dado lo que fuera por asistir a la velada, o por lo menos por espiar a través de una cerradura cómo les iba a los Sullivan con la forastera.

Solo el reverendo Cross y el *sheriff* Campbell habían sido invitados, y a juzgar por lo pronto que se presentaron, estaban tan expectantes como Sullivan. Cross, que se encontraba más que acostumbrado a los ambientes refinados, parecía tan dueño de sus emociones como en el púlpito, pero Campbell estaba decididamente incómodo. Ruby se dio cuenta de que no hacía más que alisar las mangas de la única chaqueta elegante que tenía, sobre la

cual relucía su estrella de plata. Su expresión revelaba que nada le habría gustado más que estar con sus ayudantes Carson y Ross lejos de aquel vestíbulo, donde nadie pudiera echarles en cara que fumasen, soltasen juramentos o se riesen a carcajadas.

De pie delante de uno de los espejos, Ruby los oía hablar en voz baja con su padre mientras se recolocaba el cabello que enmarcaba su rostro, tan rizado que recordaba a una aureola vaporosa. Había escogido un sobrio vestido de cuello alto a juego con sus ojos castaños, y su único adorno era una cruz de plata que Sullivan le había regalado muchos años antes a su madre cuando se prometieron. Estaba rozándola distraídamente con un dedo cuando se percató de que Max se había detenido a sus espaldas, observándola de una manera que casi la hizo ruborizarse antes de caminar hacia ella para besarla en el cuello.

—Estás preciosa —susurró contra su piel sin dejar de mirarla. La Ruby del espejo se obligó a sonreír—. Y nerviosa —añadió Max, frotándole un poco los hombros—. ¿De qué tienes miedo, de que Grace Mallory acabe siendo una rival más dura de lo que creíamos?

—Dudo que un único encuentro baste para conocerla —contestó la joven—. No todo el mundo es tan fácil de calar como los pueblerinos con los que solemos tratar a diario.

—Probablemente a ella le pase lo mismo con nosotros. Por muy astuta que sea, es imposible que se dé cuenta de... —Max se detuvo hasta que el mayordomo, que pasó en ese instante junto a ellos, se hubo alejado—. De lo que hicimos. Y ya oíste lo que dijo tu padre: John no puede sospechar nada, sencillamente porque no estaba aquí por entonces.

—Pero John sí sé que es astuto, Max. No te imaginas hasta qué punto —respondió Ruby en un susurro—. Si ha dado con una esposa parecida a él, vamos a tener problemas.

Acababa de decirlo cuando el ruido de los cascos de un caballo se aproximó por el sendero que conducía a Silverville. Al volverse vieron que el mayordomo se apresuraba a abrir la puerta y que Sullivan, el reverendo Cross y el *sheriff* Campbell se acercaban al umbral, preparados para recibir a la invitada. Tragando saliva, Ruby miró a su marido, que asintió tranquilizadamente, y agarró su vestido para reunirse con ellos.

Sentía cómo el pulso le latía en las sienas mientras echaba un vistazo entre

Cross y Campbell. Una calesa acababa de detenerse al pie de la escalera y de ella salía la señora Mallory, tras dejar las riendas en manos de un criado. Para sorpresa de todos, no se agarró a la mano que le tendió el mayordomo, sino que bajó por sí misma.

—El señor Sullivan, me imagino —saludó cuando el anfitrión acabó de descender los peldaños para darle la bienvenida a su hogar—. ¡Estaba deseando conocerle de una vez!

Un gran sombrero de plumas le oscurecía la mitad de la cara, y solo cuando las apartó con una mano pudieron observar su rostro. El señor Chadler no había exagerado: Grace Mallory era una belleza, tan perfecta que a Ruby le pareció que daba un poco de miedo.

—Ya veo que se ha instalado en nuestro pueblo con todo lo necesario —dijo Sullivan, observando la calesa con cierta curiosidad—. Me preguntaba cómo habría venido.

—Considerando lo destrozada que está esta cáscara de nuez, lo sorprendente es que no se haya hecho añicos al subir la colina —le respondió ella con un gracioso mohín. Se quitó los guantes, negros como la capa con la que se cubría, y le alargó una mano para que se la besara—. En realidad he viajado desde Denver en diligencia; la calesa y el caballo eran de un tal Miller, el dueño de una granja cercana. Teniendo en cuenta que el pobre animal también está para el arrastre, ha hecho el negocio de su vida vendiéndomelos...

Los caballeros la saludaron de uno en uno, incluido Troy, que acababa de bajar la escalera con aire resignado, y cuando acabaron Ruby también se acercó a ella. Al hacerlo se sintió insignificante: la señora Mallory era tan alta y curvilínea como Ruby pequeña y delgada, y se movía como alguien que conociera a la perfección su papel en el mundo. «Le gustan las plumas —pensó cuando la invitada se desprendió del sombrero, revelando un recogido formado por media docena de trenzas, antes de que Sullivan la condujera al comedor situado en el ala este de la casa—. Las plumas y las trenzas, como a los indios».

Los criados se habían esmerado adornando la estancia con rosas recién cortadas, y el perfume que flotaba en el ambiente le recordó a Ruby a las últimas fiestas que habían celebrado antes de que muriera su madre. No le dio

tiempo a sentirse melancólica, pues Grace Mallory no parecía ser una persona a la que hubiera que tirar de la lengua; para cuando los criados sirvieron la crema de verduras ya les había contado que John y ella vivían en un pequeño palacete del distrito de Five Points, que se habían casado dos años antes y que estaban deseando formar una familia, aunque por el momento tuvieran que estar separados hasta que el absorbente trabajo de él en la capital les permitiera reunirse.

—Nos conocimos en la oficina de Rewley Railroad, la empresa de ferrocarriles que dirigía mi padre —continuó la joven—. John había entrado a trabajar como escribiente, pero en pocos años se había ganado la confianza de todos gracias a su eficiencia. Cuando mi padre murió de una apoplejía, todo el mundo pensó que era lógico que lo nombrara su heredero, más por ser su mano derecha que por haberse casado conmigo.

—¿De modo que Rewley Railroad pasó a ser Mallory Railroad? —preguntó Sullivan, y ella asintió—. Creo que no conozco esas oficinas, ¿en qué calle de Denver están?

—En el corazón mismo de la ciudad. No se hacen una idea del crecimiento que está experimentando actualmente el negocio de los ferrocarriles. Nuestros únicos rivales en la capital ahora mismo son Kansas Pacific Railroad y Denver Pacific Railroad, aunque tenemos planes para expandirnos aún más en los próximos años. John y yo esperamos construir nuevas vías hacia Salt Lake City a comienzos del año que viene y, si la suerte nos acompaña, también hacia Kansas City, pese a que hasta ahora la competencia haya sido...

—Pero también les interesa comunicar Silverville con la capital —intervino Ruby de repente, casi sin darse cuenta—. ¿No es esa la principal razón de que decidieran venir aquí?

Las miradas sorprendidas de los demás comensales provocaron que se sonrojarse, aunque a Ruby no podía parecerle más obvio. La señora Mallory, en cambio, se limitó a sonreír.

—En efecto, eso es lo que nos ha llevado a restaurar la mansión de los Mallory. Ya veo que John no exageraba al hablar de usted, señora Lawrence: es muy perspicaz.

—Pero si Silverville no es más que un pueblo, y no de los más prósperos —intervino Max con el ceño fruncido—. ¿No saldría más rentable enlazar

Denver con las grandes ciudades?

—No a menos que posean un yacimiento como el nuestro —le recordó Ruby—. Hasta ahora la plata que salía de nuestra mina era enviada a la capital en carros custodiados por soldados para convertirla en lingotes en los altos hornos. Pero, si contáramos con la posibilidad de transportarla en ferrocarril, el proceso sería mucho más seguro y rápido...

—Parece que está tan involucrada en el negocio de su padre como yo lo estaba en el del mío —señaló Grace Mallory apreciativamente—. Es estupendo que usted también sea una mujer cuyo universo se expande más allá de los bordados, las visitas y los bailes locales.

—Oh, no, no, en absoluto —contestó Ruby, azorada—. Simplemente me he limitado a escuchar sus conversaciones con Troy. Él es el heredero del negocio, el que algún día...

—Se morirá de aburrimiento entre todas esas vagonetas herrumbrosas —concluyó el aludido mientras jugueteaba con la cuchara, recostado en su silla—. Una perspectiva de lo más seductora para alguien que ha vivido en la gran ciudad, ¿no cree, señora Mallory?

—Lo que ocurre es que mi cuñado tiene la mente puesta en otras cosas —se apresuró a decir Max al reparar en que Sullivan, desde la cabecera de la mesa, fulminaba a su hijo con la mirada—. Dentro de unas semanas se casará con su novia, una preciosa señorita de Denver llamada Savannah Milton de la que no puede dejar de hablamos, de modo que...

—Me alegro de que haya salido a relucir el tema de la mina —le interrumpió su suegro sin contemplaciones—. Como sin duda sabrá, durante los años en los que su marido ha estado en paradero desconocido he seguido haciéndome cargo de la compañía que fundé hace treinta y cinco años con su difunto suegro cuando emigramos juntos desde Irlanda.

—La Compañía Minera Mallory & Sullivan —asintió la señora Mallory—. Sí, estoy al corriente de lo que ha estado haciendo, y tanto John como yo se lo agradecemos en el alma.

—Entonces... —El reverendo Cross miró a Sullivan, que no esperaba una respuesta tan conciliadora—. ¿Sabe si su marido ha tomado una decisión al respecto?

—¿Sobre la mina? —Por toda respuesta, la señora Mallory encogió los

hombros, y al hacerlo las plumas que adornaban su generoso escote se estremecieron—. No es que lo hayamos hablado demasiado, pero, si quieren saber mi opinión, no me parece que John se haya planteado resolver ese asunto con ustedes..., no de inmediato, al menos. Ahora mismo tiene demasiado trabajo en Mallory Railroad para preocuparse también por eso.

El alivio que sintió Ruby fue tan intenso que casi suspiró. Acababa de cruzar con Sullivan una mirada de entendimiento cuando Troy abrió de golpe la caja de Pandora:

—Hay algo que aún no nos ha contado: ¿qué le pasó a John hace trece años, cuando desapareció sin dejar rastro? ¿Por qué no se supo nada más de él tras la muerte de su padre?

—Ah —dijo Grace Mallory, y dejó la cuchara en el plato con un tintineo—. La gran pregunta que sabía que estaban deseando hacerme. Han tardado menos dalo que esperaba.

—Discúlpenos por ser tan indiscretos, pero tiene que comprender que..., en fin, hubo una gran conmoción en Silverville cuando su marido desapareció —comentó el reverendo Cross—. No era más que un niño, nadie sabía qué le había pasado, ni si seguía con vida...

—Lo comprendo perfectamente, reverendo, pero me temo que nada de lo que yo les diga arrojará luz sobre ese asunto: a día de hoy sigo sin saber qué le ocurrió a mi marido.

Esto hizo que todos se quedaran mirándola estupefactos, o casi todos, dado que el *sheriff* Campbell parecía hipnotizado desde que le puso los ojos encima.

—¿Está diciéndonos —inquirió Sullivan pasados unos segundos— que John Mallory tampoco le ha dado explicaciones a usted? ¿Ni su propia esposa sabe cómo desapareció?

—No tengo la menor idea. He oído toda clase de rumores en Denver durante estos años, mucho antes de que me casara con John; se habló de secuestro, de robo, de fuga...

—Igual que aquí, con la diferencia de que en la capital no le conocería tanta gente —comentó Max—. ¿Nunca ha tratado de presionarle para que se lo confesara?

—Cómo se nota que todavía no conocen a John, al John adulto. Es la

persona más hermética que existe, señor Lawrence.

Cuando se empeña en guardarse algo para sí, nada de lo que se le diga le hará cambiar de opinión, por mucho que uno se esfuerce en ello...

—Entonces ha dado con alguien muy parecido a él —contestó Ruby—, considerando que ha respondido con evasivas a mi padre cuando le ha preguntado dónde están sus oficinas.

Pero ¿qué estaba pasándole para hablar así, cuando normalmente no se apartaba de la senda que se esperaba que siguiera una dama bien educada? Vio con el rabillo del ojo cómo Max se removía a su lado, pero, para su perplejidad, Grace Mallory sonrió.

—¿Qué clase de aliciente tendría nuestra relación si sacáramos el primer día todos los ases que guardamos en la manga? Habrá tiempo de sobra para que me conozcan, y también a John. De hecho —añadió mientras cogía su copa—, no me vendría mal que me ayudaran a tirarle de la lengua. Ya va siendo hora de que salgan muchas cosas a la luz.

De nuevo Ruby y Sullivan se miraron, esta vez tan desasosegados que ninguno se atrevió a hablar mientras, tras dar buena cuenta de un asado con puré de manzana, Grace Mallory continuaba conversando con la mayor tranquilidad del mundo durante casi dos horas más. Era increíble que estuviese tan relajada después de haber pronunciado unas palabras que a ambos les habían parecido más inquietantes que una amenaza declarada.

—Ha sido una velada deliciosa, señor Sullivan —aseguró antes de marcharse, de pie en el vestíbulo—. Estoy deseando poder corresponder cuando la mansión de los Mallory presente un aspecto decente, aunque teniendo en cuenta la maña que se dan mis criados, aún habrá que esperar bastante para eso. Y reverendo —dijo, volviéndose hacia Cross, que estaba ayudándola a ponerse la capa—, había pensado ir a verle dentro de unos días para entregarle unos cuantos documentos que me imagino que querrá archivar, como nuestro certificado de matrimonio. Ya sé que no es necesario, pero me gustaría comenzar esta etapa con buen pie. Hasta la próxima entonces, señores, ¡y que pasen una buena noche!

—¿Y bien? —preguntó Max cuando cerraron el portón, después de que el *sheriff* se ofreciera a escoltarla hasta su casa—. Ha salido mejor de lo que esperábamos, ¿no creen?

—Supongo que sí, aunque sigo sin tener claro de qué pie cojea —comentó el reverendo, pensativo—. Es una mujer moderna, y me preocupa un poco el efecto que eso pueda tener en mis feligresas..., pero no parece que quieran causarnos problemas, ni John ni ella.

—Sí, en eso estamos de acuerdo —declaró Max—. Quizá su aparición acabe siendo más beneficiosa de lo que creíamos. A Silverville no le vendría mal contar con un ferrocarril que lo hiciera parecerse cada vez más a una auténtica ciudad, ¡ni tampoco a mi banco!

Troy se despidió brevemente antes de empezar a subir la escalera. Ruby lo siguió con los ojos hasta que desapareció en el primer piso y luego se acercó a Sullivan, que se había agachado para darle unas palmaditas en la cabeza a una Dallas medio dormida.

—¿Y tú, padre? —preguntó la joven en voz baja—. ¿Has llegado a alguna conclusión?

—A la misma que tú, probablemente. Grace Mallory sospecha algo, aunque seamos los únicos que nos hemos percatado. Estoy tan seguro de eso como de que el día es día.

—Lo preocupante es que, por absurdo que parezca..., juraría que nos lo ha dado a entender a propósito —contestó Ruby—. ¿Por qué trataría de hacer algo semejante?

—No tengo la menor idea, pero, si en un par de días ha averiguado algo acerca de la muerte de Mallory sin que John la haya puesto sobre la pista, nuestra situación puede ser más complicada de lo que pensábamos. —Y tras una última caricia, Sullivan se incorporó para mirar a su hija—. Tanto como para temblar a partir de ahora cuando veamos una sogá.

CAPÍTULO IV



El día siguiente amaneció insultantemente despejado, pese a que, cuando Grace Mallory abrió su ventana, la brisa que soplaba desde las montañas le hiciese temblar. Se había instalado en una de las habitaciones de invitados hasta que el dormitorio que había ocupado Otho Mitchell presentara un aspecto decente, tarea que prometía durar una semana más como mínimo. De pie, en camisón y zapatillas, se quedó contemplando las praderas que se desperzaban bajo los primeros rayos del sol y las reses que los granjeros sacaban de los establos, al parecer tan adormiladas como ella. Volvió entonces la cabeza para observar los tejados de Silverville, y una sombra pareció cruzar por su rostro, hasta que se apartó de la ventana para empezar a vestirse. Era una mañana perfecta para salir de la mansión, dar un paseo por los campos cercanos, conocer por fin al vecindario y, lo que le parecía aún más importante, dejar que el vecindario la conociera a ella.

Diez minutos más tarde, estaba recorriendo el camino que descendía desde la casa de los Mallory hasta la suave hondonada en la que Silverville había sido construido. No había querido coger la calesa aquel día; prefería caminar

para que sus pies se habituaran a aquellos senderos por los que esperaba seguir paseando mucho tiempo. Observó que a medida que se acercaba al pueblo proliferaban más las granjas y los ranchos situados a ambos lados del camino. Un diminuto puente marcaba la frontera entre la propiedad y los primeros cercados, que desde la casa se asemejaban a los retazos de tela de distintos colores de una manta de patchwork. La luz del sol hacía que el riachuelo, no más ancho que el propio sendero, resplandeciera como una cadena de plata recién forjada. La joven se inclinó para arrancar una lujuriosa flor blanca que se había abierto camino entre las primeras hojas secas; estaba a punto de ponérsela en la cinta del sombrero cuando un súbito revuelo detrás de la siguiente curva del sendero hizo que apretase el paso hacia allí.

No pudo evitar enarcar las cejas ante aquel inesperado espectáculo. Un grupo de unas diez mujeres se arremolinaba delante de la puerta de una granja de la que una de ellas estaba sacando a rastras a una muchacha. La chica daba gritos y pataleaba tratando de soltarse, pero entre todas la apartaron de la casa y la arrojaron al suelo, donde quedó de espaldas sobre un charco de barro. Una de ellas era la señora Chadler, la esposa del dueño de la tienda general del pueblo, a la que Grace había conocido la mañana anterior.

—¡Cómo vuelva a encontrarte en mi casa, maldita desvergonzada, te arrepentirás de haber nacido! —le gritó la dueña, una mujer esmirriada con el pelo recogido en un apretado moño—. ¡Lárgate de aquí si no quieres que avise al *sheriff* Campbell!

—Lo haré, pero no porque usted me lo ordene —replicó la chica desde el suelo—. Y no se preocupe, señora Miller: no pienso contarle a su futura nuera lo que ha ocurrido entre su hijo y yo. ¡No tendré que hacerlo porque ya se encargarán estas brujas de pregonarlo!

—¡Eh! —exclamó Grace cuando vio que la señora Miller se agachaba para coger una piedra. Corrió para ponerse delante de la muchacha con los brazos abiertos—. ¿Es que se han vuelto todas locas? ¿Piensan resolver sus problemas a pedradas como los cuatrerros?

—Eso me pregunto yo —refunfuñó la chica—. Mucho corsé, mucho padrenuestro y mucho meñique levantado, pero en realidad tienen los modales de un cerdo hambriento.

Grace le ofreció una mano y la muchacha, agradecida, dejó que la

incorporara. Al verla de pie a su lado, le sorprendió que fuera más joven de lo que había pensado. Debía de tener unos dieciocho años y era pequeña y regordeta, con unos ojos castaños enormes y una masa de rizos rubios salpicados de barro. Grace la ayudó a sacudir la costra reseca que se había adherido a su vestido de flores antes de volverse hacia las demás mujeres.

—Resulta que esta mañana se casa Jack Miller, señora Mallory, el hijo de nuestra amiga Agnes —le dijo una furiosa señora Chadler—. La boda será dentro de una hora y esta mujerzuela no ha tenido mejor idea que colarse en su casa para pasar la noche con él...

—Y no pensaba cobrarle, así que vendría a ser como un regalo de bodas —comentó la muchacha—. Su pobrecito Jack está siendo un valiente ahora mismo, ¿no les parece?

Señaló con la barbilla la puerta de la granja de los Miller. Un joven de unos veinte años observaba nervioso la escena, pero cuando todas las cabezas se volvieron hacia él se apresuró a desaparecer. «Cretino de medio pelo», oyó mascullar Grace a la joven.

—Sea como sea, esta discusión de arrabaleras no tiene sentido —repuso—. Si tanto le apetecía a su hijo disfrutar de su última noche de soltería, señora Miller, lo que tiene que hacer ahora es rendir cuentas a su novia. ¿O es que toda la culpa va a ser de esta chica?

—Señora Mallory, no me puedo creer que sea usted tan ingenua. Si subió al cuarto de Jack en plena noche es porque es la clase de cosas con las que las mujeres como ella enredan a nuestros pobres hombres. Cualquiera que la mirara a la cara se daría cuenta de que es una... —La señora Miller dudó un momento antes de escupir—: ¡Una paloma sucia!

Hubo un revuelo aún mayor entre las mujeres y algunas se apresuraron a hacer la señal de la cruz. Para su completa perplejidad, lo único que hizo Grace fue echarse a reír.

—¿Eso es todo, entonces? ¿El gran crimen que ha cometido es ser una prostituta?

—¿Le parece poco? —La señora Miller abrió mucho los ojos—. ¡A ninguna de nosotras se le ocurriría cruzar una palabra con ella, ni mucho menos defenderla como ha hecho usted! ¡Yo ni siquiera la habría tocado de no haberla encontrado en mi propia casa!

—Pues podría habérselo ahorrado: ahora tendré que lavarme otra vez la ropa —declaró la muchacha mientras se alisaba la manga en la que la mujer había clavado sus dedos. Después las miró una a una con la barbilla alzada—. Sí, soy una paloma sucia. Una cara pintada, una dama escarlata, un ángel caído, todos los nombres con los que quieran llamarme. Pero la verdad es que sus maridos tienen más imaginación; la última vez el señor Miller empleó un nombre encantador: ninfa de la pradera. ¿También suele llamarla así a usted, señora?

La señora Miller se puso blanca y después encarnada, y Grace se apresuró a colocarse ante la chica, que se había echado a reír, para que no la abofeteara.

—Todas son iguales —exclamó por encima de su hombro—. ¡Todas fingen ser unas beatas que se pasan el día rezando por los pecadores cuando en realidad no se atreven ni a mirarnos!

—Será mejor que nos marchemos —le aconsejó Grace, y tiró de ella en dirección al pueblo—. De lo contrario, puede que acaben celebrando un funeral en lugar de una boda.

La señora Chadler había rodeado con un brazo a su amiga, que parecía debatirse entre la cólera y el desmayo, pero ninguna se atrevió a añadir nada más mientras Grace conducía a la joven hacia las primeras casa de Silverville. Podía sentir las miradas de las mujeres ardiendo en su nuca casi con la misma intensidad que el sol.

—Gracias por haberme defendido de esas arpías —dijo la chica pasado un rato. Le dedicó a Grace una amplia sonrisa—. Habría podido hacerlo yo sola, pero me alegra que haya llegado gente con sentido común a este nido de víboras. ¿Han dicho que es la señora...?

—Mallory, Grace Mallory. En realidad, solo hace unos días que estoy en Silverville.

—¡Ah! —La muchacha la miró con alborozo—. ¡Es usted la nuera del viejo Mallory, el que fundó el pueblo con el señor Sullivan! Todo el mundo habla de usted, es el tema de conversación del momento. Yo me llamo Honor. —Y le tendió una mano—. Honor Hensley, aunque aquí todos me conocen como Honey. Sígame, vivo al final de esta calle.

Condujo a Grace por Main Street, dejando atrás la oficina del *sheriff* en la

que se oía hablar a Frank Campbell, el banco en el que Max Lawrence había construido su emporio particular y el gran saloon que hacía esquina y que a esas horas estaba casi desierto. Al doblar a la izquierda por una calle perpendicular, tan polvorienta como el sendero que conducía al pueblo, Grace observó una enseña dorada sobre una puerta con una lámpara de color rojo a cada lado. «Silver Garden», leyó en unos ornamentados caracteres adornados con flores. Enarcó una ceja mientras Honey llamaba con la aldaba.

—Ya veo que esas señoras no estaban exagerando: no eres simplemente una chica traviesa dispuesta a pasar un buen rato con Miller. ¿Trabajas en el burdel de Silverville?

—Desde hace unos meses, así que en cierto modo soy tan forastera como usted —le sonrió Honey—. Pero la verdad es que me encuentro muy a gusto aquí. Hay hombres de lo más interesantes que encima dejan buenas propinas, y las otras chicas son... —Se detuvo cuando la puerta se entreabrió—. Hola, *madame* Gardiner —saludó—. ¿Puedo pasar?

—Virgen santa, Honey —articuló la mujer que se había detenido en el umbral, con el pelo entrecano recogido en una trenza y un salto de cama de encaje—. ¿Qué te ha pasado en la ropa? ¿Es que te has revolcado en un charco? Entra, pero ten cuidado con...

Se quedó callada al reparar en Grace, que aguardaba con la mayor tranquilidad al lado de Honey. La muchacha la agarró de un brazo para que se acercara más.

—*Madame* Gardiner, le presento a la señora Mallory, nuestra nueva vecina. La he conocido cuando se dirigía a Silverville y la verdad es que me ha librado de una buena...

—Déjame adivinar: has vuelto a tener problemas con las santurronas —se lamentó la dueña del burdel. Pese a rozar la cincuentena y no ser especialmente hermosa, poseía un atractivo que a Grace le pareció magnético. Suspiró mientras estrechaba la mano que la joven le tendió—. En fin, gracias por ayudarla, señora Mallory. Me gustaría ofrecerle un poco del café que acabo de hacer, aunque, si entra en mi casa, arruinará su reputación, de modo que...

—Dudo que mi reputación pueda empeorar después de lo que he hecho hoy —se rio Grace, sacudiendo la cabeza—. No se preocupe por eso: un café será

más que bienvenido.

Los ojos de la mujer, de un gris azulado parecido al de las Montañas Rocosas, se abrieron tanto que Grace supuso que estaría preguntándose si no bromeaba. Al final se apartó a un lado para dejarla pasar y la joven se adentró en una casa coquetamente decorada que olía mucho a perfume y a ramos de flores. Había una docena de jarrones atestados de rosas, pensamientos y nomeolvides en el salón al que la condujeron, con las paredes cubiertas por un tapizado escarlata y varios cuadros con paisajes campestres.

Al fondo había una escaleta que debía de comunicar con las alcobas, por la que Grace vio bajar a dos chicas un poco mayores que Honey anudándose precipitadamente las batas.

—Hemos estado muy preocupadas por ella —le susurró *madame* Gardiner mientras las muchachas abrazaban a su amiga, soltando grititos al reparar en lo sucia que se encontraba—. No es la primera vez que se marcha sin decir nada, pero nunca había tardado tanto en regresar. ¿Qué quería decir con eso de que usted le ha echado una mano?

—La aparté de la granja de los Miller antes de que pudiera llegar a las manos con la madre de uno de sus compañeros de juegos. Creo que se casará en breve...

—Si se refiere a Jack Miller, lo mejor que podría hacer sería marcharse de aquí. No me gusta nada ese joven, pero su madre es aún peor..., con la diferencia de que ella sí ha conseguido engañar a todo Silverville. —*Madame* Gardiner resopló mientras posaba dos tazas sobre una mesita e invitaba a Grace a tomar asiento—. ¿Lo quiere solo o con leche?

—Solo, por favor. Aún estoy medio dormida. —Y cuando la mujer acabó de servir la bebida y se sentó, Grace puso las manos a ambos lados de la taza caliente y la miró con interés—. Honey me dijo que solo lleva unos meses aquí. ¿Abrieron hace poco el burdel?

—Oh, hará dos años y medio. Ella es la última chica a la que he contratado, y la que más problemas me ha dado pese a tener un corazón de oro. —*Madame* Gardiner sonrió a regañadientes—. Ya se habrá dado cuenta de que es bastante entusiasta con su trabajo.

—Es una manera de decirlo —se rio Grace—. Debe de ser toda una experiencia para los hombres de Silverville tratar con una mujer tan opuesta a

sus esposas.

—Están todos locos por ella, y eso es lo que la ha puesto en peligro. La situación de Honey es más delicada cada día. ¿Ve esa ventana? —*Madame* Gardiner hizo un gesto hacia un cristal precariamente tapado con una plancha de madera—. Hace tres días nos destrozaron a pedradas una de las vidrieras. Fui a quejarme al *sheriff* Campbell, que trató de echarme una mano, y al final consiguió descubrir qué niños lo habían hecho. Pero a mí no me engañan: sé que los enviaron sus madres para que nos dieran una lección. No pueden soportar que sus maridos prefieran a mi Honey antes que a ellas.

Ambas se quedaron mirando cómo Honey charlaba alegremente con las otras dos prostitutas; una la había sentado en un diván para arrancarle los pegotes de barro del pelo. Mientras la observaba, una idea acudió a la mente de Grace, una muy atrevida...

—Puede que lo más sensato fuera apartarla de esto durante un tiempo.

—Supongo que sí, pero ¿dónde podría mandarla? Sé que Honey no se marcharía de Silverville aunque se lo suplicásemos; esto es lo más parecido que ha tenido a una casa en mucho tiempo y a nosotras prácticamente nos ve como a una madre y unas hermanas.

—No estoy hablando de echarla a la calle, *madame* Gardiner. Con cambiar de aires durante unos meses su situación mejoraría; esas gallinas cluecas dejarían de veda como una amenaza. —Entonces Grace miró de nuevo a su interlocutora—. Estaba pensando en contratar a una mujer para que se trasladara conmigo a la mansión de mi suegro. Una que me sirviera tanto de cocinera como de criada, porque la casa es tan grande que no puedo encargarme yo sola de todas las tareas además de lo relacionado con la reforma...

—Pero ¿qué está diciendo? —*Madame* Gardiner parecía estupefacta—. ¿Insinúa que le parece una buena idea contratar a Honey? ¿Usted sabe lo que dirían de eso las vecinas?

—Si me ven limpiar el polvo con un pañuelo en la cabeza, me criticarán, y si hago venir a una doncella de Denver, harán lo mismo —se limitó a decir Grace, encogiéndose de hombros—. Será mejor darles buenos argumentos para que me despellejen, ¿no le parece?

—Desde luego, pero aun así... no estoy segura de que Honey se las

apañase para...

—Hagamos una prueba, *madame* Gardiner. Deje que me la lleve conmigo, si a ella le apetece intentarlo, y veamos qué tal le va en la mansión. Al menos así estará tranquila sin que esas urracas traten de tomar más represalias contra ustedes por culpa de Honey.

—Sería un auténtico alivio teniendo en cuenta cómo marchan las cosas. La verdad es que tenemos muchos menos clientes que antes, incluso contando con el reclamo de tres chicas. Las mujeres de Silverville nos lo están poniendo más difícil cada día y temo que llegue un momento en que nos echen a palos de aquí. —Se detuvo con la taza a medio camino entre su boca y el plato—. ¿Por qué me ha propuesto esto, señora Mallory?

—Podría decirle que ha sido porque su pupila me ha resultado simpática —contestó Grace con calma—. Pero me parece que es demasiado astuta para creerlo, ¿me equivoco?

—Sabe más el diablo por viejo que por diablo. Tiene que haber un motivo de peso para que esté aquí conmigo, hablándome como si fuera una mujer honrada como usted.

—Espero, por su propio bien, que sea más honrada que yo. Pero no se equivoca: me interesa mucho lo que ustedes puedan contarme porque estoy convencida de que no hay nadie que conozca mejor a los vecinos de un pueblo que sus prostitutas. Son las únicas que saben exactamente cómo son esos hombres, y a mí me interesa conocer Silverville y a su gente a fondo por motivos que ahora no vienen al caso. Así que sírvame un poco más de ese café, *madame* Gardiner, y empiece a contarme cómo es en realidad este lugar.

CAPÍTULO V



Ruby habría preferido pasarse la mañana cavando en uno de los túneles de la mina antes que asistir al enlace entre Jack Miller y su prometida. Como la iglesia aún no estaba reconstruida, el reverendo Cross había hecho colocar medio centenar de sillas en el jardín que rodeaba el edificio. Las de Ruby, Max y Verity estaban en lo que en teoría era un puesto de honor, junto a la fuente que borboteaba delante del improvisado altar, pero en esa parte no había árboles y el sol caía tan a plomo sobre sus cabezas que sentía el sudor resbalando por dentro de su vestido de seda. Pero era la señora Lawrence y tenía que hacer lo que todos esperaban de ella: sonreír con dulzura, contestar a todos los saludos y comportarse como la perfecta dama que Silverville pensaba que era.

Para colmo, el ambiente de la boda no podía ser menos alegre. Había escuchado unos rumores de lo más inquietantes en las sillas de atrás; al parecer, la madre del novio lo había encontrado en la cama con una paloma sucia y las dos se habían enzarzado en una pelea que acabó con Grace Mallory

acompañando a la chica al Silver Garden. Ruby estaba segura de que la noticia había llegado a oídos de la novia; tenía los ojos llorosos y la boca apretada en un mohín de cólera, y la cara con la que miró a su marido cuando le puso el anillo parecía la de alguien que le estuviera jurando odio eterno. «Espero que cuando Troy se case con esa muchacha de Denver la situación sea menos incómoda —se dijo Ruby mientras los músicos comenzaban a tocar y la pareja recorría el sendero del jardín bajo la lluvia de pétalos de rosa arrojada por unos invitados ansiosos por simular que todo marchaba sobre ruedas—. Desde luego, nunca le había visto tan emocionado...».

Aún le costaba creer que su hermano, el mismo que había pasado por la adolescencia más inconstante y disipada y que mostraba un desinterés completo hacia cualquier cosa que sonara a responsabilidad, se hubiera enamorado de tal manera de una muchacha ocho años más joven que él. Ni Ruby ni su padre la conocían todavía; de hecho, lo único que sabían de ella era que se llamaba Savannah Milton, que su única familia había sido una madre a la que perdió un año antes, que había estado trabajando en una sombrerería de la capital y que era, en opinión de Troy, «la criatura más adorable del mundo». Teniendo en cuenta a las cabareteras y actrices de medio pelo de las que se había encaprichado hasta entonces, Ruby no tenía muchas esperanzas puestas en su futura cuñada..., aunque Troy nunca se había planteado casarse con ninguna. Alzó la mirada hacia la torre de la iglesia, tan chamuscada como si el incendio hubiera sucedido el día anterior, y se preguntó si de verdad el edificio podría tener un aspecto decente en la boda de su hermano.

Estaba avanzando detrás de los demás invitados por el sendero cuando reparó en una silueta conocida al otro lado de Main Street. No era la única que la había visto; la señora Young, el ama de llaves del reverendo Cross, murmuró a sus espaldas algo acerca de «la señora Mallory» y «la vergüenza que debería darle hacer eso». Solo cuando entornó los ojos comprendió a qué se refería: Grace acababa de salir del Silver Garden con una de las prostitutas, al parecer divertidísima con lo que la chica estaba contándole.

—Esa mujer se meterá en problemas si no escoge mejor sus compañías —comentó Max, de cuyo brazo se había colgado Ruby, mientras las veían alejarse por Main Street—. No se le puede pedir a una ramera que muestre

recato, pero dejarse ver con ella ante la iglesia...

—Debe de ser la chica a la que la señora Miller encontró con su hijo — musitó ella al percatarse de que las hermanas de la novia habían tenido que agarrarla cuando vio pasar a Honey por la acera de enfrente—. Empiezo a pensar que la señora Mallory tiene más en común con John de lo que había imaginado: él tampoco hacía mucho caso a las normas.

Casi podía verlo corriendo a su lado por las praderas que se extendían detrás de la mansión de los Mallory. Un niño robusto, más alto que ella, con una mata de pelo rubio alborotado y unos ojos azules que podían pasar en un segundo de la burla a la ira. Al abandonar el recinto sagrado, vio que Verity se había detenido y, cuando se hubo asegurado de que sus padres la seguían, echó a correr con los demás chiquillos.

Un extraño pensamiento acudió entonces a su cabeza: ¿habría sido Verity igual si su padre hubiera sido John en vez de Max? Aquello la hizo ruborizarse pese a saber que era absurdo; lo que los amores de la infancia hacían sentir era apuro, no nostalgia.

—Max —susurró cuando faltaban pocos metros para alcanzar la carpa en la que se celebraría el banquete—. Hay algo que necesito averiguar. ¿Cómo lo hicisteis?

—¿Cómo hicimos el qué? —Su marido la miró, confuso—. ¿A qué te refieres, cariño?

—Lo sabes de sobra. ¿Cómo lograsteis acabar con Mallory sin dejar ninguna pista?

Tal como había imaginado, aquello hizo que Max se pusiera tenso. Ruby apretó más los dedos alrededor de su antebrazo, forzó una sonrisa en dirección a una pareja que pasó de largo y lo miró de nuevo. Decididamente, no habría hecho fortuna en el teatro.

—Ruby, no estoy muy seguro de que tu padre quiera cargarte con esto, pero si tanto interés tienes en conocerlo... —Ella asintió con la cabeza, y Max continuó en voz más queda—: Lo hicimos durante la cena, con el pavo relleno de salvia que él nos sirvió.

—¿De modo que lo envenenasteis? —preguntó, perpleja—. ¿Con qué?

—No lo hicimos solo con su plato, sino con los de todos, aunque aquello supusiera ponernos en peligro a nosotros mismos. ¿Sabes que padecía desde

hacía años del corazón?

—Sí, le oí quejarse muchas veces delante de mi padre. Además, recuerdo que con cada comida solía beber una copa de agua en la que había echado una medicina roja.

—Unas gotas de digitalina para prevenir las arritmias. En pequeñas cantidades no causan daño alguno al organismo, como nos sucedió a tu padre, al reverendo Cross, al *sheriff* Campbell y a mí. Pero si Angus Mallory tomaba una sobredosis de la sustancia...

—Un momento. —Ruby se detuvo en medio de la acera—. Lo que había en el pavo...

—Mezclamos la salvia del relleno con unas cuantas hojas de dedalera, la planta de la que se extrae la digitalina; había unas matas creciendo muy cerca unas de otras en los jardines de la mansión. La cocinera que tenía Mallory era muy mayor; al inspector que se ocupó de la investigación no le extrañó demasiado que hubiera confundido las hierbas y, como no parecía ser un asesinato intencionado, sino un accidente, no hubo represalias contra la pobre mujer. Tu padre le buscó un buen asilo en Denver para que la atendieran y estuvo pagando a los médicos hasta que murió, hace unos dos o tres años.

Como si aquello hubiera abierto una ventana en su mente, Ruby recordó con una sorprendente exactitud el semblante de la anciana. Se apellidaba Parker, o Perkins, o algo por el estilo, y siempre tenía a mano un tarro de jalea con la que untaba tostadas para los dos niños. «Que no os vea el señor —solía decirles—, no le gustan nada las cosas dulces».

—Pobre mujer —murmuró la joven—. Me imagino que mandaría subir al médico a la mañana siguiente al entrar en el cuarto de su patrón y encontrarlo muerto en la cama...

—El doctor Daniels acertó en su diagnóstico: Mallory había fallecido por un ataque al corazón. Al saberse que estaba enfermo desde hacía años, a nadie le sorprendió que el desenlace fuese tan repentino, ni se preguntó si se trataría de una muerte intencionada.

Había un cansancio en la voz de Max que extrañó a su esposa, porque siempre le había parecido la clase de persona que encarnaba la seguridad en uno mismo. A sus treinta y cinco años seguía siendo el hombre más apuesto que había pisado nunca Silverville.

—Hay algo que no acabo de entender —susurró él, rozando su muñeca—. No nos has preguntado las razones por las que lo hicimos, ni cuando tu padre te lo confesó el otro día ni ahora mismo, conmigo... ¿En serio no te interesa conocerlas?

—No —contestó Ruby—. Cuanto menos sepa sobre eso, mejor. Si mi padre no quiso darme más detalles, debió de ser por un motivo, quizá para evitarme preocupaciones...

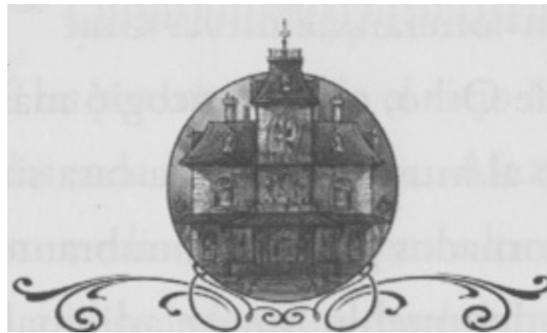
—Aun así..., Ruby, tú siempre has sido una buena chica. Me cuesta creer que una persona tan moralista como tú no se aparte horrorizada de nuestro lado al descubrir esto.

—Por si no te has dado cuenta, vivo en la Frontera —respondió la joven—. Cada mes oigo hablar de hombres asesinados por una deuda, una falda o una trampa en una partida de cartas. Estoy convencida de que si el fundador de Silverville, el banquero, el *sheriff* y el reverendo se pusieran de acuerdo para acabar con uno de sus vecinos, tendría que ser por una razón mucho más poderosa. Nunca habríais tomado una decisión así a la ligera.

—Pero eso no nos hace menos culpables de asesinato. Tenemos las manos tan sucias como las de un cuatrero, por mucho que nos las hayamos lavado. — Cuando la miró de nuevo, sus ojos estaban inundados de dolor—. Sé sincera: ¿te parecemos unos monstruos?

—No, Max, me parecéis hombres. Precisamente por eso quiero tratar de ayudaros, para evitar que acabéis pagando por vuestros errores. —Y recogiendo el vestido, se dispuso a seguir a los vecinos—. ¿No es lo que hemos hecho las mujeres desde siempre?

CAPÍTULO VI



¡Yo, viviendo en la casa de los Mallory! ¡En la mansión encantada! —profirió una emocionada Honey mientras abandonaba el pueblo al lado de Grace después de haberse despedido de las otras prostitutas, tan tristes que *madame* Gardiner tuvo que prometerles que solo sería una separación de unos meses—. ¡Cuándo vuelva voy a asustar tanto a las demás que no podrán pegar ojo! ¡Nos han contado unas historias sobre ese lugar...!

Grace estaba segura de que el mal estado de la casa la decepcionaría, pero Honey no parecía dar importancia a su decrepitud. ¿Era cierto lo que se rumoreaba en el pueblo sobre sus fantasmas? ¿Había presenciado Grace alguna aparición en los pocos días que había pasado allí? ¿Se dedicaba a recorrer los salones el viejo Mallory como un ser de luz que desprendía una extraña fosforescencia en la noche? Demasiado ocupada tratando de contestar a todo, Grace se preguntó fugazmente cómo era posible que una persona como Honey mostrara un entusiasmo tan abrumador por todo, una mezcla de candor

infantil y picaresca adulta que con toda probabilidad era lo que la había hecho salir adelante.

—Antes mencionaste que no llevas en Silverville más que unos meses — consiguió interrumpirla mientras dejaban atrás la granja de los Miller, de la que por suerte no salió nadie dispuesto a apedrearlas—. ¿Es el primer pueblo en el que has estado trabajando...?

—¿De prostituta? Claro que no, llevo casi un año haciéndolo —contestó ella—. Una familia de granjeros me sacó del orfanato en el que me crié, un tugurio espantoso en el camino de Denver. No sé quién sería mi madre, pero tampoco me preocupa mucho; me imagino que se dedicaría a lo mismo que yo. Con los granjeros no me fue mal, pero en los últimos meses pasaron ciertas cosas que no les hicieron gracia, así que me echaron...

—¿Te echaron? —inquirió Grace con repentina suspicacia—. No irás a decirme que eres una de esas chicas de dedos demasiado largos que no saben lo que es la propiedad privada.

—Uy, no, no fue nada de eso. Es solo que los granjeros tenían cuatro hijos con los que aprendí muchas cosas, y una tarde nos pillaron al mayor y a mí con las manos en la masa. —Honey sonrió, alzando los ojos al cielo en la viva imagen de la inocencia—. Me dieron una buena patada en el trasero, así que no me quedó más remedio que empezar a ganarme la vida por mi cuenta. Estuve unos meses en el burdel de aquel pueblo, pero las chicas eran muy competitivas y estallaban discusiones a cada momento, así que en cuanto pude me trasladé a Silverville en el carro de uno de mis clientes. Y no sabe cómo me alegro de haberlo hecho; aquí siempre hay un plato caliente, nos pasamos las mañanas riéndonos y cotilleando, y *madame* Gardiner se asegura de que no nos falte de nada, desde ropa y adornos hasta visitas del médico de Silverville una vez al mes para echarnos un vistazo.

—Vaya, sois muy afortunadas de tener una protectora como ella. La mayoría de las *madames* no ve en sus chicas más que un pedazo de carne del que sacar beneficios.

—La nuestra no, la nuestra nos trata muy bien. Aunque tendría que verla cuando se pone furiosa... Hace un par de meses uno de los vaqueros bebió demasiado y abofeteó a una chica porque estaba demasiado cansada para subirle a su cuarto. *Madame* Gardiner sacó una escopeta que guarda en uno de

los armarios del salón y le aseguró que, si no se marchaba de nuestra casa por las buenas, lo haría con la entrepierna inundada de plomo.

Habían alcanzado el ruidoso riachuelo que separaba la propiedad de los Mallory de las granjas que mediaban entre Silverville y esta. Honey cruzó el puente dando saltos, con la bolsa de viaje en la que *madame* Gardiner había metido sus cosas danzando en su mano, pero en cuanto distinguió el tejado de la casa entre los árboles se detuvo en seco.

—Madre de Dios, ¡qué caserón más tremendo! ¡Nunca lo había visto tan de cerca!

—No te hagas muchas ilusiones, al menos hasta que acabemos de reformarlo —suspiró Grace. Subieron por el sendero que conducía a la cerca, tratando de que no se les engancharan los vestidos en la maleza que aún no habían arrancado—. Me imagino que cuando mi suegro estaba vivo la mansión debía de resultar impresionante.

—Como la casa del señor Sullivan ahora mismo. He oído que los dos eran muy amigos cuando aún vivían en Irlanda. ¿Dónde se encuentra eso, al otro lado del océano?

—Muy cerca de Inglaterra. Mi marido me explicó que muchos irlandeses vinieron a Estados Unidos después de que una plaga arruinara la cosecha de patatas de toda la isla.

—Pues no lo hicieron solo ellos dos: hubo otros granjeros también irlandeses que se desplazaron hasta Silverville cuando oyeron que habían encontrado una veta de plata en esta parte de las montañas. Uno de ellos fue O’Leary, el cantinero del saloon; una vez me contó que descendía de una familia muy importante pero empobrecida, uno de esos clanes antiguos que tienen un castillo monstruoso al lado del mar con fantasma y todo...

—Bien, si tanto te gustan las historias de fantasmas, estás en el sitio perfecto. —Grace empujó la puerta de la cerca y señaló la casa—. Bienvenida a mi hogar, Honey Hensley.

La muchacha soltó un silbido mientras contemplaba las ruinosas techumbres, cuyas tejas sueltas recordaban a las escamas desprendidas de un reptil centenario. El ruido de los martillazos resonaba en toda la propiedad y, cuando Grace precedió a Honey hasta la escalera que conducía a la puerta principal, encontró a Otho Mitchell supervisando a su nieto mientras este,

subido a una escalera de mano, intentaba clavar un nuevo dintel en el porche. Ambos se quedaron mirándolas con perplejidad cuando se acercaron.

—Buenos días, Mitchell. Parece que Tom por fin ha aprendido a colocar un clavo...

—Creíamos que seguía en la cama, señora. No la habíamos oído salir. — Los ojos del anciano no dejaban de moverse entre Honey y Grace—. ¿Qué hace esta muchacha aquí?

—Todavía nada, pero más vale que se acostumbre a tenerla en casa. Doy por hecho que sobran las presentaciones, ¿no es así? —Grace se volvió hacia Honey—. Por si acaso, estos son Otho y Tom Mitchell, los antiguos criados de mi suegro, tan fieles que no han querido abandonar la mansión en los últimos trece años. —Otho se revolvió incómodo, hurgando con un zapato en la tierra—. Ella es Honey, señor Mitchell, mi nueva cocinera...

—¿Su qué? —El anciano abrió desmesuradamente los ojos—. ¿Me está diciendo que de todas las mujeres de Silverville ha tenido que contratar precisamente a una..., a una...?

—A una que estoy segura de que tendrá una mano excelente con las sartenes, pero, si prefiere ayunar, no seré yo quien se lo impida —replicó Grace—. Siempre puede seguir preparándose su propia comida, aunque quizás así correría menos riesgo de intoxicarse.

El jardinero no encontró ningún argumento contra esto. Su nieto se había puesto rojo como un pimiento y parecía incapaz de apartar los ojos de Honey, quien a su vez lo miraba a él como un gato que se tropieza con un ratón despistado y apetitoso.

—Será mejor que sigan trabajando. Honey, acompáñame a la cocina. —Y Grace la guio por la escalera que conducía a las habitaciones del servicio. La noche anterior había terminado de poner orden en la cocina antes de acostarse y, aunque las baldosas estaban agrietadas y la pintura de las paredes ahumada, las superficies presentaban un aspecto lo bastante limpio como para ser usadas—. Ponte esto —dijo, dándole un delantal a Honey y atándose otro a la cintura después de quitarse el sombrero. Se puso en pie para alcanzar el estante en el que se alineaban los cacharros—. Cuéntame, ¿qué se te da mejor preparar?

—Nada —respondió Honey alegremente—. En el burdel siempre cocinaba otra de las chicas.

—¿Cómo que nada? —Grace se detuvo y la miró con una olla en las manos—. ¿Acabo de contratar a una cocinera que no sabe hacer nada? Pero algo te habrá enseñado a preparar *madame* Gardiner..., algún asado sencillo, un estofado, un...

—No —contestó la muchacha—. Bueno, espere —añadió al cabo de un instante—, el mes pasado la ayudé a pelar unas patatas. Aunque no sé si lo hice muy bien, porque me llevé tanta carne con las mondaduras que al final, más que patatas, parecían cacahuetes.

—Señor —murmuró Grace, y se pasó una mano por la frente—, esto va a resultar más difícil de lo que pensaba. En fin, supongo que nunca es demasiado tarde para empezar...

—¿Y cómo es que usted ha aprendido a cocinar, teniendo tanto dinero su marido?

—Todos tenemos un pasado, y yo no he sido siempre la señora Mallory. Ahora, ven aquí y presta atención. —Honey se sentó en un taburete, al lado de la mesa en la que su patrona fue colocando la olla, unas zanahorias, unas cebollas y un bote de cilantro—. Voy a preparar una sopa lo bastante sencilla para que la próxima vez puedas hacerla tú. Pero tendrás que ir al pueblo a por verduras; no me dan ninguna confianza las de los Mitchell.

—Por mí estupendo, aunque no estoy segura de que pueda conseguir las si me envía a mí a por ellas. El señor Chadler es el dueño de la tienda general y su mujer se pasa el día despachando a su lado para enterarse de todos los cotilleos, y dado que por mi culpa se ha ganado la desconfianza del Comité de Decencia de Silverville al que ella pertenece...

—¿El Comité de Decencia de Silverville? —Grace soltó una carcajada mientras cogía una zanahoria y comenzaba a cortarla—. En nombre de Dios, ¿qué se supone que es eso?

—Nuestra propia inquisición, señora Mallory. Una asociación de la que forman parte todas las señoras que se creen respetables. La encabezan la señora Chadler y la señora Miller, a las que ya conoce; la señora Young, el ama de llaves del reverendo Cross, que en mi opinión está secretamente loca por él, y la señora Lawrence, la hija del señor Sullivan.

—Supongo que tiene sentido que Ruby Lawrence pertenezca a esa mafia —comentó Grace con aire pensativo—. Siempre tan recta, tan preocupada por

la opinión de los demás...

—Bueno, si le interesa la mía, le diré que son unas amargadas. Hace poco pasé cerca del salón de baile, donde suelen reunirse desde que se quemó la iglesia, y vi que habían pedido a las niñas de Silverville que las ayudaran a pintar una de esas pancartas con las que tratan de atar en corto a los hombres. Esas en las que pone «los labios que prueben el licor no probarán los nuestros» y cosas por el estilo. Como si a ellos les apeteciera hacerlo...

—Y de nuevo una noble causa contaminada por la hipocresía —dijo Grace mientras echaba la zanahoria picada en un bol—. No entiendo cómo se atreven a echaros nada en cara unas mujeres que chantajean públicamente a sus maridos con sus propios cuerpos.

—Eso es lo que me contestó *madame* Gardiner. Me parece que se van a llevar bien.

—No lo pongo en duda, aunque puede que me deje caer un día de estos por una de esas reuniones. —Grace cogió una cebolla, la peló con manos expertas y la colocó sobre la mesa para hundirle el cuchillo—. Me gustaría ver en acción a ese Comité de Decencia.

—Si yo fuera usted, no las provocaría —le aconsejó Honey—. A mí me da igual lo que digan de mí porque a las prostitutas no nos permiten asistir a ningún evento; ni siquiera podíamos pasar del umbral de la iglesia durante los servicios religiosos. Pero siendo la señora Mallory tendrá que participar en reuniones con las demás mujeres y cenar con las familias más importantes, y si no les parece que usted tiene suficiente respetabilidad...

—¿Qué tratarán de hacerme en ese caso? —sonrió Grace, sacudiendo la cabeza para echar hacia atrás un mechón rebelde—. ¿Deslizar anónimos insultantes bajo mi puerta?

—No se ha fijado en el negocio que hay justo enfrente del Silver Garden, ¿verdad?

Grace dejó de usar el cuchillo poco a poco. Hizo un esfuerzo por recordar la calle polvorienta que partía de Main Street, los escaparates cercanos al burdel, las enseñas...

—Ahora que lo dices..., ¿no era una funeraria? Juraría que dentro del porche había un par de ataúdes apoyados en la pared, aunque entonces no les di mayor importancia.

—Antes había una botica —suspiró Honey—, pero *madame* Gardiner me contó que el año pasado la funeraria cambió de manos y el Comité de Decencia presionó a los nuevos dueños para que se instalaran enfrente de nuestra casa, aunque ellos no querían hacerlo.

—Ya veo —comentó Grace, sorprendida—. Me imagino que les parecería una buena manera de advertir a vuestros clientes de los riesgos a los que se exponen si os visitan.

Pero Honey sacudió la cabeza con una sonrisa que, por primera vez, no era alegre.

—No exactamente, señora. La advertencia no está dirigida a ellos, sino a nosotras.

CAPÍTULO VII



Me imagino que no habrás asistido nunca a una reunión como esta, teniendo en cuenta que en las grandes ciudades como Denver los vecinos apenas se conocen —comentó Ruby mientras recorría el perímetro del cementerio con Verity y su futura cuñada. No hacía ni veinticuatro horas que había llegado a Silverville, pero el Comité había acordado reunirse aquella misma tarde y a Ruby le había parecido una oportunidad inmejorable de presentársela a todo el mundo al mismo tiempo—. ¿Has estado viviendo sola hasta ahora?

—Sí, en la misma casa que compartí con mi madre hasta que murió —respondió Savannah Milton, mirando con cierta aprensión por encima de la tapia—. No es que fuera gran cosa, pero lo que ganaba en la sombrerería no me permitía marcharme a ningún otro lugar...

—Bueno, por lo menos todo eso ha quedado atrás. —Ruby se esforzó por sonreír—. La esposa del dueño de la Compañía Minera Mallory & Sullivan no tendrá que preocuparse por pagar un alquiler, pero eso no significa que todo vayan a ser comodidades. Ya te darás cuenta por ti misma, pero aunque

Silverville es un sitio agradable para vivir... —Se preguntó cómo decirlo sin criticar demasiado a sus vecinas—. Habrá manos dispuestas a ayudarte, pero también ojos que juzgarán todo lo que haces. Lo mejor será demostrarles cuanto antes que eres tan respetable como cualquiera de las damas de esta comunidad.

Savannah asintió con entusiasmo. Estaba tan desesperada por agradar que a Ruby casi le daba pena, aunque hasta entonces su comportamiento había sido intachable. Quizá resultaba demasiado coqueta, pero sería difícil no serlo con esos ojos de gacela tan enormes y esa cascada de tirabuzones castaños que caían hasta su cadera. Era una criatura encantadora; no costaba entender por qué Troy había perdido el juicio por ella.

Y, sin embargo, había algo..., ciertas miradas, caricias mal disimuladas cuando parecía que nadie les prestaba atención, que tenían a Ruby con la mosca tras la oreja. La noche anterior Troy se había quedado a dormir en casa de los Lawrence después de cenar y, cuando su hermana se asomó al corredor al distinguir el resplandor de una vela por debajo de la puerta, se quedó perpleja al ver a Savannah deslizarse en camisón hasta su habitación. Lo único que pudo hacer después de que Troy la dejara pasar fue regresar a su cama, que desde hacía más de un año no compartía con Max, y preguntarse con las mejillas encendidas si todas las sombrereras de Denver se comportarían de aquel modo.

«Solo tiene diecisiete años, no es más que una niña —pensó al mirar de reojo a la muchacha mientras recorrían Main Street, aunque después recordó—: A esa edad yo ya era madre de Verity». Tampoco la pequeña parecía capaz de apartar los ojos de su futura tía, tratando inconscientemente de amoldar sus pasos a los de Savannah. Cuando iba a empujar la puerta del salón de baile, Ruby dudó un instante antes de girarse hacia ella.

—Hay algo con lo que convendría que tuvieras cuidado. La comunidad de mujeres de Silverville resulta bastante... tradicional en cuanto a las relaciones con los hombres...

—¡Ah! —Savannah se puso un poco roja y aferró más fuertemente el mango de su sombrilla, de la misma seda lavanda que su vestido de alivio de luto—. ¿Quieres decir que no les parecerá bien que hable demasiado de Troy? Si es así, te aseguro que trataré de...

—Simplemente procura no mostrarte tan entusiasmada como en casa. Enamorada sí, pero no ansiosa. —Y tras mirarla de los pies a la cabeza, Ruby susurró un «¿puedo?» y tiró con suavidad del lazo que Savannah llevaba a la cintura para que cayera de un modo menos ampuloso—. Mejor —dijo después, y la chica le sonrió avergonzada—. Vamos allá...

Pudo oírla tragar saliva mientras la precedía entrando en la amplia estancia. Había cerca de dos docenas de mujeres cuchicheando en ella y todas las cabezas se volvieron hacia las recién llegadas como una sola. Al fondo, un grupo de niñas hacia las que echó a correr Verity cosían en sus bastidores, supervisadas por una chica de unos quince años.

—¡Ah, señora Lawrence! —Era la señora Chadler quien se abría camino con grandes esfuerzos hacia ellas, seguida por la señora Miller—. ¡Y la señorita Milton, me imagino...!

Mientras Ruby hacía las presentaciones, los ojos de la tendera la inspeccionaron de arriba abajo, al igual que los de sus acolitas. Savannah fue pasando de mano en mano durante los siguientes diez minutos, sonriendo cada vez más incómoda y sonrojándose con cada cumplido; al concluir el rito iniciático, Ruby estaba razonablemente segura de que había conseguido superarlo. No faltaron ciertos susurros reprobatorios relacionados con su exuberante melena, pero ya llegaría el momento de recogerla; cuando quisiera darse cuenta, reflexionó Ruby, llevaría un moño tan tirante como las demás. Aquello la deprimió un poco pese a no saber a ciencia cierta por qué, y estaba a punto de rescatar a Savannah de dos ancianas cotorreantes cuando el reverendo Cross se presentó en el salón.

Como siempre, su aparición silenció todas las conversaciones. Ruby nunca había conocido a un hombre que causara tanta fascinación entre las mujeres de Silverville, que lo veían como a un apuesto enviado del cielo. Después de saludar a la recién llegada con afecto, Cross tomó asiento en el centro de un círculo de sillas, con las mujeres reunidas en torno a él como los apóstoles alrededor de Jesucristo. Sin dejar de prestarle atención, la joven alargó una mano para apretar la de Savannah, haciéndola sonreír con timidez.

—¿Cuál es el primer punto del orden del día, señora Young? —preguntó Cross a su ama de llaves, una mujer esquelética de rostro avinagrado que se había sentado a su lado.

—El Comité de Decencia ha creído importante hacer saber que la familia Harding se encuentra en una situación complicada —explicó, examinando una libreta—. Como sin duda habrán oído, esta última semana los coyotes han causado estragos en las granjas del pueblo. Casi todas las gallinas de los Harding han muerto y han perdido también media docena de ovejas, lo cual puede causarles muchos problemas durante el invierno.

—Deberíamos hacer algo por ellos, ¿no les parece? —intervino Chastity Chadler—. Quizás una pequeña colecta les permitiría salir adelante durante los próximos meses hasta que...

—Chastity, ¿estás segura de lo que dices? —La interrumpió Agnes Miller, provocando que todas las vecinas la miraran. Sacudió la cabeza con escepticismo—. ¿Hace falta que te recuerde que su primer hijo nació mucho antes de que se cumplieran nueve meses de...?

—¡Oh...! —exclamó la señora Chadler—. Ahora que lo mencionas..., sí, es cierto que hubo mucho revuelo con ese tema, aunque desde entonces la señora Harding no ha vuelto a...

El murmullo que empezaba a propagarse por el círculo de sillas le recordó a Ruby al zumbido de una colmena a la que se había acercado demasiado de pequeña, en una de las incursiones que John Mallory y ella solían hacer a las granjas cercanas a su mansión.

—No sé qué decir, Agnes. Es una situación incómoda para todas, desde luego. —Y como asaltada por una inspiración, la señora Chadler se giró hacia Ruby—. ¿Qué opina la señora Lawrence? ¿Cree que deberíamos tratar de perdonar a los Harding ese desliz?

«¿Perdonar?», pensó Ruby, removiéndose en su silla. La presión de todos aquellos ojos clavados en ella era enorme, pero consiguió contestar con la mayor calma que pudo:

—Es cierto que la señora Harding no fue todo lo recatada que debería haber sido, y nuestra comunidad se ha encargado de hacérselo notar año tras año. Aunque, como todas sabemos... —Se detuvo unos segundos para tratar de encontrar las palabras más adecuadas—, a los hombres les cuesta aceptar un «no» por respuesta en ciertas situaciones.

El murmullo creció en intensidad, aunque Ruby percibió por el rabillo del ojo más de un asentimiento y captó un «tiene razón» un tanto compungido. A la

señora Miller no pareció hacerle mucha gracia su comentario, pero la señora Chadler suspiró aliviada.

—Como siempre, la señora Lawrence es la voz de la razón. Apunta entonces en tu libreta, Virginia, que durante los próximos días Agnes, tú y yo nos dedicaremos a visitar a nuestros vecinos para pedirles que colaboren en la colecta por los Harding. Y ahora...

La interrumpió el ruido de la puerta al abrirse. Aunque no fue estruendoso, hizo que todas las mujeres se giraran en sus asientos y que Ruby, al comprender lo que se le venía encima, se sintiera desfallecer. En el umbral del salón estaba Grace Mallory, con un vestido añil que susurró sobre la tarima cuando se acercó sonriente al círculo de sillas.

—¡Cuánto siento haberme perdido parte de la reunión! Por favor, reverendo, no se levante —dijo cuando Cross se disponía a ponerse en pie—. Solo quería entregarle el certificado de matrimonio del que le hablé. —Le alargó un sobre—. Como se encuentran todas aquí, supongo que no les importará que las acompañe, ¿verdad?

«Tierra, trágame», pensó Ruby mientras sus vecinas observaban con la boca abierta cómo la joven se dirigía al grupo de las niñas, les pedía prestada una silla y la colocaba entre las de Savannah y la señora Chadler. Savannah se había quedado mirando como hipnotizada el aparatoso sombrero del que Grace se desprendió, una especie de fuente de seda rebosante de flores blancas y plumas azul oscuro. «¡Plumas, siempre plumas...!».

—No les habré hecho perder el hilo, ¿verdad? ¿Con qué estaban ahora exactamente?

—Íbamos..., íbamos a hablar de las obras de reparación de la iglesia —aclaró la señora Young, regresando con esfuerzo a su libreta—. El punto más importante del orden del día.

—¿Qué ha ocurrido? —le susurró Savannah a Ruby—. ¿Hay problemas en el edificio?

—Un rayo alcanzó la torre el 16 de junio, a eso de la medianoche —contestó Ruby en el mismo tono—. No hemos podido celebrar los servicios religiosos en ella desde entonces.

—La reconstrucción comenzó hace casi un mes —le explicó el reverendo —, pero me temo que no está siendo tan sencilla como habíamos imaginado.

Dudo mucho que haya concluido el día de su enlace, pero no se preocupe; podremos celebrarlo en los jardines.

—¿Y cuál es el motivo de que las obras estén alargándose tanto? —quiso saber Grace.

—Al principio pensamos que los carpinteros de Silverville podrían hacerse cargo de todas las tareas —replicó Virginia Young—, pero las cosas no han salido como esperábamos.

—Hemos tenido que traer a un equipo de trabajadores de Oro City para levantar el andamio con el que se está interviniendo en la estructura de la torre —explicó Cross—. Eso ha hecho que prácticamente nos quedemos sin presupuesto porque, además del gasto de los materiales, hemos de encargarnos de la manutención de los obreros y su alojamiento en el saloon. Por suerte, el vecindario ha sido generoso en sus contribuciones, sobre todo en el caso de los Lawrence. —Miró a Ruby, que inclinó discretamente la cabeza—. Si no hubiera sido por su donación, probablemente habríamos tenido que paralizar la empresa.

—Se trata de un asunto de enorme importancia, desde luego —comentó Grace—. Una iglesia no solo es el símbolo de la fe de una comunidad, sino también de la unidad de sus feligreses. ¿Cuánto dinero les hace falta?

—Pues en este momento... no sabría decírselo a ciencia cierta —dijo el reverendo, sorprendido.

—Quinientos dólares —le interrumpió su ama de llaves, que hojeaba su libreta—. Eso sin contar el dinero que costará pintar el nuevo edificio y hacerlo amueblar por completo...

—¿Solo quinientos dólares? ¡Pensaba que la situación sería más grave! —Grace sacudió la cabeza, sonriendo—. No merece la pena que se preocupen por eso; yo misma me ocuparé de correr con todos los gastos de las obras.

La perplejidad de la congregación fue tal que nadie dijo una palabra. Ruby, que un segundo antes se había sentido secretamente orgullosa de sí misma, se quedó mirando a la joven con expresión horrorizada. Tampoco el reverendo Cross parecía creer lo que oía.

—Es usted muy amable, señora Mallory, pero su oferta es..., es excesiva, se mire como se mire. No me atrevería a aprovecharme de su altruismo nada más llegar...

—No es más que dinero —respondió Grace, encogiendo los hombros sin dejar de sonreír—. Me encantaría ayudarles de una manera menos materialista, pero me temo que es todo lo que mi esposo y yo tenemos: dinero que apesta al humo y el hierro de nuestros ferrocarriles. No obstante, quizá podría prestarles a mis criados para que les echen una mano a esos obreros cuando acaben con la reforma de mi casa. Doy por hecho que todas ustedes se acercarán a hacerme una visita para darla por inaugurada...

—No mientras siga siendo un antro de perversión —repuso Agnes Miller. Aunque lo dijo en un susurro, se la oyó perfectamente, pero Grace no pareció ofenderse.

—¿A qué se refiere, señora Miller? ¿Hay algo oscuro en mi casa que aún no conozco?

—Lo sabe bien. —La mujer se había sonrojado, pero siguió hablando sin que su voz flaqueara—: Por desgracia, todas estamos al tanto de lo que ocurrió entre mi hijo y esa Honey que ha tomado como protegida, esa mujerzuela sin vergüenza alguna...

—Honor —la corrigió Grace—. Se llama Honor Hensley, señora Miller. Espero que la llame así puesto que, para alivio de todas ustedes, ha abandonado su antigua profesión.

—Bueno, yo no pienso llamarla de ningún modo. ¡No hay ni pizca de honor en ella!

—Agnes tiene razón —terció Chastity Chadler—. Nadie duda de sus buenas intenciones, señora Mallory, pero tiene que entender que, cuando una dama acoge en su hogar a una perdida, se expone a que circulen toda clase de rumores sobre ella...

—Pero hasta Nuestro Señor se dejó lavar los pies por una. ¿No es esa una enseñanza con la que todas hemos crecido? —Grace miró al párroco—. ¿No aparece en las escrituras?

—Sí, efectivamente —reconoció el reverendo Cross, más incómodo a cada instante.

—Entonces, no veo por qué nosotras tendríamos que corregir a Nuestro Señor. Para mí, ayudar a un alma descarriada como Honor a alcanzar el perdón y la salvación resulta más cristiano que aportar unos pocos cientos de dólares para reconstruir una iglesia. El alma vale más que un montón de

madera, incluso cuando se trata de la de una perdida.

Nadie se atrevió a añadir nada después de esto, y hasta las niñas que cosían en una esquina abandonaron sus bastidores para mirarla con la boca entreabierta. Al cabo de unos segundos de absoluto silencio, el reverendo Cross tosió para aclararse la garganta.

—Bien, no cabe duda de que este vecindario estuvo de suerte cuando John Mallory decidió enviarla a Silverville. Gracias a su amable donación, la reconstrucción de nuestra iglesia probablemente estará concluida en la mitad del tiempo que habíamos estimado.

—Me alegra escuchar eso, sobre todo teniendo en cuenta que pronto tendremos la ocasión de inaugurarla. —Y Grace se giró con una sonrisa hacia Savannah, que había estado mirándose nerviosa las manos durante toda la conversación—. Su futuro cuñado me contó cuando nos conocimos que es usted de Denver, señorita Milton, igual que yo. Y el caso es que, cuanto más la miro, más familiar me resulta su cara. ¿No habrá trabajado usted en los escenarios? ¿Quizá como actriz o cantante de ópera o...?

—¿Qué? —balbuceó Savannah—. No, no, se equivoca... Yo solo era una sombrerera...

La sangre inundó sus mejillas cuando todas las caras se volvieron hacia ellas. Las señoras Chadler, Young y Miller se habían quedado muy quietas.

—Qué curioso —comentó Grace—, estaba convencida de que me sonaba de algo. Pero, en fin —sonrió aún más mientras se ponía en pie—, no cabe duda de que tiene un rostro muy hermoso, aunque se preste a confusiones. Y ahora será mejor que regrese a casa antes de que los Mitchell puedan echarla abajo con uno de sus martillazos. Me alegro de haberlas conocido, señoras. Dele recuerdos a su familia, señora Lawrence. Reverendo...

Abandonó el salón de baile con la misma desenvoltura con la que había entrado, como una reina que se hubiera detenido a charlar un rato con sus cortesanos. Pasó casi un minuto hasta que Chastity Chadler, con los ojos aún clavados en la puerta, comentó:

—Vaya, nunca pensé que diría esto, pero... es posible que nos hayamos propasado.

—Espero que te refieras a la señora Mallory y no a su sucia protegida, Chastity —le contestó Agnes Miller con cara de pocos amigos—. No sé a qué

piensa que está jugando.

—Es probable que todas las mujeres de la capital se comporten del mismo modo —dijo Virginia Young, y cerró airadamente la libreta—. Es inevitable que sea así, ya que se han convertido en auténticas cunas de perversión. Pero la señora Mallory debería recordar que, por muy moderna que sea, este sigue siendo un pueblo decente...

—Un pueblo que, si vuelve a contar con un sancta sanctorum, será gracias a ella —le recordó el reverendo Cross con pesar—. Si les interesa mi opinión, creo que lo mejor que podríamos hacer sería recordar lo que acaba de decirnos. Empiezo a pensar que la señora Mallory ha aparecido en nuestras vidas para hacernos comprender hasta qué punto hemos estado equivocándonos, incluso cuando lo que hacíamos nos parecía justo.

Como si fueran imanes de polos opuestos, los ojos de Cross se encontraron con los de Ruby y, mientras el reverendo abordaba con fingido interés el siguiente punto de la reunión, la joven casi sintió cómo el suelo oscilaba bajo sus pies. De todas las cosas alarmantes que podrían sucederles, nada le habría dado más miedo que leer en el rostro de uno de los aliados de su padre lo último que debería estar sintiendo: arrepentimiento.

CAPÍTULO VIII



Aquella tarde llegó tan desasosegada a casa que apenas pudo cenar y, cuando el reloj del vestíbulo anunció la medianoche con sus bostezos de bronce, Ruby aún seguía dando vueltas en la cama. Cada vez que cerraba los ojos veía a Grace Mallory con aquella sonrisa capaz de conquistar a todo Silverville que a ella, por el contrario, le parecía más mortífera que una espada. ¿Cómo era posible que el reverendo Cross, a quien había tenido siempre por una mente preclara, no se diera cuenta de lo peligrosa que podía ser?

Harta de desordenar las sábanas pensando todo el rato en lo mismo, acabó por abandonar la cama para tomar cartas en el asunto. Se envolvió en su batín de seda, se puso las zapatillas y se dirigió sin hacer ruido a la habitación situada en el extremo opuesto del corredor: el despacho de Max. Sabía que muchas noches se quedaba trabajando y aquella no fue una excepción; al empujar en silencio la puerta entornada, lo encontró inclinado sobre el enorme escritorio de caoba, absorto en la lectura de unos libros de cuentas que debía de haber traído del banco. La burbuja luminosa del quinqué dibujaba un

círculo dorado a su alrededor, oscureciendo tanto el resto de la habitación que Max no se dio cuenta de que su esposa había entrado hasta que se acercó a la mesa.

—Ruby —la saludó un poco sorprendido—. ¿Te ocurre algo? ¿No te encuentras bien?

—Solo me he desvelado, no te preocupes —contestó ella en voz baja. Echó un vistazo a los libros abiertos en torno a él como pájaros derribados—. ¿Qué haces?

—Asegurarme de que Travis, el nuevo cajero, ha aprendido a hacer las cosas en condiciones. —Max sacudió sobre un cenicero rebosante el cigarrillo que sostenía en la mano—. No sé para qué contrato más empleados si siempre acabo siendo yo el que hace horas extra en casa. Pero no pierdas el tiempo con eso; te resultaría muy aburrido.

Ruby se esforzó por no mostrarse ofendida. «¿Qué más les dará lo que haya dentro de nuestras cabezas? ¿Por qué va a interesarles mientras estas sean hermosas?».

—En realidad he venido para proponerte algo —dijo al cabo de unos segundos—. Me preguntaba si podrías hacerme una especie de favor personal... un poco comprometido.

—¿Un poco comprometido? —repitió él. Ruby asintió, cubriéndose más con el batín.

—Sé que esto te parecerá absurdo, pero quiero pedirte que contrates a los hombres que trabajan ahora en casa de los Mallory, ese Otho Mitchell y su nieto.

Aquello hizo enarcar las cejas a Max. Hacía tiempo que Ruby no lo veía con un aspecto tan poco atildado, aunque tenía que reconocer que le sentaba bien; con el pelo revuelto por la falta de gomina y la camisa abierta parecía un hombre mucho más joven.

—Ruby, eso no tiene sentido —contestó con la misma paciencia con la que le habría explicado a Verity que dos por cuatro son ocho—. Dudo que los Mitchell sepan siquiera hacer una división; además, acabo de decirte que he contratado hace unos días a Travis...

—Pues escribe a los banqueros de las ciudades cercanas. Estoy segura de que, si les dices que es una causa de fuerza mayor, conseguirás que les den

trabajo en otro sitio.

—La cuestión es que no lo es. No he hablado en mi vida con esos tipos, y tampoco creo que ellos estén interesados en marcharse a otra ciudad ahora que saben que tienen un salario asegurado en casa de la señora Mallory con la reparación del edificio...

—Ese es el problema, Max. La señora Mallory. —Ruby respiró hondo. Al dar otro paso hacia su marido, la gruesa trenza en la que se había recogido el pelo resbaló por su hombro—. No tienes ni idea de cómo es esa mujer. Sé lo que estoy diciendo: no es de fiar.

—A mí me pareció bastante inofensiva cuando la conocimos —respondió él, cada vez más sorprendido—. Cierto que resulta algo trasgresora, pero eso no tendría por qué...

—Creo que sospecha algo —siguió Ruby, empecinada—. No sé qué le habrá contado John de nosotros, pero no podemos permitir que empiece a hacer indagaciones.

—Ruby, ya hemos discutido ese tema. ¡No existe ninguna prueba que nos incrimine!

—Aun así..., no me gusta tenerla en este pueblo, no me gusta nada lo que me parece que está tratando de hacer con los vecinos. Primero fue el *sheriff* Campbell el que quedó fascinado con ella, ahora el reverendo Cross la considera una criatura angelical...

—¿El reverendo Cross? —Max no pudo contener la risa—. ¿También lo ha seducido?

—Ha descubierto su talón de Aquiles. ¿Puedes creer que se ha ofrecido a correr con todos los gastos pendientes de las obras de reconstrucción de la iglesia?

—Vaya por Dios. Si lo hubiera sabido, no me habría molestado en donar ni un dólar.

—¿Es que no lo entiendes, por el amor de Dios? —exclamó Ruby de repente—. ¡En apenas unos días Grace Mallory ha pasado de ser una completa desconocida a la estrella de Silverville! ¡Todo el mundo habla de ella y, si eso sucede nada más poner un pie en el pueblo, no quiero ni imaginarme qué ocurrirá cuando John se instale aquí! ¡Si no hacemos algo que la haga desistir de quedarse con nosotros, tendremos problemas!

—¿Eso es lo que pretendes? —preguntó Max—. ¿Hacerle la vida imposible para que se marche antes de que la mansión de los Mallory deje de ser una pura ruina?

—Si no cuenta con la ayuda de los Mitchell, no podrá encargarse por sí misma de las reformas —insistió Ruby—, y hasta que consiga traer a nuevos obreros me dará tiempo a demostrar al vecindario que no conviene tenerla aquí. Necesito tiempo, Max, solo eso.

El silencio que siguió a esto le pareció tan denso como la melaza. Durante un rato se limitaron a mirarse hasta que ella, sintiéndose terriblemente manipuladora, preguntó:

—¿Puedo contar con tu ayuda? ¿Querrás hacer lo que te pido... por mí?

—¿Y tú, Ruby? —preguntó Max sin quitarle la vista de encima. Había apagado el cigarrillo a medio consumirse en el cenicero—. ¿Qué estás dispuesta a hacer tú por mí?

Aunque no había elevado la voz, Ruby sintió cómo cada músculo de su cuerpo se tensaba. Solo pudo reaccionar cuando Max se incorporó para rodear la mesa.

—Me parece que ya te he entretenido demasiado. Siento haberte interrumpido; si quieres, podemos hablar mañana con más calma, cuando hayas regresado del banco...

—No te preocupes por el trabajo —dijo Max—. Le daré un voto de confianza a Travis.

—De todas formas, será mejor que me vaya. Debería echarle un vistazo a Verity y...

—Ruby —la cortó su marido, haciéndola guardar silencio—. Es casi la una de la madrugada y la niñera de Verity la acuesta a las ocho. Nadie más te necesita ahora.

«Es cierto —pensó ella un poco aturdida—, nadie lo ha hecho nunca, no como a mí me hubiera gustado». No pudo apartar los ojos de Max cuando se detuvo ante ella y alzó una mano para acariciarle una mejilla con delicadeza. Tenía los dedos tan suaves como los de una muchacha, los dedos de alguien que nunca ha trabajado más que con su cerebro.

—Vamos —acabó diciendo en voz baja—, ven conmigo. Te he echado de menos.

Sin esperar una respuesta, apagó el quinqué del despacho y condujo a Ruby de vuelta a su dormitorio. Cuando hubo cerrado la puerta a sus espaldas, se situó detrás de la joven para rodearle la cintura con los brazos. Muy despacio, comenzó a desatar la cinta de su batín mientras la besaba en el cuello con una suavidad que, no obstante, no consiguió que sus músculos se relajaran. Tampoco lo hizo la ternura con la que retiró el batín para que resbalara por su camisón de cuello alto, ni la pasión con la que le dio la vuelta para poder besarla en la boca. Sabía a tabaco y a una pizca de *whisky*, la mezcla que Ruby siempre tendría asociada a la noche de bodas que habían compartido en aquella misma habitación. Poco a poco, Max fue empujándola hasta hacerla caer de espaldas en la cama, rodeándole la cintura con los brazos como si fuera un ancla para él.

—Espera —se oyó susurrar cuando su marido se apartó para quitarse la camisa. Max la miró con prevención—. La..., la luz. Por favor..., ya sabes que...

No hizo falta que terminara la frase. Él compuso una mueca resignada, pero aun así se incorporó para apagar la lámpara de la mesilla antes de dejar caer su camisa. Un segundo más tarde, Ruby sintió cómo el colchón se inclinaba hacia la izquierda cuando se tendió a su lado. Rodeada por la oscuridad, aguardó con el estómago atenazado hasta que sintió que la mano de Max se posaba en su pierna y comenzaba a subirle el camisón.

Su primer instinto fue apartarse, pero él la reprendió con un «shhhhh», como a una niña maleducada, antes de seguir alzando la tela. Ruby contuvo el aliento cuando el borde de encaje del camisón le rozó los pechos, justo antes de que Max se inclinara para acariciárselos con los labios. «Mi Ruby —le oyó musitar—. Mi amor...».

Algo duro se apretaba contra la cadera de ella, algo que definitivamente no quería tener cerca aquella noche. La sensación de estar siendo cómplice de una inmoralidad la oprimía tanto que por un momento se sintió la persona más sucia del mundo. Cuando su mano descendió hacia su entrepierna, supo que ya era suficiente.

—No puedo —dijo de pronto, alejándose de él—. No puedo, Max. Lo siento, pero no.

Se bajó rápido el camisón, se levantó de la cama y, al encender la luz de

nuevo, vio que su marido la miraba apoyado en un codo con expresión perpleja.

—¿Qué ocurre ahora? ¿Es que te sientes mal? —Negó con la cabeza, y Max se puso también en pie—. ¿Vas a decirme qué te pasa o voy a tener que averiguarlo yo solo?

—Es que... esta clase de cosas, lo que quieres que hagamos... —La joven notaba cómo le ardían las mejillas. Nunca había sentido tanta vergüenza—. Me resulta tan inapropiado, tan...

—¿Inapropiado? —Max cada vez parecía más estupefacto—. ¿Me estás diciendo que lo que los matrimonios llevan haciendo desde que el mundo es mundo es inapropiado?

—Sabía que me harías esa pregunta. Lo siento mucho, de verdad, pero es que no sé cómo podría seguir mirando a la cara a las demás mujeres del Comité de Decencia si en la intimidad me comporto como una... —Se detuvo cuando Max abrió la boca, incapaz de dar crédito a lo que oía—. ¿Tanto te extraña que las mujeres bien educadas piensen así?

—¿Esas reprimidas que siguen empeñadas en usar camisones con agujeros? —espetó él sin poder contenerse, lo que hizo que Ruby lo mirara escandalizada—. ¿En serio crees que tienen razón al decir que estas cosas te arrastrarán al infierno? ¿Qué demonios hay de pecaminoso en que una mujer se deje acariciar por el hombre con el que está casada?

—Yo... Quizás tengas razón, pero aun así..., Max, no puedes pedirme que me olvide de lo que me enseñaron, no puedo dejar de pensar en que ya tenemos una hija y..., y...

—¿Es que no quiero hacer esto contigo para que tengamos más hijos! ¡Maldita sea, Ruby, lo único que te pido es que te relajes y me dejes demostrarte que puedo hacerte disfrutar! No te estoy pidiendo nada raro, solo... —Guardó silencio durante unos segundos antes de añadir—: sé que daría años de vida a cambio de que me miraras como Savannah mira a tu hermano. Que me dejaras conocerte de una vez.

Lo dijo con tanta sinceridad y tanta tristeza que Ruby sintió un extraño pellizco en el estómago. Ahí estaba uno de los hombres más poderosos de Silverville, despeinado como un muchacho y mendigando lo que sabía que no podría darle de ningún modo, y lo que sin embargo podría tomar a la fuerza si

se le antojara. «Estaría en su derecho —pensó Ruby, alarmada—, pero no lo hará. No soporta la idea de hacerme daño».

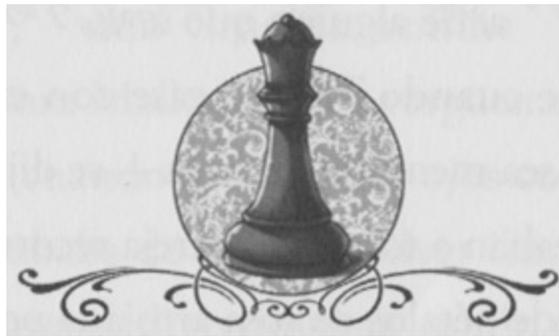
—Dime solo una cosa —insistió Max pasado casi un minuto. Ruby apartó los ojos con esfuerzo de los arabescos de la alfombra—. ¿Por qué me aceptaste hace seis años?

«Porque tenía que casarme. Porque mi padre me estaba presionando. Porque eras el único hombre al que podía mirar a los ojos sin sentir miedo». A su mente acudieron tantas respuestas que no pudo escoger una sola, y él pareció leer en ella como en un libro abierto, porque se agachó para recoger su camisa sin añadir nada más.

—Max —murmuró ella. Quiso poner una mano en su brazo, pero su marido pasó de largo y se dirigió en silencio hacia el corredor—. Lo siento, Max. Por favor, no te vayas...

No consiguió detenerle. De pie en el umbral del dormitorio, lo vio ponerse la camisa y alejarse, aunque no regresó a su despacho. Se perdió en las sombras que se apoderaban de la escalera y un minuto más tarde oyó cómo se abría y se cerraba la puerta de la casa, con un estruendo que en su cabeza sonó como el peor de los insultos.

CAPÍTULO IX



¿Qué se marchan? —dejó escapar una atónita Grace—. ¿Cómo qué se marchan?

Acababa de salir del dormitorio con los restos del desayuno que Honey le había subido media hora antes, dos amasijos chamuscados que pretendían ser unas tortitas, y la perplejidad casi hizo que se le cayera la bandeja. Los Mitchell, con unas chaquetas raídas y sus escasas pertenencias en sendas bolsas de arpillera, esperaban al pie de la escalera con una expresión parecida a la de un chiquillo al que su maestro ha sorprendido copiando. Despacio, Grace dejó la bandeja sobre el bargueño del vestíbulo.

—Mitchell, tiene que tratarse de una broma. Una de muy mal gusto, se lo aseguro...

—Lo sentimos mucho, señora —contestó el anciano, incapaz de mirarla a la cara—, pero estamos hablando en serio: tenemos que marcharnos esta misma mañana.

—¿Y puedo saber por qué, o prefieren hacerse los interesantes para que

les suplique que se queden? ¿Qué ha ocurrido en los últimos días para hacerles tomar esa decisión?

No obtuvo ninguna respuesta. Debatándose entre la perplejidad y la cólera, les adelantó para cerrar la puerta que Mitchell había abierto unos segundos antes.

—Espero, por su propio bien, que esto no tenga nada que ver con Honey. Solo me faltaba que un hombre hecho y derecho como usted sea tan cerrado de mente como las beatas del pueblo. Si es un problema de salario, podríamos tratar de negociar algunas...

—No, señora Mallory, no tiene nada que ver con el dinero. Es solo que tenemos que abandonar esta casa, y tenemos que hacerlo ya. La diligencia partirá de Main Street en menos de media hora y, si queremos estar en ella, no podemos perder ni un minuto más.

—Bueno, le aseguro que esto es lo más absurdo que he oído nunca. ¡No puedo entender cómo después de los años que han pasado en esta casa, de haber sido sus amos y señores mientras no había Mallorys aquí, deciden marcharse de la noche a la mañana!

Tampoco esta vez le contestaron, y a Grace no le quedó más remedio que observar con los puños apretados cómo abuelo y nieto abrían nuevamente la puerta, se despedían con un murmullo apenas audible y se alejaban hacia la cerca. Cuando la dejaron atrás, el joven Tom pareció estar a punto de volver la cabeza, pero su abuelo le puso una mano en la nuca para que siguiera caminando y poco después desaparecieron entre la espesura.

—Malditos pueblerinos desagradecidos —masculló la joven. Cerró de un portazo y se quedó ahí plantada con las manos apoyadas en las caderas hasta que un ruido en el distribuidor le hizo levantar la vista. Honey asomó la rizada cabeza desde lo alto.

—No puedo creerlo, señora. ¿Al final los Mitchell se han marchado así, de repente?

—Así, de repente. Ha sido una deliciosa manera de empezar el día —contestó mientras la muchacha bajaba la escalera de tres saltos—. Supongo que es cierto eso que suele decirse de que las ratas son las primeras en abandonar el barco cuando les parece que se va a hundir. No tengo la menor idea de cómo vamos a seguir adelante con la reforma.

—Si le sirve de consuelo, yo no pienso dejarla. —Y para su sorpresa, Honey la rodeó con los brazos—. Quizá tenga mejor mano con el martillo que con las cazuelas. Me alegro de que no haya probado el desayuno, ¡casi me morí de la vergüenza al subírselo!

De mala gana, Grace sonrió, dándole unas palmaditas en la cabeza, y después se quedaron observando desde una ventana la pradera que se extendía detrás de la propiedad. Lo último que los Mitchell habían hecho era despejar un amplio espacio en el centro en el que Grace les había ordenado construir un cercado, pero la reparación de los establos había quedado abandonada. Sacudió la cabeza con desaliento ante la visión de las pilas de troncos a unos metros de la puerta trasera de la casa.

—Puede que les haya exigido demasiado, pero eso no es razón suficiente para que se vayan como si tuviéramos la peste. ¿Dónde cree Mitchell que lo contratarán a su edad?

—Eso se lo puedo decir yo: en el banco de San Luis, un pequeño pueblo cerca de la frontera con Nuevo México. ¡Pensaba que al menos tendrían la decencia de contárselo!

Esto hizo que Grace la mirase con estupefacción. Su inquietud por el estado de los establos, que aún no pasaban de ser armazones, desapareció por completo.

—Pero ¿qué majadería es esa, Honey? ¿Quién sería tan idiota de contratarlos en...?

—A mí también me pareció raro, pero pensé que usted se encargaría de escribirles una carta de recomendación —contestó la chica, y se encogió de hombros—. La verdad es que no estaría tranquila teniendo mis ahorros en un banco en el que trabajasen esos dos.

—Ni tú ni nadie que los conociera. Si Mitchell apenas sabe garabatear su firma... Y en cuanto a su nieto, no es tonto del todo, pero no muestra interés por nada, salvo por ti desde que les dije que estarías... —De improviso, Grace se quedó callada—. Un momento, ¿ha sido Tom Mitchell quién te ha confesado todo esto? ¿Sabe su abuelo que estás al tanto?

—A menos que se pasara las noches con la oreja contra la pared, no creo —contestó la muchacha pícaramente—. De algo había que hablar mientras reponíamos fuerzas, ¿no?

Grace ni siquiera se mostró escandalizada. Se apartó de la ventana para acercarse despacio a la puerta del enorme salón de la planta baja, que estaba atiborrado con los cuadros, muebles y cajas de cartón que Honey y ella habían rescatado del desván. Dejó que su mano derecha vagara azarosa por el contenido de la que habían colocado sobre la mesa de caoba, llena hasta los topes de marcos, pisapapeles y novelas.

—La cuestión es que tienes razón: nadie en su sano juicio les ofrecería trabajar en un banco a menos que contaran con unas referencias falseadas. Empiezo a sospechar que el siempre elegante señor Lawrence ha tenido algo que ver con esta extraña jugada.

—¿Maxim Lawrence, El Del Hermoso Bigote? —Honey enarcó las cejas—. ¿Qué más le darán los Mitchell a alguien como él? Seguro que no ha cruzado una palabra con ellos.

—Quizá para él no era importante alejarlos de Silverville, pero para su esposa sí. Es la clase de cosa que Ruby haría: delegar en otros el trabajo sucio para no verse obligada a mancharse las manos. No soporta hacer nada incorrecto, por necesario que le parezca.

A juzgar por la expresión de Honey, el hecho de que su patrona se refiriera por su nombre de pila a la señora Lawrence le resultaba aún más extraño que la conclusión a la que había llegado. Grace devolvió a la caja una pecera hecha añicos antes de sacar con esfuerzo una plancha en la que, al soplar para arrancarle el polvo, reconoció un ajedrez.

—¿Sabes jugar, Honey? —Y cuando la muchacha negó con la cabeza, Grace lo puso sobre la mesa antes de seguir diciendo—: Es muy estimulante, sobre todo cuando te enfrentas a un oponente inexperto que comete el error de creerte aún más inexperto que él. No sabes la satisfacción que produce ver cómo se dedica a acabar con tus peones sin darse cuenta de que lo único que consigue es despejarle el camino a tu reina. —Y sacó la de color negro de entre las piezas desordenadas, observándola en la polvorienta claridad que entraba por los cristales—. Vamos a averiguar qué es capaz de hacer la blanca si a partir de ahora empiezo a mover piezas a las que ella nunca se rebajaría a acercarse.

CAPÍTULO X



Eran las seis y media pasadas, y el *sheriff* Campbell atravesaba al trote los campos que rodeaban Silverville de camino a su oficina. Acababa de despedirse de Carson y Ross, los ayudantes con los que había estado haciendo la ronda de costumbre por las granjas y los ranchos de los alrededores, y en ese momento se sentía curiosamente en paz consigo mismo. Aunque muy pocas personas lo habrían adivinado, la ruda torpeza del *sheriff* en las relaciones sociales escondía un profundo sentimiento de culpa que asomaba a la superficie cuando menos lo esperaba, como un cadáver que uno se empeña en enterrar, pero que la marea arrebató una y otra vez a la arena. A aquellas alturas había aprendido a mantener a raya los recuerdos que durante los últimos años se habían empeñado en hostigarle, convencido de que la mejor manera de convertirse en una figura de autoridad era actuar como si uno no tuviera ni una mancha en su pasado.

Lo verdaderamente extraño, reflexionó mientras dejaba atrás la granja de los Miller y la brisa procedente de las Montañas Rocosas le revolvía aún más

el pelo alborotado, era que por primera vez hubiera encontrado a una persona con la que no se sentía obligado a recurrir a máscaras. No había hablado de Grace Mallory con nadie, pero, desde que la conoció, su nombre no había dejado de aletear de un lado a otro de su cabeza. Al acompañarla a casa la noche en que cenaron con Sullivan, se había dado cuenta de que, además de hermosa, era astuta, descarada y divertida, cualidades que siempre le habían resultado atractivas pero que, en un lugar como Silverville, solo podían encontrarse en las mujeres de vida alegre. Dado que Campbell prefería evitar los burdeles por motivos que no estaba dispuesto a compartir con nadie, la aparición de aquella mujer había sido como un milagro hecho realidad, una especie de estrella fugaz en su universo cotidiano.

Tardó un rato en percatarse de que, inconscientemente, había hecho desviarse a su caballo hacia la colina sobre la que se alzaba su mansión. La noticia de la partida de los Mitchell había circulado por todo el pueblo y Campbell estaba seguro de que, si llamaba a su puerta, encontraría a Grace Mallory maldiciendo el día en que puso un pie en Silverville. Pero, cuando se hallaba a escasos metros de la propiedad, oyó un ruido de voces en los jardines que le hizo estirar el cuello por encima de la espesura. Su asombro no tuvo límites cuando reparó en tres hombres que, con las camisas arremangadas y unos pañuelos en la cabeza, trabajaban en los establos.

«No puede ser. ¿Quiénes son estos tipos y de dónde han salido?». Pensando que tal vez serían unos carpinteros del pueblo, se disponía a llamarles cuando el que estaba subido a una escalera se rio... y reconoció la carcajada de una mujer. «No se habrá atrevido a...».

—¡Pero si es el *sheriff* Campbell! —Uno de ellos se aproximó a la cerca y, al apartarse el pelo de la cara, Campbell reconoció a la dueña del burdel—. ¡Qué visita tan inesperada!

—*Madame...*, ¿*madame* Gardiner? —Su perplejidad hizo que las risas fueran aún más ruidosas. Casi se cayó del caballo al descender de él—. De todas las apariciones que ha habido en la mansión de los Mallory, esta debe de ser la más extraña...

—De aparición nada. —Honey bajó los escalones hacia él, ataviada con los mismos pantalones y camisa que las demás prostitutas. Rodeó con un brazo su cintura mientras se abría un poco el cuello con la otra mano—. ¿Quiere que

le demuestre que somos reales?

—No, Honey, no hace falta. Ya lo sé, es solo que no entiendo qué...

—La señora Mallory vino esta mañana al Silver Garden para hablar conmigo —le aclaró *madame* Gardiner—. Sus criados acababan de abandonarla y, como necesitaba terminar de reparar los establos, se le ocurrió que a lo mejor nosotras estaríamos interesadas en hacerlo.

—¿Interesadas...? Pero esto no tiene ni pies ni cabeza. —Campbell ató a su caballo a la cerca antes de adentrarse en los jardines—. ¡Si ustedes no saben nada de construcción!

—Bueno, la verdad es que no teníamos mucha idea al principio, pero la señora nos lo ha explicado todo antes de ponerse a martillar codo con codo con nosotras. Hemos avanzado mucho en unas horas; ya solo queda colocar la techumbre del segundo establo.

Señaló la pendiente en la que una prostituta con la boca llena de clavos se disponía a ajustar unos tablones. Aquello era tan desconcertante que Campbell seguía sin poder reaccionar, pero antes de que saliera de su asombro otra persona descendió los escalones por los que había bajado Honey. Era Grace Mallory, quien no pudo evitar romper a reír cuando él se quedó mirándola con la boca abierta. Hizo un amago de reverencia, sujetando el borde de una camisa masculina que caía sobre sus pantalones de montar.

—No pierda el tiempo adulándome, *sheriff*: sé que estoy irresistible —dijo. *Madame* Gardiner sonrió para sí antes de pasarle otro tablón a la muchacha que estaba subida en la escalera de mano—. ¿Viene a detenerme porque también esto es considerado inmoral?

—Descuide, no lo haría ni aunque todas las beatas de Silverville me amenazaran con una moción de censura —declaró Campbell. Era increíble que incluso así estuviera más arrebatadora que cualquiera de las mujeres que había conocido—. Desde luego, nadie podrá decir que no tiene recursos. ¡Esto no me lo habría imaginado en la vida!

—Eso es porque no hay nada que agudice más el ingenio que la necesidad. Ya verá como en unos cuantos días habremos dejado la propiedad irreconocible.

—Estoy convencido de que su marido se quedará de piedra cuando la vea. No creo que sea capaz de ponerle una sola pega al modo en que se ha hecho

cargo de la reforma.

—Eso espero. —Y sin dejar de hablar, Grace se agarró a su brazo para hacer que la siguiera—. Será mejor que venga conmigo si no quiere ponerse perdido de serrín. Podrá tomar una copa mientras me cambio y descansar un poco antes de seguir con su ronda.

También la escalera estaba cubierta por una capa de polvo tan densa que los pies se les hundían en ella. La joven había colocado unas páginas arrancadas de unos ejemplares de la Daily Denver Gazette sobre el suelo del distribuidor para evitar que se ensuciara. El sendero de papel doblaba hacia la derecha, guiándoles hasta una pequeña sala de estar que también debían de haber acabado de limpiar poco antes a juzgar por su olor a jabón. Grace sacó un vaso de cristal tallado y una botella de *whisky* de una pequeña cómoda de palo de rosa, y se los puso a Campbell en las manos.

—Sírvese lo que quiera. Me hubiera gustado que lo encontrase impecable, pero qué se le va a hacer... Supongo que los Sullivan se escandalizarían si vieran cómo está todo.

—En el fondo no son tan engreídos como usted cree —dijo el *sheriff*, conciliador. La joven dejó escapar un «¡ja!» antes de retirarse a una habitación adyacente que Campbell dedujo que sería el dormitorio principal—. No olvide que tanto Sullivan como Mallory se embarcaron hacia aquí sin nada más que un puñado de monedas. Por mucho que haya prosperado gracias a la mina, Sullivan no ha olvidado que también él fue un trabajador.

—Su yerno ha sido muy considerado recomendando a mis antiguos criados en uno de los bancos de los alrededores —la oyó contestar en un tono cargado de ironía. La puerta se había quedado un poco entornada y Campbell tuvo un repentino atisbo de su espalda desnuda cuando se desprendió de la camisa. No llevaba corsé, observó turbado—. Supongo que a mí también me considerarán tan filantrópica como a él desde ahora. De no haberles dado trabajo en mi casa a esas pobres mujeres, habrían tenido que marcharse del pueblo.

—Le aconsejo que tenga cuidado con las damas del Comité de Decencia —le advirtió el *sheriff* tras dar un sorbo a su *whisky*—. No imagina hasta qué punto manipulan a sus maridos, aunque ellos se engañen pensando que son quienes controlan la situación.

—¿Y de veras están de acuerdo con tanta mojigatería? —La joven se

inclinó para quitarse los pantalones y Campbell tragó saliva ante la visión de sus generosas caderas y sus piernas fuertes y esbeltas—. Me parece que la hipocresía de esas mujeres es una de las peores amenazas que penden sobre Silverville. Estoy segura de que a mí me apedrearían como a Honey si observaran por un momento las cosas que suceden entre John y yo en nuestro dormitorio, pero ¿quién hace más feliz a su marido?

Campbell tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano por alejarse de la puerta. Fue a apoyarse en la repisa de la chimenea, apretando con tanta fuerza el vaso que casi lo hizo añicos. «Es demasiado —pensó acaloradamente—, es demasiado en todo, demasiado viva y demasiado lista. Si se queda con nosotros, acabará descubriendo lo que le hicimos a su suegro más tarde o más temprano». Aunque ni siquiera aquel presentimiento pudo templar su ánimo. Al cabo de unos minutos, captó un susurro sobre la alfombra, y una sonriente Grace se acercó a él con el cabello suelto y arrastrando un batín de seda azul.

—Tal vez tenga razón y su aparición haya sido providencial —dijo Campbell con la mayor calma posible—. Quién sabe, quizá sea un soplo de aire fresco en Silverville.

—Si es así, me temo que ninguna de mis vecinas lo reconocerá. —Grace le cogió el vaso para apurarlo de un trago. Después sonrió de nuevo—. No me preocupa lo mucho que tarden en aceptarnos a John y a mí. Sé que no será fácil integrarnos después de que los Sullivan los hayan tenido comiendo de la mano durante años. Por eso me gustaría saber si puedo contar con usted, Campbell..., en el supuesto de que las cosas se torcieran.

—¿A qué se refiere? —preguntó el *sheriff*, confundido—. Estoy seguro de que los Sullivan son los primeros deseosos de retomar la relación con los Mallory...

«Hasta un niño de seis años lo habría dicho con más convicción que yo», pensó desalentado mientras seguía a Grace de regreso al distribuidor. El sol que entraba por las vidrieras arrancaba destellos a su pelo, el más negro que había visto nunca.

—No me malinterprete: sé que los Sullivan no son una amenaza. Pero no apostaría ni un dólar por la integridad moral de esas damas que se consideran a sí mismas unas santas.

—Por eso no tiene que preocuparse. —Campbell esbozó una sonrisa

torcida—. Dudo que planeen asaltar la mansión armadas con horcas y palos para acabar con sus criadas.

—Espero que no lo hagan, por su propio bien. Puede decirles, por si acaso, que en mi mesilla tengo guardada un arma más peligrosa que una horca o un palo. —Y diciendo esto, Grace se puso de puntillas para darle un beso en la mejilla—. Hasta pronto, *sheriff*.

Apartarse de ella le supuso un esfuerzo atroz, pero Campbell consiguió descender la escalera con cierta dignidad y, tras despedirse de las mujeres que seguían trabajando en los jardines, subió a su caballo y lo espoleó hacia Silverville, sintiéndose el peor de los hombres al pensar que no lamentaría que John Mallory no regresara nunca de Denver.

CAPÍTULO XI



Durante toda la tarde, Grace y las chicas del Silver Garden continuaron cargando tablones, martilleando, lijando y barnizando, y para cuando el sol comenzaba a ponerse, los dos establos estaban reparados. Solo se habían detenido para improvisar una cena con unas tostadas preparadas por Honey y salvadas por Grace de la incineración cuando la chica no miraba, de modo que, cuando por fin regresaron a la casa, estaban tan cansadas que lo último que querían era moverse para coger más comida. Fueron a instalarse en el salón de la planta baja, que también había recuperado su antiguo esplendor: las cortinas de terciopelo azul relucían, los arabescos de la alfombra oriental habían vuelto a salir a la superficie y el papel pintado de las paredes, restregado por Grace hasta despellejarse las manos, casi parecía recién colocado. Íntimamente pensaba que el antiguo dueño de la mansión habría puesto el grito en el cielo si hubiese visto su salón ocupado por cuatro prostitutas despeinadas con pantalones polvorientos, pero el entusiasmo de Honey por volver a tener a sus amigas con ella era tan intenso que había acabado contagiándose.

—Me temo que vuestra nueva profesión no puede ser más distinta de la anterior —dijo, observando a las tres chicas, perezosamente acomodadas en el diván—. Ya sé que deseabais dejarla atrás, pero en el Silver Garden solo teníais que trabajar por las noches...

—Preferiría reparar diez establos a pasar una sola hora haciendo aquello —contestó una de las muchachas, medio hundida en un mar de cojines—. No quiero decir que todo fuera malo, *madame* Gardiner, pero ya he tenido suficientes hombres entre mis piernas.

—Lo entiendo, Sugar —la tranquilizó la mujer. Grace y ella se habían sentado a una mesita situada delante de uno de los ventanales para jugar al ajedrez. *Madame* Gardiner, que hasta entonces había creído que se le daba bien, perdía espectacularmente—. Siempre he pensado que una joven no debería dedicarse a esto más que unos años, diez como mucho. Si el negocio no se hubiera ido a pique, yo misma os habría despedido con una buena compensación para que pudierais encontrar un marido en algún otro pueblo.

—Me habría matado del disgusto si hubiera hecho eso —le aseguró Honey—. ¿Quién querría atarse a un único hombre teniendo a tantos vaqueros con los que entretenerse?

—Honey, de verdad, eres incorregible. Si no supiera que siempre estás bromeando...

—Ahora no, *madame* Gardiner. Me encantan las manzanas y cada vez que paso por la granja de los Miller me guardo un par en el vestido, pero eso no conlleva que me apetezca pasarme el resto de la vida comiéndolas. ¡Menudo menú aburrido sería ese...!

Las otras muchachas rompieron a reír. Susan Sharpies, a la que *madame* Gardiner se había referido como Sugar, tenía el pelo y los ojos castaños y una marca de nacimiento marrón oscuro a la derecha de la boca, pero aquella era su única imperfección; parecía uno de los señoriales figurines de una revista de moda. La otra chica, Petunia Wilcox, a la que todas llamaban Pepper, no era tan hermosa como ella, ni tan despierta en opinión de Grace. Su cabello pelirrojo estaba más cerca del color de las zanahorias que el castaño rojizo de los Sullivan, y sus pequeños ojos grises eran un poco estrábicos, lo que le daba un aire de permanente despiste. Era la que menos había hablado en toda la tarde, y a eso de las nueve y media se retiró a su dormitorio argumentando

que no podía con su alma.

—Lo cierto es que no está en su mejor momento —le dijo *madame* Gardiner a Grace mientras despejaban el tablero para volver a colocar las piezas—. La pobre Pepper... Hace unas semanas dio a luz un niño, pero nació muerto; creemos que se asfixió con el cordón.

—Ahora entiendo por qué está tan triste. Sin embargo, no deja de ser extraño que se quedara embarazada habiendo tantos métodos para impedirlo. —Grace colocó uno de los peones en su casilla—. Dudo que a día de hoy exista un burdel en Colorado que no cuente con una provisión de polvos de *madame* Restell para que sus chicas los tomen cada día.

—Vaya, no esperaba que supiera tanto sobre nuestras prácticas —contestó la mujer con visible sorpresa—. Daba por hecho que las damas respetables como usted...

—¿Sugar también ha sufrido algún percance? —Cambió de tema Grace—. Esta tarde ha estado barriando conmigo la escalera y me pareció que cojea un poco del pie derecho.

—Tuvo un accidente, sí, pero fue hace más de un año. —*Madame* Gardiner bajó la voz para que Sugar, que estaba riéndose con Honey, no la oyera—. Era bailarina en uno de los pueblos cercanos y tenía tanto éxito que no necesitaba subir a los clientes a su habitación. Los mineros de la zona hacían cola para valsear con ella por un dólar cada uno y, según la propia Sugar, ganaba más en una noche que ellos en un mes.

—Déjeme adivinar lo que ocurrió: un mal paso en el escenario, un tobillo roto y una fulgurante carrera truncada justo cuando empezaba a reportarle comodidades.

—Trató de retrasarlo cuanto pudo, pero al final no le quedó más remedio que hacer lo mismo que todas. Sugar es un encanto, pero es orgullosa... y, como no soportaba tener que rebajarse con los que habían sido sus aduladores, prefirió mudarse a otro pueblo en el que nadie hubiera oído hablar de ella. Llamó a mi puerta hace año y medio, poco después de Navidad. Al principio le costó bastante acostumbrarse a su nueva vida, mucho más que a Pepper, que simplemente continuó con la tradición de su madre y de su abuela...

—Me extrañaría que existiese una mujer a la que no le costara —reflexionó Grace. El ajedrez había sido olvidado por completo—. Salvo

Honey, que parece ser muy vocacional.

—Supongo que sí —se rio *madame* Gardiner—. Sugar y Pepper la miman demasiado y siempre suelen cederle los clientes más jóvenes y guapos. Pero creo que, si dependiera de ella, se los llevaría a todos a la cama; no se imagina cómo le entusiasman los pantalones.

—Me hago una idea. El nieto de mi antiguo jardinero debió de descubrir un mundo nuevo gracias a ella. —La joven la miró con interés—. ¿Y qué puede contarme sobre usted?

—¿Sobre mí, señora? No gran cosa, no le voy a mentir. Solo soy una *madame* más de la Frontera, una antigua prostituta que se las ingenió para prosperar con los años y...

—No —la interrumpió Grace—. No le estoy preguntando por la *madame* Gardiner de Silverville, sino por la que tengo ante mí. ¿Quién era antes de instalarse aquí?

Aquello pareció descolocarla durante unos segundos, aunque finalmente contestó:

—Una chica normal. La hija del maestro de Queen's Canyon, una pequeña ciudad del norte; al acabarse la plata en esa región, se convirtió en un pueblo fantasma. Estaba prometida a un granjero casi desde que éramos niños, pero cuando tenía dieciséis años me atacaron unos vaqueros borrachos al dirigirme a la escuela de mi padre con unos libros.

Se pasó una mano por la frente, en la que el paso de los años empezaba a estampar su firma. También había pequeños ramilletes de arrugas alrededor de sus ojos.

—Usted aún lleva poco tiempo en Silverville, pero ya se habrá dado cuenta de cómo son las cosas en los pueblos como este: nadie perdona, nadie olvida, incluso cuando lo que te sucede no es culpa tuya. Mi prometido no quiso volver a tocarme y, cuando mi padre murió, no me quedó nada que me atara a Queen's Canyon, así que me marché...

—Y al igual que Sugar, empezó de nuevo en otro pueblo donde nadie supiera quién había sido antes de convertirse en una paloma sucia —adivinó Grace sin dejar de mirarla.

—Fueron unos años azarosos en los que no dejé de viajar de un lugar a otro, hasta que reuní el dinero necesario para abrir mi propio negocio —

continuó *madame* Gardiner. Miró a Honey y Sugar, recostadas en el diván con aspecto cansado pero feliz, y esbozó una sonrisa—. Sé que puede sonar un poco ridículo, pero solo ha sido en los últimos años, gracias a esas muchachas, cuando he tenido la sensación de contar con una familia. Por eso me prometí cuidarlas hasta mi último aliento y hacer por ellas lo que nadie hizo por mí cuando era casi una niña: tratar de que sigan sonriendo, pese a todo.

—Honey, Sugar y Pepper... Entiendo lo del Silver Garden teniendo en cuenta cuál es su apellido, pero quizás habría sido más lógico llamarlas Holly, Sunflower o Poppy...

—Al principio lo pensé, pero no tenía sentido. A los hombres no les interesan las flores ni las plantas, sino lo que puede extraerse de ellas.

«Lo que no les interesa es conocer a las mujeres por las que pagan —pensó Grace—, porque les da miedo. Temen descubrir que en el fondo están tan perdidas como ellos».

—*Madame* Gardiner es la persona más exagerada del mundo —oyeron decir a Honey desde el diván—. No todos son tan cretinos, ¿verdad, señora? Yo he estado con algunos que me han tratado muy bien y casi han hecho que me doliera la tripa de tanto reírme con lo que me contaban. Y estoy segura de que su marido es un hombre como Dios manda.

—Bueno, te diría que también sabe hacerme reír, pero como sé que no es lo que quieres escuchar, añadiría que es... —Grace reflexionó un segundo— insaciable.

—Esto promete —se emocionó Honey mientras Sugar se echaba a reír—. Aunque no creo que al *sheriff* le haga muy feliz saber que está tan satisfecha con su John. Lo hemos hablado esta tarde después de que se marchara: la mira como si fuera a devorarla, señora.

—Y no sabe lo afortunada que es, porque nos tiene locas —suspiró Sugar—. Lo malo es que se hace mucho de rogar... ¿Sabe que solo fue al Silver Garden en tres ocasiones?

—Vaya, no puedo creer que un representante de las fuerzas del orden sea tan recto.

—Lo que dice Sugar es verdad —reflexionó *madame* Gardiner—. Campbell solo nos iba a visitar cuando se enteraba de que tenía una chica

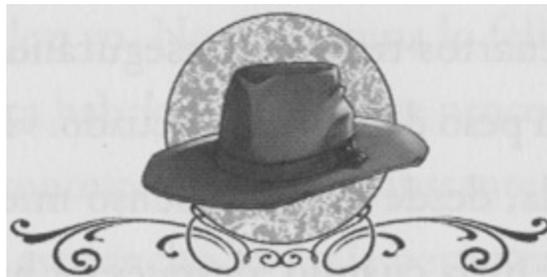
nueva, pero lo único que hacía era echarle un vistazo, tomarse una copa y regresar a su casa. Es un misterio para nosotras.

—¿En serio hacía eso? Parece casi como si estuviera buscando a alguien, ¿verdad?

Grace se había quedado mirando las estrellas que despuntaban detrás de los cristales con el ceño fruncido, pero se recompuso cuando Honey se levantó con una pirueta.

—Sea como sea, ahora sabemos que lo veremos a menudo por aquí. Con un poco de suerte, conseguirá entenderse con el señor Mallory cuando venga y entonces tendremos dos caballeros en vez de uno. —Y suspiró de placer mientras se dirigía hacia la escalera—. Hágame caso, señora. Necesitamos hombres en esta casa, ¡y los necesitamos ya!

CAPÍTULO XII



Honey no tardó en ver cumplido su deseo, aunque no fue John Mallory quien se presentó en la mansión aquella noche. Eran cerca de las dos de la madrugada y Grace estaba ante la mesa de la cocina con el batín encima del camisón, poniéndose al día con las cuentas de la casa. Se dedicó a anotar a la luz de un candil los gastos producidos en los últimos días: las herramientas con las que los Mitchell habían empezado la reforma, la madera con la que las chicas del Silver Garden habían reparado los establos, la pintura con la que pensaban devolver a la casa su color encarnado... El total superaba en medio centenar de dólares lo que había previsto, y la joven suspiró subrayando dos veces la cifra.

Aunque sabía que podía permitirse gastar mucho más, no contaba con tener que regresar a Denver tan pronto para obtener más dinero de los Mallory. Sus dedos rozaron sin darse cuenta un colgante que caía por dentro de su camisón, una llave de plata que parecía bastante antigua pese a haber sido limpiada a conciencia, y se disponía a devolver el libro de cuentas a la estantería cuando le pareció oír un crujido en el exterior.

Se quedó quieta como una estatua, todavía con la llave entre los dedos. Clavó los ojos en los cristales de la cocina, pero el cielo estaba tan oscuro que lo único que se reflejaba en ellos era la lágrima luminosa de la lámpara. Aun así, ella sabía que había oído algo y no tardó en repetirse: otra vez el crujido de las malas hierbas que aún quedaban por arrancar en la trasera de la casa. Era posible que no fuera más que un gato hambriento, pero pese a ello se puso en pie y, sin hacer más ruido que el fantasma más silencioso, abrió poco a poco la puerta para poder asomarse a los jardines.

Faltaban un par de días para que la luna se convirtiera en una enorme moneda y la pradera relucía como un mar de plata, meciéndose suavemente con la brisa que agitaba las trenzas de Grace. Fue deslizándose hacia el lugar en el que le parecía haber captado aquel sonido, pero aparentemente todo estaba en orden. La maciza silueta de los establos se recortaba como una sombra negra contra el cielo espolvoreado de estrellas. El riachuelo era una serpentina reluciente que temblaba como si alguien soplara sobre él, y los tejados de Silverville se extendían más allá como una frontera paralela a la de las montañas...

Fue entonces cuando lo vio moverse, y eso la hizo retroceder de manera instintiva hacia las sombras. Una silueta oscura rodeaba los establos, caminando tan sigilosamente como Grace y desapareciendo de su vista un segundo más tarde. La joven dejó escapar el aliento que había retenido y, tras dudar un momento, se arremangó el batín y el camisón para que no rozaran la hierba mientras avanzaba paso a paso en esa dirección.

«Lo que me faltaba: un ratero de tres al cuarto. —Casi enarcó una ceja cuando dobló la esquina del primer establo y se encontró a un par de metros del intruso, que se había puesto de rodillas para hurgar con un alambre en la cerradura. Aunque estaba de espaldas a ella, advirtió que era un hombre con una melena tan enmarañada que casi le llegaba por la mitad de la espalda—. Lo siento, amigo —pensó Grace mientras se agachaba para coger un listón que las chicas no habían llegado a usar—. No dudo de que te encuentres en un apuro, pero con lo de la iglesia ya me he ganado mi parte del cielo».

El golpe fue tan contundente que el ladrón ni siquiera pudo gritar. Cayó sobre la hierba cuán largo era, y lo era mucho; Grace imaginó que le sacaría casi una cabeza. Se acercó con calma para examinarlo, aunque al estar de

bruces no podía verle la cara. Se preguntaba por qué se le habría ocurrido saltar precisamente su cerca cuando le llegó el sonido de una ventana al abrirse. Al parecer, el ruido había alarmado a *madame* Gardiner, que se había asomado a echar un vistazo con una novela abierta en una mano.

—¿Señora Mallory? —Estiró la otra para coger unas gafas y Grace comprendió que era miope—. Con esas trenzas podríamos haberla confundido con una india.

—Siento haberla despertado —se disculpó la joven—, pero como puede ver, ha sido una suerte que el insomnio se colara en mi cama esta noche. Tenemos visita.

Hasta que no señaló con la barbilla el bulto inerte que yacía a sus pies, *madame* Gardiner no reparó en que no estaba sola. Se tapó la boca con la otra mano, horrorizada.

—Santo Dios, señora. ¿Eso es..., es un hombre? —Dejó la novela en la mesilla—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Ha tratado de hacerle algo? Espéreme, ahora mismo bajo.

No tardó en salir a los jardines por la puerta de la cocina, seguida unos segundos más tarde por Honey, Pepper y Sugar, que bostezaban con el pelo revuelto. Tal como su patrona había imaginado, aquello se convirtió en un gallinero en cuestión de un instante.

—Oh, cielos, no me lo puedo creer... —Pepper se santiguó—. ¿Está muerto, señora?

—¿Lo ha matado usted? —preguntó Sugar con los ojos muy abiertos. Grace habría jurado que había más admiración que miedo en ellos—. ¿Cómo ha conseguido reducirlo?

—No es difícil hacerlo cuando el intruso en cuestión está en cuclillas —contestó la joven, y dejó caer el listón sobre la hierba—. Lo cierto es que no creo que hayamos estado en peligro en ningún momento; no pretendía saquear la mansión, sino los establos. Supongo que no será más que un cuatrero que necesitaba conseguir una montura cuanto antes.

—Debió de pensar que teníamos más caballos aparte de ese pobre animal que tira de la calesa —coincidió *madame* Gardiner. Se giró hacia Honey, que parecía encantada con el incidente—. No os quedéis ahí de pie como pasmarotes, ¡id a por el candil de la cocina!

Mientras la muchacha corría de regreso a la casa, Grace le dio la vuelta al hombre con una zapatilla. Sugar, Pepper y *madame* Gardiner retrocedieron cuando dejó escapar un quejido, aunque no hizo ningún movimiento ni siquiera cuando Honey le acercó la lámpara caliente a la cara. Se dieron cuenta entonces de que era joven, apenas unos años mayor que Grace, aunque la larga barba rubia, tan enredada como su melena, ocultara sus facciones.

—No me lo puedo creer, ¡es guapísimo! —chilló Honey, emocionada.

—Es difícil de decir, con tanto pelo —comentó Sugar cruzándose de brazos—. Podría tener toda la cara picada de viruelas y ni siquiera nos daríamos cuenta. Menuda facha...

—Me recuerda a Smith, aquel granjero que nos visitaba en primavera —dijo Pepper.

—Más quisiera él —replicó Honey, agachándose a su lado—. Estuve con Smith en un par de ocasiones y estaba tan gordo como un pavo el día antes de Acción de Gracias. Mirad qué brazos. —Le arremangó un poco una manga de la mugrienta camisa—. Santo Dios, cómo podría agarrarnos un hombre así. Estos músculos parecen estar hechos de hierro.

Sin decir nada, Grace se agachó enfrente de Honey. *Madame* Gardiner frunció un poco el ceño cuando la vio levantar uno de los párpados del hombre. Tenía los ojos de un castaño muy claro, lo cual pareció decepcionarla un poco, a juzgar por su expresión.

—Y con unas manos de este tamaño, no me quiero ni imaginar cómo tendrá todo lo demás. Esto es como un regalo de Navidad por adelantado. —Honey miró a Grace con ojos brillantes—. Señora, ¿podemos quedarnos con él? Por favor, por favor, diga que sí...

—Pero ¿qué demonios estás diciendo, Honey? —exclamó *madame* Gardiner—. ¡Este tipo es un criminal que podría habernos cortado el cuello a las cinco esta misma noche!

—Qué exagerada. La señora acaba de asegurar que lo que le interesaba eran los establos.

—Eso no hace que deje de suponer un peligro para nosotras. Lo que tenemos que hacer es maniatarlo antes de que se despierte y avisar de inmediato al *sheriff* Campbell de lo que ha sucedido. Estoy segura de que la señora estará de acuerdo, ¿me equivoco?

Grace ni siquiera la escuchó. Se había quedado mirando un tatuaje que rodeaba el brazo derecho del hombre y en el que Honey no parecía haberse fijado. Era una delgada franja de color negro, como un brazalete decorado con unos caracteres que a las chicas les habrían resultado incomprensibles. Por alguna razón, aquello dejó a Grace pensativa durante un rato, aunque, cuando *madame* Gardiner volvió a hablarle, contestó:

—Creo que está en lo cierto: tenemos que avisar al *sheriff* cuanto antes. Pepper, por favor, ve a la despensa a por un par de cuerdas. Honey me ayudará a atarle mientras sigue inconsciente. —Pepper asintió y echó a correr hacia la cocina, agitando su cabellera roja—. Sugar, tú irás a casa del *sheriff* para hacerle venir con sus hombres. Puedes coger la calesa; me quedaré más tranquila si no vas a Silverville a pie. Todavía no sabemos si este hombre se encuentra solo, y los bosques son un refugio perfecto para los rufianes.

—Vaya, no sabe cómo me alegro de no ser la única con sentido común —suspiró *madame* Gardiner mientras Sugar, dichosa por ir en calesa, subía cojeando a su cuarto para ponerse un batín—. En estos casos lo mejor es contar con el apoyo de la ley.

—No es sentido común, sino una intuición especial que me permite reconocer las oportunidades en cuanto aparecen en el horizonte —dijo Grace, poniéndose en pie—. No se hace una idea de lo útil que me resultará esta. Entre otras cosas, me permitirá acercarme más al *sheriff* Campbell; estará encantado de ejercer de caballero protector con nosotras.

—Supongo que no nos vendrá mal contar con apoyos en el pueblo —declaró *madame* Gardiner, aunque parecía dubitativa—. Pero ¿qué pensará el señor Mallory de su amistad?

—Que es uno de mis mejores movimientos. ¿Quién cree que me enseñó a jugar al ajedrez? —Y sin darle más explicaciones, Grace cogió una de las cuerdas que le trajo Pepper y entre Honey y ella comenzaron a atarle las muñecas al desconocido.

CAPÍTULO XIII



La oficina del *sheriff* era una habitación poco mayor que el dormitorio de Grace, una de esas construcciones de ladrillo que parecen hechas a toda velocidad y en la que los únicos lujos consistían en una estufa de hierro que ascendía hasta el techo encalado y unos muebles desparejados de madera oscura. El escritorio de Campbell se encontraba al fondo, debajo de un enorme mapa del estado de Colorado y una colección de carteles amarillentos de los malhechores más buscados, y a la izquierda unos barrotes separaban la oficina propiamente dicha de la parte destinada a servir de celda a los criminales. No había en ella más que una jarra, un orinal, un taburete y un montón de paja en la que se había acomodado el ladrón, con la espalda apoyada en la pared como si estuviera agotado.

—Si no supiera que la señora Mallory se encargó de suavizarte por su cuenta, diría que los años te han vuelto manso como un cordero. —Campbell esbozó una sonrisa y se acercó despacio a la celda—. Quién iba a decir que te dejarías caer por nuestro pueblo...

El hombre ni siquiera se molestó en contestarle. Había agarrado la jarra

para ver si aún quedaba algo de agua en ella, indiferente a lo que le decía el *sheriff*.

—William James Spencer, Will Spencer —continuó este—. Más conocido entre los bandidos de las Montañas Rocosas como Bill Mustang. Perseguido en cuatro estados y finalmente capturado en Utah el año pasado. Acusado de cuatrismo, robo de ganado y asalto a trenes y diligencias que hacían el trayecto desde Kansas City hasta Salt Lake City...

—Nunca he asaltado un tren —espetó el bandido sin perder la calma. Era lo primero que le oían decir, y su áspero tono delataba que hacía mucho que no hablaba con nadie.

—No trates de hacerte el santo ahora —intervino Carson, de pie junto a su jefe—. Como si no supiéramos que la banda de los Rivers nunca ha tenido escrúpulos. ¿O es que vas a negar que diste más de un golpe con ese hatajo de cretinos antes de desaparecer del mapa?

—Por lo que veo, estuvo dos años en paradero desconocido. —Campbell había cogido una hoja de su escritorio y la leía con atención—: Desde 1869 hasta 1871, momento en que las autoridades de Utah volvieron a saber de sus actividades. Al parecer lo cogieron cuando estaba a punto de vender un importante cargamento de rifles robados a una tribu de pieles rojas al sureste del país. —Su mirada se incendió—. No hay nada que me haga desconfiar más —continuó en voz queda— que un hombre capaz de negociar con los indios. Si su conciencia le permite eso, le permitirá cualquier otra cosa.

—Apuesto a que se lo hicieron pagar en la prisión de Salt Lake City —soltó Ross con desprecio—, pese a que se le haya olvidado muy pronto aquella lección. Por suerte, nos ha hecho pasar un buen rato esta noche: ¡el famoso Bill Mustang vencido por una mujer!

Campbell y Carson se echaron a reír de buena gana, pero cuando se giraron hacia Grace vieron que no les estaba prestando atención. Había apoyado los codos sobre el escritorio del *sheriff* para observar los carteles de los malhechores. Tenía un aspecto decididamente fuera de lugar, con su vestido de terciopelo azul oscuro y el recogido que Sugar le había hecho antes de que acompañara a Carson y Ross a la oficina.

—Señora Mallory —dijo Campbell, y eso la hizo regresar al mundo real—. Aunque ya se lo haya dicho en su casa, no se imagina lo impresionado que

estoy. Sabía que era una mujer de armas tomar, pero no creo que hubiera muchas capaces de hacer algo así.

—No me felicite solo a mí, *sheriff* —sonrió ella—. Le recuerdo que somos cinco mujeres en la mansión de los Mallory ahora mismo. Sin la ayuda de mis chicas, puede que no me hubiera atrevido a enfrentarme a él. ¡Quién sabe lo que me hubiera hecho...!

—Honey tiene agallas, desde luego —musitó Carson, y tanto él como Ross se rieron.

—Bueno, ya me encargaré de transmitirles también a ellas mis felicitaciones. —El *sheriff* se sentó al otro lado de la mesa y se puso a rebuscar entre sus papeles—. No la voy a retener mucho más; me imagino que estará deseando descansar, pero es necesario que nos ocupemos antes de un par de formalidades. Lo único que tiene que hacer es firmar estos papeles para que nos encarguemos de tramitar la denuncia mañana por la mañana.

—¿Los juicios por allanamiento de morada se celebran en el pueblo? —quiso saber Grace mientras examinaba los documentos—. Tenía entendido que solían ser en Denver.

—Depende de qué morada sea y de lo que suceda durante el allanamiento. En este caso, como no ha pasado de ser una tentativa, no será necesario que desviemos el caso a la capital para que lo juzgue un tribunal popular. Podremos hacerlo aquí, en Silverville.

Grace se volvió hacia la celda. Bill Mustang se había sumido en su silencio habitual, con la cabeza reclinada contra la pared y los ojos cerrados. Parecía extenuado.

—¿Qué será de este hombre cuando lo condenen? —le preguntó a Campbell.

—Lo encerrarán de nuevo, esta vez en Denver. No se preocupe por eso —añadió al darse cuenta de que la joven había fruncido un poco el ceño—, no tiene que temer ninguna represalia por su parte, le doy mi palabra. Va a pasar una buena temporada a la sombra.

—Si cree que eso me preocupa, es que aún no me conoce lo suficiente —contestó Grace con una dulce sonrisa—. Pero no estaba pensando en mi seguridad, sino en que puede que la prisión sea un castigo desproporcionado. Usted mismo ha dicho que no ha pasado de ser una simple tentativa. ¿Merece

la pena poner a un hombre a picar piedra por algo así?

Durante unos segundos, los tres hombres se limitaron a mirarla con perplejidad, y hasta Bill Mustang abrió los ojos. Por fin, Campbell se aclaró la garganta para comentar:

—Mi querida señora Mallory, no dudo de que sea usted tan desprendida y generosa como todas las de su sexo, pero me gustaría que entendiera la gravedad de la situación...

—La entiendo perfectamente. —La sonrisa de Grace fue tan radiante que a Campbell le costó no perder los papeles ante sus subalternos—. Estamos de acuerdo en que este hombre ha demostrado estar más que dispuesto a burlarse de la ley en docenas de ocasiones. El simple hecho de que se aliara con criminales de esa calaña —señaló un cartel con tres rostros huraños bajo los cuales se leía el apellido Rivers— da buena cuenta de su catadura moral. Sin embargo, según lo que le he oído antes, ha pasado el último año en la cárcel a causa de sus negocios con los indios. ¿Qué sentido tiene que lo metan otra vez en una celda si, por el contrario, podría estar haciendo algo más útil?

—¿Algo... útil? —Campbell no parecía entender nada. Miró brevemente a Carson y a Ross, tan confundidos como él—. ¿De qué está hablando, señora Mallory?

—Se trata solo de que a partir de ahora voy a necesitar a unos cuantos hombres que sepan de caballos, *sheriff*. Y doy por hecho que un cuatrero debe de ser todo un experto.

Esta vez sus ojos sí se encontraron con los de Mustang. Los del bandido mostraban estupefacción; los de Grace, la calma de quien está acostumbrado a salirse con la suya.

—Ross, Carson —dijo al fin Campbell—, quiero hablar a solas con la señora Mallory. Aseguraos de que se comporta como es debido hasta que acabemos.

Sus ayudantes asintieron antes de darles discretamente la espalda. Grace se esforzó por no sonreír más de lo necesario cuando Campbell se inclinó para agarrarle las manos.

—¿Se da cuenta de lo que me está pidiendo? ¿De verdad cree que una persona con sentido común le abriría las puertas de su casa a quien ha estado a punto de saquearla?

—Puesto que lo dejé inconsciente cuando estaba tratando de entrar en los establos y que aún no cuento con ningún caballo, técnicamente no ha saqueado nada —respondió la joven en un tono tan quedo como el del *sheriff*. Acarició los dedos de Campbell con la cabeza ladeada—. Le agradezco mucho que se preocupe por mí, pero créame cuando le digo que sé cómo cuidar de mí misma: los listones de madera no son mi única defensa.

—Ya me lo figuro. A estas alturas, la imagino capaz de detener a una banda entera.

El *sheriff* habló con tanta resignación que Grace se echó a reír. Se inclinó un poco más sobre el escritorio, tan cerca de Campbell que sus respiraciones casi se mezclaron.

—Le propongo un trato: usted deja que me lleve a Mustang a casa y a cambio me promete que vendrá a verme cuando sus ocupaciones se lo permitan para comprobar que todo está en orden. Servirá para mantenerlo a raya a partir de ahora.

—La verdad es que es una propuesta difícil de rechazar. Aun así, señora Mallory...

—Grace —le corrigió ella sin soltar su mano.

Campbell respiró hondo.

—Aun así, Grace, no puedo dejar de pedirle que se mantenga alerta. Mustang no es un asesino como su tocayo Billy el Niño o los pistoleros de Jesse James, pero eso no le hace ser menos peligroso. No puedo olvidar que ustedes aún están solas en esa casa y...

—Por eso mismo me gustaría que nos acompañara de vez en cuando. ¿Qué podría hacernos sentir más seguras que saber que contamos con la protección del propio *sheriff*?

—Visto así, supongo que no me queda más remedio que capitular —repuso Campbell con una mueca de incredulidad. Señaló la celda con el mentón—. Vamos, sacadlo de ahí.

Carson y Ross parecían perplejos, pero obedecieron sin decir una palabra. Cuando empujaron a Mustang fuera del cubículo, Grace observó que, en efecto, era mucho más alto que ella. Parecía un Adán con su barba enmarañada y su ropa hecha jirones.

—Ya la has escuchado, muchacho: una sola queja por su parte, una sola, y

te juro que te enviaré a la prisión de Denver antes de que puedas decir «amén» —le advirtió el *sheriff*, apuntándole con un dedo—. No pienso quitarte los ojos de encima a partir de ahora.

—Entonces podría tratar de facilitarle un poco las cosas —comentó Mustang—. Tal vez si me encierro en el dormitorio de la señora, tenga por fin una excusa para visitarlo.

Campbell entornó tanto los ojos que Grace no consiguió contener una carcajada.

—Habla poco, pero cuando lo hace da en el clavo. —Miró al bandido sin perder una pizca de su aplomo—. ¿Le ha quedado claro lo que se espera de usted? ¿Está de acuerdo?

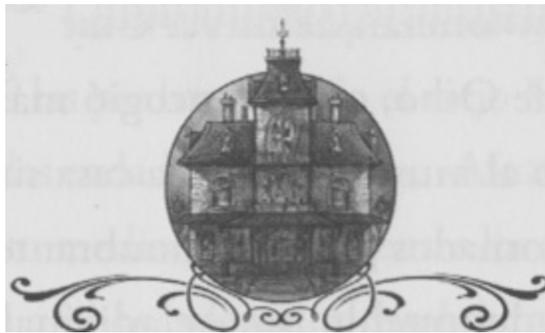
—¿Cómo no va a estarlo? Habría que ser idiota para preferir la cárcel —gruñó Ross.

—Si hay caballos en el trato, no podría negarme. —Mustang se encogió de hombros de mala gana—. Aunque espero que no me ordene herrar a ninguna yegua tan testaruda como la que tengo ahora mismo ante mí. No me han dado nunca una coz como la suya.

—Pues ya sabe a lo que se expone si no me obedece —contestó Grace, sujetando a Campbell para evitar que le saltara al cuello—. Las punzadas que debe de sentir en la nuca le servirán como recordatorio durante unos días. Mientras tanto, veremos si somos capaces de entendernos.

Como Mustang no dijo nada más, Grace le dio las gracias a Campbell de nuevo y el *sheriff* ordenó a sus hombres que los acompañaran hasta la mansión de los Mallory para asegurarse de que no ocurría ningún imprevisto durante el trayecto. Aún seguía siendo noche cerrada, pero algunas ventanas habían comenzado a entreabrirse y Campbell dio por hecho que a la mañana siguiente no habría nadie en Silverville que no supiera cuál había sido el último capricho de Grace Mallory. De pie en medio de Main Street, no pudo evitar preguntarse cómo era posible que en ese momento hubiera dado lo que fuera a cambio de estar en la piel de aquel forajido mugriento que se marchaba a casa con ella.

CAPÍTULO XIV



Se lo agradezco mucho, pero no necesito nada más, de verdad —les aseguró Grace por enésima vez a Carson y a Ross en la puerta de la mansión—. Me encantaría invitarles a un trago, pero doy por hecho que estarán deseando marcharse a la cama...

Necesitó todo su poder de persuasión para convencerles de que se fueran y, cuando por fin los vio alejarse, cerró la puerta con un suspiro. No había lámparas encendidas en el vestíbulo, pero la luz de la luna que entraba por las vidrieras le permitió observar cómo Mustang miraba asombrado a su alrededor. El rudimentario aspecto de los establos recién reparados debía de haberle hecho imaginar que el interior de la casa era menos elegante.

—Mañana podré hacerle una visita guiada, si tanto le interesa —dijo la joven con las manos apoyadas en las caderas—. Pero ahora présteme atención, Mustang, porque no se lo pienso repetir. Desde ahora seré yo quien dicte las órdenes de las que depende su libertad, y le aseguro que al primer problema que me dé, por insignificante que sea...

—¿Es usted la querida del *sheriff*? —La interrumpió el hombre. Grace enarcó una ceja.

—Hasta donde yo sé, no..., aunque estoy bastante segura de que Campbell daría una mano a cambio de poder proclamar a los cuatro vientos que sí. ¿A qué viene esa pregunta?

—Bueno, parece creer que se encuentra en una posición de poder en el pueblo. Es una actitud muy recurrente entre las amantes de los miembros de las fuerzas del orden.

—Si le ha oído llamarme señora Mallory, debería haber deducido que hay un señor Mallory —sonrió ella—. Y ya que no guardo luto, ese señor Mallory debería seguir vivo.

—¿Y no le importará a su esposo tenernos rondando por la casa a Campbell y a mí?

—Eso es asunto mío. Lo único de lo que debe preocuparse es de obedecerme.

Mustang se limitó a guardar silencio. Grace se apartó de la puerta para abrir uno de los cajones del bargueño y sacó una caja de cerillas con las que encendió un candil.

—Ya veo que estaba en lo cierto: no es de muchas palabras —comentó—. Puede que acabemos entendiéndonos bien; nunca he tenido la menor paciencia con los charlatanes.

—Me acostumbré a tratar con los caballos siendo niño —contestó él—. Por lo general me siento más cómodo con ellos que con las personas. Me parecen mucho más nobles.

—Entiendo —dijo Grace pasado un instante—. Quizá no tenía intención de insultarme al compararme con una yegua en la oficina del *sheriff*. —Y como Mustang no pronunció palabra alguna, le preguntó—: ¿Escogió ese apodo por los mustangos salvajes de las llanuras?

El bandido asintió con la cabeza. Grace continuó observándolo unos segundos en el resplandor anaranjado del candil hasta que le hizo un gesto para que la acompañara.

—En fin, supongo que estará tan cansado como yo, pero antes de que se marche a la cama tiene que hacer algo por mí. Un requisito imprescindible para quedarse en mi casa.

Lo condujo a través de las habitaciones en penumbra hasta una estancia situada al lado de la cocina. Había sido el antiguo cuarto de baño de los criados, aunque no contaba con más mobiliario que unas estanterías abarrotadas de medicinas y vendas, una mesa en la que alguien había dejado un par de prendas masculinas y una gran tina de madera.

—Métase ahí dentro —le ordenó Grace mientras dejaba el candil encima de la mesa.

—¿Qué diantres significa esto? —Mustang se quedó mirando la tina y después se giró hacia ella—. ¿Pretende despiojarme como si no fuera más que un chucho sarnoso?

—Yo no lo hubiera dicho mejor. Puede que esté tan acostumbrado a la suciedad que no se haya dado cuenta, pero en ese montón de paja de la celda debía de haber aún más pulgas que las que llevaba encima cuando se presentó aquí. —Grace le dio un empujón para que se acercara a la tina—. No pienso consentir que corran a sus anchas por mi hogar.

—Supongo que en el fondo tiene razón —reconoció Mustang a regañadientes—. Desde que salí de la prisión de Salt Lake City no he podido dormir más que en graneros y establos.

Casi pareció sorprendido por sus propias palabras. Cuando se quitó la camisa y la dejó caer al suelo, la luz del candil hizo que Grace reparara en las cicatrices de su pecho musculoso. Contó dos heridas de bala en el hombro derecho y una huella de cuchillo en el costado antes de que Mustang se volviera hacia ella, a punto de quitarse el cinturón.

—No tengo toda la noche —comentó Grace con los brazos cruzados—. Me encantaría que siguiéramos conversando, pero por su culpa ya he perdido bastantes horas de sueño.

—¿No acaba de decirme que es una mujer casada? —preguntó el bandido, dubitativo.

—Precisamente. A estas alturas no voy a escandalizarme por lo que tenga entre las piernas. Y algo me dice que para estas señoritas —añadió cuando la puerta del cuarto de baño se abrió y Honey, Sugar y Pepper entraron entre risitas— tampoco será una sorpresa.

Hizo un esfuerzo por no reírse también ella de la expresión de Mustang cuando las tres muchachas acabaron de desnudarle y lo metieron a la fuerza en

la tina, derramando agua jabonosa por todas partes. Honey parecía especialmente contenta con lo que veía.

—Esperen..., esperen un momento. —Mustang trató de quitárselas de encima, con la barba chorreándole sobre el pecho—. ¿Seguro que no me he metido a robar en un burdel?

—Estoy convencida de que, si se lo pregunta a cualquier mujer de Silverville, le dirá que sí —contestó Grace mientras las otras estallaban en carcajadas—. Quién sabe, puede que en el fondo le deba este encuentro a su buena estrella.

—Yo diría que somos nosotras las que estamos de suerte —susurró Honey con picardía.

Había derramado una jarra de agua caliente sobre la cabeza del bandido y se había puesto a frotarle el pecho con una esponja, recreándose más de lo necesario en ciertas partes en opinión de Grace. Mientras, Sugar le había embadurnado la cara con la crema de afeitarse que los Mitchell se habían dejado en una de las estanterías y Pepper se había sentado al lado de la tina para cortarle las uñas, llenas de medialunas de tierra. Parecía un sultán rodeado por su harén..., el sultán más incómodo y más confundido del mundo.

—Aún no hemos acondicionado todas las habitaciones, así que no le quedará más remedio que dormir en uno de los establos —continuó Grace—. Pepper, ¿le pediste a *madame* Gardiner que se encargara de adecentarse el altillo mientras nos reuníamos con el *sheriff*?

—Sí, señora Mallory. Yo misma la ayudé a poner un jergón al lado de la escalerilla.

—Estupendo. Veo que también le habéis dejado unos pantalones y una camisa. Es posible que no le queden muy holgados, dado lo escuchimizados que eran Mitchell y su nieto, pero me imagino que por el momento será suficiente. Dentro de unos días, si nos demuestra al *sheriff* y a mí que sabe comportarse, iré a la tienda general para encargarme...

—¿Por qué hace esto? —preguntó Mustang de pronto, lo que hizo que se callara.

Había apartado la mano con la que Sugar sostenía una navaja de afeitarse y se había girado más hacia Grace. Lo que había en sus ojos ya no era sorpresa, sino desconfianza.

—Ya se lo he explicado, Mustang. Necesito hombres fuertes que estén dispuestos a trabajar y que conozcan a los caballos como si se hubieran criado entre ellos. He visto a los granjeros cuidar de los broncos salvajes que acaban de adquirir y también a los cuatreros controlándolos sin más ayuda que una cuerda cuando saltan los cercados para robarlos en plena noche. Sé perfectamente quién tiene madera para hacerlo mejor.

—Aun así, estoy seguro de que podría haber contratado a cualquier otro. Si levanta una piedra en esta región de Colorado, encontrará a una docena de cuatreros muertos de hambre que darían años de vida por poder trabajar para usted. ¿Por qué me eligió a mí?

Había un tono autoritario en su voz que Grace no pudo seguir pasando por alto. Se agachó para recoger las prendas que Mustang se había quitado mientras decía con calma:

—Honey, Pepper, Sugar... —No fue necesario que añadiera nada más; las tres dejaron de inmediato lo que estaban haciendo para abandonar la habitación. Grace se aseguró de que cerraban la puerta a sus espaldas antes de acercarse a Mustang y sentarse al lado de la tina. Ante el desconcierto del bandido, puso una mano en su brazo—. Nâhahévo'ha.

Aquello le hizo dar un respingo. Se quedó mirando alternativamente a Grace y su propio tatuaje, con una expresión de absoluta conmoción que no amilanó a la joven.

—En el fondo tiene razón: espero otras cosas de usted —siguió en voz más baja—. Cosas de las que no me conviene hablar con nadie en Silverville, sobre todo con el *sheriff* Campbell, y que solo podría hacer por mí alguien que ya hubiera infringido la ley.

—¿Tan inconfundible resulta mi aura de peligroso criminal? —inquirió él.

Se encontraba hastiado, por mucho que tratara de disimularlo ante los demás. Hastiado de arrastrarse de un pueblo a otro sin más rumbo que un zahorí, de tener que empezar de cero una y otra vez, de no encontrar ningún sitio que pudiera considerar un hogar. No era más que una rotura milimétrica, pero, aun así, le permitió distinguir lo que Campbell y sus hombres nunca habrían podido ver.

—Será mejor que dejemos las explicaciones para más adelante. Es tarde y supongo que estará agotado por todo lo que ha pasado. —Grace se puso en

pie, dándole una palmada en el hombro húmedo—. Ha sido una noche extraña, pero todavía podremos descansar unas cuantas horas. Cuando acaben con usted, Honey le acompañará al altillo.

Al abrir la puerta la encontró acucillada con el oído contra la cerradura. Les hizo un gesto para que continuaran con su tarea, y cuando Honey pasó por su lado le susurró:

—Todo tuyo, pero no le entretengas demasiado. Lo necesito bien despierto mañana.

—Una cabalgada de un cuarto de hora y lo dejaré como nuevo —sonrió la muchacha.

Grace sonrió a su vez, sacudiendo la cabeza, y se marchó del cuarto de baño con la sensación de que los párpados ahora le pesaban como dos cortinas de plomo. Todavía tenía en una mano la ropa sucia de Mustang, y estaba a punto de dejarla en el cesto de la colada cuando se lo pensó mejor y la arrojó sobre el montón de leños recién cortados con los que se encenderían las chimeneas al día siguiente. Estaba tan cansada que no se cambió de ropa cuando llegó a su habitación, sino que se dejó caer de bruces en la cama con su vestido de terciopelo y se quedó dormida en cuanto su cabeza tocó la almohada.

CAPÍTULO XV



Ruby había oído muchas veces que los amaneceres de Colorado eran los más hermosos del mundo, pero no supo hasta qué punto era cierto hasta que, siguiendo las instrucciones de su padre, hizo que su cochero la llevara al alba a la mina. Hacía poco que el sol había iniciado su viaje y las Montañas Rocosas, que se extendían entre Utah y Colorado como una muralla natural, se incendiaban con un resplandor tan intenso que casi le hizo parpadear. El mundo parecía haberse vestido de fuego aquella mañana, y los hombres con los que se cruzó al dirigirse hacia la entrada de la mina también entornaban los ojos para no quedarse ciegos. Pese a lo temprano de la hora había mucha animación entre las barracas, y las vagonetas cargadas de rocas que salían del enorme agujero de gusano excavado en la montaña atraían a tantos trabajadores que tardó bastante en localizar al capataz de su padre. Según le explicó cuando por fin pudo hablar con él, el jefe se había presentado tan pronto como siempre, pero había anunciado que estaría en el desfiladero esperando a su hija. Ruby no necesitó que la acompañaran; había visitado a Sullivan suficientes veces como para adivinar dónde se encontraba.

El desfiladero era un estrecho sendero que serpenteaba en torno a la montaña y se acababa perdiendo entre sus estribaciones. Ascendía por un promontorio situado en un punto aún más elevado que la mina, desde donde podían observarse tanto el complejo como el propio Silverville. Allí se había detenido Sullivan con los brazos cruzados, de espaldas a una de esas pequeñas cuevas que, como le había contado a Ruby siendo una niña, eran el resultado de las prospecciones realizadas por los primeros mineros tratando de dar con las vetas de plata ocultas en la montaña. La joven fue a saludarle con un beso.

—Espero no haberte hecho esperar. He venido lo más rápido que he podido, aunque sospecho que mi cochero estaba muerto de miedo por tener que subir hasta aquí arriba.

—Si lo hubiera sabido, te habría enviado al mío con la calesa —respondió Sullivan—, pero quizá no hubiese sido sensato hacerle esperar cerca de la mina. Los ánimos están caldeados esta mañana y lo último que quiero es que esto se propague entre mis criados.

—¿Ha habido algún problema? —preguntó, extrañada—. ¿Algo que deba saber?

—Nada que, en el fondo, no sea un secreto a voces entre nuestros trabajadores. La última veta de plata ha empezado a agonizar, por desgracia para todos..., y aunque estoy seguro de que no tardaremos en encontrar una nueva, como nos ha sucedido una y otra vez desde que fundamos la compañía, es difícil mantener alta la moral de mis hombres cuando no dejan de oír rumores sobre el éxito que están teniendo otros yacimientos.

—¿Entonces es cierto lo que se dice en el pueblo? —inquirió la joven—. Hace poco la señora Chadler me contó que algunos mineros están empezando a ponerse nerviosos con las noticias que llegan de Oro City. Al parecer, han empezado a encontrar aún más plata que oro, pero no sé si deberíamos considerarlos una amenaza por ello...

—Ahora es la explotación de Oro City la que está en la cresta de la ola, como antes lo fueron las minas del río Arkansas y Tenmile Creek, y antes que ellas la del pueblo de Queen's Canyon, la admiración de todo Colorado... ¿Y qué crees que ha sido de todos esos yacimientos en unos años? —Sullivan sacudió la cabeza, observando sombríamente el pueblo desplegado al pie de la montaña. Desde allí arriba las casas de madera parecían tan frágiles como

las de miniatura que Max solía traerle a Verity de la capital—. Hoy día no son más que ciudades fantasma habitadas por espectros, calles vacías en las que los edificios se desmoronan sin que nadie mueva un dedo por arreglarlos, porque no queda nadie dispuesto a vivir en ellos excepto los bandidos. Hace un par de años quise pasar la noche en Queens Canyon durante un viaje hacia el norte y me dio la sensación de estar en un cementerio. —Se volvió apesadumbrado hacia su hija—. He luchado demasiado por Silverville para quedarme viendo de brazos cruzados cómo le ocurre lo mismo. Por eso he de asegurarme de que, mientras aún siga estando en mis manos, nuestra compañía continúa funcionando como hasta ahora, aunque obtengamos menos beneficios que antes.

—Y yo te apoyaré en todo cuanto pueda, por supuesto..., pero no acabo de entender por qué me estás contando esto solo a mí —respondió Ruby—. ¿No deberías haber llamado también a Troy? ¿No tiene más derecho que yo a estar al tanto de la situación?

—¡Troy! —Sullivan soltó un bufido—. Me temo que dejar a tu hermano al frente de la compañía sería el mejor favor que podríamos hacerles a nuestros competidores. Ambos sabemos que esto nunca le ha interesado; le trae sin cuidado de dónde proceda la plata de la familia mientras pueda hacerla sonar en sus bolsillos cuando viaja a Denver.

—Padre, no digas esas cosas. Es cierto que nunca ha sido muy responsable, pero tal vez las cosas cambien cuando haya formado su propia familia con Savannah...

—Lo único que hará Savannah será alejarlo de Silverville. No tengo nada en contra de esa muchacha, pero Troy y ella no pueden ser más distintos de nosotros. Necesitan la dinámica de la gran ciudad, la vida moderna, las diversiones. No aguantarían ni un año en Silverville y, en cuanto a la posibilidad de que Troy siente la cabeza..., ¿hace falta que te recuerde lo sensato que demostró ser la última vez que le dimos un voto de confianza?

Ruby sintió arder sus mejillas. Recordaba perfectamente aquella noche en la que, tras haber hecho creer a su padre durante medio año que Troy había empezado a tomarse en serio su participación en el negocio, Sullivan había encontrado dormida a su hija adolescente sobre los libros de cuentas de los que en teoría estaba ocupándose su hermano. Lo curioso era que Ruby no

había recibido la menor reprimenda por participar en semejante engaño, sino una mirada extrañamente apreciativa de su padre..., la misma que volvía a dirigirle en ese momento. Para su sorpresa, el anciano la cogió de la mano.

—Nunca hemos hablado de esto, ni te he hecho la menor insinuación — continuó en voz más baja—, pero los dos sabemos que las cosas habrían sido distintas si no fueras..., bien, si hubieses nacido hombre. No me malinterpretes, no me refiero a mí...

—Sino a nuestros vecinos —murmuró su hija—. Lo entiendo muy bien, no te preocupes. Sé que nadie se tomaría en serio un negocio en el que participara una mujer.

—Pese a ello, nunca podría encontrar un heredero mejor que tú. —Ante esto, la muchacha lo miró estupefacta—. Te aseguro, cariño, que si fueses un hombre no habría dudado en nombrarte mi sucesor, pese a que tu hermano sea tres años mayor.

—Por favor, padre... —Ruby había pasado de estar roja a incandescente—. Prefiero que no me digas estas cosas sabiendo que no puedo hacer nada para cambiar la situación.

—En eso estás equivocada, Ruby. Hay algo que sí puedes hacer por mí y también por ti..., y ese es el motivo de que te haya hecho venir. La única posibilidad de que esta compañía siga a flote después de mi muerte es que le des un hijo varón a Max.

No había soltado su mano todavía, de modo que pudo sentir cómo los dedos de la joven se tensaban entre los suyos. Ruby lo miró con la boca abierta, incapaz de creer que hablara en serio. ¿Realmente estaría planteándose sustituir a su propio hijo al frente del negocio por un nieto que aún no existía con tal de que ella, la única persona en cuya inteligencia confiaba, se encargara desde entonces de mover hilos en la sombra?

—Ya suponía que no sería fácil hablar de esto; no es la clase de conversación que un hombre suele mantener con su hija —comentó Sullivan—. ¿Es que las cosas os van mal?

—No..., no, en absoluto —acertó a responder Ruby, pensando que habría dado años de vida por volverse invisible—. Nos entendemos bastante bien, en realidad...

—¿Se ha portado mal contigo? —Sullivan alzó las cejas—. ¿Te ha hecho

daño acaso?

—¡No, claro que no! Max es tan caballero dentro de casa como fuera, padre. Creo que el problema..., por llamarlo de alguna manera..., es mío, no suyo. Digamos que no...

—Ah. Ya veo. —Aunque Sullivan no dijo nada más, Ruby supo que era consciente de lo que ocurría—. Sospecho que era inevitable, habiéndote criado en Silverville.

—He hecho todo lo que he podido, te lo prometo, pero es que no..., no puedo evitar sentirme abrumada cuando estoy con él a solas —susurró la joven, tapándose la cara—. Sé que tiene razón en lo que me dice, que es absurdo por mi parte, pero...

—Pero te educaron para no permitirte sentir ciertas cosas, y después de veintidós años las cadenas están demasiado clavadas en tu carne. —Sullivan soltó un suspiro—. Me imaginaba que sucedía algo así. Aunque no hagan más que repetírtelo, eres el vivo retrato de tu madre. Ella también tuvo dificultades para poder escapar de ese influjo.

—No es la misma situación, padre. Los dos os adorabais, no había más que miraros para darse cuenta... Max y yo, en cambio, somos... —Se encogió de hombros—. Sé que me quiere muchísimo, pero nunca he sido capaz de corresponderle como se merece.

Hasta entonces había logrado esquivar esa pregunta, pero sabía que no tendría más éxito mintiéndose a sí misma que a su padre. ¿Había llegado a sentir por Max algo aparte del sosegado afecto de quiénes se acostumbran a convivir?

—Me parece que no hace falta que añadas nada más —respondió Sullivan—. Pero en una cosa te doy la razón: Max está loco por ti, creo que mucho más de lo que esperaba estarlo cuando le concedí tu mano. «En ese momento acepté su rubí creyendo que con un poco de paciencia conseguiría hacer que brillase», me confesó hace un par de años, tomando una copa en el porche, «y ahora me doy cuenta de que ha sido ella quien me ha pulido a mí. Nunca podré agradecerle lo suficiente que me entregara una joya así».

A Ruby se le encogió aún más el estómago al oír esto, aunque no pudo evitar sentir un chispazo de rabia mezclado con culpabilidad. «¿Eso es lo que soy? ¿Nada más que una piedra que se intercambian los hombres, sin cerebro

para decidir por sí misma?».

—Sabes que no te pediría esto a menos que fuese imprescindible —siguió Sullivan al percibir su angustia—. Trata de pensar en ello no como una obligación, Ruby, sino como una vía de escape..., la que te permitirá conseguir la llave de tu propio futuro.

—¿Por qué me lo estás proponiendo precisamente ahora? —preguntó la joven—. Has tenido todos estos años para hacerlo... ¿Es porque en unas semanas Troy estará casado?

—No, no chailín. Es porque Grace Mallory ya lo está. —Y ante la creciente perplejidad de Ruby, su padre continuó en voz más baja—: Reza para que no la veamos en un futuro inmediato con el vientre hinchado, porque eso le daría a John un motivo de peso para reclamar la parte de la compañía por la que hasta ahora no ha mostrado el menor interés.

—Si eso sucede..., me temo que tienes razón: ya no se conformaría con llegar a un acuerdo con nosotros para construir una línea ferroviaria desde Silverville hasta Denver.

—Es un alivio que pensemos lo mismo. —Tras guardar silencio unos segundos, el anciano preguntó—: ¿Puedo contar con tu ayuda? ¿Harás lo que te he pedido?

—Dado que hay tanto en juego, no me quedará más remedio —se resignó su hija—. Ya he faltado durante demasiado tiempo a mis deberes maritales; es un milagro que Max no me haya dado un ultimátum. De todas formas, padre, hay algo que necesito saber antes.

—Si tiene que ver con la compañía, pregúntame lo que quieras. Nunca he tratado de ocultarte nada del negocio, pero a partir de ahora tendré menos motivos aún para hacerlo.

—No está relacionado con eso, sino contigo. —Y cuando Sullivan la miró extrañado, añadió—: Explícame por qué decidiste acabar con Angus Mallory hace trece años.

CAPÍTULO XVI



Cuando Grace entreabrió los ojos, el sol ya estaba alto en el cielo y arrojaba dedos dorados sobre el empapelado de flores de su dormitorio. Ahogando un bostezo, se dio la vuelta hasta quedar tendida bocarriba y entonces recordó que se había acostado sin quitarse la ropa ni las horquillas del pelo. «¿De verdad todo eso pasó anoche?», pensó mientras se incorporaba poco a poco para echar un vistazo a los establos a través de la ventana. No parecía haber movimiento en ellos; los jardines también estaban desiertos y lo único que se oía era el piar de dos llaneros alipálidos que buscaban semillas cerca de las tumbas de los Mallory. Tras pasarse una mano por los ojos, se dirigió despacio al cuarto de baño para asearse y cambiarse de ropa, y se encaminó diez minutos después a las habitaciones del servicio, donde se oía cotorrear a las chicas del Silver Garden.

La cocina estaba abarrotada cuando entró. Sugar debía de haber decidido relevar a Honey en los fogones, lo cual suponía un auténtico alivio, y estaba friendo unos huevos mientras Pepper preparaba más café. *Madame* Gardiner y

Honey se habían sentado a la mesa para desayunar; Honey, con una tostada en la mano, explicaba entusiastamente:

—... Fuerte como un bisonte, y con unas manos tan grandes que podría rodearnos la cintura con ellas. ¡De verdad que no había visto un hombre como ese en toda mi vida!

—Vaya, me alegro de que lo pasaras tan bien anoche —comentó Grace, sentándose a la derecha de la chica. No le pasó desapercibido el ceño fruncido de *madame* Gardiner.

—Podría haber estado mejor, señora, si hubiera sucedido algo —se lamentó Honey.

Sugar apartó la mirada de los huevos y Pepper se detuvo cuando se disponía a servirle café a Grace. Hasta ella la miró extrañada, con la taza en la mano.

—¿Cómo que si...? —Pepper parecía perpleja—. ¿No irás a decirnos que es como ese antiguo pianista del saloon al que los vecinos estuvieron a punto de ahogar en la fuente?

—Creo que no se trata de eso —contestó Honey, sacudiendo sus rizos—. Lo único que sé es que, cuando acabamos de preparar el jergón del altillo, me quité el camión y me eché en la cama, pero el señor Mustang se limitó a decir que lo sentía mucho, pero que no le gustaban las niñas. —Cuando las demás rompieron a reír, Honey añadió enfurecida—: Yo no le veo la gracia por ningún lado. —Y se agarró los pechos con ambas manos—. ¿Niña? ¿En serio?

—No te lo tomes como algo personal —sonrió Grace—. Quién sabe, puede que solo le interesen los caballos, pese a haber pasado un año en la cárcel sin tocar a una mujer...

—Señor, eso sí que sería raro. Me pregunto qué diría el Comité de Decencia al respecto.

—Si te interesa mi opinión, Honey, me alegro con toda mi alma de que no hicieras nada con ese hombre —declaró *madame* Gardiner con cara de pocos amigos—. No he podido pegar ojo en toda la noche sabiendo que nos encontrábamos a su merced.

—¿No cree que está exagerando? —inquirió Grace sin perder la calma—. Bill Mustang no es la primera persona considerada non grata por Silverville a la que he acogido en mi casa.

—Con nosotras fue distinto, señora. Usted conocía a Honey, había hablado con las chicas y conmigo en el Silver Garden..., pero de ese hombre, en cambio, no sabe nada...

—Se equivoca: la visita a la oficina del *sheriff* fue de lo más esclarecedora. ¿Por qué cree que pedí que lo encerraran sabiendo de antemano que me interesaba tenerlo aquí?

—Supongo que porque era el mejor modo de estar segura de que sabía quién era él en realidad —suspiró *madame* Gardiner, y Grace sonrió detrás de su taza—. Es la clase de movimiento que haría una experta ajedrecista como usted. Aun así, señora Mallory, sigo pensando que esto no me gusta. ¿Quién dice que no va a salir de los establos en medio de la noche, va a entrar en casa para robarle las joyas y va a rajarnos de paso la garganta?

—Es difícil colocarlas a buen precio sin que te hagan preguntas incómodas —oyeron contestar a alguien desde la puerta trasera—. El dinero en papel resulta mucho más práctico.

A *madame* Gardiner se le abrió la boca. Ni ella ni Grace habían visto a Mustang después de que Honey, Sugar y Pepper acabaran de adecentarlo, y el cambio era tan sorprendente que la mujer no supo qué responder. Su pelo desenredado parecía más rubio que la víspera y resbalaba hasta sus hombros enmarcando un rostro que sin la barba aparentaba unos diez años menos. Por todo saludo, Grace apartó hacia atrás la silla que había a su lado y Mustang, después de segundo de vacilación, se sentó también a la mesa.

Cuando Sugar le puso delante los huevos recién hechos sus ojos brillaron, pero se obligó a agarrar el tenedor como si no hubieran pasado días desde la última vez que pudo probar bocado. Aun así, al cabo de un momento, su hambre acabó venciendo a los buenos modales y empezó a comer con una avidez que escandalizó a *madame* Gardiner.

—Espero que haya dormido bien, aunque solo hayan sido unas horas —dijo Grace, cogiendo una tostada y untándola con mantequilla—. Me imagino que ese jergón no será...

—¿Ha robado joyas alguna vez? —La interrumpió una emocionada Honey. Mustang se giró hacia ella—. ¿Tuvo que asesinar a alguien para poder huir con ellas?

—¡Honey, por Dios! —exclamó *madame* Gardiner—. ¡De verdad,

deberías tratar de...!

—¿Por quién me has tomado? Por supuesto que he robado joyas — contestó él, y eso hizo que la mujer guardara silencio de nuevo, aterrada—. Un collar de diamantes, si tanto te interesa saberlo. Pero no tuve que matar a nadie; fue un simple atraco en un callejón.

—Vaya, pues sí que debía estar perdida la mujer que lo llevaba para meterse en él...

—Lo mismo hice con el amante que la acompañaba, aunque lo único que tenía era una pitillera de plata. Ah, y también con sus criados y con un cura que pasaba por allí.

—¡Dios! —Honey había abierto tanto los ojos que parecían ser lo único que había en su cara redonda—. ¿Con un cura también? ¿Y qué pudo sacarle, el dinero de las limosnas?

—Una Biblia de más de doscientos años, aunque fue una suerte que mis secuaces la abrieran en mi lugar. —Sin inmutarse, Mustang alargó una mano para cortar un pedazo de pan de maíz—. Al parecer, estaba maldita y todos murieron en cuestión de unos días.

—Honey, te está tomando el pelo —sonrió Grace cuando la chica se llevó las manos temblorosas a la boca—. Estoy segura de que todo lo que acaba de contarte es un embuste.

—Todo no —la corrigió Mustang mientras se acababa el pan—. Todavía no he matado a nadie.

A esto siguió un prolongado silencio. Sugar y Pepper lo miraban entre fascinadas y temerosas, y *madame* Gardiner parecía más angustiada que antes.

—Sin embargo —contestó Grace, mordisqueando su tostada—, el *sheriff* Campbell me dijo que perteneció a la banda de los Rivers, y ahora mismo sus cabezas son las más cotizadas de todo Colorado. Dudo que unos criminales como ellos no asesinaran a nadie.

—Lo que los hermanos Rivers hicieran dejó de ser problema mío antes de que me metieran en la cárcel. Una temporada entre cheyennes puede cambiar mucho a la gente.

No apartó los ojos de Grace mientras decía esto, y la joven no necesitó nada más para saber que no se había equivocado: no les había vendido rifles a los pieles rojas por dinero. Antes de que pudiera contestar, les llegó el ruido

de dos aldabonazos en la puerta principal de la mansión y Pepper, secándose atolondradamente las manos en el delantal, echó a correr hacia allí. Oyeron el chirrido de los viejos goznes, la voz de la muchacha y la de un hombre que hablaba mucho más alto, y enseguida estuvo de vuelta en la cocina.

—Señora, ha venido a verla un tal Daugherty, del rancho Daugherty... Ha dicho que usted lo había citado esta mañana, pero que prefiere ir directamente a la trasera de la casa.

—Ah, perfecto —contestó Grace. Se limpió con la servilleta, la dejó doblada sobre la mesa y se puso en pie haciéndole un gesto a Mustang—. Acompañeme; esto le interesará.

Él pareció un poco sorprendido, pero dejó el tenedor en el plato y, tras agarrar una cuerda que había en la mesa de la cocina para recogerse el pelo en una coleta corta, la siguió por la puerta trasera. Hasta allí llegaban las voces de un par de hombres y la risa del que había hablado con Pepper, el cual dobló la esquina de la mansión con sus compañeros al cabo de unos segundos. A Mustang se le abrió la boca cuando los vio aparecer con media docena de caballos que sacudían las oscuras cabezas, atados con una cuerda con la que Daugherty, subido al último de la recua, los hacía avanzar entre los arbustos.

Aunque eran grandes, en comparación con el dueño del rancho parecían juguetes para niños. Se trataba de un hombre de unos cincuenta años tan corpulento que Grace casi temió que pudiera aplastar al animal, con un rostro barbudo de sonrisa bonachona.

—¡La señora Mallory, supongo! —bramó mientras bajaba de su montura—. Ya veo que el empleado que la atendió no exageraba: ¡además de emprendedora, es toda una belleza!

—Son caballos Morgan, ¿verdad? —dijo Mustang antes de que Grace pudiera hacer otra cosa que estrechar la mano del recién llegado—. ¿Auténticos Morgan de Colorado?

—Efectivamente, lo más parecido a unos aristócratas que encontrarán dentro de su raza —repuso Daugherty, que se hinchó aún más de orgullo—. Ni siquiera el corcel árabe que el sultán de Marruecos le regaló a Washington podría presumir de ser más hermoso.

—Esos remilgados no tienen nada que hacer al lado de estos caballos. Que se queden con ellos los ricos de la costa este; la vida de los ranchos no está

hecha para los engreídos.

—Usted lo ha dicho, amigo. Mis animales no temen al trabajo duro, como tampoco los hombres como nosotros. Por si no lo saben, casi todos los Morgan que montaron los generales confederados de nuestro estado durante la guerra procedían de mi criadero...

—No sé si eso me da mucha confianza, teniendo en cuenta quiénes ganaron —bromeó Grace mientras Mustang se acercaba a los hombres de Daugherty. ¿Era ternura lo que había en sus ojos cuando miraba los caballos?—. En fin, gracias por haberme hecho el favor de traérmelos, Daugherty. Puede que muy pronto vuelva a hacer tratos con usted.

Daugherty le aseguró que sería un placer para él y, después de que Grace le pagara lo acordado y de que entre Mustang y sus ayudantes metieran a los animales dentro del cercado (más bien fue Mustang quien lo hizo, guiándolos con una persuasión digna del Flautista de Hamelín), los tres se marcharon para tomar un trago antes de emprender el camino de regreso a Denver. Grace los acompañó hasta la entrada de la propiedad y, al regresar sobre sus pasos, vio que Mustang aún seguía en el cercado. Estaba acariciando a uno de los caballos, que cabeceaba confiado bajo sus manos endurecidas.

—Me parece que ha hecho una gran compra, señora Mallory. Son buenos animales.

—Parece ser que Daugherty no estaba alardeando: en Denver lo consideran el mejor en lo suyo —contestó ella, y se cruzó de brazos—. Es un alivio que esté de acuerdo, sobre todo teniendo en cuenta la buena mano que acaba de demostrar tener con los caballos.

—Ya le dije anoche que me entiendo mejor con ellos que con los humanos. Aunque me temo que ese bronco no va a ser fácil de meter en cintura: es un pequeño demonio.

Señaló con la cabeza al animal más joven, un potro negro como la pez, con una única mancha blanca entre los ojos, que se movía nervioso de un lado a otro del cercado.

—Bueno, para eso cuento con usted. —Grace le dio una palmada en el hombro que lo cogió por sorpresa—. ¿O es que creía que solo lo necesitaba para meterlos ahí dentro?

—Espere, espere... ¿Me está diciendo que lo que pretende que haga...?

—Es trabajar como capataz en esta propiedad y supervisar a los vaqueros que contrataré este otoño. Primero tendré que cerrar un acuerdo con un importante ganadero de la zona para que me haga llegar medio centenar de Longhorns con las que poder comenzar. Después, cuando el negocio prospere y estemos preparados para enviar al ganado hasta Kansas City a través de la ruta del este, necesitaré a un experto capaz de estar al mando durante las travesías. —Grace se volvió hacia la casa, pero Honey, Sugar y Pepper seguían en la cocina—. Sin olvidarnos, por supuesto, de esos otros asuntos de los que le hablé anoche, que probablemente no interferirían demasiado con este trabajo.

Aunque Mustang tardó en responder, Grace supo de inmediato que había logrado abrirse camino hasta su punto débil, quizás el único con el que aquel hombre contaba.

—Desde luego, usted no pierde el tiempo. Esa muchacha, Honey, me contó mientras me ayudaba a instalarme en el altillo que ayer mismo terminaron de reparar los establos.

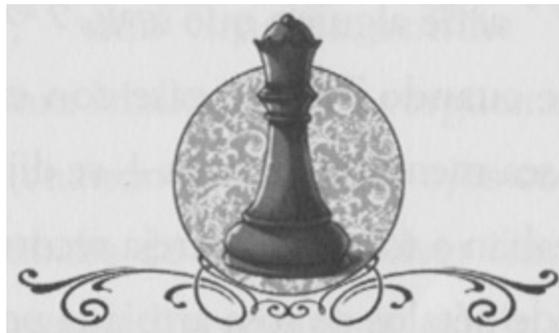
—Supongo que ahora entenderá por qué tenía tanta prisa por concluir las obras, en especial desde que me dejaron mis antiguos criados —suspiró Grace, y agarró su vestido para regresar a la mansión—. En fin, será mejor que los conduzca a los pesebres mientras...

—¿Ese ha sido su plan desde el principio? —preguntó Mustang. Aquello la hizo volverse de nuevo para mirarle—. ¿Piensa convertirse en la propietaria de un rancho?

Para su asombro, una extraña sonrisa se abrió camino en el rostro de la joven, una muy distinta de la que había esbozado hasta ese momento. Era la sonrisa de una esfinge.

—No exactamente, Mustang. Pienso ser la única propietaria de cierta mina de plata.

CAPÍTULO XVII



Aquí tiene, señora Lawrence. La mejor seda de Colorado, como le prometí. Estoy segura de que hará un efecto impactante con aquellos pendientes de rubíes de su madre.

—Vaya, casi me había olvidado de que seguían en mi joyero. Es una suerte que las mujeres de Silverville tengan tan buena memoria para las cosas verdaderamente importantes.

—Hágame caso y póngaselos el día de la boda. A propósito, ¿no sabrá usted cuándo piensa venir la señorita Milton para que le tome medidas? Se lo pregunto solo para asegurarme de que no haya gente fisgando. Ya sabe lo chismosas que son las vecinas...

—Ahora que lo menciona, creo que Savannah me comentó anoche que no necesitaba nada más. Parece ser que Troy le compró un ajuar completo en Denver el mes pasado.

—Ah —respondió la señora Chadler, decepcionada—. Qué considerado por su parte.

Su marido le lanzó una mirada de advertencia desde el otro mostrador, colocado formando una L en el interior de la tienda general de Silverville. Era una de las últimas tardes soleadas de octubre y la luz que entraba por los escaparates arrancaba destellos a los botes de especias, las herramientas para la cosecha, las cadenas enrolladas y los hilos metálicos de las telas amontonadas detrás de la señora Chadler. También allí había una división tan clara como en el pueblo, con los productos para las mujeres en la parte del establecimiento que le correspondía a la tendera y los de los hombres en la de su marido.

Cuando la señora Chadler fue a buscar un papel con el que envolver la seda, Ruby aprovechó para masajearse discretamente los hombros. No había podido dormir en condiciones desde que, hacía una semana, había vuelto a invitar a Max a su habitación después de la cena. El entusiasmo con el que él recibió su propuesta casi le habría dado lástima de no ser porque acabó suponiendo un auténtico fastidio: en lugar de conformarse con obtener lo que tanto deseaba, cosa que Ruby se había creído capaz de aguantar pensando sin parar en la mina, se había acostumbrado a quedarse luego abrazado a ella, acariciándole el cabello, riéndose de cualquier tontería y hablándole sin parar de asuntos del banco hasta que acababa quedándose dormido. Ruby no soportaba tener que compartir la cama con nadie, y al final había optado por acurrucarse al otro extremo del colchón en una postura que estaba demostrando ser una tortura para sus cervicales. No pudo evitar preguntarse de nuevo cuánto tiempo pasaría hasta que se quedara encinta y se librara para siempre de las atenciones de su esposo, una vez se hubiera asegurado de...

—¿Necesita alguna otra cosa, señora Lawrence? —La tendera colocó la seda sobre el mostrador, sacándola de su ensimismamiento—. ¿Algo para el vestido de su niña, tal vez?

—Sí... —Ruby se apresuró a sacar de su bolso la pequeña lista que había garabateado en casa—. Cuatro cintas rosas. Savannah le trajo unas flores de tela para los zapatos, pero se ha empeñado en que son demasiado pequeñas y ahora quiere que le cosa unas nuevas.

—Las niñas, qué haríamos sin ellas... —suspiró la señora Chadler, alargando un brazo para tirar del extremo de una de las cintas que colgaban en carretes sobre el mostrador.

Cuando Ruby estaba a punto de contestarle, captó un movimiento extrañamente familiar al otro lado de los cristales. Se le puso un nudo en el estómago al darse cuenta de que era Grace Mallory y, lo que aún era más inquietante, que estaba empujando la puerta. Entró con su sonrisa perfecta de siempre, impecable con un conjunto de falda y chaqueta azul celeste, una camisa blanca con un lazo al cuello y un sombrero a juego.

—Buenas tardes, señor Chadler y señora Chadler. No me puedo creer que haga este calor. ¿Es normal que octubre sea en Silverville tan caluroso como agosto?

—¡Buenas tardes, señora Mallory! —La tendera soltó la cinta en el acto y Ruby se obligó a seguir mirando los rollos de tela sin darse la vuelta. «Si no me muevo, puede que no se dé cuenta de que estoy aquí. ¿Por qué tengo que tropezarme con ella justo hoy?».

—¿Va todo bien en su casa, señora Mallory? —Siguió el señor Chadler con seriedad. Todo en él era serio, desde su poblado bigote blanco hasta sus cejas—. Nos ha llegado la noticia de que ahora tiene un capataz ocupándose de sus nuevos caballos.

—¿Es cierto que es uno de esos desesperados? —preguntó su mujer, emocionada—. ¿Un bandido al que sorprendieron cuando estaba a punto de entrar a robarles en plena noche?

—Bueno, parece que las noticias vuelan. Espero que no sea cosa de los ayudantes del *sheriff* Campbell o tendré que ir a presentar una queja formal. —La joven apoyó las manos enguantadas sobre el mostrador del señor Chadler—. Lo que han oído es cierto, parcialmente cierto, al menos. El señor Mustang era un bandido antes de que lo contratara, igual que mis criadas eran palomas sucias hasta hace poco. Siempre he oído decir que todo el mundo merece una segunda oportunidad, y la verdad es que todavía no tengo ninguna queja de mi nuevo capataz. Precisamente he venido a comprar un par de cosas que necesitamos en los establos. Supongo que tendrán guantes para los caballos...

El señor Chadler asintió y se agachó para rebuscar debajo del mostrador. Ruby se estaba preguntando cuántos milenios más tardaría la señora Chadler en enrollar las cintas de Verity y cobrarle cuando Grace, para su consternación, reparó era ella.

—¡Señora Lawrence, no la había reconocido! ¡Cuánto me alegro de volver a verla!

—Estábamos charlando sobre la boda de su hermano antes de que usted entrara —se apresuró a intervenir la tendera mientras Ruby forzaba una sonrisa. Para que su malestar fuera completo, Grace le dio dos besos—. Todos creemos que va a ser el acontecimiento del año.

—Por supuesto que sí. No todos los días se asiste a la boda de uno de los hombres que tendrán en sus manos el destino de Silverville. Es dentro de dos semanas, ¿verdad?

—El 10 de noviembre —contestó Ruby en un tono más cortante de lo que pretendía.

—Maravilloso: me dará tiempo a hacerme un vestido nuevo. Estoy segura de que la señora Chadler tendrá entre esas telas algo que pueda convertir en un modelo de revista.

—¿También va a asistir al enlace, señora Mallory? —Se emocionó la señora Chadler.

—Todo el pueblo lo hará —repuso Ruby—. Troy ha dicho que no tiene intenciones de casarse de nuevo y que, si alguien quiere unirse a la celebración, tendrá que hacerlo ahora.

—Sí que parece estar enamorado, sí —dijo la tendera. Ruby miró de reojo al señor Chadler y vio que seguía sacando pares de guantes, comprobaba el estado de las cerdas y los devolvía al mostrador—. Pero dígame, señora Mallory, ¿también asistirá su marido?

—Ojalá pudiera confirmárselo —suspiró Grace—, pero con John nunca hay manera de saber si se puede contar con él. Tiene tantas cosas de las que ocuparse en Denver que pueden pasar meses hasta que por fin se instale conmigo en el pueblo. —Entonces se fijó en las cintas de Verity y alargó una mano para coger una—. Vaya, son preciosas. Póngame un par de color violeta, señora Chadler. Me parece que Susan perdió una hace unos días.

La señora Chadler pareció dudar, pero acabó poniéndose de puntillas para examinar los carretes y, al ver que no tenían ninguna cinta violeta, murmuró una disculpa y se marchó al almacén. Las jóvenes aguardaron en silencio, Ruby sintiéndose cada vez más fuera de lugar y Grace canturreando con la mayor tranquilidad.

—Es curioso —comentó pasado un rato—. De haber sucedido las cosas de otra manera, mi marido asistiría a la boda de Troy Sullivan como cuñado y yo ni siquiera estaría aquí.

—¿A qué se refiere? —Ruby se dirigió hacia ella, sin poder ocultar su desconcierto.

—No intente hacerse la inocente conmigo, señora Lawrence. Lo sé todo. —Y cuando Ruby palideció, Grace soltó una carcajada—. John me contó que hubo una especie de plan maquiavélico para casarlos casi antes de que aprendieran a caminar por sí mismos.

—Ah, eso... —Ruby suspiró con alivio—. No fue nada serio. Una tontería, nada más.

—Ya me lo figuraba, pero aun así habría tenido sentido. Los hijos de los dueños de la Compañía Minera Mallory & Sullivan uniendo las dos dinastías en una para siempre.

—Solo era una chiquillada —repuso Ruby sin atreverse a mirarla a la cara—. John y yo pasábamos tanto tiempo juntos de niños que a los adultos les gustaba tomarnos el pelo con lo de que algún día acabaríamos casándonos. Creo que él estaba tan harto como yo.

—Pero guarda muy buen recuerdo de las cosas que hicieron juntos, o al menos esa es la impresión que me ha dado siempre. Hace poco me contó —Grace se echó a reír y Ruby temió una catástrofe— que una vez, cuando no tenían más que siete u ocho años, encontraron cerca del cementerio una lápida que los sepultureros habían desechado por estar defectuosa, en la que solo habían escrito «Aquí». Me dijo que consiguieron llevarla entre los dos hasta la mansión de los Mallory y que la dejaron a la puerta tras escribir un mensaje con carbón, algo así como «Aquí estará tu nombre si no te marchas de mi casa».

Ruby se tapó la cara, abochornada, y Grace se rio con más ganas aún que antes.

—Por favor, no se enfade conmigo; es solo que me parece muy tierno imaginarme a John haciendo esa clase de cosas. En el fondo me reconforta haber encontrado a alguien con quien poder hablar de él. —Le cogió una mano a Ruby y se la apretó—. Es como si estuviéramos destinadas a ser amigas desde antes de habernos conocido, ¿no le parece?

—Aquí tiene los guantes, señora Mallory, y también las cintas —las interrumpió el señor Chadler tras haberle quitado de las manos a su mujer lo que había ido a buscar.

—Muchísimas gracias, señor Chadler. Tome, quédese con el cambio. — Grace le dio un billete de cinco dólares que hizo que al anciano se le abrieran mucho los ojos—. Más vale que vuelva a casa antes de que Honor la haga estallar con uno de sus experimentos culinarios. La semana que viene me pasaré por aquí para echar un vistazo a sus telas, señora Chadler. A usted espero verla antes. —Y besó de nuevo a Ruby—. Puede que un día de estos me deje caer por su casa para que vayamos a dar un paseo por el pueblo.

Y diciendo esto, Grace recogió sus compras y se marchó de la tienda. La vieron salir a Main Street como un torbellino azul claro que hizo volverse a todos los hombres que pasaban por allí. La señora Chadler cruzó los brazos sobre el mostrador, pensativa.

—Una mujer muy extraña, pero supongo que el reverendo Cross, como siempre, tenía razón al decir que su conducta es intachable. Lástima que haya escogido rodearse de descarriadas. —Entonces se dio cuenta de que había algo en el suelo—. ¿Eso es suyo?

—No —dijo Ruby, y se agachó para cogerlo. Era un sobre pequeño y arrugado—. Me figuro que se le caería a la señora Mallory cuando abrió su bolso para sacar el monedero.

Al darle la vuelta, sintió cómo se le aceleraba el corazón. El matasellos que tatuaba el sobre era de la ciudad de Denver y también la dirección escrita en el reverso por una mano muy enérgica: «JOHN EDWARD MALLORY. MALLORY RAILROAD. LOGAN STREET, 10. DENVER».

Fue como si retrocediera trece años en el tiempo. Aunque no fuera como Ruby la recordaba, habría reconocido en cualquier parte aquella letra, aquel pulso.

—¿Es una carta del señor Mallory? —preguntó la tendera. La joven se percató de que le temblaba la voz de codicia—. Seguramente se dará cuenta enseguida de que la ha perdido y vendrá a buscarla. Démela para que la ponga a buen recaudo con mis cosas...

—No —dijo Ruby, y apartó la mano antes de que la señora Chadler la tocara—. No, se la daré yo misma. No puede haberle dado tiempo a alejarse.

Enseguida estoy aquí.

Pareció que la tendera se mustiaba de pena, pero asintió con la cabeza y Ruby se dirigió al exterior, arremangándose el vestido.

En medio de la acera de las mujeres, miró a un lado y a otro hasta que localizó a Grace a punto de doblar la esquina de la iglesia. Antes de que pudiera tomar una decisión, un caballo pasó por su lado y se detuvo junto a ella, y Ruby vio que se trataba del *sheriff* Campbell. Se inclinó para decirle algo a la joven, Grace le contestó con una gran sonrisa y, al cabo de unos segundos, Campbell le tendió una mano para ayudarla a subir. Cuando se hubo asegurado de que ella estaba cómodamente instalada, con las piernas hacia un lado y los brazos en torno a su cintura, el *sheriff* espoleó a su montura para ponerse en camino hacia la mansión de los Mallory.

«Qué descaró», murmuró Agnes Miller a espaldas de Ruby. «Y está casada —comentó la amiga que la acompañaba—, esto es Sodoma y Gomorra». Ambas la saludaron con la cabeza al pasar de largo y, cuando se hubieron alejado, Ruby entró silenciosamente en el jardín de la iglesia, en el que el reverendo Cross y su fiel Virginia Young observaban los avances que seguían realizando los obreros. La joven escogió el banco más alejado y, después de asegurarse de que no había nadie cerca, abrió el sobre con dedos nerviosos.

Mi querida, queridísima Grace:

Te escribo en el único cuarto de hora libre que me parece que voy a tener en toda la semana. La oficina está a rebosar ahora mismo y, si quiero enviar esta carta en la diligencia de la tarde, no creo que pueda extenderme mucho. Aun así, quería que supieras que todo lo que me cuentas sobre las obras de la mansión me parece perfecto, incluido lo de ese tipo que se está haciendo cargo de los caballos. Si tiene tan buena mano con el lazo como aseguras, puede que en unos meses nos encontremos con suficientes animales domesticados para poder abrir nuestro propio rancho. ¡Con tanta plata, hierro y carne, nuestros hijos se convertirán en los príncipes de las Montañas Rocosas!

Tus reflexiones sobre los vecinos de Silverville me han hecho reír a carcajadas. No, no te equivocas: la moralina de ese lugar, sobre todo de sus mujeres, hace que se parezca más a las ciudades del este que a lo que uno

podría esperar de una población minera. Supongo que tienes razón en cuanto a los Sullivan; se habían acostumbrado demasiado a la nueva situación y es probable que todo esto les haya descolocado. Pero no creo que Troy nos cause problemas, no estando tan pendiente de esa novia suya, y en cuanto a Ruby, ya te expliqué que es como uno de esos pájaros a los que les recortan tantas veces las alas que ni siquiera se acuerdan de que nacieron para volar. Mi pobre y solitaria Ruby, siempre tan incomprendida... Espero que vuestra amistad acabe prosperando y con el paso del tiempo se empiece a parecer más a ti.

Por mi parte no tengo muchas novedades que contar. Hice caso a lo que me aconsejaste sobre invertir en la empresa de Faulkner, a pesar de que a nuestros socios les pareciera un desatino; pero teniendo en cuenta cómo empiezan a ir las cosas en Oro City, puede que sea uno de los mayores aciertos que hayamos hecho hasta ahora. Se avecinan muchos cambios en la capital, más de los que podría resumirte en una carta escrita a toda velocidad en un despacho abarrotado, y también en Silverville, aunque por ahora seamos los únicos que lo sabemos. De cualquier modo, no son lo que más me hace desear estar en mi antiguo hogar en estos momentos, sino la necesidad enloquecedora, dolorosa incluso, de tenerte a mi lado para poder hablar en persona.

Mi cama y mis dedos te echan de menos. Añoro tu calor, tu fuerza, tus ganas y hasta tus codazos pidiéndome más cuando estoy a punto de quedarme dormido. Confío en que con todas esas reformas la casa se haya vuelto más resistente, porque de lo contrario la acabaremos echando abajo a la segunda o tercera noche juntos.

Mientras tanto, te extrañará y deseará constantemente tu

John

Quando Ruby acabó de leer la carta, tenía las mejillas arreboladas. No pudo evitar arrugarla en la mano, debatiéndose entre el apuro que le habían hecho sentir aquellas confidencias maritales y la indignación de que John Mallory hablara de ella con tanta condescendencia. «La pobre, solitaria e incomprendida Ruby. —Alzó la cabeza hacia las delgadas nubes que

remoloneaban en el cielo y comprobó furiosa que tenía los ojos húmedos—. Como uno de esos pájaros que no se acuerdan de que nacieron para volar».

Pese a que no le hubiera visto desde hacía trece años, no le costó imaginar al John Mallory adulto del brazo de Grace, recorriendo Main Street y saludándola al pasar junto a la iglesia. «Buenas tardes, pajarito sin alas. ¿Quieres dar una vuelta con nosotros?». Casi pudo oírles reír juntos, como la perfecta pareja que parecían ser. No un matrimonio normal, o al menos no como los que Ruby conocía, sino un hombre y una mujer que confiaban el uno en el otro, se hacían confidencias y se divertían tanto fuera de la cama como dentro.

Porque Grace Mallory no era como ella. Grace Mallory no rehuía a su marido, ni se sentía asqueada cuando la tocaba. Buscaba a John, lo provocaba y disfrutaba con su compañía de una manera que ella nunca conocería. Por primera vez en su vida, se preguntó si su madre no estaría equivocada y lo normal fuera lo que hacían los Mallory.

Ya habría tiempo de pensar en ello. Enjugándose los ojos, Ruby metió la carta en el sobre, se la guardó en el bolso y se dirigió hacia su casa con un mantra resonando sin parar en su cabeza: «John Edward Mallory. Mallory Railroad. Logan Street, 10. Denver...».

CAPÍTULO XVIII



Cada vez le costaba más librarse del *sheriff*, pero Grace daba por bien empleado el tiempo que dedicaba a escuchar sus galanterías. Cuando Campbell se marchó después de besarle la mano, la joven rodeó la casa para dirigirse a los establos, de los que procedía un alboroto que casi se oía desde el riachuelo. Sugar y Pepper estaban apoyadas en el cercado que habían acabado de pintar un par de días antes y observaban emocionadas cómo Mustang, con el sombrero de vaquero que Grace le había comprado y unas botas con espuelas, hacía saltar como un loco a Maltés, el inquieto potro de color negro. Cuando la vieron acercarse, las chicas se ofrecieron a llevar a la casa las cosas que traía consigo, dejando que ocupara su lugar con los brazos cruzados sobre el cercado.

Tuvo que admitir que era un espectáculo digno de ser admirado. Maltés parecía estar hecho de pura rabia, y brincaba como un demonio para tratar de quitarse a Mustang de encima. Era la primera vez que Grace lo veía en acción; hasta entonces se había limitado a acostumar al animal a seguir las órdenes del lazo recorriendo toda la circunferencia del cercado. Pero en aquel

momento el bronco estaba siendo montado y la joven enarcó las cejas al observar cómo Mustang se las ingeniaba para mantenerse en equilibrio sobre la silla, inclinándose hacia atrás cuando el animal levantaba los cuartos traseros y asegurándose en todo momento de repartir su peso del modo adecuado. «No me equivoqué al sacarlo de la celda, desde luego —pensó mientras Maltés soltaba un relincho de furia cuando, después de haberlo dejado extenuado, Mustang consiguió salirse con la suya y el caballo acabó aminorando sus pataleos—. Tiene un don para esto».

—Buen trabajo —le felicitó cuando desmontó, con la camisa sudorosa pegada al cuerpo y el pañuelo rojo que llevaba al cuello casi desatado. El hombre se volvió para mirarla, sorprendido de encontrarla allí—. Veo que al final le ha enseñado quién manda.

—Usted, me imagino —fue la parca respuesta de Mustang—. Esta bestia debe de saber que no tiene que responder ante mí, sino ante su ama. En eso no somos muy diferentes.

Grace no pudo evitar reírse y, para su asombro, Mustang amagó una sonrisa. Era la primera vez que parecía de veras satisfecho, palmeando el cuello de Maltés mientras lo conducía poco a poco al cercado. El caballo no protestó cuando Grace extendió una mano para acariciarlo y frotó la cruz alargada de pelo blanco que tenía entre los ojos.

—¿Dónde ha aprendido a hacer todo eso, Mustang? ¿Se lo enseñaron los bandidos?

—Esos no distinguirían un mustango de una mula después de empinar el codo —le contestó él sin dejar de mirar al animal—. A montar a caballo solo se aprende montando a caballo. Llevo haciéndolo casi desde antes de empezar a caminar. Mi padre era dueño de un rancho a las afueras de Denver —añadió cuando Grace lo miró intrigada—. Era el mejor lugar en el que podía crecer un crío como yo. No se imagina lo feliz que fui allí.

—Vaya, nunca habría pensado que procediera de una familia de ganaderos —contestó ella tras un instante de silencio—. ¿Qué ocurrió para que ese rancho ya no le pertenezca?

—El viejo lo perdió jugando a las cartas cuando tenía doce años. Siempre le había gustado apostar, sobre todo después de haber bebido, pero en los últimos tiempos se mostraba más temerario. No supimos nada más de él

después de aquella noche. —Mustang echó hacia atrás las crines húmedas de Maltés, con el semblante tan impasible como siempre pese a que Grace distinguiera un fuego oscuro en sus ojos—. Mi madre murió un par de meses más tarde, aún no tengo claro si de pena o de vergüenza.

—Y a usted no le quedó más remedio que empezar a ganarse la vida por su cuenta, aunque fuera al margen de la ley —adivinó la joven—. ¿Le incomoda hablar de esto conmigo?

—¿Qué importa a estas alturas? —Mustang se encogió de hombros—. ¿Cambiaría mi situación acaso si le contara todo esto a su amigo el *sheriff*? La gente no está interesada en las historias de perdedores. Todos hemos oído hablar de alguien que consiguió una propiedad en el Oeste con una mano afortunada, pero nadie se acuerda nunca del pobre diablo que la perdió, ni de su familia. No es la clase de cuento que tienen que escuchar unos niños nacidos para triunfar. —Durante un rato ambos guardaron silencio, observando cómo Maltés sacudía la cabeza con resignación. Finalmente, Mustang dijo—: Hoy se ha entretenido más de lo habitual. Con Campbell, me refiero. ¿Qué quiere sacar de él?

—No se le puede ocultar nada, ¿verdad? —Grace suspiró y se quitó los guantes—. Es demasiado largo de explicar, pero puede que algún día se lo cuente. Ahora, ¿podría ir a los establos a ensillar a uno de los otros caballos para mí? ¿Lord Wilmore, por ejemplo?

—¿Va a salir a cabalgar así? —contestó Mustang, receloso—. ¿Con esa ropa de señorita remilgada que solo sabe montar a la amazona, como hace un momento con Campbell?

Era evidente que los había visto acercarse desde Silverville mientras saltaba sobre la silla de Maltés. Pero su desconfianza se convirtió en estupefacción cuando la joven se quitó la chaqueta y, con una sonrisa divertida, también la falda. A Mustang se le abrió la boca al darse cuenta de que no llevaba pololos debajo de la enagua, sino unos pantalones de lana como los suyos. Grace apoyó los pies en el cercado para desabrochar las hebillas de sus botines, dejándolos sobre la hierba y cogiendo un par de botas que le había mandado limpiar a Pepper antes de salir de casa. Cuando acabó de ponérselas, añadió:

—Bueno, ¿piensa tenerme esperando mucho más? ¿Qué pretende, que

arruine aún más mi reputación por ser vista recorriendo los campos a medianoche con mi capataz?

La invitación era tan clara que Mustang no supo cómo negarse. Mientras Grace se ponía otro de los sombreros de ala ancha que había en los establos, ensilló al caballo que le había pedido, un hermoso semental tan negro como Maltés, y después hizo lo propio con otro blanco al que la joven había bautizado un par de días antes como Simbad. Un minuto más tarde, abandonaban la propiedad por el sendero de atrás y se alejaban hacia el este, hacia las inmensas praderas que no tardarían en incendiarse con la puesta de sol.

El astro avanzaba en dirección contraria a ellos, como si quisiera competir para ver quién alcanzaba antes el horizonte. Grace clavó más las espuelas en el costado de Lord Wilmore y el caballo estiró el cuello con un sonoro relincho antes de adelantar al de Mustang. La joven no pudo contener un suspiro de placer cuando dejaron atrás las últimas granjas y el océano verde, eternamente danzante, salió a darles la bienvenida como un recordatorio de lo que se extendía más allá de Silverville. «El mundo entero y la promesa de una vida muy distinta —pensó mientras conducía a su montura por una pequeña depresión y escuchaba cómo Mustang la seguía, azuzando a Simbad más con sus susurros que con las espuelas—. Todo lo que me he obligado a olvidar... por ahora».

No estaba dispuesta a que los negros pensamientos enturbiaran su ánimo, no en un momento de absoluta plenitud. El viento le revolvía el cabello y el sol le calentaba las mejillas, y cuando al cabo de media hora se detuvieron a orillas de un pequeño riachuelo que acababa uniéndose al de Silverville, sonreía tanto que Mustang se rio entre dientes.

—Veo que no es la única que se dejó cegar por sus prejuicios. Si alguien me hubiera dicho hace una semana que la vería disfrutar de esta manera, me habría negado a creerle.

—Siempre he sido una caja de sorpresas —dijo Grace mientras descendía de Lord Wilmore y lo llevaba de las riendas hasta un árbol retorcido que crecía junto al agua. El caballo hundió los belfos en el riachuelo, agradecido, y Simbad lo imitó cuando Mustang los hubo atado a una de las ramas—. Dios santo, no sabe cómo echaba de menos esto.

—¿No le da miedo estar conmigo tan lejos del mundo civilizado? —El hombre fue a sentarse al lado de Grace, rozando casi el agua con las botas—. ¿Sola junto a un criminal?

—¿Tengo acaso algo que temer de usted ahora mismo? No hay ningún motivo por el que pueda atacarme porque no desea más que lo que tiene en este momento. El cielo ensangrentado, el aire fresco y el olor de un buen caballo. El de la libertad. —Y como él seguía mirándola sin decir nada, Grace dejó el sombrero sobre la hierba y continuó—: Hay algo que no me ha contado todavía y me interesa más de lo que pueda imaginar. Una de las cosas de las que le acusó el *sheriff* la otra noche fue de haber comerciado con indios.

—«Traficado» sería la palabra correcta —comentó Mustang—. Ya me di cuenta de que eso fue lo que más indignó a Campbell. Debe de ser un enemigo acérrimo de los nativos.

—Como las tres cuartas partes de los norteamericanos de bien —ironizó Grace—. Lo que me intriga son las razones por las que lo hizo. ¿Prometieron pagarle bien?

—No me dieron nada. Ni un miserable dólar. —Mustang sonrió de nuevo, mirándola por debajo del ala del sombrero que le oscurecía la cara—. ¿Responde eso a su pregunta?

—Completamente. No sé por qué imaginaba que no lo había hecho por ambición.

—Nadie que haga tratos con los indios por ambición merece el menor respeto. Es de cretinos tratar de venderle a alguien lo que tú mismo le has robado unos años antes.

Se había llevado de manera inconsciente una mano al brazo derecho, rozando el lugar en el que Grace había visto el tatuaje. Sus ojos casi parecían dorados bajo aquella luz.

—¿Una temporada con los cheyennes? —acabó preguntando ella. Mustang asintió.

—Una temporada, por decirlo así. Dos años enteros, los que Campbell dijo que pasé en paradero desconocido, desde 1869 hasta 1871. Estuve conviviendo con una pequeña tribu asentada desde mediados de los años sesenta en la orilla oeste del río Smoky Hill.

—¿Cómo acabó entre ellos? ¿Lo capturaron haciendo una incursión en su

territorio?

—Digamos más bien que fui una especie de invitado de honor. —Grace enarcó las cejas y Mustang, echándose hacia atrás para apoyarse en los codos, continuó su relato—: En el invierno de 1869, me encontré con un cheyenne en las estribaciones de las Montañas Rocosas mientras cabalgaba tras un cimarrón, uno de esos caballos salvajes descendientes de antepasados domesticados que consiguieron escapar de sus ranchos. Durante todo el día estuvimos persiguiéndolo, saltando precipicios entre la nieve y tomando atajos que confiábamos en que no conociera el otro... Hasta que, cuando ya se hacía de noche y la nevada empezaba a convertirse en tempestad, un grito del muchacho indio me hizo detenerme. Retrocedí sin saber muy bien por qué y me di cuenta de que su caballo había tropezado con unas raíces enterradas en la nieve, aplastando al jinete al rodar sobre la ladera de la montaña. El chico no dejaba de gemir; tenía el pecho destrozado y la cara ensangrentada, pero aun así pudo pedirme, en el poco inglés que conocía, que lo llevara con los de su tribu. No necesitaba ser médico para adivinar que no le quedaba mucho de vida, así que lo subí a mi caballo para que se reuniera con los cheyennes de Smoky Hill.

»Murió cuatro días después de llegar al campamento, en brazos de su madre. Ella me mandó llamar antes de que sucediera y me dio las gracias por lo que había hecho por él. Nunca me olvidaré de cómo me abrazó aquella mujer, como si gracias a mí su hijo no fuera a fallecer..., cuando los tres sabíamos que acabaría siendo así. —Mustang se subió la manga de la camisa para dejar al descubierto el tatuaje. Los caracteres apenas se podían distinguir en la luz cada vez más agonizante—. Fue ella quien pidió que me permitieran usar el nombre de su hijo, Nâhahévo'ha, cuando se percató de que empezaba a sentirme entre ellos casi como si fuera un miembro más de la tribu. Significa “Caballo Salvaje”.

—No es lo que esperaba oír, pero ahora entiendo por qué no ha vuelto a colaborar con otros bandidos después de aquello. —Grace deslizó un dedo por el brazaletes de tinta—. Algo me decía que había más en usted de lo que parece a simple vista.

—Su intuición femenina, supongo, o la afinidad cheyenne. Pero ahora tendría que ser yo quien le preguntara por su relación con ellos. —Y como

Grace se quedó callada con los ojos clavados en el riachuelo, Mustang continuó—: ¿No piensa decirme nada?

—No quiero tener que mentirle —contestó ella—. No a alguien que ha confiado tanto en mí como para contarme lo que estoy convencida de que no le ha confesado nunca a nadie.

—Entonces no tiene sentido que le pregunte si de verdad está casada con Mallory.

Al oír esto, Grace apartó la vista del agua. Durante unos segundos, ambos se limitaron a mirarse en silencio, con los caballos cabeceando y piafando a sus espaldas.

—Será mejor que volvamos a Silverville —sugirió ella por fin—. Se está haciendo tarde.

Mustang se puso en pie y le alargó una mano, pero Grace se incorporó sin ayuda, se sacudió la hierba de los pantalones y se acercó a *Lord Wilmore*. Estaba a punto de subir a la silla, observando cómo la última uña de sol desaparecía a lo lejos, cuando dijo:

—¿Qué fue lo que le llevó a convertirse en cuatrero? ¿Fue una decisión repentina?

—No —respondió Mustang, sorprendido—. Me uní a una banda de ladrones de caballos después de saber que planeaban entrar a robar en mi antiguo rancho. No me interesaban los beneficios que pudiera obtener a cambio; lo único que quería era recuperar a mi yegua.

—Y una vez comenzó su venganza, no fue capaz de abandonar aquella espiral —musitó ella—. Considere esto la respuesta más sincera que puedo darle por ahora.

Entonces trepó sobre la grupa de *Lord Wilmore* y lo azuzó con las espuelas y, para cuando Mustang consiguió hacer lo mismo con su montura, Grace no era más que una diminuta sombra en la lejanía, un fantasma cabalgando para reunirse con los de Silverville.

CAPÍTULO XIX



Eran cerca de las once de la noche cuando el *sheriff* se despidió de Carson y Ross y condujo a su caballo por Main Street. Fue un alivio descender de la silla y estirar de nuevo las piernas después de haber pasado casi seis horas azuzando al pobre animal de una granja a otra. En los últimos días habían llegado a la oficina algunas quejas acerca de gallinas desaparecidas que, a falta de asuntos más graves de los que ocuparse, habían llevado a Campbell y sus hombres a peinar los alrededores de Silverville hasta descubrir lo que ocurría: unos antiguos cazadores de esclavos fugados, que después del fin de la guerra se habían quedado sin trabajo, habían hecho un alto en la zona. Aunque no consiguieron atraparlos, el *sheriff* estaba seguro de que la persecución campo a través los había alarmado lo suficiente para no volver a dejarse caer por allí. «Cuanto antes se marchen de Colorado, mejor para todos —pensó, y acarició las crines de su caballo, que se había puesto a beber con fruición del abrevadero que había ante el saloon. Tras atarlo a un poste, subió los escalones que conducían a la puerta doble del local—. Ya

tenemos suficientes indeseables en el pueblo para que también ronden por aquí unos cazadores de negros».

No había demasiada animación aquella noche. Un pianista desgranaba una alegre melodía en una esquina, debajo de un par de paisajes irlandeses atravesados por algún que otro balazo. Media docena de mineros jugaba al faro en una mesa con dos vendedores de pieles itinerantes, y tras la larga barra de caoba O'Leary, el cantinero, servía una bebida a un joven que al cabo de unos segundos Campbell reconoció como Hugh Travis, el nuevo cajero que el señor Lawrence había contratado unas semanas antes. Ambos lo saludaron cuando se acercó a ellos después de haber soltado el tabaco que había estado mascando en una escupidera.

—Buenas, *sheriff*—le dijo O'Leary—. Ya me extrañaba no verle por aquí esta noche.

—Ha sido un día movido. Ponme un *whisky* o me quedaré dormido de pie—contestó Campbell, y mientras el cantinero agarraba una botella, le dio una palmada en el hombro a Travis—. ¿Cómo va eso, muchacho? ¿Empiezas a sentirte como en casa entre nosotros?

—Ha demostrado tener un buen par viniendo solo al saloon—se burló O'Leary, y el *sheriff* se echó a reír mientras Travis, que aún no había cumplido veinte años y era tan pequeño y delgado como un niño, se sonrojaba detrás de su té con *bourbon*—. Creo que debía de ser para él una especie de rito iniciático, con sus pendencieros y apostadores...

—Lástima que *madame* Gardiner haya cerrado su local; eso sí que le habría parecido un rito iniciático.—Campbell se quitó el sombrero y lo dejó a su lado en la barra—. ¿Qué cuenta la gente hoy, O'Leary? ¿Ya se han enterado de lo de los cazadores de esclavos?

—Ross me lo comentó cuando iba a reunirse con usted para intentar atraparlos, pero el principal tema de conversación sigue siendo lo de ese antiguo traficante de armas que ahora trabaja para la señora Mallory. Creo que va a dar que hablar durante todo el otoño.

Esto hizo detenerse a Campbell con el vaso en la mano, pero finalmente se puso a beber sin contestar nada. Travis se inclinó sobre la barra para preguntarle en un susurro:

—¿Es verdad lo que cuentan en el banco, *sheriff*? ¿La señora Mallory se

empeñó en contratar a ese hombre a pesar de que le advirtieron de que acababa de salir de la cárcel?

—La señora Mallory es un... espíritu libre en más de un ámbito de la vida —replicó Campbell, dando vueltas a su *whisky* en la mano—. Le dije que lo que estaba haciendo me parecía un error, pero la verdad es que sabe ser muy persuasiva. Por lo menos me queda el consuelo de que, a juzgar por lo que he visto, está logrando mantenerlo a raya.

—¿Y es cierto que estuvo vendiendo rifles a los cheyennes hasta hace unos meses?

—¿Qué estás diciendo? —Esta vez Campbell habló tan alto que algunos jugadores se giraron para mirarle—. Esos indios con los que Bill Mustang tuvo trato... ¿eran cheyennes?

—Travis tiene un tío trabajando en la prisión de Salt Lake City —explicó O'Leary mientras el cajero hinchaba el pecho, orgulloso de su momento de gloria—, y al parecer le dijeron que Mustang tenía desde hacía tiempo contactos entre una de esas tribus que se asentaron al este del país hace unos años. Supongo que en el fondo es igual: cheyennes, siux, arapajoes, apaches..., todos hacen lo mismo; disparan flechas y cortan cabelleras...

—Pero nunca se han visto indios por aquí, ¿verdad? —preguntó Travis. Campbell, que se había quedado mirando su *whisky*, echó la cabeza hacia atrás para bebérselo de un solo trago—. No hay ningún campamento cercano a Silverville, que nosotros sepamos...

—Claro que no —replicó el *sheriff*—. A Mustang no lo atraparon en Colorado, sino en Utah, por eso lo encerraron en Salt Lake City. Los pieles rojas también debían ser de allí.

Lo dijo tan tajantemente que Travis no se atrevió a preguntar nada más. O'Leary se quedó mirándole de reojo mientras empezaba a secar vasos, pero, cuando Campbell se disponía a pedir otro *whisky*, el cantinero hizo un gesto con la cabeza hacia Main Street.

—Eh, Travis, ¿esa no es la mujer de tu jefe? —El muchacho y el *sheriff* se volvieron hacia la entrada y vieron asomar una cabeza por encima de la puerta doble. A pesar de ir envuelta en el velo que colgaba de su sombrero, no les costó reconocer el cabello rojo de Ruby—. Vaya con los Lawrence. Parece que no te dejan descansar ni siquiera de noche.

—¡Señora Lawrence! —exclamó Travis, y se bajó del taburete con tanta precipitación que casi tropezó con sus propios pies—. ¿Qué ha sucedido? ¿Me necesitan?

—Buenas noches, Travis —oyeron susurrar a Ruby. El chico se había puesto rojo y Campbell supo de inmediato que no era el cargo de Max Lawrence lo que más envidiaba su cajero—. No ha pasado nada, tranquilo. ¿Podría decirle al *sheriff*...?

Campbell cruzó una mirada extrañada con el cantinero antes de acercarse a ellos.

—¿Quería hablar conmigo, señora Lawrence? ¿Lleva mucho tiempo esperando?

—Un par de minutos. Ya saben que no me está permitida la..., la entrada en lugares como este —dijo Ruby, enrojeciendo a su vez. Dos mineros se acercaron a la puerta y ella se embozó más en el velo para que no la reconocieran—. ¿He venido en mal momento?

—En absoluto, solo estábamos charlando. ¿Es que se encuentra en un apuro?

—No del tipo que ustedes puedan imaginar, pero preferiría que habláramos en otro sitio, si no le importa. Ya me he arriesgado demasiado viniendo hasta aquí en plena noche.

Había algo en su expresión que inquietó a Campbell, pero asintió y, tras regresar a la barra para dejar unas monedas y coger su sombrero, se despidió de Travis y acompañó a Ruby hasta su oficina, dos edificios más allá. Ninguno de los dos dijo nada mientras el *sheriff* empujaba la puerta y encendía el quinqué que había sobre el escritorio, haciendo que el charco de luz pintara del color de la sangre las paredes de ladrillo de la habitación.

—Siéntese, por favor —le pidió a Ruby, repentinamente cohibido por lo desordenada que estaba la estancia. Se apresuró a cuadrar los papeles desperdigados sobre el escritorio y a vaciar un cenicero tan atiborrado que parecía una urna funeraria.

—Es la primera vez que entro en este lugar —dijo la joven, y tomó asiento al otro lado de la mesa. Miró con aprensión los barrotes de la celda—. Usted no dormirá aquí, ¿verdad?

—Mi habitación se encuentra sobre la oficina, al final de la escalera

adosada a uno de los laterales. Ahora que lo pienso, no me he acordado de pedirle a O'Leary nada para usted. —Campbell se rascó la cabeza, cada vez más incómodo—. No tengo té ni café ni...

—No se preocupe por eso. Con que me sirva un poco de ese *whisky* será suficiente.

Ruby señaló la botella medio vacía que Campbell acababa de coger para apartarla de su vista. Ante esto, el *sheriff* se detuvo y miró a la joven con estupefacción.

—Señora Lawrence, no creo que sea una buena idea. Su marido no aprobaría que...

—Le he dicho que me sirva un puñetero vaso. —En la voz de Ruby se había deslizado una esquirra de hielo que el *sheriff* nunca había percibido en ella—. Si no lo hace, agarraré la botella yo misma y me la beberé de un sorbo, y no creo que le apetezca explicarle a ese marido mío por qué estoy vagando borracha por el pueblo a medianoche, ¿verdad?

Durante los segundos que siguieron a esto, lo único que se oyó fue el eco del piano del saloon. Al final, Campbell sacó un pequeño vaso de hojalata, lo limpió con su pañuelo y lo puso en la mesa ante Ruby, llenándolo hasta el borde. No fue capaz de reaccionar hasta que ella acabó de bebérselo con una mueca entre asqueada y aliviada.

—Señora Lawrence..., ¿seguro que no le ha pasado nada? ¿Va todo bien en su casa?

—Todo lo bien que podría ir, supongo. Por eso he venido a verle, porque, aunque no sea la mejor situación del mundo, no quiero que empeore. —Y tras guardar silencio unos instantes, continuó en voz baja—: ¿Alguna vez se ha odiado a sí mismo por hacer algo que iba en contra de sus principios aun sabiendo que con ello evitaría una catástrofe?

—Ya sabe que sí. Hace trece años, cuando usted aún era una niña. Y lo mismo podrían contestarle su marido, su padre y el reverendo Cross.

Aquello hizo que Ruby alzara los ojos. En ellos había prendido una extraña chispa mezcla de miedo, de angustia y de determinación que casi hizo que el *sheriff* sintiera un escalofrío. Sin decir nada, la joven abrió su bolso y rebuscó en el interior hasta sacar un pequeño sobre que puso sobre el escritorio, empujándolo hacia Campbell.

—*John Edward Mallory* —leyó él, acercándolo más al quinqué—. *Mallory Railroad. Logan Street, 10. Denver...* Espere. —Miró de nuevo a Ruby con perplejidad—. ¿Esta es la dirección del señor Mallory en la capital? ¿Esta carta —le dio la vuelta— es de su esposa?

—Se le cayó en la tienda de los Chadler hace un par de días —contestó ella en voz muy baja, como si temiera que pudieran oírles—. Al principio pensé en devolvérsela, pero...

—Ya —dijo Campbell, aún sorprendido—. Lo entiendo. ¿Se la ha dado ya a su padre?

—Todavía no. Nadie más que yo la ha leído. De todos modos, no es lo que John le cuenta a su esposa lo que me ha llevado a quedarme con ella, sino el hecho de que por fin sepamos dónde podríamos encontrarle. Me imagino que se habrá dado cuenta de que la señora Mallory no parecía dispuesta a darnos ese dato. —La joven enlazó con nerviosismo las manos sobre la mesa antes de añadir—: Cuando se apuesta tan fuerte como lo han hecho ustedes, lo único que parece tener sentido es continuar con la partida hasta el final, por muchos riesgos que se acumulen. ¿Está de acuerdo conmigo?

Parecía más asustada que nunca y al mismo tiempo tan decidida que Campbell notó cómo se le secaba la garganta. Ruby se levantó y se acercó a los carteles de los forajidos que había en la pared, apretando con fuerza los brazos contra su delgado pecho.

—Me han dicho que lleva nueve años portando la estrella de plata. Doy por hecho que no todos los bandidos a los que ha atrapado en este tiempo continúan cumpliendo condena en prisión. Sin duda habrá alguno del que haya vuelto a tener noticias, algún pobre diablo dispuesto a lo que sea con tal de congraciarse con las fuerzas del orden...

—Señora Lawrence. —Campbell se puso también en pie—. ¿Está pidiéndome lo que creo que está pidiéndome? ¿Una dama como usted, que no haría daño ni a una mosca?

—Dudo que exista una mosca que suponga una amenaza tan certera para nosotros.

—Aun así..., John Mallory era amigo suyo, era su único amigo. No me entra en la cabeza que quiera..., por mucho que se esté torciendo la situación, por espínosa que sea...

Se quedó callado cuando Ruby se volvió hacia él. Al estar tan cerca del quinqué, su sombra parecía enorme sobre la pared, cerniéndose sobre Campbell como un monstruo.

—Sé que Max, el reverendo Cross y hasta mi padre me dirían lo mismo. Pero, si me he decidido a pedírselo a usted, no ha sido solo porque cuente con los medios necesarios para acabar con este asunto de una vez. Sé lo que siente por ella. —Y cuando Campbell dio un paso atrás, añadió—: He visto cómo la mira desde la noche en que la conocimos. Y lo que ahora mismo estoy viendo en sus ojos confirma mis sospechas.

—¿Qué es lo que está viendo exactamente? —quiso saber él a media voz.

—Esperanza. Esperanza de que pueda ser suya algún día. —Y sin decir nada más, la joven se echó de nuevo el velo por la cara y abandonó la oficina como una sombra, y lo único que pudo hacer el *sheriff* fue quedarse mirando la carta que todavía sostenía en la mano como un cleptómano al que le dan la combinación de la caja fuerte de un banco.

CAPÍTULO XX



Durante los siguientes días Ruby no supo nada de Campbell, y en lo más hondo de su corazón comenzó a preguntarse si no sería mejor que el *sheriff* decidiese hacer oídos sordos a su petición. Ni siquiera ella misma estaba segura de lo que se traía entre manos; de algún modo se encontraba en un escenario en el que no se reconocía y apenas podía creer que hubiera acudido a su oficina con semejante propuesta.

¿Qué habría dicho su madre si la hubiese oído? «Ruby, estás cometiendo un error imperdonable. Esto te condenará». Abrumada por la ansiedad, la vergüenza y un incipiente sentimiento de culpa, se obligó a sí misma a concentrarse en otras cosas para mantener aquellos ominosos pensamientos a raya. Pero ni siquiera el entusiasmo con el que Savannah y Verity estaban abordando los preparativos para la boda conseguía distraerla, evitar que escuchase todo el tiempo aquella voz que siempre se las ingeniaba para remover su conciencia, incluso habiéndose apagado trece años antes. «No sigas por ese camino, Ruby, porque no habrá vuelta atrás. Sabes de sobra lo que te espera al final».

—Al menos ponerme esos horribles sombreros de paja ha servido de algo —comentó Savannah mientras estiraba el cuello para examinarse la piel del escote y de los hombros en el espejo de su dormitorio—. He conseguido evitar las pecas... No quiero decir que no resulten atractivas, Ruby; es solo que no creo que a mí me sentaran tan bien como a ti.

Ruby solo pudo esbozar una sonrisa tranquilizadora. Llevaba cerca de media hora sentada en el diván de la habitación de Savannah, cosiendo las flores de tela de Verity mientras su hija y Rita, la doncella, ayudaban a la joven a probarse el vestido de novia.

—Dios mío, señorita, ¡está absolutamente preciosa! —exclamó una emocionada Rita cuando acabó de abrochar la hilera de botones que recorría la espalda del vestido.

—No sabéis las ganas que tengo de que Troy me vea con él puesto. A la modista y a mí nos costó horrores convencerle de que un marido no debe ver el vestido de novia de su esposa hasta estar en el altar. —Savannah se arremangó un poco la falda con una sonrisa radiante para que Rita le pudiera poner los zapatos, del mismo raso blanco que el vestido adornado con perlas de agua dulce—. Ayer Verity me enseñó una fotografía de Max y de ti delante de la iglesia, Ruby. La verdad es que estabas... —La miró—. ¿Ruby?

—Perdóname, Savannah. —La aludida apartó los ojos con esfuerzo de las cintas que estaba enrollando para convertirlas en pequeños capullos rosas—. Hoy estoy muy cansada.

—No me extraña. Os estamos dando tantas preocupaciones con el tema de la boda...

—¿Puedo probármelo yo? —preguntó Verity cuando Savannah desdobló el enorme velo de gasa. Ella asintió con una sonrisa antes de ponérselo sobre la cabeza y, cuando la cubrió por completo, la niña se echó a reír—. ¡Ahora yo también soy una novia!

—Una novia un poco pequeña, señorita —se rio Rita a su vez mientras Verity giraba sobre un pie con los brazos extendidos, como la bailarina de una caja de música—. Le sobran dos metros de gasa por lo menos. Todavía tendrá que esperar unos años más...

—¿Cuántos? —preguntó Verity, haciendo ondear el velo—. Yo ya tengo cinco. ¿Cuántos años serán?

—Pues teniendo en cuenta que su madre se casó a los dieciséis, supongo que usted lo hará a una edad parecida. Cuando quiera darse cuenta, un hombre tan guapo como su papá le pedirá su mano, la llevará a la iglesia y le comprará una casa como esta, donde serán felices para siempre...

Un punto de sangre apareció en el índice de Ruby al pincharse con la aguja, haciendo que profiriese un gemido. El ruido atrajo la atención de Rita, Verity y Savannah.

—¡Mamá, que manchas de sangre mis rosas! —se quejó la niña.

—Lo siento, pero necesito que me dé el aire un rato —dijo Ruby, y guardó las flores y la aguja dentro de su costurero—. Me duele la cabeza de fijar tanto la vista...

Ninguna trató de detenerla cuando salió al corredor, envuelto en el caleidoscópico resplandor de las vidrieras emplomadas. Detrás de los rectángulos de cristal de colores, la mansión de los Mallory parecía alzarse sobre el mar de tejados de Silverville. El nudo que Ruby sentía en el estómago se estrechó más al recordar que poco antes había recibido una nota de Grace Mallory, invitándoles a Max y a ella a una cena íntima con la que quería dar por concluidas las obras de la casa. No tenía muy claro qué consideraría Grace «íntimo», pero no saber con quién se encontrarían en la mansión no la inquietaba tanto como la posibilidad de que no tuviera malas intenciones. «Espero que vuestra amistad acabe prosperando y con el paso del tiempo Ruby se empiece a parecer más a ti», había escrito John en aquella condenada carta. Y así era como ella se lo pagaba...

Tuvo que apoyarse en el cristal para refrescar un poco su frente ardiente. Acababa de cerrar los ojos cuando percibió el rumor de unos pasos acercándose sobre la alfombra.

—Señora Lawrence. —Era Smithson, el mayordomo—. Su esposo me ha pedido que le diga que está esperándola en su despacho. Al parecer, se trata de un asunto urgente.

—¿Un asunto urgente? —Ruby sintió crecer su angustia—. ¿No sabe qué ha ocurrido?

—No, señora, pero el señor no está a solas: su padre y el *sheriff* Campbell subieron con él hace un rato, y el reverendo Cross también ha aparecido hace unos diez minutos.

La mano izquierda de Ruby se apoyó en la vidriera, como temiendo que el suelo pudiese ceder bajo sus pies. Sin embargo, se obligó a murmurar un «gracias, Smithson» antes de dirigirse con pasos inseguros hacia el despacho de Max.

Cuando dobló la última esquina, observó que la puerta se encontraba entornada y los susurros de los hombres se escapaban hacia el corredor. Todos guardaron silencio cuando la joven hizo su entrada. Max le había cedido el sillón a su suegro, quien enderezó la cabeza al verla aparecer con una mirada que Ruby no supo descifrar.

—Ah, aquí está mi pequeña —la saludó—. Por lo que me han contado, las mujeres de la casa te habían secuestrado para pasar la tarde hablando de rasos y de gasas.

—He dejado a Verity con Savannah y mi doncella. Están tan entusiasmadas como si fueran ellas las novias. —Miró a su alrededor—. ¿Es que Troy no va a acompañarnos?

—Dado que tampoco lo hizo cuando hablamos de la muerte de Angus Mallory, no veo por qué habría de ser distinto hoy. Los únicos interesados somos los cinco presentes.

Ruby tragó saliva. Al volverse hacia el *sheriff* Campbell, que se había apoyado en una de las estanterías, este no pareció ser capaz de sostenerle la mirada.

—Supongo que eso querrá decir que el *sheriff* os ha contado lo que se me ocurrió...

—Tuve que hacerlo, señora Lawrence —dijo Campbell en un tono casi avergonzado.

—Tuvo que hacerlo cuando fue necesario, porque de otro modo no habríamos sabido hasta qué punto la situación ha cambiado —intervino Sullivan—. No se lo tengas en cuenta, Ruby; te aseguro que Campbell ha guardado celosamente tu secreto.

—¿Qué quieres decir? —se sorprendió su hija—. ¿Qué es lo que ha cambiado?

—Todo, en teoría. Nada, si tenemos en cuenta que no podemos ir a peor —comentó el reverendo Cross amargamente—. Dudo mucho que podamos condenarnos aún más.

Aquello hizo que un presentimiento asaltara a Ruby, una certidumbre que consiguió que se le secara la garganta. Su padre le alargó una carta por encima de la mesa.

—Campbell ha venido a verme hace un rato para mostrarme la nota que acababa de recibir de un antiguo cuatrero al que metió en la cárcel hace unos cinco años y que en estos momentos está trabajando en un rancho cercano. Creo que te resultará interesante.

Cuando cogió la carta, sus manos temblaban tanto que casi la dejó caer. El texto no podía ser más simple, claramente escrito por alguien poco acostumbrado a ello.

El asunto está resuelto, señor: John Mallory ha dejado de suponer un problema. Esta noche lo seguí cuando abandonó su oficina y lo atraje a un callejón en el que le descerrajé un tiro. Creo que le di en el corazón, porque tardó muy poco en morir. Le envió junto con esta carta el reloj que llevaba en el bolsillo; supongo que eso hará que la policía piense que simplemente lo han asesinado para robarle. Me he quedado con el contenido de su cartera, así que no hará falta que me dé nada más. Me basta con saber que no volveré a pisar la cárcel.

Atentamente, etc.,

J. Cook

Ruby nunca supo cómo había acabado sentándose en una silla; quizás había sido Max quien se la había acercado al verla tambalearse o el reverendo Cross antes de posar sus manos sobre los hombros de la joven. Solo podía pensar en John, que en ese momento seguía siendo un niño de diez años en su mente, empapando con su sangre los adoquines de Denver. Las palabras del *sheriff* llegaban a sus oídos como un eco distante:

—... Que Cook no se lo cuente a nadie: tiene mucho más que perder que nosotros y, al fin y al cabo, no hay más pruebas que nos incriminen que con la muerte de Mallory.

—Con la diferencia de que esta vez ha habido dinero de por medio —oyó susurrar al reverendo sobre su cabeza—. Parece que dentro de todos los seres

humanos hay un Judas.

—No en el caso de mi hija —repuso Sullivan—. A Ruby no la ha movido la ambición, sino el deseo de protegernos a todos. No hay nada que me merezca más respeto, Cross.

El párroco no le contestó. Como una autómatas, Ruby estiró el brazo para agarrar un objeto redondo que había sobre la mesa. Habría reconocido aquel reloj en cualquier parte, aunque hubieran pasado años desde la última vez que lo vio; John se lo enseñó a escondidas una tarde en el dormitorio de Mallory. Recordaba que había una inscripción en la parte interior de la tapa y, cuando la abrió con esfuerzo, comprobó que seguía ahí.

Ní neart go cur le chéile, se leía en pequeños caracteres de inspiración celta. «La fuerza reside en la unidad». Aquello hizo que las manos le temblaran aún más. ¿Dónde había quedado la unidad que hizo que Mallory y Sullivan se quisieran como hermanos?

—Esta tarde hemos recibido una nota de la señora Mallory —dijo Max en voz baja mientras Ruby, incapaz de hablar, devolvía el reloj a la mesa—. Nos ha invitado a cenar mañana por la noche con ella para celebrar que por fin han acabado las obras de la casa...

—También a mí, y Cross y Campbell han recibido la misma carta —aseguró Sullivan sin dejar de mirar a Ruby—. Lo cual no deja de ser curioso teniendo en cuenta qué día será.

—Mañana será 1 de noviembre. —Max frunció el ceño—. No entiendo qué...

Pero se quedó callado al comprender, a la vez que los otros dos hombres, a qué se refería su suegro. Angus Mallory había fallecido un 1 de noviembre, trece años antes.

—¿Usted dice que es curioso, Sullivan? —El *sheriff* parecía inquieto de repente—. ¿Y si no se trata de una coincidencia y la señora Mallory lo ha hecho a propósito?

—Dudo que sea tan retorcida, aunque eso debería saberlo mejor que nadie quien se ha paseado por Silverville con ella agarrada a su cintura. —Aquello hizo que Campbell se sonrojara, algo que Ruby no recordaba haber visto jamás en él—. En cualquier caso —siguió diciendo su padre—, nuestra obligación será asistir mañana a esa cena, y hacerlo además con nuestra mejor

sonrisa para asegurarnos de que, cuando Grace Mallory reciba la noticia, no se plantee siquiera que podamos haber tenido nada que ver.

—Probablemente se sentirá tan devastada que no se le ocurrirá pensar en eso —murmuró el *sheriff*—. Espero que cuando pase el tiempo y su dolor se haya atenuado...

—Lo que haga usted con esa mujer me trae sin cuidado, Campbell. Por mí, como si va ahora mismo a su casa y se encierra con ella en el dormitorio. Por muy inteligente que os parezca, nunca volverá a suponer una amenaza, sencillamente porque ya no hay nada que la ate a los Mallory.

—La peor amenaza a la que vamos a tener que hacer frente a partir de ahora no nos espera en este mundo, Sullivan —le recordó Cross—. Hemos ido demasiado lejos. Todos.

Y diciendo esto, se despidió de Ruby apretándole los hombros por última vez y se dirigió a la puerta del despacho. Tras unos segundos de indecisión, el *sheriff* Campbell lo siguió, poniéndose de nuevo el sombrero de ala ancha, y Sullivan se levantó del sillón con esfuerzo para salir tras ellos. Al pasar junto a su hija, le acarició el pelo con suavidad.

—Mo chailín daor, mi querida niña —le susurró, y se inclinó para darle un beso en la pecosa frente—. No prestes atención a lo que Cross te diga; lo que le ocurre es que está más asustado que todos nosotros juntos. Has hecho lo correcto y estoy orgulloso de ti.

Se marchó de la habitación detrás de los demás y Ruby se quedó sentada en la silla sin poder pronunciar palabra. «Has hecho lo correcto». Siempre lo mismo, siempre la perfecta Ruby Lawrence que sabía lo que había que hacer en cada ocasión. «Usted nunca sería capaz de matar a una mosca», le había dicho Campbell. Si agarrara a un niño de pecho y le arrancara el corazón en Main Street, todo el mundo seguiría asegurando que eso era lo correcto, porque, si lo había hecho ella, ¿cómo no iba a serlo?

Al agachar la cabeza, reparó en que la herida de la aguja le estaba tiñendo de rojo los dedos temblorosos. La perfecta Ruby Lawrence tenía las manos manchadas de sangre.

—Ni todo el océano de Neptuno bastaría para limpiar la sangre de mis manos —dijo para sí misma. ¿A quién había hecho Shakespeare lamentarse de ese modo, a Macbeth?

Le llevó unos segundos darse cuenta de que no todos se habían marchado. Max la observaba desde la puerta con una expresión a medio camino entre el estupor y el miedo.

—Lo he matado —siguió a media voz—. Lo he matado yo, Max. John había vuelto de entre los muertos y yo he hecho que lo enviaran de regreso al infierno.

—Oh, Ruby —contestó su marido, y sin saber qué más decirle, extendió los brazos en su dirección. Cuando la joven quiso darse cuenta, había enterrado la cara en su pecho y lo estaba abrazando como nunca lo había hecho, desesperada por poder agarrarse a algo.

—No me sueltes, por favor —consiguió articular contra su chaleco—. Tengo miedo de mirarme en un espejo y ver la clase de monstruo en la que me he convertido.

CAPÍTULO XXI



El hecho de que dos personas demuestren su angustia de maneras muy distintas no hace que una la sienta menos que la otra. Durante las horas que pasaron entre la llegada de la carta de Cook y la cena en la mansión de los Mallory, el *sheriff* no estuvo más satisfecho de sí mismo que Ruby. Lo que había ocurrido le hacía sentirse sucio..., una suciedad que, como constató mientras cabalgaba a eso de las siete y media hacia la casa de Grace, no se había posado sobre su cuerpo, sino que parecía haber surgido de su interior. Por desgracia para él, estaba demasiado familiarizado con esa sensación.

—Vaya, pero si es el protector del pueblo —le saludó *madame* Gardiner cuando llamó a la puerta después de haberse sacudido el polvo de la ropa—. ¡Me alegro de volver a verle!

—Yo también, *madame*. Parece que se ha adaptado muy bien a su nueva situación...

Era extraño encontrarla con aquel recatado vestido a rayas grises, tan

distinto de los incitantes escotes que se veía obligada a lucir cuando estaba al frente del Silver Garden.

—Mis chicas y yo estamos muy a gusto aquí, a pesar de la mala fama que tenía la mansión cuando se encontraba casi en ruinas —sonrió la mujer—. Ha sido un cambio muy reconfortante después de haber pasado tantos años dedicándome a mi antigua profesión.

—Bueno, supongo que tiene razón. La verdad es que no me importaría pasar el resto de mis días en un sitio como este cuando le entregue la estrella de plata a Ross o Carson.

Entre las sábanas de Grace, concretó para sí mismo, encarcelándola en sus brazos hasta asegurarse de que no quedaba en su mente ni un recuerdo de su esposo. *Madame* Gardiner cogió su chaqueta cuando se la entregó para colgarla del perchero del vestíbulo.

—La diferencia es —contestó— que cuando un *sheriff* se quita esa estrella se convierte en un hombre como los demás, pero una prostituta siempre seguirá siéndolo a ojos de la sociedad. —Entonces alzó los ojos hacia lo alto de la escalera—. Ahí baja la señora Mallory.

La expresión de Campbell se transformó de tal modo que *madame* Gardiner optó por marcharse sin decir nada más. Grace se había detenido en el rellano y había girado sobre sus talones para que él pudiera admirar su vestido, una cascada de seda de un azul turquesa que dejaba expuestos sus hombros y el nacimiento de sus pechos.

—Dios santo, mujer —susurró Campbell, subiendo poco a poco hacia ella, como si un mago lo hubiera hipnotizado—. Voy a tener que detenerla por ser un escándalo público.

—Espóseme, *sheriff* —respondió Grace con picardía, y le alargó unas pulseras para que se las pusiera—. No podemos dejar que nadie en Silverville se corrompa por mi culpa.

—Me temo que es demasiado tarde. Hace tiempo que estoy condenado sin remedio.

Apartar sus ojos de aquellas dunas pálidas le supuso un esfuerzo atroz, pero acabó concentrándose en las pulseras al tercer intento. Eran de plata, observó, y bastante caras.

—Me las regaló John cuando nos prometimos —explicó Grace—. Al

parecer, su padre las mandó hacer para su madre con la plata que sacaron de su propia mina. Supongo que tiene sentido que los Mallory recurran a ella para mantener encadenadas a sus mujeres.

«No por mucho tiempo», pensó Campbell mientras abrochaba el último cierre. Era increíble que el deseo que sentía por aquella mujer le llevara a relativizar cualquier cosa cuando se encontraba a su lado, incluso el hecho de haber mandado asesinar a su esposo.

—Todavía no han llegado los demás, así que podemos tomar una copa juntos —propuso ella mientras se colgaba de su brazo para bajar la escalera. Lo condujo hasta la pequeña sala de estar que había a la izquierda del vestíbulo, donde tomaron asiento en un diván.

—¿Está Bill Mustang por aquí? —preguntó mientras miraba a su alrededor—. Creo que me gustaría tener unas palabras con él para asegurarme de que se está comportando.

—No —se apresuró a decir Grace. Cuando el *sheriff* la observó extrañado, añadió con una sonrisa desdeñosa—: No le moleste, Frank; estará ocupado con los caballos. Por suerte, tiene la virtud de no inmiscuirse en los ambientes en los que sabe que no es bien recibido.

Enseguida cambió de tema preguntándole por los rumores acerca de los cazadores de esclavos que habían sido vistos en Silverville. Llevaban unos diez minutos charlando cuando llamaron a la puerta y *madame* Gardiner entró un momento después en la sala con un reverendo Cross especialmente sombrío. Sullivan y los Lawrence se presentaron un poco más tarde, en la misma calesa y con unas expresiones que, según le pareció a Campbell, extrañaron un tanto a Grace. Ruby se había puesto un vestido de noche más pudoroso que el de su anfitriona, pero la seda borgoña oscuro solo servía para acentuar su palidez. Cuando pasaron al salón para cenar, Grace enlazó su brazo en torno al de ella.

—¿Se siente usted bien, señora Lawrence? La encuentro muy demacrada esta noche.

—No es nada —respondió Ruby en un tono que delataba un llanto reciente. Aun así, hizo un esfuerzo por sonreír—. Una pequeña indisposición..., ya sabe. Nada preocupante.

—Bueno, espero que se trate de una de esas indisposiciones que con el

paso de los meses dejan de ser pequeñas. —Y con un brillo cómplice en los ojos, Grace apoyó una mano discretamente en el vientre de la joven—. Creo que eso haría muy feliz a su marido.

Aquello hizo que Ruby la mirara con estupefacción, pero no le dio tiempo a decir nada más. Los hombres, que habían entrado antes que ellas en el salón recién reformado, se habían callado al darse cuenta de lo que su anfitrión había colocado en el centro.

—Ah, por supuesto... No se me había ocurrido que ustedes lo conocerían. Pensé que, como es la primera velada que celebramos en su hogar, tenía derecho a acompañarnos.

Señaló con la barbilla el retrato que colgaba del faldón de la chimenea. Sogar lo había limpiado a conciencia por la mañana y el rostro de Angus Mallory parecía abrirse camino a través de la oscura pátina como una aparición espectral. Durante unos segundos nadie se atrevió a hablar, hasta que Sullivan rompió aquel incómodo silencio.

—Sí, recuerdo que Mallory me lo enseñó poco después de que se lo enviaran. Se lo encargó a un pintor de Denver que también iba a retratar a Catherine, su primera esposa.

—Pero ella murió a los pocos días. John me lo contó antes de venir al pueblo. Al parecer, está muy interesado en las cosas que su padre almacenaba en el desván. —Sin dejar de hablar, Grace se dirigió hacia la silla situada bajo el retrato—. ¿No van a sentarse?

Aunque acabaron haciéndole caso, Sullivan, Max, Campbell y Cross no fueron capaces de dejar de mirar el pálido semblante de Mallory, que sonreía con astucia desde la tela. Ruby, por su parte, había clavado los ojos en las manos enlazadas en su regazo.

—¿Cómo marcha todo en el banco, señor Lawrence? —preguntó Grace mientras se inclinaba para servirles el vino—. La última vez que me crucé con usted en el pueblo me contó que el nuevo cajero les estaba dando algunos problemas. ¿Se va adaptando mejor?

—Supongo..., supongo que sí —consiguió decir Max. Tuvo que armarse de valor para dejar de mirar a Mallory—. Travis aún no tiene mucha experiencia, pero estoy seguro de que en unos días se las apañará. Sus compañeros están teniendo mucha paciencia con él.

—Me alegra que el negocio vaya viento en popa. Precisamente John tiene previsto hacer ciertas gestiones con nuestro banco de Denver que creo que le interesarán. —La joven dejó la botella sobre la mesa—. Dado que en unos meses su negocio ferroviario empezará a trabajar codo con codo con la Compañía Minera Mallory & Sullivan, ha pensado que lo más lógico será trasladar nuestro patrimonio a una cuenta nueva abierta en su banco.

—¿Qué está...? —Max no parecía dar crédito a lo que oía y, a juzgar por la mirada espantada de Ruby, tampoco ella—. Vaya, eso es..., eso es una gran noticia, desde luego...

—No me dé las gracias a mí, sino a John —sonrió la joven—. Todo ha sido idea suya, y la verdad es que no podría estar más de acuerdo con él. Según me dijo, los Mallory y los Sullivan eran como una gran familia, así que no veo por qué no pueden volver a serlo.

El silencio resultó tan opresivo que Campbell, sentado a la derecha de Grace, estuvo tentado de ponerse a jugar con los cubiertos para acabar con él. «Deja de mirarnos así», pensó observando de nuevo el retrato. Recordar que el Mallory de carne y hueso, más de hueso que de carne a esas alturas, estaba a escasos metros de distancia en el pequeño cementerio de la casa no le hizo sentirse más tranquilo. Max, al menos, se había animado un poco con la buena nueva y se disponía a contestar a Grace cuando la puerta del salón se abrió sin previo aviso haciéndole perder el hilo de la conversación.

Pepper acababa de entrar con una bandeja en las manos, vestida de doncella con delantal y cofia incluidos, y Sugar la seguía con dos pequeñas salseras de plata. Ambas parecían sentirse tan fuera de lugar como los comensales, porque casi no se atrevieron a mirarlos mientras Grace, con su desenvoltura habitual, decía volviéndose hacia Sullivan:

—Han probado el colcannon, ¿verdad? Es un plato irlandés, un puré de patatas y...

—Sé perfectamente lo que es —la interrumpió Sullivan. Por primera vez parecía estar confuso, aunque esperó a que las dos chicas se retiraran para decir—: No tenía ni idea que las muchachas del Silver Garden estuvieran tan familiarizadas con la cocina irlandesa.

—No lo están, señor Sullivan; he sido yo quien lo ha preparado para usted. A John le fascina la gastronomía de sus ancestros y contrató el año

pasado a una cocinera de un pueblecito de Cork. Fue ella quien me enseñó unas cuantas recetas como esta. —Y alzó su copa, mirándolos con una gran sonrisa—. A su salud, o como diría mi suegro: *sláinte!*

—Max —susurró Ruby cuando Grace se inclinó para comentarle algo a Campbell—. ¿Qué os pasa con este plato? ¿Por qué mi padre se ha alterado tanto cuando lo ha reconocido?

—Debe de haberse dado cuenta de que ayer se equivocó. La señora Mallory tiene que estar al tanto de que hoy es el aniversario de la muerte de su suegro. —Y al darse cuenta de que seguía confusa, Max susurró—: Este fue el primer plato que nos sirvió esa noche.

El tenedor resbaló entre los dedos de Ruby, pero consiguió agarrarlo sin hacer ruido. Miró a su padre por encima del centro de rosas que adornaba la mesa y advirtió que en su frente habían aparecido unas gotas de sudor. También el reverendo Cross se había puesto pálido, observando el colcannon como si se tratara de una monstruosidad.

Hasta Campbell estaba alarmado, pese a que la proximidad de Grace le impidiera pensar con claridad. «¿Lo estará haciendo a propósito? —Era lo único que le venía a la mente mientras la escuchaba hablar—. ¿Lo ha sabido todo el tiempo o se trata solo de una casualidad?». Incluso él tuvo que admitir que era sospechoso que el resto de los platos también coincidieran con los de la velada en la que no podían dejar de pensar, no con el retrato de Mallory prestando atención a cada una de sus reacciones.

De nuevo la misma sopera de porcelana con puré de guisantes, las mismas truchas de las Montañas Rocosas con salsa holandesa, los mismos trozos de melón de Rocky Fort... y la misma bandeja humeante que Pepper puso sobre la mesa con cierta torpeza.

—Déjeme adivinar qué es: ¿pavo relleno de salvia? —comentó Sullivan a media voz.

—En efecto, una de las especialidades de *madame* Gardiner. Aunque no es salvia lo que lleva dentro. —Ante esto, todos se detuvieron con los cubiertos en la mano. Grace dejó que el instante se alargara un poco más antes de exclamar—. ¡Es una deliciosa salsa de castañas! Dios mío, ¿qué esperaban, que estuviera relleno de arsénico?

La risa con la que acompañó estas palabras no los hizo sentirse aliviados.

A esas alturas nadie era capaz de seguir fingiendo. Todos la estaban observando conmocionados.

—No irán a decirme que son los primeros norteamericanos a los que no les gusta el pavo asado. Eso sí que sería increíble. —Los fue mirando uno a uno, haciendo que todos agacharan la cabeza; Ruby parecía encontrarse al borde de las lágrimas—. ¿Nadie va a animarse a dar el primer bocado? —Se volvió hacia Sullivan—. ¿Tal vez usted, señor?

«No —pensó Ruby aterrada. Cuando su padre cortó muy despacio un trozo de pavo, estuvo a punto de abalanzarse sobre él, pero Max la retuvo con una mano que temblaba—. No, padre, no lo hagas». Pero Sullivan masticó sin apartar los ojos del plato, con todas las cabezas vueltas hacia su extremo de la mesa, y finalmente tragó.

—Delicioso, ¿verdad? —dijo Grace, probando a su vez un trozo de su plato—. Siempre le digo a *madame* Gardiner que se equivocó al escoger su profesión. Si lo que hacía de joven se le daba tan bien como esto, sospecho que debió de ser una auténtica Mesalina...

—Dígame una cosa, señora Mallory —la cortó Sullivan—, ¿conoció acaso a su suegro?

—Cielos, por supuesto que no. Tengo entendido que murió cuando John aún era un chiquillo y yo soy unos meses menor que él. —Ladeó traviesamente la cabeza—. Si me dice que parezco más cerca de los veinticinco que de los veinte, me dará un gran disgusto.

—La cuestión es —siguió Sullivan, quizás el único hombre de Silverville inmune a sus coqueteos— que a veces sentimos la tentación de idealizar a las personas a partir de lo que sus seres queridos nos han contado de ellas. Es peligroso hacerlo sin conocer todos los detalles, señora Mallory, y sin escuchar a todas las partes.

—¿A qué se refiere? —La sonrisa de autosuficiencia había resbalado poco a poco de los labios de ella—. ¿Qué más tendría que haberme contado John sobre su padre?

Por primera vez parecía desconcertada. La inquietud de sus ojos azules disipó las últimas dudas de Campbell: la joven no estaba fingiendo, al menos no en ese momento.

—Eso no debería preguntármelo a mí, querida —replicó Sullivan con

suavidad—, sino a su adorado esposo. Aunque sospecho que ni siquiera él está al tanto de toda la historia.

—Señor Sullivan, no entiendo nada de lo que está diciendo. John siempre habla de su padre con un gran cariño, pero tendría suficiente sentido común como para saber enjuiciar...

El súbito estruendo de unos aldabonazos acalló sus palabras. Cuando se volvieron sobresaltados hacia el vestíbulo, vieron apresurarse a *madame* Gardiner entre las cortinas de terciopelo azul. La oyeron abrir la puerta y susurrar algo en tono de sorpresa, y más tarde les llegó la respuesta de una voz masculina desconocida. Campbell miró a Grace.

—¿Esperaba a alguien más esta noche, señora Mallory? —quiso saber, pero a ella no le dio tiempo a contestarle. *Madame* Gardiner irrumpió en el salón, blanca como la cal y seguida por dos hombres morenos con espuelas, cartucheras y sombreros de ala ancha.

—Buenas noches —saludó el que parecía encontrarse al mando—. Sentimos mucho tener que interrumpir esta agradable velada, pero necesitamos hablar con Grace Mallory.

—Soy yo. —La aludida se puso en pie sin poder ocultar su sorpresa—. ¿Los conozco?

—No, señora, pero esta no es una visita de cortesía. Nos envía el *sheriff* de Denver para darle una mala noticia. —Entonces se desprendió del sombrero y Ruby, de repente, supo lo que estaba a punto de ocurrir—. Dígame, ¿está usted casada con John Mallory?

—Sí —contestó. Su extrañeza no hizo más que crecer cuando los hombres se miraron y el que llevaba la voz cantante señaló con la cabeza la entrada de la mansión.

—Me parece que ahí fuera hay algo que le pertenece. —Y cuando Grace, con el ceño fruncido, pasó por su lado agarrándose el vestido, le dijo en voz más baja—: Lo lamento.

Como unos sonámbulos, Sullivan, Cross, Campbell y Max la siguieron. Max le pasó un brazo alrededor de la cintura a Ruby cuando se dio cuenta de que le temblaban las piernas. Había otros dos hombres en los jardines, en el océano ambarino que resbalaba por los escalones de la entrada. Aguardaban al lado de algo que, cuando estuvieron más cerca, reconocieron como un toско

carromato. Y allí, medio envuelto en unas mantas...

Campbell se había apresurado para alcanzar a Grace, pero casi se tropezó con ella cuando se detuvo en seco. Vio cómo se tapaba la boca con una mano sin dejar de mirar al hombre alto que, con los ojos entornados y las manos abiertas a ambos lados, había vuelto por fin a la casa en la que nació. La joven dio un paso inseguro en su dirección.

—¿John? —acertó a decir. El *sheriff* la agarró de un brazo, pero ella ni siquiera se dio cuenta de que se encontraba a su lado—. No, no es posible... Tiene que ser un error...

Pero no había error que pudiera cambiar la realidad, y Ruby lo supo tan bien como ella cuando Sullivan se apartó a un lado y la luz del vestíbulo iluminó por completo el rostro de John Mallory. Una vaga náusea subió por su garganta; seguía teniendo el pelo rubio de su padre, un poco más oscuro que cuando era niño, y las delgadas franjas que se adivinaban entre sus párpados eran tan azules como en sus recuerdos de la infancia.

Y era atractivo, muchísimo. Días antes se había preguntado si haría buena pareja con Grace y ahora se daba cuenta de que sí..., aunque nunca más fueran a verlos juntos.

—¡John, no! ¡Oh, Dios, no, no! —dejó escapar ella. Había caído de rodillas al lado del carromato para cogerle una mano, y después le agarró la cara y le tocó la frente, las mejillas, el pelo desordenado—. Por favor, John, por favor... —Pero él no se movió—. ¡No...!

Había sangre en sus sienes, en su frente, y en el centro de su pecho, una herida de bala había provocado que brotase una rosa que empezaba a oscurecerse. Ruby escuchaba vagamente lo que decían los ayudantes del *sheriff*: «Un atraco a la salida de un saloon..., un robo a punta de pistola, probablemente para quitarle la cartera y el reloj... Ningún testigo que lo presenciara, pero liaremos lo posible para que...». Aun así, a Grace podía oírla pese a que lo único que parecía capaz de emitir fueran sollozos. Ninguno de sus acompañantes se atrevía a decir nada, demasiado abrumados por una escena que no habían esperado presenciar: aquella mujer tan hermosa y tan peligrosa, que podría haberles destrozado la vida si se lo hubiera propuesto, ahogándose con sus propias lágrimas mientras besaba los labios muertos de su marido como si esperara poder resucitarle así.

CAPÍTULO XXII



Fue como si en cada una de las casas de Silverville hubieran asesinado a alguien. Cuando la noticia de la trágica muerte de John Mallory se dio a conocer en el pueblo, la conmoción del vecindario fue absoluta y los Sullivan, los Lawrence, el *sheriff* Campbell y el reverendo Cross tuvieron que encerrarse en sus casas para que no los acribillaran a preguntas. Sin embargo, como Ruby pudo comprobar al día siguiente durante el funeral celebrado en casa de los Mallory, los rumores vuelan con el viento cuando están cargados de ponzoña. A esas alturas no había nadie que no estuviera al tanto de cómo le habían hundido una bala en el corazón al hijo del viejo Mallory, cómo la policía de Denver lo había encontrado tumbado en un callejón, sin su dinero ni su reloj de bolsillo, y cómo su esposa casi había enloquecido cuando llamaron a su puerta para entregarle el cadáver.

Por mucho que se esforzaran en parecer desconsoladas, ninguna de las caras que rodeaban a Ruby durante el servicio religioso consiguió engañarla: lo que había atraído a toda esa gente a la mansión era el ansia por ver por fin a John Mallory, no el deseo de acompañar a su viuda en aquellos espantosos

momentos. Habían colocado el ataúd en el salón de la planta baja, sobre dos caballetes forrados de terciopelo negro, y un murmullo semejante al zumbido de cien moscas recorría a la multitud sentada en hileras y más hileras de sillas mientras el reverendo Cross, más pálido de lo que lo había visto en su vida, leía las sagradas escrituras al lado del difunto. «Qué apuesto era», oyó decir en voz baja a una vecina a sus espaldas. «Debían de formar una hermosa estampa», susurró la que estaba a su lado, y una tercera musitó: «¿Os dais cuenta? Está destrozada de dolor».

Sin poderlo remediar, los ojos de Ruby buscaron a Grace entre el mar de cabezas que las separaba. Lo único que podía distinguir de ella era la parte superior de su rostro, pero aun así sabía que estaba haciendo esfuerzos titánicos para no llorar. Era incapaz de dejar de mirar a su marido, cuyo semblante parecía increíblemente tranquilo en la media luz de los candelabros y las rendijas de sol que se colaban entre las pesadas cortinas negras. También los espejos habían sido cubiertos con velos de color negro, y los brazos de la gran araña que colgaba del techo estaban igualmente amortajados. Ruby tardó un rato en percatarse de que se le habían humedecido los ojos y, cuando Max le agarró una mano para acariciarla en silencio, como si se estuviera dando cuenta de lo que le ocurría, tuvo que obligarse a sí misma a tragarse las lágrimas. «John, por favor, tienes que perdonarme por esto. Tienes que hacerlo o el sentimiento de culpa acabará volviéndome loca».

Casi no la sostenían las piernas cuando salieron, de uno en uno y sin pronunciar palabra, a la parte de los jardines en la que se alineaban las tumbas de los Mallory. Grace había pedido que enterraran a John allí, con su padre y las dos primeras esposas de este, y no en el panteón que habían construido en Denver para su madre. La mansión había sido su obsesión en los últimos meses, le había dicho al reverendo Cross, y estaba segura de que aquello era lo que desearía. Cuando los sepultureros bajaron poco a poco el ataúd con ayuda de unas cuerdas, y la primera paletada de tierra se estrelló contra la tapa, Ruby sintió que los únicos momentos de felicidad que había vivido desaparecían para siempre con el niño que la había cogido tantas veces de la mano. «He sido yo quien te ha matado, John. —De nuevo miró a Grace, una figura trágica al lado de la fosa abierta con un velo de encaje revoloteando sobre su rostro—. Soy tan culpable de tu muerte como el sicario que te ha

disparado. Tu Ruby se ha convertido en un monstruo, John».

Después de lo que pareció durar un siglo, el hueco quedó cubierto y los vecinos fueron desfilando uno a uno, despidiéndose de la viuda y susurrándole palabras de ánimo. «Lo sentimos mucho, señora Mallory». «Por favor, cualquier cosa que necesite...». «La vendremos a ver en cuanto se sienta con fuerzas». «Siempre se marchan los mejores, señora Mallory». El *sheriff* Campbell fue el único que no pronunció palabra; se limitó a besar en silencio la mano de Grace y se marchó de la propiedad evitando mirar a Ruby a los ojos. Max y ella fueron los últimos que se despidieron, después de Troy y Savannah, y Ruby quiso morir cuando Grace, tras haber aguantado como una heroína durante toda la ceremonia, la rodeó con los brazos rompiendo a sollozar sobre su hombro.

—Está muerto... —la oyó gemir mientras la joven le palmeaba la espalda, buscando angustiada a Max con la mirada—. ¿Qué voy a hacer sin él, Ruby? ¿Qué más puedo hacer?

—No lo sé —se oyó susurrar, y cuando quiso darse cuenta se había echado a llorar a su vez. «Dios mío, Dios mío, perdóname tú también por esto...».

Al cabo de unos minutos, Grace pareció recuperar parte de su aplomo y se apartó despacio. Max le dio por última vez el pésame antes de acompañar a su esposa hasta la calesa. Cada paso le suponía un esfuerzo atroz, cada segundo que pasaba ocultándose detrás de aquella máscara hacía que se sintiese más cerca del infierno. Todavía le dio tiempo a mirarla por última vez mientras el cochero azuzaba a los caballos, y a Ruby le pareció que aquella imagen la acompañaría para siempre: Grace de pie junto a la lápida recién esculpida, acompañada por cuatro prostitutas de ojos llorosos y vestidos negros cosidos a toda prisa que parecían demasiado conmocionadas para poder decir nada.

Pero también ellas acabaron entrando en la casa cuando Grace les pidió que la dejaran a solas con su marido. Honey fue la última en obedecer, no sin antes darle a su señora un silencioso abrazo, y al cabo de unos minutos no quedaba nada en la casa que indicara que durante dos horas había contenido a un pueblo entero, nada más que las sillas vacías del salón y los pétalos caídos de las coronas amontonadas ante la tumba.

No obstante, si Ruby y su esposo hubieran aguardado un poco más, habrían visto deslizarse a un hombre por la entrada trasera de la propiedad. Nadie se

había extrañado de que Bill Mustang no estuviera presente en el funeral, ya que era un indeseable a ojos del vecindario. Cuando reparó en que Grace seguía de pie al lado de las sepulturas de los Mallory, se detuvo un segundo antes de reunirse con ella. Ambos se quedaron mirando el epitafio en la luz cada vez más agonizante, con la brisa haciendo ondear el velo de ella y revolviendo el cabello de él. «JOHN EDWARD MALLORY, 1849-1872. EL MUNDO ES UN ESCENARIO Y TODOS LOS HOMBRES Y MUJERES SON MEROS ACTORES». Finalmente, la joven se volvió hacia su capataz jugueteando con el camafeo que adornaba su vestido.

—¿Y bien? —Ya no había lágrimas en sus ojos ni le temblaba la voz—. ¿Quién era?

—Un borracho que encontré tumbado cerca de un saloon —dijo Mustang—. Rubio y de ojos azules, como usted me pidió; debieron de acabar con él en un ajuste de cuentas.

—Fue una suerte que llevara un traje decente. Me imagino que le metería en el bolsillo la documentación que le entregué para cuando lo encontrara la policía —contestó Grace—. En cuanto al reloj que le di, es de suponer que los Sullivan lo guarden a buen recaudo a partir de ahora. ¿Qué ha sido del sicario por el que se hizo pasar para enviárselo?

—Está enterrado en el camino de Denver, en una pendiente cubierta de matorrales demasiado frondosos para que nadie se abra camino entre ellos. Le faltó poco para acabar conmigo cuando se dio cuenta de que le seguía, pero yo fui más rápido.

—Eso ha sido lo único con lo que han conseguido sorprenderme, la verdad. Daba por hecho que sería el propio Campbell quien seguiría el reguero de migas de pan hasta Denver.

—Yo también, teniendo en cuenta lo poco que tardó en decidirse desde que la señora Lawrence fue a hablar con él. Todo un alivio para mí después de pasar dos noches enteras bajo su ventana.

Mustang se limpió una mano contra la otra y Grace comprendió que había ido directamente al cementerio al llegar a la casa. De haberlo hecho media hora antes, se habría encontrado con todo el pueblo congregado allí.

—No hay ninguna compañía llamada Mallory Railroad en la capital —continuó el joven—. No hay, de hecho, ningún John Mallory. ¿Sigue sin querer

decirme en qué está metida realmente?

—Si lo hiciera, solo conseguiría ponerle en peligro, y dado lo que han demostrado ser capaces de hacer mis enemigos, puede que pronto le necesite otra vez —dijo ella, y sacó del interior de su corpiño unos billetes—. Aquí tiene lo acordado. Ha hecho un buen trabajo, aunque no haya podido acabar con el *sheriff*.

Para su sorpresa, Mustang negó con la cabeza. No miraba el dinero, sino a Grace.

—Es la primera vez que mato, señora Mallory, aunque sea en defensa propia —declaró con su calma de siempre—. Si aceptara unos dólares a cambio, me daría asco a mí mismo.

—Como quiera —dijo Grace, sorprendida, y volvió a guardárselos—. ¿Qué hay de la segunda misión que le encargué? Supongo que le resultaría menos desagradable, ¿no?

—Ha sido... extraña. Denver es tan grande que pensé que no encontraría nada, pero esta mañana, cuando estaba a punto de irme, me tropecé con esto cerca de Grant Street.

Ahora fue él quien sacó algo de dentro de su chaqueta. Grace se acercó a uno de los parches de luz que se colaban entre los árboles mientras lo desenrollaba. Se trataba de un cartel publicitario de la empresa jabonera B. T. Babbitts en el que una sonriente muchacha abrazaba a un gatito, sentada sobre una enorme pastilla de jabón. Aunque se trataba de un dibujo, los rasgos y los tirabuzones castaños de una Savannah Milton tres o cuatro años más joven eran inconfundibles. Grace dejó escapar un «hmmm» pensativo.

—Ya veo que no me equivocaba: su cara me resultaba familiar. Es una pena que no hayamos encontrado nada más... jugoso. Habría sido una baza muy útil.

—Esto no es todo —dijo Mustang en voz baja antes de tenderle un sobre—. Cuando supe por dónde empezar a buscar, conseguí dar con un estudio fotográfico en uno de los callejones más sórdidos de la capital en el que también conocían a esta chica. Espero que sea tan difícil de escandalizar como parece, porque creo que se llevará una sorpresa.

Enarcando una ceja, Grace abrió el sobre y sacó media docena de fotografías. La Savannah que aparecía en ellas era la que ella conocía, tan

sonriente como en el anuncio, pero con mucha menos ropa encima. De hecho, en casi todas estaba completamente desnuda, y solo en dos se cubría a medias con una combinación de seda que resbalaba por su hombro o una prenda de encaje que no dejaba nada a la imaginación.

—Oh —comento pasados unos segundos—. Vaya con nuestra mosquita muerta.

—Me imagino que la señorita Milton no estaría en muy buena situación económica antes de conocer a Troy Sullivan —supuso Mustang—. Esto era dinero inmediato, sencillo...

—Interesante. No se imagina cuánto. —Grace fue pasando las fotografías mientras una sonrisa cada vez mayor aparecía en sus labios. Chasqueó la lengua cuando llegó a la última, en la que Savannah se hallaba recostada en un diván con las piernas abiertas y un sombrero de plumas cubriéndole la entrepierna—. ¡Cuánto lo siento por el pobre Troy...!

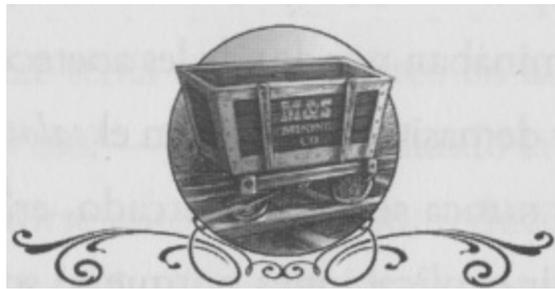
—¿Va a usar estas fotografías para ponerla en evidencia? —inquirió Mustang sin poder disimular su disgusto—. ¿A una muchacha que no le ha causado problema alguno?

—Lo lamento por ella, pero no es culpa mía que escogiera a un Sullivan como tabla de salvación. En la guerra siempre se producen bajas, Mustang, y yo me encuentro en una.

—¿Y qué piensa hacer? ¿Contárselo a todos los vecinos para que le hagan el vacío?

—No será necesario que me dedique a llamar a las puertas. Al fin y al cabo, ahora soy una pobre viuda postrada por el dolor... —Grace guardó las fotografías en el sobre y se dirigió hacia la casa, arrastrando su vestido negro entre las tumbas—. Si ha visto cómo trabajan las arañas, sabrá que su mayor virtud es la paciencia. He pasado mucho tiempo tejiendo, pero ahora, por fin, voy a poder sentarme para disfrutar del espectáculo.

CAPÍTULO XXIII



Cuando abrió la tienda poco después del amanecer y encontró una carta que alguien había deslizado por debajo de la puerta, estaba lejos de imaginar el escándalo que se desataría en unos minutos. «Será otra de las recetas de Agnes», pensó mientras su marido se subía a una caja para limpiar los escaparates, y aprovechando que todavía no había clientes, se encaminó hacia el almacén para abrir el sobre. La conmoción que le produjo encontrarse con las fotografías le hizo dejarlas caer, mirando con los ojos muy abiertos a la impúdica muchacha para la que había anhelado coser un vestido de novia.

—Jesús, María y José... —susurró con las manos en la boca. Un ruido a sus espaldas la avisó de que el señor Chadler se acercaba, de modo que la señora Chadler se agachó para recoger las fotografías, las devolvió al sobre con manos temblorosas y, en cuanto volvió a tener un momento de tranquilidad, hizo lo que cualquier mujer decente habría hecho en su lugar: avisar de inmediato a las vecinas para contarles lo que había pasado.

Aunque el señor Chadler no tenía un pelo de estúpido, le llevó casi un día

entero averiguar qué demonios estaban haciendo todas aquellas gallinas cluecas en su almacén murmurando y santiguándose, porque cada vez que aparecía en la habitación se quedaban tan calladas como unas estatuas de sal. Pero finalmente acabó harto de aquel ir y venir y, tras echar el cierre a la tienda, obligó a su mujer a contarle qué se traían entre manos. El hecho de que ella se pusiera roja como la grana antes de darle el sobre le hizo comprender que el asunto era mucho más grave que la última indecencia de las chicas del Silver Garden o una nueva excentricidad de la señora Mallory. Incluso él se quedó boquiabierto al mirar las fotografías, tanto que su esposa suspiró con alivio.

—Lo sabía, George, sabía que tú también tendrías sentido común. Santo Dios, ¿qué diría la pobre señora Sullivan si todavía siguiera con vida? ¿En qué estaría pensando ese descerebrado de su hijo para comprometerse con semejante desvergonzada? ¡Y pensar que la recibimos con los brazos abiertos y que estábamos emocionados con su enlace...!

—George, ¿te lo ha contado tu mujer? —comenzaron a decir en voz baja los amigos del señor Chadler que, con la excusa de comprar herramientas para el campo, se dejaron caer por la tienda como habían hecho antes sus esposas —. No las tendrás por ahí, ¿verdad?

Por muy serio que fuera el señor Chadler, no tuvo más remedio que reconocer la verdad y, para su desazón, durante las siguientes horas su almacén se convirtió en un punto de encuentro para los incrédulos que acudían en tropel a observar con sus propios ojos las pruebas del delito. Pronto no hubo nadie en Silverville, con excepción de los Sullivan, los Lawrence, el reverendo Cross y el *sheriff* Campbell, que no supiera dónde tenía los lunares Savannah Milton ni cuál era la proporción exacta de sus curvas.

Pero, con el paso de los días, aquel silencioso escándalo también acabó salpicando a los poderosos del pueblo. Pronto la propia Savannah se dio cuenta de que algo había cambiado: las mujeres que antes le sonreían en la iglesia apartaban la vista cuando las saludaba por la calle, mientras que sus maridos, que antes no se habían atrevido a mirarla demasiado, se detenían para seguirla con los ojos cuando pasaba por su lado, con unas sonrisas que casi hacían que le temblaran las piernas. Al principio quiso creer que eran imaginaciones suyas, ya que Ruby no parecía percatarse de nada, pero

Savannah no tardó en comprender que la muerte de John Mallory la había sumido en un dolor tan atroz, impropio de alguien que hacía años que no veía a su amigo, que cuando paseaban juntas no veía más allá de sus pies. Demasiado perpleja y confundida por la nueva situación, optó por guardarse sus temores para sí misma y comportarse como si nada hubiera cambiado con la esperanza de que no lo hubiera hecho.

Lo peor, no obstante, aún estaba por llegar. Tres días después de que las fotografías comenzaran a estar en boca de todos, cuando se dirigía a casa de los Sullivan para cenar con Troy y su padre, Savannah se encontró con un grupo de jóvenes, capitaneado por el hijo de Agnes Miller, que la estaba esperando en los alrededores del cementerio.

—Mirad quién está aquí, la famosa modelo de Denver... —Antes de que pudiera darse cuenta de lo que pasaba, los chicos cerraron filas en torno a ella—. ¿A qué viene tanta prisa, preciosa? ¿Es que no piensas pararte para hablar con nosotros un rato?

—Me..., me están esperando en casa del señor Sullivan —acertó a decir ella, asustada.

—Seguro que sí. Yo también te esperaré ahora que sé lo que se esconde debajo de esos volantes —aseguró otro joven, apoyando las manos en la tapia del cementerio, una a cada lado de Savannah, para impedirle escapar—. ¿Por qué no nos dejas echar un vistazo?

—¿Qué están...? —La chica se encontraba tan espantada que tardó en reaccionar. Cuando lo hizo, trató de revolverse entre sus brazos—. ¡No me toquen! ¡No...!

—Es curioso que se haya vuelto tan tímida de golpe. Yo creo que es cosa de los Sullivan y su estiramiento, que se le ha acabado contagiando en cuestión de días...

—Menos mal que sabemos de sobra cómo es en realidad. Ahora sé buena chica y déjanos divertirnos un poco. —Mientras sus amigos sujetaban a Savannah por los brazos sin dejar de reírse, Jack Miller tiró hacia abajo de sus mangas para dejar al descubierto la parte superior de sus pechos—. Eso está mejor, mucho mejor —dijo apreciativamente, y colocó las manos sobre ellos—. Ya veo que las fotografías no engañaban...

—¿Qué diablos está pasando aquí? —Oyeron gritar entonces, y los

jóvenes se dieron la vuelta en el acto. Carson cabalgaba hacia ellos con el Colt desenfundado en la mano y echando chispas por los ojos, pero, antes de que pudiera alcanzarles, los chicos saltaron la tapia del camposanto y se perdieron entre las tumbas—. ¡Volved aquí ahora mismo, hatajo de cretinos! ¿Qué ocurre, os dejan sin putas en el pueblo y empezáis a tratar de violar a cualquier chica que pase cerca?

Estaba tan furioso que tardó en advertir que Savannah había echado a correr por el sendero. «¡Señorita Milton!», la llamó a voces, pero ella se limitó a negar con la cabeza y regresó sobre sus pasos hacia la casa de los Lawrence en vez de la de los Sullivan. Cuando alcanzó las columnas de madera, el preocupado Carson la vio entrar en el jardín deshecha en un llanto silencioso, pero no se le ocurrió qué más hacer.

Aquella noche no bajó a cenar con Ruby y Max y no quiso abrirle la puerta a ninguno de los criados a los que enviaron con bandejas. Solo Troy fue capaz de convencerla de que le dejara pasar a eso de las diez de la noche y después de hablar, insistir y suplicar durante un buen rato desde el corredor. Ruby, que no entendía nada de lo que estaba ocurriendo, se quedó dando vueltas por el primer piso, escuchando a su hermano dar voces y a Savannah sollozar sin parar, hasta que Troy volvió a abrir la puerta y salió del dormitorio como una exhalación. No obstante, tampoco él quiso darle explicaciones; se limitó a apartarla a un lado para dirigirse a Main Street a todo correr.

Por desgracia para Troy, el saloon estaba lleno a rebosar. El barullo que reinaba en el local se atenuó poco a poco cuando apartó las hojas de la puerta, con tanta brusquedad que rebotaron contra la pared. Se quedó mirando a su alrededor con la cara roja de rabia.

—¿Dónde están? —rugió desde el umbral—. ¿Dónde están esos asquerosos gusanos?

No hizo falta que diera nombres. Como una sola persona, los parroquianos fueron apartándose hasta que Troy distinguió a lo lejos a Jack Miller y sus amigos, con las cartas en las manos y los ojos muy abiertos. Travis, el nuevo cajero de Max, dejó escapar un pequeño grito cuando Troy lo apartó de un empujón para arrojarlo sobre Miller, al que agarró por el cuello de la camisa. Todos gritaron cuando lo estampó contra la pared.

—Ya no eres tan valiente, ¿verdad que no? —siseó Troy tan cerca del

chico que pudo aspirar su aliento a alcohol y miedo—. ¿Por qué no tratas de hacerme a mí lo mismo que a mi prometida, maldito hijo de perra?

—Señor Sullivan... —O'Leary, el cantinero, abandonó despacio la barra—. Por favor, tranquilícese antes de que la sangre llegue al río. Estoy seguro de que esto es un error...

—Por supuesto que lo es. Es un error desde el momento en que su madre parió a este aborto que se está meando de miedo ahora mismo —escupió Troy. Era casi una cabeza más alto que Jack Miller y los pies del muchacho apenas rozaban el suelo—. ¿Creías que no me iba a enterar de esto? ¿Que Savannah no se atrevería a contármelo?

—Troy. —Sonó de repente a sus espaldas, y el aludido se dio la vuelta. El *sheriff* se acababa de detener en la puerta con Ross y Carson a ambos lados—. Suéltelo.

—¿Qué está diciendo, Campbell? ¿Usted sabe lo que sus amigos y él han querido...?

—Carson me lo ha contado en cuanto me he reunido con él. Veníamos a hacernos cargo del asunto; sabíamos que Miller y los demás estarían jugando esta noche en el saloon. —Las espuelas de Campbell tintinearón sobre la tarima mientras se acercaba a Troy, con todos los ojos pasando alternativamente de uno a otro—. Créame cuando le digo que entiendo que esté furioso, pero no puedo dejar que monte un jaleo.

—No seremos nosotros quienes le quiten la razón: ese cretino no vale ni la tela de sus calzones —corroboró Ross—. Pero quienes tienen que ocuparse de él somos nosotros.

Troy volvió a mirar a Miller a los ojos. Ahora que sabía que no podría hacerle nada sin quedar impune, había esbozado una sonrisita nerviosa mientras lo dejaba en el suelo.

—Eso es —dijo el *sheriff*, aliviado al ver que relajaba los puños—. Me alegro de que podamos hablar como personas civilizadas. La próxima vez no creo que se les ocurra...

—La próxima vez hará mejor buscándose a una auténtica puta como esposa —oyeron murmurar a Miller—. Al menos así sabrá desde el principio por cuánto le saldrá la noche.

Fue inevitable que ocurriera: Troy le asestó un puñetazo que lo arrojó

contra la esquina del saloon, derribando al pianista y haciendo añicos la tapa del instrumento. El *sheriff* se apresuró a sujetarle de los brazos mientras Ross y Carson se interponían entre Troy y los amigos de Miller, que parecían querer estrangularle. A pesar de que todos los parroquianos estuvieran hablando a gritos, no les costó oír los bramidos de Troy.

—Sois escoria. Todos vosotros, vuestros padres, vuestros hijos..., ¡todos lo sois! Por eso ninguno ha movido ni un dedo, ¡porque no podéis soportar que haya gente poderosa por encima de vosotros! ¡Habríais hecho lo mismo si os hubiesen dado la oportunidad!

—Basta —ordenó Campbell, tirando de él hacia la salida—. A la celda ahora mismo. ¡Si le dejamos marcharse es capaz de prender fuego al saloon con todo Silverville dentro!

Aunque Troy estuviera demasiado furioso para darse cuenta, las miradas que le dirigían desde las cuatro esquinas del local destilaban tanto rencor que por un momento el *sheriff* temió que se les pudieran echar encima. Se dio prisa en arrastrar al joven hasta la oficina, donde lo metió en la celda y, después de asegurarse de que Carson y Ross se hacían cargo de Miller y sus amigos, observó cómo Troy se mesaba el pelo rojo con unos dedos tan agarrotados por la rabia que casi se arrancó mechones enteros. El *sheriff* exhaló un suspiro, acercando un taburete a los barrotes y tomando asiento en él.

—Bueno... —murmuró al cabo de unos minutos—. Esto sí que no me lo esperaba. Si me hubieran dicho que acabaría teniendo aquí al hijo de Sullivan, no me lo habría creído.

Troy no le contestó. Se había dejado caer en el suelo, con la espalda apoyada en la pared. Su aspecto era digno de lástima, sentado en aquel montón de paja con la mirada tan perdida como la de un niño cuyo mundo ha dado un vuelco.

—Lo peor de todo —siguió Campbell, inclinándose hacia adelante— es que yo habría hecho lo mismo que usted, maldición. Carson me ha contado lo que trataron de hacerle a la señorita Milton. Él tiene la teoría de que, al no poder contar con las chicas de *madame* Gardiner, los hombres del pueblo empiezan a ponerse nerviosos, pero aun así...

—Le prometí que sus problemas se acabarían cuando estuviera conmigo

—susurró Troy, mirándose las manos temblorosas—. Que todo sería diferente estando en Silverville...

—¿Sus problemas...? Espere, espere un momento. —El *sheriff* no podía dar crédito a lo que oía—. ¿Me está diciendo que usted ya estaba al corriente de lo de las fotografías?

—Desde el día en que la conocí. Debería saber que no hay secretos entre nosotros.

—¿Y aun así ha seguido adelante con sus planes de boda? ¿Pretende casarse con una muchacha que ha...? Bueno... —Cuando Troy lo fulminó con la mirada, Campbell se calló—. No sé qué puedo decirle —contestó por fin—. No le comprendo, Troy.

—Ya me lo imagino —reconoció el joven, frotándose cansadamente los ojos—. Dé gracias al cielo por no haberse enamorado de una mujer perseguida por su pasado. A veces parece que nada de lo que uno haga, por mucho que se esfuerce, bastará para borrar sus errores.

Campbell abrió la boca para contestarle, pero seguía sin saber qué decir. Quizá porque el nudo de su estómago le recordaba que la mujer que se le había metido dentro de la médula de los huesos escondía más secretos que un centenar de Savannahs Milton.

CAPÍTULO XXIV



Y por lo visto tuvieron que darle puntos en un brazo porque una de las astillas del piano casi se lo había atravesado —acabó de explicar Honey, sentada en la cama de Grace con un vestido en el regazo—. El muy asqueroso... ¡Con la de cosas que hicimos él y yo!

—Te dije cientos de veces que Jack Miller no me gustaba —le echó en cara *madame* Gardiner desde la ventana—. Ya has visto lo que es capaz de hacerle a una chica indefensa.

—Terrible —corroboró Grace mientras doblaba una falda de satén negro que Pepper acababa de subirle con la ropa recién planchada—. Parece que es cierto eso de *homo homini lupus*.

Llevaba un rato guardando dentro de la bolsa de viaje con la que había aparecido en Silverville el equipaje que necesitaría para viajar a Denver a la mañana siguiente. Le hizo un gesto a Honey para que le diera unos guantes, y la chica obedeció mientras decía:

—¿Qué significa eso? ¿Es un verso de alguna de esas canciones francesas de Sugar?

—«El hombre es un lobo para el hombre». En este caso, también es aplicable a los hombres y las mujeres. —Grace se aseguró de que los botones de los guantes estaban en su sitio antes de guardarlos en la bolsa—. Concretamente, a los hombres con las mujeres.

—Bueno, siempre ha sido así. La gente se llevaba las manos a la cabeza cuando yo hacía algo que les parecía indecente, pero en vez de tratar de olvidarlo se lo repetían unos a otros sin parar —comentó Honey—. ¿Será que en el fondo les gusta que les escandalicen?

—Les vuelve locos, no te haces una idea —contestó *madame* Gardiner—. Tanto que ni siquiera se han parado a pensar en todo el tiempo que llevan despellejando a la señorita Milton que esas dichas fotografías no pueden haberse deslizado por sí mismas por debajo de la puerta de los Chadler. Alguien tiene que habérselas dejado ahí a propósito.

Aunque no dijo más, Grace hubiera jurado que los ojos de la mujer se detenían sobre ella antes de volverse para observar los jardines. Estaba a punto de abrir la boca cuando oyeron ruido de pasos en el corredor y Mustang se detuvo en la puerta.

—Hola, señor Mustang —sonrió Honey, y se arremangó el vestido mientras cruzaba las piernas incitantemente—. ¿Ha venido a visitar a sus mujeres para divertirse un poquito?

—Si ayudarme a limpiar los pesebres te parece un buen pasatiempo, serás más que bienvenida en los establos —replicó el joven, y Honey torció la nariz con asco. Mustang miró entonces a Grace—. ¿Sigue empeñada en hacer ese viaje sin que nadie la acompañe?

—Ya se lo he repetido dos veces esta tarde: no correré ningún peligro —suspiró ella—. El camino hacia Denver no es el más cómodo del mundo, pero aun así —sacó del cajón de su mesilla una Beretta que hizo que Honey soltara un grito y que *madame* Gardiner diera un paso atrás— le aseguro que seré capaz de cuidar de mí misma si sucediera algo malo.

—No lo pongo en duda —contestó Mustang, mirando la pistola—, pero sigo diciendo que sería más sensato desviarse hacia Oro City o alguna otra ciudad cercana para coger desde allí un tren a la capital. También podría dejar que yo la acompañara hasta Denver.

—Eso sí que sería escandaloso. Una cosa es que salgamos a cabalgar de

vez en cuando y otra muy distinta que nos vean viajar juntos, Mustang.

—¿Y cree que no llamará suficientemente la atención que se ausente unos días en lugar de quedarse llorando a su marido? —preguntó *madame* Gardiner—. ¿De verdad que no puede encargar a ninguna de las chicas que vaya a hacerse cargo de sus asuntos?

—Teniendo en cuenta la cantidad de papeles y firmas que se necesitarán, me temo que tendré que resolverlo todo yo misma. Además de comenzar los trámites para cerrar la cuenta de los Mallory en Denver y abrir una nueva en el banco del señor Lawrence, me tocará visitar el despacho de los Dalloway, los abogados de John, para resolver los problemas de la herencia, las disposiciones legales de su testamento... —Se pasó una mano por la frente—. Ya saben, la parte más materialista de perder a un ser querido.

—Es un consuelo que tenga usted tanta presencia de ánimo. Cualquiera otra mujer seguiría tumbada en la cama con el corazón hecho pedazos —dejó caer *madame* Gardiner.

—Está usted bastante picajosa últimamente —replicó Grace—. ¿Puedo saber por qué?

—Imaginaciones tuyas, señora. En fin —*madame* Gardiner se dirigió hacia la puerta y Mustang se apartó para dejarla pasar—, es una suerte que el vecindario esté demasiado pendiente de la caída en desgracia de Savannah Milton para enterarse de su partida. Sin duda recordará lo que le conté sobre cómo una mala reputación puede arruinar una vida.

Se marchó hacia las habitaciones del servicio, en las que Sugar y Pepper seguían planchando la ropa rodeadas de humo, y Mustang, tras cruzar una mirada con Grace en la que Honey no se fijó, abandonó también el dormitorio para regresar con los caballos.

—¿Puedes ayudarme un momento con el joyero? No me apetece llevarme más de lo necesario, pero, si no me presento con mis condecoraciones de viuda, nuestros abogados se llevarán las manos a la cabeza —dijo Grace mientras se sentaba ante su tocador. Honey le fue pasando las joyas de luto que su patrona había sacado y abrigantado en los últimos días para guardarlas en una cajita: los pendientes de plata y azabache, la gargantilla de la que colgaban lágrimas puntiagudas de color negro y el broche en el que Grace había metido un mechón de pelo rubio que le cortó a John antes del funeral.

Honey lo miró con una mezcla de fascinación y recelo antes de dárselo para que lo envolviera en algodón.

—¿Cuánto se tarda en llegar a Denver, señora? No he viajado nunca hasta la capital.

—Casi un día entero en diligencia, algo menos a caballo. Me esperan bastantes horas de aburrimiento, pero confío en que los demás pasajeros me dejen leer en paz. —Puso el broche en una esquina de la caja—. Supongo que cambiaremos de caballos en los mismos sitios que cuando vine a Silverville en septiembre: Georgetown, Breckenridge...

—¿Breckenridge? ¡Ahí es dónde está mi antiguo orfanato! —exclamó la muchacha.

—¿Ese sitio tan sórdido del que te sacaron siendo una niña? No tenía ni idea de que hubiera pasado casi al lado. Trataré de prestar atención mientras efectuamos la parada.

—No creo que le dé tiempo a ver nada. Hay que seguir por un camino de tierra un buen rato hasta un edificio de ladrillo que parece a punto de derrumbarse. Como mucho distinguirá el tejado desde la carretera; hace poco instalaron un pararrayos horrible en él.

—Vaya, pareces saber mucho sobre ese orfanato pese a no haberlo pisado en años.

Aunque el tono de Grace no cambió, Honey se quedó repentinamente callada y se dio la vuelta para ponerse a alisar la ropa colocada dentro de la bolsa. Su patrona cerró la caja de las joyas y la deslizó entre sus vestidos, sentándose a continuación en la cama.

—Acércate, por favor. —Y cuando la chica lo hizo, Grace dijo en voz más baja—: Vamos a hablar con franqueza tú y yo. El bebé de Pepper no nació muerto a pesar de que *madame* Gardiner se lo hiciera creer para que se olvidara de él, ¿no es así?

—¿Cómo ha...? —preguntó Honey con la boca abierta. Se había puesto pálida—. Yo no le he dicho nada que pudiera... Ella y yo somos las únicas que sabemos que..., que...

—Ya me imaginaba que Sugar no estaría al corriente. *Madame* Gardiner tuvo que contártelo a ti porque tenías contactos en un orfanato y porque, por muy desgraciada que hayas sido en él, sería mejor que dejar que esa pobre

criatura se muriera en la calle.

Honey parecía tan perpleja que Grace esbozó una sonrisa, cogiéndola de la mano.

—No soy ninguna bruja, solo observadora. Deberías saberlo a estas alturas.

—Aun así, hay veces en que me da escalofríos —contestó Honey. Se apartó un rizo rubio con expresión preocupada—. Bueno, como ya lo sabe, supongo que no importará que se lo cuente... Pepper estuvo muy mala durante el embarazo y perdió tanta sangre al tener el bebé que no se despertó hasta el día siguiente. A *madame* Gardiner se le ocurrió que sería mejor hacerlo desaparecer... No quería engañar a Pepper, pero sabía que ella estaba deseando quedárselo y que un burdel no es un buen sitio para que crezca un niño...

—Lo entiendo. Hicisteis bien manteniéndola al margen —convino Grace sin dejar de mirarla—. ¿A ningún cliente le extrañó que estuviera tanto tiempo sin trabajar?

—Es que Pepper solo tenía uno. —Honey parecía animarse con cada confidencia—. Un hombre muy exclusivista que entraba por la puerta de atrás para no mezclarse con los granjeros y los mineros, y que le dijo a *madame* Gardiner que no quería compartirla. Los oí hablar a los pocos meses de que Pepper se quedara embarazada; ella le dijo que se tomaría una temporada de descanso porque estaba enferma de hidropa..., hidropemí...

—Hidropesía —concluyó Grace por ella—. Creo que me hago una idea de quién era.

—No hable de esto con nadie, señora, por favor —le suplicó Honey—. No les diga a Pepper ni Sugar lo que ha descubierto. Si *madame* Gardiner lo decidió así, será por algo.

—Por supuesto. *Madame* Gardiner sabe lo que hace. —Grace sonrió aún más—. Y yo también, así que no tienes que preocuparte; si Pepper acaba enterándose, no será por mí.

Por alguna razón, sus palabras no tranquilizaron demasiado a Honey, pero como Grace siguió preparando sus cosas sin dejar de tararear en voz baja, no se atrevió a contarle nada más. Sin embargo, no pudo evitar fijarse en lo extrañamente satisfecha que parecía de repente, en cómo su mente había

volado en un momento a muchos kilómetros de distancia.

CAPÍTULO XXV



Ruby nunca había imaginado que sería tan difícil averiguar algo que se encontraba en boca de todo el mundo. Dio lo mismo lo mucho que insistió a Savannah y lo pesada que se puso con Troy cuando el *sheriff* lo dejó volver a casa, cubierto de briznas de paja y con una expresión que le encogió el corazón. Ni siquiera Max pudo descubrir qué era lo que ocurría en el pueblo, porque sus empleados se empeñaron en fingir que no sabían nada cuando los fue llamando a su despacho; aunque, por el modo en el que le temblaba la voz al joven Travis, no cabía duda de que había estado en el saloon la noche en que el heredero de la Compañía Minera Mallory & Sullivan se había ganado el resentimiento de todos.

Hasta Ruby acabó notando cómo las vecinas que más solían respetarla se ponían rojas y apretaban el paso al cruzarse con ella. «Savannah tiene que haber hecho algo que las ha escandalizado —pensó mientras se apresuraba hacia la casa en la que la había citado el reverendo Cross mediante una nota entregada por Virginia Young—. Lo que no entiendo es cuándo ha sido, porque casi siempre paseamos juntas... ¿Y qué les puede haber ofendido tanto de una

chica que siempre ha sido la viva imagen de la inocencia?».

Había meditado tanto aquel asunto que empezaba a dolerle la cabeza. Cuando llamó a la puerta del edificio, el reverendo Cross en persona salió a recibirla, haciéndola pasar a su salita con un aire sombrío que no presagiaba nada bueno. Ruby casi no fue capaz de tragar el café que le ofreció; sentía cómo algo amenazador latía en el ambiente.

—Por favor, padre, no me haga esperar más tiempo —acabó diciendo después de que él, tan nervioso como la joven, se embarcara en una descripción de las vidrieras con las que había pensado decorar la cabecera de la iglesia—. Sé que si me ha mandado llamar ha sido por un motivo muy grave. Me di cuenta nada más observar la caligrafía de su nota.

—Es usted perspicaz, señora Lawrence. —El párroco guardó silencio antes de susurrar—: He preferido citarla en mi hogar porque no..., no quería correr el riesgo de que alguien nos escuchara. Hay demasiadas personas indiscretas en este pueblo y...

—Y Savannah sigue alojándose en mi casa. Es a ella a quien quería evitar.

La taza tintineó en la mano del reverendo Cross cuando se inclinó para cogerla. La mirada cargada de pesadumbre que le dirigió a la joven confirmó sus peores sospechas.

—Efectivamente, lo que quería comentarle tiene que ver con esa muchacha y con la relación que mantiene con su hermano. Se habrá dado cuenta de que ha ocurrido algo.

—Sí, pero ninguno de los dos quiere decirme de qué se trata. Me estoy volviendo loca por culpa de este tema, sin que nadie me explique qué está pasando en mi propia casa ni por qué todo el mundo murmura a mis espaldas... Y tiene que suceder justo ahora —sacudió la cabeza, sin poder reprimir más su angustia—, cuando me siento más... destrozada por lo que ocurrió con John Mallory, por lo que ordené que le...

—No piense más en ese asunto —le aconsejó el reverendo Cross, colocando una de sus esbeltas manos sobre la que ella había apoyado en su regazo—. Es inevitable que una persona tan recta como usted se sienta culpable, pero estoy seguro de que es mucho más fuerte de lo que imagina. Si existe alguien capaz de hacer siempre lo correcto, es usted.

«Yo no soy fuerte —estuvo tentada de decir, mordiéndose los labios—.

¡No he escogido nunca lo correcto porque nunca me permitieron tomar ninguna decisión por mí misma! Primero mi madre, después usted, las vecinas... ¿Por qué a todos les parece admirable el papel que desempeño si ese papel consiste en no hacer nada en absoluto?».

—Lo que tengo que pedirle —siguió el reverendo— seguramente le parecerá incomprensible, puede que hasta cruel..., pero es la única solución posible a la situación en que nos encontramos. Tiene que ayudarme a que su hermano rompa su compromiso.

—¿Qué está diciendo, padre? —exclamó Ruby sin dar crédito a lo que oía—. No puede pedirme... ¡Después de la vida que ha llevado Troy, de ser un bala perdida...!

—Me temo que no puedo hablar más en serio. Esto significará su ruina si no lo hace.

—Pero nunca le habíamos visto así... Troy nunca se había enamorado de una mujer, no había ninguna que pasara de ser un capricho para él, que le hiciera sentar la cabeza...

—Y no sabe cómo me alegraré el día en que encauce su vida, señora Lawrence. Pero el problema es que, por doloroso que sea, no podrá hacerlo nunca con Savannah Milton.

—¿Es por el vacío que le están haciendo los vecinos? —se encolerizó Ruby, y dejó la taza en la mesa—. ¿Un hatajo de envidiosos que no tendrían ni dónde caerse muertos si nuestro padre no los hubiera contratado hace treinta años? ¡De no ser por él, Silverville ni siquiera existiría ahora mismo! ¡Somos los Sullivan quiénes lo hemos hecho nacer!

«Y los Mallory —pensó de improviso, aunque no se atrevió a expresarlo—. Los Mallory también son responsables de que prosperara, por mucho que nos duela a padre y a mí».

—No necesita usar esos argumentos conmigo —repuso el párroco—. Le recuerdo que yo también estaba aquí en esa época, alumbrando a Silverville al mismo tiempo que su padre. Por eso no puedo quedarme de brazos cruzados contemplando cómo lo que hemos levantado cae hecho pedazos por un simple enamoramiento. —Y tras unos segundos de silencio, añadió más quedamente—: Usted tomó hace unos días una decisión terrible con la que ha logrado salvar a su familia. Es lo mismo que me veo obligado a hacer con su hermano

y la señorita Milton. Silverville es mi mundo, todo lo que tengo.

—¿Y qué pretende que haga? ¿Que mire a Troy a los ojos y le ordene que se olvide para siempre de Savannah? ¿Que la envíe a Denver para continuar con su vida?

—Si he de ser sincero, creo que esa vida, por modesta que sea en comparación con la que llevaría siendo la señora Sullivan, será mucho más segura para ella —contestó el reverendo con tristeza—. Hace unos días unos jóvenes del pueblo la acorralaron cerca del cementerio. De no haber sido por uno de los hombres del *sheriff*, no quiero ni imaginar lo que le habrían hecho. ¿Cree que sería sensato esperar a que haya una segunda ocasión?

—¿Alguien atacó a Savannah? —Ruby palideció—. ¿Por eso Troy acabó en la celda aquella noche..., porque trató de ajustar cuentas con los hombres que la asaltaron?

Sentía cómo la cabeza le daba vueltas. Ahora entendía los sollozos de Savannah, los gritos de su hermano, la tensión..., pero no la razón de ser de aquel insulto. Estaba a punto de preguntárselo al reverendo Cross cuando este le alargó un sobre sin decir nada.

—¿Qué es esto? —La chica lo cogió casi con miedo. No había nada escrito en él—. ¿Es una carta? —Y se disponía a abrirlo cuando el párroco la agarró de improviso por la muñeca, haciendo que la joven alzara sobresaltada los ojos.

—Aquí no, señora Lawrence, no delante de mí. Lléveselo a casa y lo entenderá todo.

Lo que aún quedaba del café le supo terriblemente amargo. Ruby se despidió del reverendo en cuanto se lo acabó y emprendió el regreso a su hogar a la mayor velocidad que le permitían las piernas. Por suerte, el camino estaba desierto y no se cruzó con nadie que la mirase con recelo por algo que ni siquiera había hecho. Eran más de las ocho cuando Smithson le abrió la puerta, y al entrar en el comedor se encontró con que su familia la esperaba desde hacía un rato alrededor de la mesa para empezar a cenar.

Aquella noche Savannah había accedido a reunirse con ellos, pero estaba pálida y ojerosa, y no dejó de revolver la comida con el tenedor. Ni Troy ni ella pronunciaron una palabra durante toda la velada, y lo único que ayudó a combatir el ominoso tintineo de los cubiertos fue el cotorreo de Verity, a quien

habían permitido acompañarles, y los desesperados intentos de Max de aligerar el ambiente contándoles anécdotas del banco. La cena fue un fracaso tan estrepitoso que todos se alegraron de levantarse; Savannah se encaminó a su cuarto después de murmurar un «buenas noches» tan quedo que apenas la oyeron, Troy se marchó a casa de su padre sin despedirse de nadie y Max se encerró casi con alivio en su despacho. Como no sabía de cuánto tiempo disponía, Ruby se dio prisa en acostar a Verity antes de dirigirse a su propio dormitorio. Una vez allí, se quitó la ropa, se puso el camisón con unos dedos tan inseguros que se le enredaban en la tela y, solo cuando reunió suficiente aplomo, se atrevió a sacar lo que había en el sobre.

Cuando por fin supo de qué se trataba, su reacción no fue muy distinta de la de la señora Chadler. Ruby dejó las cartulinas sobre la colcha de la cama y se apartó de ellas como si temiera que pudiesen morderla. Incapaz de dar crédito a lo que veía, se quedó observando con la boca entreabierta el perfil de Savannah en la fotografía que había caído sobre las demás. Miraba de soslayo a la cámara mordiendo un racimo de uvas, con una corona de flores en la cabeza y una seda que parecía a punto de resbalar por su cuerpo.

—Troy —se oyó murmurar a sí misma. Consiguió sentarse en el borde de la cama y apoyar una mano temblorosa al lado de las fotografías—. Oh, Troy, cómo has podido...

Pasados unos segundos se atrevió a cogerlas, consciente de que había enrojecido. No podía apartar los ojos del hombro desnudo de la chica ni de la comisura de un seno que de pronto le pareció mucho más atrayente que los suyos. Tragó saliva y la dejó en la cama antes de mirar la siguiente, tan escandalosa que su rubor aumentó: era de cuerpo entero y en ella Savannah se apoyaba juguetonamente en una pared, con los tirabuzones recogidos debajo de la nuca y dos largos collares de perlas resbalando por su pecho. No había nada que cubriera su desnudez, y aquello envió a la mente de Ruby un torrente de confusos pensamientos sobre lo cerca que la había tenido durante las últimas semanas, sobre cómo su hermano habría disfrutado de aquellos encantos cuando la había visto ir a su habitación...

Demasiado abrumada por la perplejidad, tardó un rato en advertir que un extraño calor comenzaba a expandirse entre sus piernas a medida que su sonrojo se intensificaba. Ruby sacudió la cabeza para apartar aquellos

pensamientos, cada vez más confusa, pero antes de que pudiera seguir contemplando las imágenes captó un eco conocido en el corredor: los pasos de Max acercándose a su cuarto. Casi se cayó en su precipitación por recoger todas las cartulinas, guardarlas en el primer cajón de la mesilla y apagar la lámpara. Consiguió meterse en la cama y cubrirse hasta la barbilla con la sábana segundos antes de que su marido abriera la puerta. Se detuvo indeciso en el umbral.

—¿Ruby? —le oyó susurrar, aunque no se acercó a la cama—. ¿Estás despierta?

La joven apretó los párpados con fuerza. «Vete —pensó una y otra vez, observando la silueta de su marido en el rectángulo de luz dorada que había aparecido sobre la pared—. Esta noche no, ahora no. Vete de aquí, Max». Tuvo que reprimir un suspiro de alivio cuando la sombra agarró de nuevo el picaporte y tiró en silencio de la puerta. Aguardó hasta que sus pasos se perdieron en dirección a su despacho, y solo entonces se atrevió a tumbarse sobre su espalda con los ojos muy abiertos y clavados en la nada.

Era incapaz de apartar de su mente aquellas imágenes, aquellas promesas. Ahora entendía por qué las vecinas de Silverville habían puesto el grito en el cielo... y también por qué sus maridos no hacían más que hablar en susurros del tema. ¿No habría hecho ella lo mismo si hubiera nacido hombre? ¿No le parecería Savannah igual de irresistible?

La respuesta acudió de inmediato a su cabeza: ya se lo parecía. No por Savannah, sino por mujer; la primera mujer desnuda que Ruby había visto en su vida, exceptuando su propio reflejo en el espejo del dormitorio. Quizás eso explicaba muchas cosas, pensó de repente con las manos cruzadas sobre el pecho palpitante; puede que fuera la respuesta a la pregunta que no hacía más que torturarla desde la primera noche que pasó con Max.

Su piel parecía más sensible que nunca a través de la tela y, cuando quiso darse cuenta, sus manos habían abandonado su pecho para descender poco a poco hasta una parte de su cuerpo que hasta entonces había permanecido dormida. Por una vez en su vida, se limitó a cerrar los ojos y dejarse llevar, aunque una vocecita, que sonaba idéntica a la de su madre, se empeñara en susurrarle que no habría perdón para algo así.

CAPÍTULO XXVI



El alba comenzaba a desperezarse frente a las Montañas Rocosas cuando Mustang la acompañó a la parada de la diligencia en Main Street. La mañana era desapacible, la primera realmente otoñal que Grace había vivido desde que llegó al pueblo; hacía tanto frío que las reses se acurrucaban unas contra otras en los establos y los pájaros apenas se atrevían a abandonar sus refugios entre la espesura. Mientras atravesaban las silenciosas calles de Silverville veían revolotear las hojas secas por encima de los tejados, y el velo de la joven se agitaba tanto en torno a su cabeza que acabó quitándoselo para que no le molestara.

Al fin y al cabo, el vecindario estaba tan pendiente del asunto Savannah Milton que Grace dudaba que pudiera escandalizarlos su rostro desnudo o el hecho de que la acompañara un hombre que no era su marido. Mustang siguió sin pronunciar palabra cuando oyeron los cascos de los seis caballos que tiraban del coche, una cuna rodante de un rojo desvaído que ya se encontraba abarrotada. Al conductor no pareció hacerle mucha gracia que la joven se empeñara en llevar con ella su bolsa de viaje en lugar de colocarla sobre el

vehículo con el resto del equipaje, pero se encogió de hombros y ni siquiera se molestó en bajar para abrirle la puerta. Fue Mustang quien la ayudó a subir mientras Grace saludaba a los demás pasajeros, y cuando estuvo acomodada en medio de un cúmulo de crespón negro y el conductor sacudió su látigo, susurró un «tenga cuidado». A ella solo le dio tiempo a asentir antes de alejarse de la calle envuelta en un azul cada vez más transparente, hasta que doblaron la esquina de la iglesia y la silueta de él desapareció detrás de los maderos desnudos que sobresalían como huesos del edificio.

Por suerte para Grace, a ninguno de sus compañeros parecía apetecerle mucho un poco de conversación. A su lado viajaba una monja anciana que no dejaba de pasar las cuentas de su rosario susurrando para sí; en el asiento de enfrente, un granjero con aire despreocupado contemplaba el paisaje tamborileando con los dedos en la ventana, y dos caballeros de bigote engominado hablaban en voz baja de transacciones, inversiones y valores en alza. «Otros dos Maxim Lawrence —pensó Grace mientras sacaba de la bolsa colocada entre la monja y ella un manoseado ejemplar de *El diamante y la venganza de Peuchet*—. Pronto empezarán a pelearse para averiguar quién tiene la esposa más beata».

Para cuando efectuaron la primera parada, el cielo se había aclarado y la brisa que se colaba entre las cortinas era más soportable. El granjero, que unos minutos antes se había presentado como McKenzie, miraba pensativo las altas cumbres cubiertas de nieve que parecían cerrarse más a su alrededor a medida que avanzaban hacia el norte.

—Es extraño pensar en todo lo que ha salido de ahí dentro —dijo pasado un rato—, el oro y la plata y todo lo demás. ¿Han estado alguna vez en una mina? —Los dos caballeros negaron con la cabeza, y el granjero continuó—: Bueno, pues es toda una experiencia. Un hombre no aprende a valorar la riqueza hasta que no contempla de dónde sale.

—Tenía entendido que se dedicaba usted a las reses —repuso uno de los banqueros.

—Un tío mío trabajaba en una de las primeras minas abiertas en Pike's Peak. Hace unos quince años me llevó a uno de los túneles y me puso en la mano un pedrusco que acababan de sacar. Dios, lo que pesaba, y todo ese metal ahí dentro. Casi me sentí rico.

—Las riquezas terrenales no son más que una sombra de las que nos esperan en el reino de los cielos —puntualizó la monja con voz temblorosa, aunque nadie le hizo caso.

—¿Era un pedrusco de plata? —preguntó el otro caballero con inconfundible avidez.

—No, era de oro; la plata no estaba tan de moda como ahora. Ustedes que saben de acciones y esas cosas se habrán enterado de los rumores acerca de lo que el Congreso...

—¿El proyecto de acta para regresar al bimetalismo? Precisamente hablamos ayer por la tarde con un colega de eso. Todavía no está claro, por supuesto, pero de ser así...

—Si el Congreso aprobara el acuñamiento de un nuevo dólar de plata, se vería en la obligación de comprar toneladas de metal a las explotaciones del oeste. No me extraña que los propietarios estén tan ansiosos: puede que esto sea el golpe de suerte de su vida.

Grace trató de no sonreír demasiado mientras pasaba una página del libro. Hacía unos minutos que la diligencia avanzaba por un camino más estrecho entre las montañas y las irregularidades del terreno les hacían saltar como si estuvieran sobre un balancín.

—¿Hay muchos yacimientos de plata en esta zona? —preguntó el granjero—. He oído que en Breckenridge había una buena veta, pero era de oro y ya está casi agotada...

—Ahora es en los alrededores de la antigua Oro City donde empieza a salir a la luz una gran cantidad de material. El año pasado descubrieron que la cerusita que sacaban contenía más plata de la que podría extraerse de la mina de Silverville en un mes. —Al oír esto, Grace se quedó muy quieta, sujetando la esquina de la página—. Parece que las tornas van a cambiar en breve, y no es de extrañar: hace años que las cosas no van bien en esa explotación. Los tiempos de Silverville pronto darán paso a los de Oro City.

Acababa de decirlo cuando la diligencia se bamboleó de nuevo, aunque no parecía ser culpa de otro bache en el camino. Los cinco pasajeros se miraron unos a otros.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó uno de los caballeros sin poder ocultar del todo su inquietud. Un segundo después, el vehículo empezó a moverse más

rápido, tanto que se agarraron a sus asientos—. Demonio de cochero, ¿es que quiere matarnos?

—¿Qué ocurre, amigo? —preguntó McKenzie en voz alta mientras sacaba la cabeza por la ventana—. ¿Necesita que alguien que entienda de caballos le eche una mano con...? —Su voz se apagó poco a poco al observar el camino que dejaban atrás. Se puso tan lívido que no habría necesitado decir nada para hacerles entender que tenían problemas—. Nos están persiguiendo. Dos jinetes, aunque no se los ve entre tanta polvareda...

—¡Dios del cielo! —dejó escapar entrecortadamente la anciana—. ¿Son indios?

—¿Desde cuándo hay indios en esta zona? —soltó uno de los banqueros. Tanto su compañero como él se habían puesto del color de la cal—. ¿Qué es esto, una emboscada?

—No hay tiempo que perder, ¡recemos todos juntos para que el Señor tenga a bien enviarnos un salvador! ¡Puede que el Séptimo de Caballería acuda en nuestro auxilio o...!

—¿El Séptimo de Caballería? —replicó Grace, y acto seguido cerró su libro—. No estamos en una novela de diez centavos, hermana. Se equivoca si cree que los buenos siempre ganan. Y de todos modos —añadió mientras guardaba el libro en la bolsa y sacaba en su lugar la Beretta—, ¿qué le ha hecho pensar que nosotros no somos los malos?

Sin prestar atención a la perplejidad de sus acompañantes, Grace se asomó por la otra ventana para escrutar la pendiente de la montaña que dejaban atrás. La calma que había sentido creyendo que sus perseguidores eran indios fue sustituida por la preocupación cuando, al tener más cerca a los jinetes, se dio cuenta de que eran tan blancos como ellos.

—Bueno —se limitó a decir, regresando al interior—, parece que sí estamos en peligro.

El cochero debió de pensar lo mismo, porque azuzó aún más a los caballos por el escarpado sendero que ascendía entre enormes pedruscos cubiertos de escarcha. Podían oír desde la diligencia los nerviosos relinchos de los animales mientras el ruido de los cascos de los que los seguían se aproximaba cada vez más, como un eco desacompañado.

—Ese tipo debe de estar muerto de miedo, y si no agarra las riendas con

mano firme, acabaremos rodando por la pendiente —exclamó McKenzie. Tras sacar también él una pistola, dejó su sombrero en el asiento y forcejeó con la puerta para abrirla—. Trataré de echarle una mano si es que puedo llegar hasta él. ¡No se les ocurra moverse de aquí!

—¿Qué cree que vamos a hacer, saltar en marcha para admirar las montañas? —dijo Grace de malos modos. Sin prestarle atención, el granjero se agarró al techo del carruaje para alcanzar poco a poco el pescante, al que consiguió encaramarse cuando parecía a punto de perder el equilibrio—. ¡Las armas están en el techo de la diligencia, con el resto del equipaje! —gritó aun sabiendo que desde allí no la oirían—. ¡Hay un rifle con el que...!

Se quedó callada cuando uno de los jinetes pasó a toda velocidad al lado del coche dejando una estela de polvo a sus espaldas. El hombre llevaba la mitad de la cara tapada con un pañuelo y sostenía un Colt en la mano derecha con el que, cuando su caballo se encontró a pocos metros de los de la diligencia, disparó por la espalda al conductor y a McKenzie. Grace se tapó la boca cuando los vio resbalar desde el pescante y caer en el sendero para convertirse a los pocos segundos en unas simples motas en la lejanía. «No son unos ladronzuelos de tres al cuarto —pensó mientras observaba cómo el bandido saltaba a uno de los primeros caballos del tiro, aferrando las riendas antes de que le diera tiempo a desbocarse—. Están acostumbrados a hacerlo, ¡y tiene que suceder precisamente hoy!».

Otro alarido de la monja la hizo volverse hacia el interior. La otra puerta de la diligencia se había abierto aún más y el segundo bandido, tras agarrar por el cuello a uno de los banqueros para echarlo fuera, había saltado en su asiento disparando casi a quemarropa a su compañero, que ni siquiera tuvo tiempo de gritar. Un segundo después, había hecho lo mismo con la anciana, que se desmadejó contra el respaldo manchado de sangre con ojos desorbitados, y estaba volviéndose hacia Grace cuando ella se le adelantó.

Si el vehículo no se hubiera detenido en ese momento con un último traqueteo, su bala se habría hundido en el corazón del hombre. «¡Serás perra!», le oyó mascullar mientras tiraba de su Beretta para arrancársela, lanzándola también por la puerta. Antes de que las ruedas se detuvieran, Grace había apartado a un lado el cuerpo de la monja y se había precipitado fuera. Corrió lo más rápido que pudo por el sendero reluciente de escarcha, pero no

le dio tiempo a alejarse; el bandido la atrapó rodeándola con los brazos.

—¿A qué vienen esas prisas, preciosa? —Aunque ella se revolvió con todas sus fuerzas, no fue capaz de soltarse, lo que le hizo proferir una carcajada—. ¿Así me pagas que no te haya metido una bala entre ceja y ceja como a tus compañeros?

—¡Quítame las manos de encima, maldito hijo de perra! —chilló la joven sin parar de sacudir las piernas en el aire. Aquello hizo que el hombre se riera con más ganas aún, al igual que el segundo bandido que se acercó a ellos después de haber desmontado del caballo.

—¡Esa fierecilla tiene las garras afiladas! —exclamó—. Bueno, así será más divertido.

—Si es que consigo que deje de patalear de una condenada vez —masculló el otro bandido, abrazándola con más fuerza—. Cuando por fin estemos en casa podremos... ¡Eh!

Soltó un grito cuando Grace agachó la cabeza para morderle en una mano. Lo hizo con tanto ímpetu que casi le arrancó la piel y, cuando el bandido aflojó la presión de sus brazos, consiguió zafarse de ellos. Echó a correr sendero abajo, pero no pudo ir demasiado lejos; el pesado vestido se le enredaba entre las piernas y, cuando quiso darse cuenta, el hombre había vuelto a abalanzarse sobre ella, haciéndola caer de bruces.

El impacto de las rocas contra su mejilla derecha le arrancó un gemido. Se quedó tendida bajo el cuerpo del bandido, sintiendo cómo respiraba agitadamente contra su recogido medio deshecho. Lo oyó hablar a voces con su compañero, pero, antes de que pudiera prestar atención, una piedra se estrelló contra su cabeza, y hasta la nieve que los rodeaba acabó oscureciéndose cuando la noche la recibió con los brazos abiertos.

CAPÍTULO XXVII



Troy Sullivan estaba muy borracho. Llevaba bebiendo desde la medianoche y no tenía intención de dejar de hacerlo hasta haber vaciado el mueble bar de su padre. Con una ginebra holandesa en la mano y los ojos clavados en el fuego que ardía a los pies de su butaca, se dejaba mecer por los vapores del alcohol mientras oscilaba entre la inquietud por el estado de ánimo de su prometida, la frustración de no saber cómo ayudarla, y el ansia por retorcerles el cuello a Jack Miller y sus amigos. Cada vez que se acordaba de lo que habían intentado hacerle a Savannah se le incendiaba la sangre; los restos de un vaso hecho pedazos contra el guardafuegos de la chimenea daban buena cuenta de ello.

Habría dado cualquier cosa por tenerla en ese instante entre sus brazos, desnuda y despeinada y riéndose de sus tonterías. Ah, su risa era lo que más adoraba de ella, quizá porque cuando la conoció casi no le quedaban fuerzas para sonreír. Bueno, él no estaba dispuesto a que unos cuantos amargados echaran por tierra lo único que le había importado hasta entonces. Podían

quedarse con Silverville, si tanto les preocupaba la paz del puñetero pueblo; podían quedarse incluso con la maldita mina de plata. Ruby sabría sujetar el timón, tanto si tenía que compartirlo con la viuda de John Mallory como si se convertía en la única heredera del negocio. ¿Qué más le daba aquel condenado entramado de túneles que solo había visitado en un par de ocasiones?

Marcharse de Silverville cuanto antes, eso era lo que tenían que hacer. Recoger a Savannah en casa de Ruby, obligarla a hacer el equipaje y desaparecer para no regresar nunca más. La ginebra que aún quedaba en su vaso se derramó sobre la alfombra cuando se puso en pie, encaminándose con grandes esfuerzos hacia la puerta. Con un poco de suerte podrían estar en apenas unas horas en Denver... o mejor partir a otro lugar, uno en el que nadie la reconociera. Nueva York podría ser una buena opción, o Europa si convencía a Savannah de que lo mejor sería poner un océano entre su familia y ellos dos. La idea le hizo sentirse un poco más animado, y mientras dejaba el vaso en uno de los muebles del vestíbulo y se esforzaba por abrir el pesado portón, comenzó a fantasear con todo lo que serían capaces de hacer cuando fueran libres. El frío del exterior casi cortaba el aliento y el amanecer no era más que una delgada franja anaranjada sobre las Montañas Rocosas, desplegadas de un extremo a otro de su campo visual. ¡Malditas montañas, siempre recordándole que estaban atrapados en Silverville!

«Pero esos barrotes de piedra no podrán retenernos mucho tiempo». Despacio, recorrió el sendero que atravesaba los jardines pisoteando los mustios rosales. Nunca había visitado París, pero estaba seguro de que a Savannah le encantaría. Casi sonrió al imaginarla en las *boutiques* de los Campos Elíseos, en un palco de la ópera que estaban a punto de inaugurar, en la cama de la *suite* más cara que Troy elegiría para ella. Y una boda en la catedral sin más invitados que ellos, el primer hijo para el siguiente año...

Al avanzar hacia la casa de Ruby, rozando con una mano el muro del cementerio, tuvo una fugaz visión de las lápidas escarchadas del otro lado. Se apresuró a alcanzar la cerca pintada de blanco y la puerta con las columnas, y aguardó dando vueltas como un león enjaulado hasta que un adormilado Smithson salió a abrirle con expresión aturdida.

—¿Señor Sullivan? ¿Ha ocurrido al...? —Sin molestarse en contestar, Troy se dirigió con las mismas zancadas tambaleantes hacia la escalera—.

¡Señor, espere...!

—¿Señor Sullivan? —Esta vez era Rita, la doncella de su hermana. Se encontraba de pie en el corredor en el que estaba la habitación de su prometida con una jofaina en las manos.

—Savannah —se limitó a decir él, arrastrando las palabras—. ¿Sigues en su dormitorio?

—Todavía no le he..., no le he llevado el desayuno. —A juzgar por la expresión de la muchacha, la aparición de Troy le causaba más aprensión que sorpresa—. Estos días no ha querido tomarlo con los señores. Si lo desea, puedo avisarla de que usted ha venido y...

—Aparta, estúpida —rezongó Troy sin detenerse. La empujó a un lado y, cuando se encontró ante la puerta del cuarto, se preguntó si no sería conveniente llamar antes de entrar. Pero seguía demasiado borracho para pensar con claridad y, en cualquier caso, ¿qué más daban las formalidades a esas alturas? ¿No era acaso su futuro marido?

Sin embargo, la joven no estaba en la cama cuando abrió la puerta. La colcha no tenía la menor arruga y las cortinas no se encontraban cerradas. De pie en el umbral, se preguntó si habría salido a pasear por los jardines y, de ser así, cómo era posible que no le hubiera oído acercarse... hasta que reparó en el sobre colocado encima del tocador. Al cogerlo, cada vez más confundido, reconoció la letra de Savannah, pequeña y redonda.

«Para Troy». Hasta el tercer intento no consiguió sacar la carta del interior. Aunque las lágrimas habían diluido la tinta en algunas partes, fue capaz de entender lo que decía.

Mi Troy:

Lo siento mucho, muchísimo, pero no puedo más. No soy capaz de seguir soportando esta situación y no creo que tú te merezcas pasar por algo así. Eres el único hombre bueno que he conocido en mi vida y daría lo que fuera a cambio de poder retroceder en el tiempo para impedir que te enamoras de mí. Supongo que siempre he sospechado que no era digna de ser tu esposa, pero las vecinas a las que el reverendo Cross ha puesto en mi contra han conseguido grabármelo a fuego. Sé que si me quedo te convertiré en el hazmerreír de todo Silverville, y te quiero demasiado para condenarte a

algo así.

Troy, no me busques. Si vuelves a Denver, no preguntes por mí. Me he dado cuenta de que nada de lo que podamos hacer servirá para borrar nuestros errores. Puede que Dios esté dispuesto a perdonarnos si nos arrepentimos, pero parece ser que con sus hijos nunca sucederá lo mismo.

Trata de ser feliz de ahora en adelante. Vive de tal manera que me alegre cada día un poco más de haberme apartado de ti.

Siempre te querré, mientras siga respirando.

Tu Savannah

Pasó un buen rato hasta que consiguió reaccionar. Se había quedado mirando la carta como si estuviera escrita en otro idioma, como si esperara que las letras pudieran reordenarse para anunciarle que Savannah solo había salido a dar una vuelta. «No —era lo único que podía pensar—. No. No. No. —Sin saber cómo, se acercó al gran armario con espejos sobre las puertas para abrir una de ellas. El baúl de la muchacha había desaparecido y también su sombrerera; lo único que había dentro era el vestido de novia envuelto en una funda blanca que le daba un aspecto fantasmal. Los dedos de Troy la acariciaron un instante, temblando como los de un anciano—. Esto no».

Enfermo de horror, desesperado e incrédulo, salió tan bruscamente del dormitorio que volvió a empujar a Rita y echó a correr hacia la escalera. «¿Tío Troy?», oyó decir a Verity desde la puerta de su habitación, pero no se detuvo; se precipitó a los jardines y se dirigió lo más deprisa que pudo a Main Street. No había rastro de ella, nadie la había visto en las últimas horas. Los mineros que se dirigían a la montaña lo miraron con desconfianza porque aún no habían olvidado lo que les dijo en el saloon, y el único que pareció dispuesto a ayudarlo fue O'Leary, el cantinero, aunque tampoco le sirvió de mucho; al parecer, la diligencia de Denver había partido un cuarto de hora antes, pero en ella no viajaban más vecinos que Grace Mallory. Pronto casi todas las ventanas de Main Street se entreabrieron para observar a hurtadillas cómo el hijo de Colm Sullivan corría desesperado de un lado a otro, llamándola a voz en grito: «¡Savannah! ¡Savannah!».

Al final, las fuerzas parecieron abandonarle y se sentó como pudo al lado

del abrevadero de la oficina del *sheriff*. Aún tenía la carta en la mano, pero se sentía sangrar tanto por dentro que no se atrevía a leer de nuevo la despedida de Savannah, a pesar de recordarla con dolorosa claridad. «No soy capaz de seguir soportando esta situación. —Había sido él quien la había conducido hasta Silverville, quien le había hecho creer que podría ser su hogar—. Supongo que siempre he sospechado que no era digna de ser tu esposa, pero las vecinas a las que el reverendo Cross ha puesto en mi contra han conseguido grabármelo a fuego». Y ahora no sabía ni dónde estaba ni cómo podría salir adelante sola, pues estaba seguro de que Savannah no dejaría que la localizara así como así si eso suponía más problemas para él.

Había hundido los dedos temblorosos en su pelo, revolviéndoselo aún más, pero al cabo de unos minutos se quedó quieto. «Las vecinas a las que el reverendo Cross ha puesto en mi contra». Cuando alzó los ojos, unas mujeres que acababan de salir de sus casas para despedir a sus maridos se asustaron ante el odio que latía en su mirada. Por supuesto, debería haberlo adivinado días antes; el cáncer de Silverville era precisamente lo que todos creían que podría sanarlo. Cuando quiso darse cuenta, se había puesto en pie y había echado a correr hacia la iglesia con las sienas palpitándole de furia.

Pero Jacob Cross no había llegado todavía, ni había nadie más que los obreros que se disponían a continuar con la reforma. Fue después a la sacristía, con los mismos resultados, y al final se dirigió a la casa en la que vivían el párroco y su ama de llaves, situada a dos manzanas escasas. Virginia Young debía de haberse despertado pocos minutos antes, porque todavía seguía llevando el canoso cabello en una redecilla.

—¿Señor Su...? —empezó a decir, pero Troy había oído lo mismo tantas veces en los últimos minutos que ni siquiera le contestó. Pasó por delante de la mujer, que se había puesto un poco blanca, y subió la crujiente escalera que conducía al primer piso.

Había estado en un par de ocasiones en aquella casa, acompañando a su padre en algunas de sus visitas a Cross cuando era niño, y recordaba dónde se hallaba la salita en la que el reverendo solía desayunar. Allí lo encontró, efectivamente, todavía en bata y sujetando un ejemplar de la *Daily Denver Gazette* con un mano y una taza de café con la otra. Al ver al joven, no pareció tan extrañado como cabría esperar, aunque sí un poco alarmado.

—Ah..., buenos días, Troy. ¿A qué debo el placer de una visita tan intempestiva?

—Cierre la condenada boca ahora mismo. —Cuando apoyó las manos en la mesa, el reverendo captó su aliento a ginebra—. Supongo que estará contento, ¿no es así?

—No tengo la menor idea de a qué te refieres —contestó Cross, cerrando el periódico con una mano menos firme de lo que le habría gustado—. ¿Ha ocurrido algo esta noche?

—¿De verdad pretende que me crea que no es lo que estaba esperando? ¿Que no ha intrigado con sus corderitos hasta estar seguro de que les había sorbido el seso a todos?

—Te agradecería que no hablaras de ese modo de mis feligreses —replicó Cross—. Si tu padre estuviera escuchándote, le darías un disgusto tremendo. ¿A qué viene todo esto?

—Savannah se ha marchado del pueblo. Me ha dejado una carta y ha desaparecido.

La cólera se le subió aún más a la cabeza cuando se percató, durante un breve lapso de tiempo, de que el reverendo parecía aliviado. No obstante, se recompuso enseguida.

—Siento oír eso. Quizás el pueblo no resultó ser del todo acogedor para ella.

—¡No lo fue porque usted se encargó de ponerlos a todos en su contra! —estalló el joven sin poder contenerse—. ¡No han parado hasta conseguir que Savannah me dejara!

En silencio, el reverendo Cross puso el periódico en la mesa, al lado de unos huevos revueltos que le había preparado la señora Young, y se dirigió con calma hacia la puerta. Troy lo siguió con los ojos, incapaz de creer que pudiera tener tanta sangre fría.

—¿Es que ni siquiera piensa disculparse? —Salió al pequeño distribuidor cuando el anciano se disponía a bajar la escalera—. ¿No le queda ni el menor atisbo de vergüenza?

—Me parece que no eres quién para hablarme de poca vergüenza. Aunque no haya querido decirte nada, estoy al corriente de lo que sucedió hace dos días en el saloon. No esperaba sutileza por tu parte, pero sí algo de sentido

común. Es increíble que unos ojos pizpiretos y unos tirabuzones te hayan hecho olvidar tu deber para con este pueblo. —Sin dejarse amedrantar por el fulgor iracundo de sus ojos, el reverendo le sostuvo la mirada durante unos segundos antes de decir, en un tono mucho más bajo que antes—: Créeme que lamento tu pérdida, Troy. Siento que esa chica te haya partido en dos el corazón, pero deberías haber imaginado que acabaría así, siendo Savannah como era.

—¡Usted no sabe nada sobre ella, maldita sea! ¡No tiene ni idea de qué fue lo que nos unió ni de las cosas por las que pasó en la capital antes de convertirse en mi prometida!

—Por eso creo que todos saldremos ganando. Te lo repito, Troy: esto nunca habría salido bien, no en Silverville. Estando en juego el bienestar del pueblo, tú...

No pudo terminar la frase. Cuando estaba a punto de poner un pie en el primer escalón, Troy lo agarró furioso por la solapa de la bata. Aquello hizo trastabillar a Cross; su zapatilla quedó suspendida en el vacío y antes de que el joven pudiera impedirlo perdió el equilibrio. Su cabeza impactó pesadamente contra el escalón, y luego lo hizo contra el siguiente y el siguiente hasta que alcanzó las baldosas blancas y negras del vestíbulo.

Paralizado, Troy no pudo hacer otra cosa que mirar la bata que seguía sosteniendo en la mano y después el cuerpo del reverendo, tendido en una postura antinatural mientras una mancha roja se abría como una flor sobre el embaldosado. La carta de Savannah resbaló de sus dedos cuando la señora Young, preocupada por lo que podría estar sucediendo, abandonó la cocina para asegurarse de que todo iba bien. Pero entonces también ella se quedó mirando a Cross, con el rostro encarnado por la sorpresa y más tarde mortalmente pálido. Y antes de que Troy pudiera decir nada, comenzó a gritar.

CAPÍTULO XXVIII



Cuando Grace consiguió abrir los ojos, la cabeza le dolía tanto que por un instante temió que se la hubieran hecho añicos. Pero al volver en sí se dio cuenta de que le palpitaba porque la habían tumbado sobre la grupa de un caballo, con un saco o algo parecido cubriéndola hasta los hombros para que no supiera a dónde la llevaban. También le habían atado las manos a la espalda, y lo único que consiguió al revolverse fue clavarse más las cuerdas y atraer la atención del hombre que iba con ella.

—¿Impaciente por llegar a casa? No me extraña, está siendo un viaje muy largo. —Y riéndose entre dientes, estiró un brazo para darle una palmada en el trasero—. Ya tendrás tiempo de sobra para reponer fuerzas. Quién sabe, puede que incluso nos cojas cariño...

Azuzó más al caballo para que girara a la derecha y después comenzó a ascender por un camino tan empinado que Grace sintió otro acceso de vértigo. Por fortuna, no tuvo que esperar demasiado; pronto el ruido de los cascos de un segundo caballo que cabalgaba delante del suyo se acabó apagando y el de

su montura, para su alivio, lo hizo unos instantes más tarde. No pudo resistirse cuando el bandido descendió de la silla y la agarró sin contemplaciones para ponerla a su lado. Grace lo oyó hablar en voz baja con el otro antes de llevarla en volandas hasta una zona en la que el suelo era algo más liso.

—Ahora agacha la cabeza y vete caminando delante de mí —le ordenó, y la agarró por los hombros mientras empezaban a avanzar—. Y nada de tonterías o te aseguro que te arrepentirás de... —Entonces se quedó callado antes de decir—: Jim, ¿qué estás haciendo?

—Pues encender la lámpara —oyó contestar al otro—. Está oscuro como boca de lobo.

—¡Eso tienes que hacerlo fuera, mastuerzo! ¡Te he explicado cientos de veces lo que ocurrirá si no me haces caso! Vuelve a salir para prenderle fuego; te esperaremos aquí.

Aquello acabó de despejar todas las incógnitas de Grace. «Lámparas de seguridad. Lámparas que no pueden encenderse en un ambiente con gases inflamables. —Sintió un nudo en el estómago mientras el bandido al que se habían referido como Jim se alejaba mascullando para sí mismo—. Estos cretinos tienen su guarida en una mina abandonada».

Aunque seguía sin ver nada, no le costó distinguir el inconfundible olor de la roca desnuda a su alrededor ni sentir el frío contacto de unos raíles debajo de sus pies cuando Jim se puso de nuevo en cabeza y su compañero le dio un empujón para que lo siguiera a tientas. «Esta parte de las Montañas Rocosas está agujereada por cientos de minas desde Silverville hasta Denver. Lástima que no haya manera de saber en cuál me encuentro sin estar segura de las horas que han pasado desde el ataque a la diligencia...».

Al cabo de unos cinco minutos, el hombre que iba tras ella la obligó a apartarse de los raíles y Grace dedujo que habían llegado a una estancia más amplia. Allí también debía de haber lámparas, porque el interior del saco pasó de ser negro a rosado.

—Hemos llegado —anunció su captor antes de quitárselo. La joven hizo una mueca al deslumbrarla la repentina luminosidad—. Bienvenida a nuestro humilde hogar, querida.

Se encontraban en una especie de gruta apuntalada por armazones de madera que despedían un intenso aroma a podrido. Otras tres lámparas de

seguridad colgaban de las rugosas paredes, iluminando varios montones de barriles y sacos de arpillera, una mesa desvencijada, unos sucios jergones y una vagoneta oxidada que, como observó Grace al mirarla de reojo, estaba atestada de prendas polvorientas, sombreros y despojos de los que probablemente habían sido los últimos botines de los bandidos. De allí partían otros dos túneles excavados en la roca, como las madrigueras de unos depredadores inmensos.

—Ya sé que no es tan elegante como el sitio del que vienes tú —continuó el bandido—, pero más vale que te acostumbres, porque vas a pasar aquí mucho tiempo.

Dejó el sombrero sobre una de las cajas antes de ponerse ante Grace, mirándola de los pies a la cabeza con los ojos entornados.

Era un hombre de unos treinta años que parecía estar hecho de pura fibra, con el pelo y los ojos de un castaño muy oscuro.

—Parece que es nuestro día de suerte. —Y sacudió la cabeza—. ¡Que me ahorquen si había visto antes a una hembra más hermosa que esta!

—No son muchas las mujeres que se atreven a viajar sin una escolta, Joe, y menos aún tratándose de una dama —apuntó Jim, más pequeño y compacto que su amigo.

—En eso tienes toda la razón. ¿Cómo te llamas, preciosidad? ¿Cuál es tu apellido?

Por toda respuesta, la joven apretó tercamente los labios. Joe se acercó más a ella.

—No eres de muchas palabras, ¿eh? Bueno, hay ciertas cosas que saltan a la vista, y a ti no hay más que mirarte para comprender que te han criado entre algodones. —Rozó con los dedos uno de los pliegues de su vestido negro—. Siempre rodeada de doncellas y de criados, como si lo viera. En fin, habrá que comprobar si tu equipaje es más locuaz.

Mientras Jim la rodeaba con los brazos para inmovilizarla, Joe se agachó delante de la bolsa de viaje de Grace. Dejó caer El diamante y la venganza al suelo, sacó de dos tirones toda la ropa y, cuando reparó en el joyero, se apresuró a agarrarlo. Las lámparas arrancaron destellos mórbidos a los adornos, haciéndolos brillar casi tanto como los ojos del bandido. Dejó escapar un silbido mientras sacaba la gargantilla para inspeccionarla.

—No está mal, no está nada mal. Plata y azabache, y un vestido negro...
—Joe cogió el broche con el mechón de pelo rubio dentro—. ¿Se te ha muerto alguien recientemente?

—Mi marido —replicó Grace, haciéndole alzar la vista hacia ella—. No me queda nadie más con vida, así que no conseguirán nada reteniéndome para pedir un rescate a cambio.

—Eso tendremos que decidirlo nosotros. Me cuesta creer que una señorita de buena cuna no cuente con ningún pariente dispuesto a hacer lo que sea con tal de recuperarla...

—¿De verdad le parezco una dama en apuros ahora mismo? Le recuerdo que, si esa maldita diligencia no hubiera saltado tanto, le habría reventado el corazón de un disparo. Puede que me hubiera dado tiempo a hacer lo mismo con su amigo. —Y miró aviesamente a Jim por encima del hombro—. Si tanto interés tienen en negociar, lo más sensato será que lo hagan directamente conmigo para acabar cuanto antes.

A Jim se le abrió poco a poco la boca, y cuando Grace volvió a mirar a Joe observó que también parecía perplejo, poniéndose despacio en pie. La joven chasqueó la lengua.

—Señor, qué de tiempo me están haciendo perder... Lo que quieren es dinero, ¿no es así? Pues entonces díganme una cifra, acompáñeme a Denver esta misma tarde y les garantizo que se la entregaré. Puedo pagarles lo suficiente para que les compense dejar esta vida de latrocinio y mudarse a una casa en condiciones durante el resto de sus vidas.

—Muy amable por tu parte, pero resulta que nos gusta este sitio —dijo un tercer hombre al que no habían oído llegar—. Sobre todo si tenemos tan buena compañía.

Al girarse hacia uno de los túneles, Grace distinguió el destello de su ojo derecho, una esfera lechosa de cristal en medio de una cicatriz que le cruzaba la cara desde la frente hasta la boca. Esta se torció en una sonrisa cuando la joven se puso del color de la cera.

—Parece que esta vez no voy a poder quejarme de vuestro botín. ¡Da gusto que tus hermanos te traigan la diversión a casa mientras estás recuperándote de una torcedura!

—Calma, Cole —le advirtió Joe, que todavía parecía confundido—. Esta

es una dama, no la hija de un granjero con la que uno pueda propasarse. Acaba de proponernos que...

—¿Una dama? —repitió su hermano, y sus carcajadas arrancaron ecos atronadores a la estancia—. Pero ¿cómo habéis podido confundirla con una dama, pedazo de imbéciles?

—¿Que cómo...? ¡Echa un vistazo a estas joyas, Cole! ¡Estaban en su bolsa de viaje!

—Como si llevaba la corona de una reina. Esta es una zorra cualquiera, chicos, una puta como las hay a patadas ahí fuera. Creedme, no me olvidaría de esta cara en la vida.

A juzgar por la perplejidad con la que los otros lo miraban, debían de pensar que les estaba tomando el pelo. Grace tembló cuando Cole se le acercó para agarrarle la barbilla.

—Parece que no eres tan complaciente como entonces, cuando te abrías de piernas con catorce años en aquel burdel de Greenwood Village. Aunque no es lo único que ha cambiado. —Cogió un mechón de cabello que se había escapado de sus trenzas para examinarlo con interés—. ¿Qué le ha pasado a tu precioso pelo rubio? ¿Es que dejó de resultarle atractivo a tus clientes y la vieja Eve te obligó a teñírtelo de negro?

—No tengo..., no tengo ni idea de lo que está diciendo... —consiguió articular Grace.

—Cole, se te ha vuelto a ir la mano con el condenado whisky —replicó el pequeño Jim, que empezaba a impacientarse—. ¡Las únicas que se tiñen el pelo son las palomas sucias!

—Y esta debe de ser la más sucia de todas, teniendo en cuenta las cosas que sabía hacer cuando la conocí. Era francamente buena para estar tan poco usada. —Y sonriendo aún más, Cole le subió el vestido y empezó a pelearse con las enaguas y la combinación de seda para tirar hacia abajo de sus pololos, indiferente a los forcejeos de ella—. Venid a echar un vistazo a lo que tiene aquí abajo nuestra nueva amiga y veréis si es rubia o no...

Más espantada a cada momento, Grace se agitó con todas sus fuerzas hasta que consiguió asestarle un rodillazo en la entrepierna al bandido. «Zorra de mierda», masculló Cole antes de cruzarle furioso la cara. Y estaba a punto de golpearla de nuevo cuando los demás vieron aparecer una silueta a sus

espaldas, mucho más alta y corpulenta que la suya, justo antes de que la culata de una pistola se estampara contra su cabeza.

Cole cayó de rodillas con un quejido y de ahí rodó hasta quedar tendido a los pies del hombre que, cuando se adentró en el círculo de luz, Grace reconoció como Mustang.

—Siento haberme presentado sin invitación —se limitó a decir. A la joven se le escapó un jadeo y Joe se apresuró a sacar su revólver, pero Mustang había sido más rápido; ya tenía un arma en cada mano apuntando a cada uno de los bandidos. Una de ellas era la Beretta de Grace y la otra la pistola de McKenzie, el granjero que viajaba en la diligencia.

Durante unos segundos nadie se atrevió a pronunciar palabra. Lo único que se oía era el gemido continuado de Cole, quien al cabo de un rato también se quedó en silencio.

—Bill Mustang —le saludó por fin un estupefacto Joe—. ¿Qué demonios haces aquí?

—Me parece que no son necesarias las explicaciones —contestó él. Estaba cubierto de polvo de los pies a la cabeza y se le habían soltado unos mechones de la coleta, lo que le ensombrecía parte de la cara—. Soltad a esa mujer si no queréis que la situación empeore.

—¿Desde cuándo eres tú el que da las órdenes? —espetó el bandido, y tiró de Grace para ponerla ante él con el cañón del revólver apretándole la sien. Al tenerlo tan cerca, la joven pudo sentir lo tenso que estaba—. Si no dejas de apuntarnos con eso...

—Tratarás de dispararle, pero antes de que puedas tocar el gatillo os habré dejado las cabezas como dos coladores —concluyó Mustang por él—. Es lo bueno de enfrentarte a tus colegas: conoces todos sus puntos débiles. Siempre he sido más rápido que vosotros.

—Un momento —susurró Grace, haciendo que los tres hombres la miraran. Observó a Joe y a Jim con los ojos muy abiertos, y después a Cole—. ¿Sois los hermanos Rivers?

—Bravo, Mustang: ahora tendremos que mataría —gruñó Joe. La joven dejó escapar un gemido cuando apretó aún más el cañón contra una de sus trenzas—. Y yo que me las prometía tan felices esta noche, sobre todo después de lo que ha dicho Cole...

—¿Qué más te da lo que hagamos con esta mujer? —quiso saber Jim—. ¿Y cómo has descubierto que nos la habíamos llevado si no hemos dejado ninguna pista en el camino?

—Temía que ocurriera algo como esto, así que, después de dejarla en la diligencia, regresé a la casa para coger un caballo —respondió Mustang sin bajar las armas—. Uno de los hombres aún seguía con vida cuando llegué al lugar del asalto. Al describirme a los bandidos que se habían llevado a su compañera, supe quiénes eran y dónde encontrarlos.

—Basta de palabrería —rezongó Joe—. Ya nos has hecho perder demasiado tiempo.

—Vaya, por fin estamos de acuerdo en algo. —Para sorpresa de todos, Grace apartó con la cabeza el cañón del revólver—. Me ha quedado claro que tienen unas pistolas muy grandes y que ambos saben usarlas a las mil maravillas. Ahora, si ha acabado el período de la berrea y podemos pasar a ocuparnos de asuntos mucho más interesantes para todos...

—Señora Mallory... —contestó Mustang, entre perplejo y receloso, cuando Grace le indicó que bajara también las armas—. Creo que lo mejor sería que se quedara al margen.

—¿Señora Mallory? —Joe soltó una carcajada, sacudiendo la cabeza—. No puede ser cierto: ¿el peligroso Bill Mustang convertido en un cordero por una ramera enriquecida?

—Es mi capataz, si tanto le interesa saberlo —replicó Grace—, y le aseguro que no le está yendo nada mal trabajando para mí. Precisamente es eso lo que quiero proponerles.

—¿Qué? —dejó escapar Jim—. ¿No pensará siquiera que estaríamos interesados en...?

—Si quieren que tengamos una conversación civilizada, más vale que empiecen por desatarme esta condenada cuerda. ¿Qué clase de anfitriones maniatan a sus invitados?

Sin poder salir todavía de su asombro, Jim miró a su hermano Joe y, cuando este asintió en silencio, sacó una navaja para obedecer a Grace. Ella suspiró aliviada cuando recuperó la movilidad de las manos y se frotó las muñecas cubiertas de marcas rojas.

—No tengo la menor idea de qué es lo que trama, pero se equivoca si cree

que ofreciéndonos trabajo conseguirá que la dejemos marchar —declaró Joe—. Tal vez haya domesticado a Mustang a golpe de colchón, pero eso no le servirá con nosotros.

—No compartiría con ustedes mi colchón ni aunque me fuera la vida en ello —dijo Grace con desdén. Sin perder la calma, les fue quitando las pistolas para dejarlas dentro de la vagoneta abandonada—. No, lo que voy a proponerles no tiene nada que ver con la propiedad en la que su colega trabaja ahora. Se trata de un negocio que, de salir según lo planeado, nos beneficiaría enormemente tanto a ustedes como a mí.

—Déjeme adivinar: ¿quiere que tejamos calcetines para huerfanitos? —ironizó Joe.

—En absoluto, señor Rivers. Quiero que asalten un banco. El banco de Silverville.

Ni Joe ni Jim fueron capaces de responder a esto. Lo único que se oyó durante los siguientes segundos fue otro gemido de Cole, al que Mustang volvió a reducir al silencio de un certero pisotón sin apartar de Grace unos ojos inundados de desconfianza.

—Tiene que ser una broma —consiguió decir Joe por fin—. El golpe que le dimos en la cabeza hace unas horas ha debido trastornarla. ¿Cómo se le ocurre que querriamos...?

—¿No son unos bandidos acaso? ¿No se supone que forma parte de sus competencias?

—Nosotros no hemos robado nunca una caja fuerte. Si le hubiera preguntado a su querido capataz, habría podido contarle que nuestra especialidad son las diligencias y...

—El cuatreroismo, el robo de ganado y otras actividades por el estilo. —Grace hizo un gesto de impaciencia—. Estoy familiarizada con sus gloriosas gestas; hace unos días el *sheriff* de Silverville me habló de ustedes y les sorprendería la buena memoria que tengo para lo que me interesa. Llevaba un tiempo pensando en la mejor manera de dar este golpe y, ahora que he descubierto quiénes son, creo que podrían echarme una mano.

—Lo que me faltaba por oír. —Joe soltó una carcajada nerviosa—. ¿De verdad piensa que no tenemos nada mejor que hacer que dejarnos enredar en sus travesuras? ¿Qué cree que sería de nosotros si su amigo el *sheriff* nos

sorprendiera con las manos en la masa?

—Tienen mi palabra de que eso no sucederá —contestó Grace con una sonrisa que casi hizo que se les erizara la piel—. Si aceptan mi propuesta, les aseguro que, cuando den el golpe, ni el *sheriff* ni sus hombres se encontrarán en sus puestos. Y antes de que me lo pregunten, no estoy interesada en recibir una parte del botín; todo lo que encuentren en la caja fuerte será para ustedes. Dudo que pudieran tener más facilidades.

Aunque Mustang no comentó nada, Grace solo tuvo que mirarlo a los ojos durante una fracción de segundo para saber que se había percatado de lo que se traía entre manos. Y también de que no había nada que pudiera decir para hacerla cambiar de idea.

—No lo entiendo —contestó Joe por fin, y después sacudió la cabeza—. No puedo creer que esté hablando en serio. ¿Para qué diantres quiere saquear el banco de su propio pueblo?

—Eso es algo que solo me concierne a mí. —Y apartando a Cole de una descuidada patada, Grace arrastró una caja de madera para sentarse en ella—. Por el momento, empecemos a comportarnos como los socios que vamos a ser. Tenemos muchas cosas que planificar.

CAPÍTULO XXIX



¿En la celda? —Fue lo único que pudo decir Ruby—. ¿Cómo que está en la celda?

Acababa de subir con Max a su antigua casa para reunirse con su padre y con el *sheriff* Campbell en el despacho. Ross se había presentado en la puerta de los Lawrence para explicarles que acababa de ocurrir algo que hacía necesaria su presencia, aunque no pudo darles detalles al respecto. Se habían arreglado tan precipitadamente que Ruby ni siquiera había podido pedirle a Rita que la peinara, y con la trenza medio deshecha por la carrera colina arriba casi parecía una niña. Ringo y Dallas miraban inquietos desde la puerta a su amo, que se había sentado detrás del escritorio con el semblante demudado.

—Pero ¿cómo es posible que lo haya vuelto a encerrar por darle un puñetazo a un granjero? —protestó Max—. ¿Desde cuándo le interesa tanto contentar a esos pueblerinos?

—Esto no está relacionado con la pelea de Troy y Miller de hace dos días

—repuso el *sheriff* Campbell. También él tenía el pelo revuelto, probablemente porque los gritos de los vecinos lo habían sacado de la cama—. Me encantaría decirles que solo ha sido una trifulca de saloon, pero me temo que la situación resulta mucho más seria. Troy se ha metido en un grave aprieto y no tengo ni idea de qué podríamos hacer para sacarlo de él.

En pocas palabras puso a los Lawrence al tanto de lo que había sucedido en casa del reverendo. Cuando acabó, Max se había quedado lívido y Ruby se había dejado caer en la misma butaca en la que su hermano había estado bebiendo. Las esquirlas del vaso que había estrellado contra el guardafuegos aún seguían sobre la alfombra, y la joven se quedó mirándolas antes de girarse hacia su padre. «Ahora comprendo por qué está así».

—Pero..., pero tiene que tratarse de un error —dijo Max, interrumpiendo un silencio que podría haberse cortado con un cuchillo—. Debe de haber sido un simple accidente...

—Eso es lo que Troy me ha dicho cuando lo he metido en la celda. Según él, había ido a casa de Cross para pedirle explicaciones sobre lo que le ha ocurrido a su prometida.

—¿De qué se trata esta vez, de otra encerrona de Miller y sus amigos? —resopló Max.

—Dudo que haya más episodios como ese, Lawrence. La señorita Milton abandonó Silverville hace unas horas, aunque nadie se explica cómo lo ha hecho. No ha subido a la diligencia que pasó al amanecer por Main Street ni le ha pedido ayuda a ningún vecino.

—¿Savannah ha desaparecido? —Ruby parecía más aturdida a cada instante, aunque el *sheriff* creyó percibir un rubor peculiar en su rostro al hablar de la joven—. Pero si en ningún momento sospechamos... Es cierto que anoche parecía deprimida, pero aun así...

—¿Y qué diantres tenía que ver el reverendo con eso? —la cortó Max—. ¿Qué le ha hecho suponer a Troy que podría haber sido él quien la convenciera para marcharse?

—La propia Savannah se lo había asegurado en una carta. Le dijo que los vecinos le estaban haciendo la vida imposible porque Cross los había puesto a todos en su contra.

—Santo Dios. —Ruby enterró la cara en las manos. «En el fondo es

verdad», se vio obligada a reconocer, «aunque el reverendo no tuviera malas intenciones. ¿Cómo hemos podido llegar a esta situación?»—. En cualquier caso, estoy convencida de que Troy no quería hacerle daño; esto no ha sido más que una lamentable equivocación. Quizá si me reuniera lo antes posible con Virginia Young podría evitar...

—El problema —la interrumpió Campbell, desalentado— es que muchos vecinos vieron borracho a Troy poco antes de dirigirse a su casa. Me han asegurado que durante media hora estuvo vagando por el pueblo como un alma en pena llamando a la señorita Milton.

—Estaban deseando tener algo que echarle en cara —se lamentó Max—. No le habían perdonado lo del saloon y esto ha sido para ellos una manera perfecta de ajustar cuentas.

—Puede que en parte sea eso —admitió Campbell—, pero, en lo relativo a las vecinas, les ha dado donde más les duele. Ya saben lo que sentían por el reverendo: para ellas no había un hombre más santo. Han convencido a sus maridos de que lo que ha cometido Troy no es simplemente un asesinato, sino un sacrilegio. —Y después de mirar a Sullivan, añadió en un tono más pesadoso—: Les aseguro que, si lo he metido en la celda, no ha sido para castigarle, sino para protegerle de sus represalias. Si hubiera tardado un poco más en acudir en su auxilio, lo habrían hecho pedazos. Tiene un aspecto horrible ahora mismo.

Sullivan murmuró entre dientes algo sobre Savannah que Ruby no pudo entender, aunque se hizo una idea de lo que sería. Sentía cómo el temor comenzaba a paralizar su cuerpo, sin permitirle hacer otra cosa que estrechar la mano de su padre.

—Bueno..., ¿y ahora qué va a suceder? —De nuevo fue Max quien habló—. ¿Durante cuánto tiempo va a tener que estar mi cuñado en esa celda como un criminal cualquiera?

—Solo unas horas, aunque cuando salga no será para regresar a su casa. No me quedará más remedio que enviarlo a Denver para que las autoridades de la capital se hagan cargo de este asunto. Se trata de algo que excede por completo mis competencias.

—¿Horas? —preguntó Max, estupefacto—. ¿Cómo puede suceder todo en unas horas?

—Estas cosas son mucho más rápidas de lo que ustedes se imaginan. Cuando es un caso tan delicado como este, que indignará a todo el mundo en cuanto los periódicos se hagan eco de él, los jueces suelen preferir despacharlo lo antes posible. No sería extraño que mañana mismo Troy... — Volvió a detenerse cuando se percató de cómo lo miraban todos—. Supongo que será mejor esperar a que el tribunal popular pronuncie su veredicto.

—Tiene que estar de broma: ¿el heredero de uno de los empresarios más poderosos de Colorado juzgado por un puñado de pañeros como un ladronzuelo de tres al cuarto?

—Ha sido Grace Mallory —susurró Ruby como desde otra dimensión—. Esto tiene que haber sido cosa de Grace Mallory. Se está vengando de nosotros por lo que le hicimos a su marido...

—Cariño, eso es imposible —repuso Max—. Te recuerdo que, según la señora Young, quien se enfrentó a Cross en lo alto de la escalera fue tu hermano, no la señora Mallory.

—¡No me refiero a este accidente, sino al asunto de las condenadas fotografías! ¡Alguien tuvo que hacerse con ellas para distribuir las entre los vecinos! Ya sé que usted estaría dispuesto a romper una y mil lanzas por su inocencia —miró al *sheriff* Campbell, que parecía muy incómodo—, pero la creo perfectamente capaz de llevar a cabo un movimiento como ese. Estoy segura de que no se detendrá hasta habernos destruido.

Era significativo que todo aquello, pensó la joven apoyando la frente en una mano, ocurriera tan solo unos días después de que enterraran a John. «¿Y si en el fondo soy tan culpable como ella? ¿Y si ha sido mi decisión de acabar con la vida de su esposo lo que le ha hecho declararnos la guerra, en el supuesto de que esto sea obra suya?». Lo peor era que ya ni siquiera contaba con el apoyo del reverendo Cross; al recordar que nunca más podría hacerle partícipe de sus inquietudes, sintió cómo se le llenaban los ojos de lágrimas.

—¿Qué podemos esperar de ese juicio, Campbell? —Era lo primero que le oían decir a Sullivan, y su susurro sacó a Ruby de su ensimismamiento. No obstante, si le quedaba alguna esperanza, se convirtió en cenizas al observar la expresión del *sheriff*.

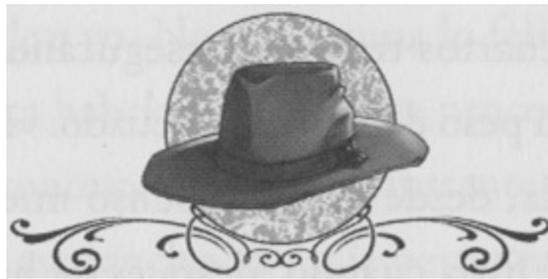
—Sullivan..., no voy a mentirle. No creo que sea sensato, conociendo la situación. Me gustaría poder decirle que hay posibilidades de que lo

absuelvan, pero...

—Tiene que haberlas —se empecinó Max—. ¡Nadie en su sano juicio movería un dedo contra Troy siendo tan conocida la Compañía Minera Mallory & Sullivan en la capital!

—Ese es el principal problema: que si tiene la mala suerte de ser juzgado por un tribunal popular, no entrarán en juego los intereses de los hombres más poderosos de Denver. No habrá nadie que les deba favores ni se sentirán presionados para tratar de interceder por Troy; a ojos de esa gente, no será más que el asesino de un sacerdote. —Y Campbell sacudió la cabeza, con una expresión más sombría—. No se imaginan cómo desearía decirles dentro de unos días que estaba equivocado. No se hacen una idea.

CAPÍTULO XXX



Había un pequeño almacén improvisado mediante tablones y cajas amontonadas al fondo de la mina, y los Rivers accedieron de mala gana a prestárselo a Grace para que descansara unas horas antes de que Mustang y ella continuaran su camino. El extraño reservado resultaba aún más sórdido en la claridad anaranjada de la lámpara que colocó sobre un barril. Aun así, era mucho mejor que estar tirada en el camino a Denver como los demás viajeros de la diligencia, y Grace suspiró mientras se quitaba el vestido negro, las dos enaguas, el polisón metálico y la combinación de seda. Podía oír a los hombres hablando al final de otro de los túneles, y eso hacía que se sintiese extrañamente expuesta y a la vez, en lo relativo a Mustang, protegida. «Tendré que empezar a hacer más caso a sus consejos a partir de ahora —recapacitó mientras extendía unas mantas sobre el suelo pedregoso—. Nunca pensé que contaría con un aliado tan útil como este».

Cada músculo del cuerpo le dolía como si le hubiesen dado una paliza. Sentada sobre las mantas con el corsé y los pololos, Grace fue deshaciendo despacio sus trenzas y dejando que el cabello le cayera en ondas sobre los

hombros desnudos. Al final su tinte negro no había engañado a todo el mundo; era una suerte que al menos en Silverville no hubiese resultado sospechoso. Entre las cajas distinguió el destello de un espejo hecho pedazos, y se estiró para ponerlo sobre otro de los barriles de modo que pudiera verse en él.

Hacía años que su reflejo no le parecía tan triste y demacrado, como si lo que le había dicho Cole Rivers la hubiese hecho retroceder en el tiempo. Cerró los ojos durante unos segundos para recuperar la calma, y empezaba a recobrase poco a poco cuando le pareció oír cómo la llamaban en voz baja. Eso la hizo volverse enarbolando instintivamente la Beretta, que solo después de mucho insistir había conseguido que le fuera devuelta.

—Usted —dijo con alivio cuando Mustang se adentró en el charco de luz. Grace bajó la pistola, aunque no llegó a soltarla—. Me ha dado un susto de muerte. ¿Ha venido solo?

—No soy tan estúpido como para traer a los Rivers para que nos escuchen. Si quiere que sea sincero, me parece que los ha dejado impresionados. No dejan de hablar de usted.

—Qué conmovedor —masculló mientras se ponía en pie con esfuerzo—. A este paso me pedirán que pase a formar parte de la banda. Seríamos un quinteto fantástico.

—Cuarteto —la corrigió él—. Le recuerdo que ya no tengo nada que ver con ellos.

También parecía cansado, aunque en su mirada, pese a su habitual serenidad, se adivinaba una preocupación que cogió a la joven por sorpresa. «¿Por qué me mira así?».

—Creo que he venido en mal momento —acabó diciendo mientras señalaba con el mentón su corsé. Grace se envolvió con los brazos—. Será mejor que...

—No se preocupe por eso. A estas alturas, después de lo que le ha oído a ese Cole Rivers, poco importa que mi capataz me vea con un aspecto impropio de una dama.

Incluso a ella le sorprendió el pesar que había en su voz, su absoluta resignación.

—Si piensa que lo que le hayan hecho cuando era una niña le impide seguir siendo una dama a mis ojos, es que no se conoce a sí misma ni me

conoce tampoco a mí —declaró Mustang con una franqueza que hizo que Grace le mirara sorprendida—. No tiene que contarme nada; no he venido para eso. Quería saber si se encontraba bien.

—Ahora un poco mejor. De todos modos, me parece que le debo una explicación, tanto si le apetece escucharla como si no. De lo contrario, nada volverá a ser lo que era.

Dio unos pasos inseguros de un lado a otro, sintiendo los ojos de Mustang sobre ella como si temiese que pudiera derrumbarse. Finalmente empezó a decir en voz baja:

—Lo que Cole Rivers ha dicho es... parcialmente cierto, al menos lo relativo a la chiquilla que conoció hace años en Greenwood Village. Aunque nací en una familia poderosa, estuve desde los diez años hasta los quince encerrada en un burdel. —Guardó silencio unos segundos antes de continuar—: Era un antiguo rancho heredado por una mujer endiablada, una anciana a la que todo el mundo se refería como Eve. Recuerdo que había una torre añadida a uno de los extremos, con unas almenas parecidas a las de un castillo; por eso la gente solía hablar de ese edificio como del Castillo de Eve. Yo no era la única chica con la que contaba, pero sí la más joven y a la que más solía maltratar.

—No lo entiendo —dijo Mustang con el ceño fruncido. Agarró una caja, la colocó boca abajo y se sentó sobre ella—. ¿Por qué su familia dejó que acabara en un lugar así?

—Me quedé sin parientes poco después de que me secuestraran y me condujeran a Greenwood Village. Traté de escapar una docena de veces de allí, pero Eve siempre daba conmigo, y después de cada tentativa, lo que me hacía resignarme no era solo el dolor de los golpes, sino el convencimiento de que no tenía adónde ir. Nadie me esperaba fuera.

—Cinco años. Cinco años en ese lugar. Me imagino que no sería solo una criada.

—Al principio lo único que hacía era barrer las habitaciones, más tarde llevarles las bebidas a los hombres... Pero cuando algunos empezaron a prestarme atención, a Eve le debió de parecer absurdo esperar más tiempo. Me entregó a uno de sus clientes como castigo por uno de mis intentos de fuga, y desde entonces siguió haciéndolo con los que estaban dispuestos a pagar un

poco más por algo que aún no había sido muy usado. A los trece años ya trabajaba como todas las demás, recibiendo a unos diez hombres cada semana y obligándome a sonreír cuando lo único que deseaba era llorar. Porque cuando un vaquero acude a un burdel para gastarse lo poco que ha ganado durante la semana, lo último que quiere es encontrarse con una cara llorosa, y si tiene que hacerla sonreír para sentirse mínimamente deseado, no le importará recurrir a las bofetadas para conseguirlo.

Ni siquiera ella entendía por qué se lo estaba contando, por qué desenterraba lo que había pasado años tratando de ocultar de la vista de todos. Mustang no dejaba de observarla mientras Grace caminaba de un lado a otro con la barbilla temblorosa.

—Fueron cientos de clientes. Cientos de bestias —añadió con un hilo de voz—. Dejé de contarlos cuando comprendí que con eso no hacía más que ponerles cara a los monstruos de mis pesadillas. Greenwood Village era un lugar de paso hacia el oeste, y muy pocos repetían después de continuar su camino. Pero aquella situación podría haber durado mucho más tiempo de no ser por un acontecimiento fortuito que echó por tierra todo lo que Eve había construido. ¿Está al corriente de lo que ocurrió en Sand Creek, Mustang?

—¿La masacre de un campamento entero de cheyennes a manos de un regimiento de soldados yanquis hace ocho años? ¿Hay alguien que pueda recordarlo sin vergüenza?

—Casi todos los habitantes del poblado eran niños, mujeres y ancianos, pero los hombres del coronel Chivington los pasaron a cuchillo igualmente, sin importarles que en Sand Creek ondease la bandera de los aliados. Muy pocos cheyennes fueron capaces de escapar con vida y la mayoría de los que lo hicieron fueron atrapados de nuevo por los soldados cuanto trataban de huir. Un desertor del ejército condujo al Castillo de Eve a una niña india, la pequeña del gran jefe cheyenne al que masacraron en la matanza...

—¿La hija de Antílope Blanco? —se sorprendió Mustang—. ¡Creí que había muerto!

—Durante algún tiempo, los suyos también lo creyeron. No tenía ni ocho años por entonces, no era más que una cría. Nos hicimos amigas, quizá porque reconocí en sus ojos el mismo pánico que había visto en los espejos de Eve durante los primeros meses que pasé en su casa. Por la noche venía a

acurrucarse en mi cama... Me hablaba de lo que había ocurrido en el campamento y de las últimas cosas que le dijo su padre; estaba convencida de que cualquier día se presentaría en Greenwood Village para salvarla. Yo no me atrevía a contarle lo que había escuchado a Eve decirle a otra de las chicas: que el odio a los indios haría de la princesa un artículo de lujo entre los hombres de Colorado.

»Sin embargo, la pequeña Mestaehe'e, Mujer Fantasma, no se equivocaba: su gente fue a por ella. Una noche, un grupo de cheyennes atacó el Castillo y lo hizo arder después de montar a la niña en uno de los caballos. Eve murió ensartada por tantas flechas que cuando me encontré con su cadáver parecía un alfiletero. No sé qué fue de sus prostitutas; cuando estaba tratando de escapar del edificio en llamas, oí cómo me llamaba Mujer Fantasma. Supongo que les explicaría a sus parientes que éramos amigas, y por eso accedieron a subirme también a un caballo para llevarme con ellos a uno de los campamentos en los que se habían instalado los supervivientes de Sand Creek.

—Un momento..., ¿me está diciendo que usted es la famosa Meona'hane'e? —Mustang abrió mucho los ojos—. ¿La blanca rebautizada como Asesina del Alba de la que me hablaron los cheyennes con los que conviví?

Aunque Grace se limitó a asentir con la cabeza, aquel nombre desató un maremoto en su interior. «¿Cuánto hacía que nadie me llamaba así?».

—Por eso estuvo pasando una temporada con los indios, al igual que yo —continuó el joven—. Si ocurrió poco después del ataque a Sand Creek, han sido más de ocho años... ¿Ha pasado todo este tiempo con ellos?

—Solo seis años. Los dos últimos los he dedicado a planear mi regreso, a tejer esa red de la que le hablé después de que enterráramos al supuesto John Mallory.

—De modo que eso es lo que sucede. Lo que se esconde tras sus silencios, lo que hace que cada una de sus sonrisas sea una máscara. —Grace se detuvo en una de sus vueltas y Mustang continuó—: Lo está haciendo por venganza, aunque no acabe de comprender qué tienen que ver los habitantes de Silverville con todo esto.

—¿Tendría algún sentido conformarme con olvidar lo que me hicieron? —Fue la agria respuesta de la joven, ignorando su último comentario—. ¿Fingir

que Eve, el Castillo, las bestias, el asco, nunca existieron?

—Es más que capaz de empezar de cero otra vez, señora Mallory. Si ha conseguido salir de aquel infierno aún más resistente que antes, como una espada recién forjada...

—Sobreviví a aquel infierno porque, durante todo el tiempo que pasé en el Castillo, no hubo un solo minuto en que no pensara en mi venganza. Lo hacía cada día mientras me destrozaba la espalda fregando suelos, cada noche mientras me tomaban hombres a los que sabía que nunca volvería a ver. No puede pedirme que lo deje atrás, no después de haber llegado tan lejos. — Grace negó con la cabeza; tenía los ojos relucientes—. El día en que me retire de esta partida será porque mis enemigos me han hecho un jaque mate.

Mustang no contestó. Se limitó a levantarse de la caja y a observarla con las manos en los bolsillos mientras Grace se frotaba los ojos con cansancio. A lo lejos se oía a los Rivers jugar a las cartas, sus risotadas y maldiciones resonando en el otro túnel.

—Bueno, ahora ya lo sabe —acabó diciendo ella, y le dio la espalda—. Puede que hubiera sido mejor que no se lo contara. Tendría que haberme inventado una historia más...

—No tengo intención de hablar de esto con ninguno de sus vecinos, señora Mallory.

—Lo sé perfectamente. Eso no me da ningún miedo, es solo que... — Grace alzó las manos con impotencia y las dejó caer de nuevo, enfrentándose por fin a su mirada—. ¿De dónde sacaré ahora la dignidad necesaria para continuar dándole órdenes? ¿Cómo le voy a exigir a nadie que me respete si no queda nada en mí que merezca el menor respeto?

—¿Nada? —replicó Mustang—. ¿Le parece más digna que usted una de esas mujeres melindrosas de Silverville cuya única preocupación consiste en cazar un buen marido?

—Me trae sin cuidado lo que hagan esas inútiles. Y también lo que piensen, pero no puedo decir lo mismo de... las pocas personas por las que he sentido aprecio desde que me separé de Mujer Fantasma y su gente. Las chicas del Silver Garden, usted... —En un acto reflejo, Grace puso hacia abajo el trozo de espejo que había encontrado—. Ni siquiera puedo mirarme sin sentir asco de mí misma. ¿Por qué iba a ser diferente con los demás?

—Quizá porque siempre hemos visto más de lo que quería enseñarnos. O porque lo que a usted le da asco, a algunos nos parece que la convierte en una mujer excepcional.

Demasiado apesadumbrada por su confesión, Grace tardó unos segundos en darse cuenta del sentido de aquellas palabras, y cuando lo hizo se quedó perpleja al leer en los ojos de Mustang algo que decididamente no esperaba encontrar en ellos. Una mezcla de comprensión, de admiración y... Pero no, aquello no tenía sentido. Ningún hombre en su sano juicio querría tocarla conociendo la cantidad de manos por las que ya había pasado.

Curiosamente, fue esa certeza lo que más le decepcionó, sobre todo porque durante un breve instante, un único segundo, había albergado la extraña esperanza de que...

—La dejaré sola ahora —acabó diciendo él tras aquel silencio—. Mañana nos espera una larga cabalgata hasta Denver, así que debería tratar de descansar un poco.

—Espera —le interrumpió la joven, haciéndole darse la vuelta cuando se disponía a alejarse por el túnel. Solo entonces comprendió que había hablado obedeciendo a un impulso, y aquello le hizo tragar saliva—. Puedes..., puedes quedarte aquí si quieres.

A juzgar por cómo la miró él, era lo último que esperaba oír.

—Me refiero —se apresuró a decir Grace— a montar guardia en este lugar mientras esperamos a que se haga de día. Tanto te dará hacerlo conmigo como con los Rivers, y lo cierto es que no me vendría mal tu ayuda si ese malnacido de Cole se dejara caer por aquí.

—Pensaba que tu Beretta y tú erais más que capaces de cuidar de vosotras mismas.

—Pero tú mismo acabas de decir que soy una mujer excepcional. —Alzó la barbilla lo más aristocráticamente que pudo—. En comparación con los encargos que te he hecho últimamente, actuar como mi guardaespaldas durante una noche no será un gran sacrificio.

Aunque Mustang no esbozó la menor sonrisa, el brillo que Grace había distinguido antes en sus ojos consiguió desatar el nudo que le oprimía el estómago. Tras asentir con la cabeza en respuesta, fue a sentarse sobre la caja de madera mientras la joven se recostaba sobre una de las mantas y se cubría

con la otra, alegrándose más que nunca de que no se tratara de un hombre de muchas palabras. No estaba preparada para reconocer en voz alta, ni siquiera ante sí misma, lo dolorosamente vulnerable que la habían hecho sentirse aquellos recuerdos ni el alivio que suponía saber que por una vez en la vida alguien estaría velando su sueño, pese a no poder parecerse menos a un ángel de la guarda.

CAPÍTULO XXXI



No hay sabueso con un olfato más fino que la muerte. Ruby lo supo en cuanto el mazo del juez señaló que el acto había concluido y Troy, gritando con voz entrecortada que aquello no era más que un error, fue arrastrado por los policías fuera de la sala. El clamor que se había desatado a su alrededor era tan intenso que no podía descifrar nada de lo que Max exclamaba; por el contrario, el «Dios mío» que murmuró su padre, sentado a su izquierda con la cara tan blanca como el papel, sonó con tanta claridad como si hubiesen estado a solas en una habitación. Nunca supo cómo su marido consiguió abrirse camino con ambos entre la muchedumbre que los insultaba ni cómo se vieron conducidos por los mismos policías que se habían llevado a su hermano hasta el viejo álamo situado en la intersección de 10th Street con Cherry Creek Street. Troy ya estaba allí; su pelo rojo era como un faro entre los cientos de personas que llevaban toda la mañana reunidas en torno al árbol. Allí se hallaban también el caballo al que no tardaron en subirlo, el sacerdote que aguardaba con una Biblia en las manos, el verdugo encargado de cerrar el siniestro espectáculo. Sí, la muerte debía de saber lo

que le esperaba a Troy desde el momento en que al reverendo Cross se le quebró el cuello en la escalera de su casa y había seguido ávidamente aquella pista hasta Denver, aquel inconfundible aroma a hombre condenado.

¿Cómo podían haber llegado a semejante situación en unas horas? ¿Realmente no había pasado más que día y medio desde que Troy fue detenido y la vida de Ruby dio un vuelco tan atroz? Atenazada por el horror, no podía hacer más que abrir y cerrar la boca mientras Max seguía diciendo a voces que no tenían que estar allí.

—Sullivan, en serio, esto no tiene sentido. ¡Si no nos marchamos antes de que lo hagan, el único recuerdo que conservará de Troy a partir de ahora será...!

Sullivan negó con la cabeza; era una roca en medio de la multitud que se reía, se aproximaba al reo para escupirle y le arrojaba piedras al grito de «¡Asesino! ¡Asesino!».

—Es mi hijo —le oyeron decir—, mi único hijo... No puedo dejarlo solo en un momento así. Ya existen demasiadas cosas que no soy capaz de perdonarme.

Aunque no había sombra de duda en sus palabras, la voz casi le temblaba tanto como al propio Troy en el estrado. Curiosamente, fue su dolor lo que consiguió sacar a Ruby de su estupefacción y, cuando quiso darse cuenta, había roto a llorar con un brazo de su padre por encima de los hombros y los ojos clavados en el anciano verdugo que, rodeado por un clamor cada vez mayor, se acercó al joven para ceñirle la soga al cuello.

Alguien a quien no podían distinguir desde su posición le preguntó en voz alta si deseaba confesarse por última vez, pero Troy ni siquiera pareció oírle. Estaba recorriendo a la muchedumbre con una mirada aterrorizada que a Ruby le recordó a la que solía tener cuando de niños les contaban historias de miedo. Seguía siendo el mismo chiquillo asustado de pelo revuelto que no parecía comprender cómo había acabado al pie de aquel árbol. «Estamos aquí —trató de decirle en silencio—, contigo, Troy, hasta el final...». Pero, antes de que los localizara, los ojos de su hermano se detuvieron sobre una de las personas arracimadas alrededor del caballo y su expresión cambió por completo.

Cuando se volvió hacia allí, Ruby entendió de qué se trataba, y sintió

cómo se le detenía el corazón. El rostro de Savannah era como una isla rodeada por el océano de cabezas enardecidas que rugían en torno a ella. Estaba blanca como la luna, apretando las manos contra su boca y negando en silencio sin cesar, como si de esa manera la realidad tuviera que verse obligada a cambiar para ellos. Había lágrimas en sus ojos, en sus mejillas; pero lo más extraño fue que Troy pareció tranquilizarse al darse cuenta de que ella estaba cerca. El pánico dejó de agarrarle el rostro y su cuerpo de estremecerse, y por un segundo la conexión entre ambos resultó tan intensa, tan muda y al mismo tiempo tan elocuente, que Ruby casi se sintió avergonzada de presenciarla.

Pero antes de que Troy pudiera decir nada, el verdugo le cubrió la cabeza con una capucha negra y ajustó el nudo alrededor de la tela. Max tragó saliva ruidosamente a la derecha de Ruby y su padre tembló sin dejar de aferrar sus hombros. Y por fin, tras lo que pareció durar una eternidad, el anciano apuntó a los oscuros nubarrones con un revólver y disparó, haciendo que el caballo se encabritara soltando un profundo relincho y echara a correr por el camino que la policía había abierto entre los curiosos.

Por muchos años que viviera, Ruby sabía que no conseguiría olvidarse nunca del crujido del cuello de Troy cuando se precipitó al vacío. Cayó con los pies a medio metro del suelo, retorciéndose mientras los alaridos alborozados de la turba sonaban como un réquiem en sus oídos. No fue capaz de seguir mirándole; tuvo que girar la cabeza para observar cómo Sullivan, con los labios tan apretados que casi podía oír el crujido de sus dientes, continuaba observando el espectáculo hasta que, medio minuto más tarde, la multitud prorrumpió en aplausos. «Se acabó —susurró Max a espaldas de Ruby. ¿En qué momento la había rodeado con los brazos y cómo era posible que ella ni siquiera se hubiese percatado?—. Se acabó, por fin se acabó...».

Su corsé parecía estrangularla, incapaz de contener el movimiento de su pecho al luchar con todas sus fuerzas para tratar de coger aire. Sabía que no tardaría en perder el conocimiento, pero cuando el suelo empezaba a confundirse con el cielo y su mano se aferraba a Max para que la sostuviera, consiguió volverse hacia el álamo. Troy ya no estaba a la vista y, como observó antes de derrumbarse, Savannah tampoco.

CAPÍTULO XXXII



Aunque abandonaron la guarida de los Rivers al amanecer, no llegaron a Denver hasta media tarde, y para entonces el cielo estaba tan amoratado que Simbad no dejaba de sacudir nervioso la cabeza mientras Mustang lo hacía avanzar por las avenidas de la ciudad, plagadas de coches de caballos y gente que se apresuraba de un lado a otro. No tardó en advertir que el comportamiento del animal no era lo único que había cambiado a medida que se acercaban a aquel hormiguero ruidoso y ahumado. También Grace parecía sutilmente distinta, como si al estar rodeada de desconocidos se viera en la obligación de recurrir de nuevo a las máscaras. Ninguno de los dos había mencionado la conversación de la noche anterior mientras cabalgaban hacia el este, pero cuando dejaron las cosas en una pensión del centro de la ciudad y Mustang la acompañó hasta una casa en el aristocrático distrito de Five Points («Enola Fortescue, espiritista», se leía en una placa), la sonrisa con la que ella se despidió era la de la Grace Mallory que creían conocer los vecinos de Silverville, no la de la mujer que horas antes se había dormido a su vera. Aun así, prefirió no presionarla y, después

de ver cómo desaparecía tras la puerta que le abrió una doncella, se dio la vuelta para hacer tiempo hasta la hora a la que habían acordado reunirse.

Sabía adónde le conduciría su deambular antes incluso de espolpear al caballo. Abandonó las avenidas de Five Points para adentrarse en una parte más humilde de la ciudad y subió la pendiente de Prospect Hill hasta que los gabletes de los primeros panteones comenzaron a aparecer entre los árboles. Habían pasado casi cinco años desde su última visita, pero todo seguía igual que en sus recuerdos: el poste en el que dejó atado a Simbad después de acariciarle el cuello, la verja chirriante por el embate del viento y el sendero rodeado de tumbas que se retorció como una serpiente, hundiéndose más y más en una espesura de la que nadie parecía cuidar.

El cementerio de Denver no tenía más que catorce años de vida, pero ya le había dado tiempo a sumirse en la decadencia propia de las cosas que se crean a toda prisa con la única intención de sobrepasar a sus rivales. El terreno estaba dividido en tres sectores concéntricos: el más alto dedicado a los mausoleos de los poderosos, el intermedio a las sepulturas de los ciudadanos de a pie y el inferior, en el que se encontraba la tumba que Mustang quería visitar, las de los mendigos, ladrones y asesinos. La decrepitud había afectado por igual a todo el recinto y, mientras avanzaba entre las cruces de hierro medio tumbadas y las lápidas resquebrajadas, se preguntó si el camposanto seguiría existiendo cuando regresara a la ciudad. Al cabo de unos minutos, se detuvo en una pequeña hondonada entre cipreses en la que había una sencilla losa con un nombre medio borrado por la lluvia: «Mary Jane Spencer, 1819-1859». Sabía que siempre le habían importado mucho los buenos modales, así que se desprendió del sombrero de ala ancha.

—Hola, madre —dijo tras un instante—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que vine a verte; he estado bastante ocupado. Me imagino que ya lo sabrás, pero me metieron en la cárcel por el asunto de los rifles para los cheyennes. Supongo que era de esperar y en el fondo tenías razón al decirme que me busco problemas continuamente...

Dos ancianas pasaron renqueando a su lado, envueltas en unos velos tan densos que casi no veían dónde ponían los pies. Mustang esperó a que se alejaran antes de continuar:

—Sé que esto no te va a parecer bien, pero tengo que decírtelo: he hecho

algo que nunca podrás perdonarme. —Se agachó ante la losa—. He matado, madre. He matado a alguien a quien no conocía. Y no ha sido por dinero, sino por una mujer.

Había restos de pétalos marchitos dentro de las letras cinceladas y el joven estiró una mano para apartarlos. El cielo empezaba a estar tan nublado que casi parecía de noche.

—Me siento idiota, te lo prometo. Nunca he conocido a una persona como ella. Lo más parecido a lo que me he enfrentado es a aquella yegua que compramos un año antes de perder el rancho. Esa que pasé meses tratando de domar hasta descubrir que en el fondo era ella la que me había domado a mí y me hacía montarla como quería. —Dejó escapar un suspiro. Su coleta rubia rozó sus hombros al negar con la cabeza—. Siempre me hablabas del infierno, madre, de lo que los sacerdotes decían que nos pasaría si pecábamos. Sigo sin tener claro que de verdad exista, pero, si es así, espero que me envíen a él, porque estoy seguro de que esta mujer tendrá un puesto de honor ahí abajo.

Llevaba cerca de media hora sentado frente a la tumba cuando percibió el susurro de unos crespones negros entre la maleza. Al principio pensó que se trataría de otra anciana enlutada, pero al mirar por encima del hombro reconoció la inconfundible silueta de la mujer en la que no podía dejar de pensar. Se puso muy despacio en pie mientras observaba cómo Grace se arremangaba el vestido para ascender a la parte más alta de la colina, con su velo ondeando a sus espaldas como una sombra perezosa.

Parecía tener mucha prisa, a juzgar por cómo saltaba sobre las cruces caídas. Antes de que pudiera alejarse, Mustang se puso el sombrero y se abrió camino lo más silenciosamente que pudo entre los cipreses. Fue dejando atrás las cabañas que unos mendigos harapientos habían construido con restos de ataúdes y unas losas colocadas a modo de dolmen y, cuando Mustang ya se preguntaba qué diantres se traía entre manos, Grace se detuvo ante uno de los panteones que remataban la colina, tan blancos que en la distancia hacían pensar en la nieve que coronaba las Montañas Rocosas.

Había una única palabra esculpida en el centro del frontón: «Mallory». La joven echó hacia atrás su velo, sacó algo del interior de su vestido y abrió la doble puerta de bronce de la tumba, no sin antes mirar atentamente a su alrededor. Mustang esperó a que hubiera entrado para abandonar los arbustos

que le habían servido de escondite y solo entonces subió los escalones que conducían a la entrada flanqueada por dos columnas.

Grace no había cerrado del todo las hojas. Pudo verla agachada en el interior, con las manos apoyadas en una losa de piedra que empujaba entre resoplidos. Aquella visión le desconcertó tanto que tardó en reparar en el nombre de Emily Mallory escrito sobre la lápida, y un poco más en darse cuenta de que alguien lo estaba mirando desde la pared del fondo del panteón. Se llevó un sobresalto al encontrarse con el rostro de la difunta Mallory en un retrato colocado encima del altar, con dos velas apagadas a los lados. Aunque no tenía ni pies ni cabeza, le pareció que era Grace quien estaba encerrada en aquel lienzo, porque la forma de su frente y de sus pómulos era la misma, y también el color de unos ojos en los que siempre había temido poder ahogarse.

Fueron esos ojos los que acabaron respondiendo a todas sus preguntas, haciendo que las últimas piezas del siniestro rompecabezas encajaran silenciosamente en su sitio.

—John Mallory —susurró. Aquello hizo que Grace se girase soltando un grito—. En el fondo no has mentado a nadie. Eres una Mallory por nacimiento, no por matrimonio.

—Pero ¿qué demonios haces aquí? —exclamó ella sin poder dar crédito a lo que estaba viendo—. ¿Me has seguido desde que me fui de la casa de la señora Fortescue?

—Vine al cementerio mucho antes que tú. Estaba visitando a mi madre cuando te vi subir a lo alto de Prospect Hill, y deduje que si lo estabas haciendo a escondidas tendría que ser por un motivo muy importante. —Se quedó mirando la tapa del ataúd que la joven había apartado, con el forro de terciopelo vuelto hacia arriba. Aunque el panteón estaba en penumbra, se dio cuenta de que no había ningún cadáver en la caja: a simple vista parecía vacía—. Tenía entendido que la tercera señora Mallory fue trasladada aquí.

—Eso es lo que su marido hizo creer a todo el mundo —replicó Grace—, pero todavía sigue en el cementerio de la mansión, al lado del propio Angus Mallory y de sus dos anteriores esposas. Los idiotas de sus criados estuvieron abonando el huerto con ella.

—No hace falta que sigas mintiéndome a estas alturas. Puedes llamarle «mi padre».

La joven se mordió el labio inferior, claramente frustrada por el rumbo que tomaba su visita. Mustang contempló el retrato de Emily Mallory y se preguntó cómo era posible que ninguna de las personas que la conocieron en Silverville se hubiera percatado de la semejanza; aquella mirada oceánica resultaba inconfundible.

—¿Estuviste haciéndote pasar por un niño desde que naciste? ¿Cuál fue el motivo?

—No fue algo que yo eligiera, como podrás imaginar. Fue cosa de mi padre, de su miedo a morir sin herederos varones que pudieran sucederle al frente de la compañía, tal como Sullivan esperaba que ocurriera con Troy. Me consta que lo intentó todo, pero no consiguió que sus primeras esposas le dieran ningún hijo. Mi madre murió cuando yo nací... y por aquel entonces mi padre estaba tan desesperado que decidió contarle a todo el mundo que al fin había tenido a su ansiado primogénito. A mí me parecía un juego muy divertido cuando era pequeña, pero a veces me preguntaba qué pasaría cuando creciera si mi padre no volvía a casarse para engendrar otro varón, uno que realmente lo fuera...

—Pero no tiene ningún sentido —dijo Mustang con el ceño fruncido—. ¿Qué clase de persona podría seguir adelante con una mentira como esa? ¿Y por qué no se conformó con prometerte a Troy Sullivan? De ese modo el negocio seguiría en la familia.

—Me lo he planteado en más de una ocasión, pero supongo que no estaba dispuesto a que la Compañía Minera Mallory & Sullivan pasara a ser simplemente Sullivan. Cuando me casara, la parte del negocio que me correspondía pasaría a ser de mi marido, y por tanto...

—Santo Dios, ¡solo es una mina! —estalló Mustang, haciéndola guardar silencio—. ¡Un agujero en la montaña del que sale un mineral por el que los hombres se matan entre sí!

—Para él era mucho más que eso, y también para mí —repuso Grace—. Tú no sabes cómo era la vida de mi padre y de Sullivan en Dublín. No tienes ni idea de las cosas por las que pasaron a nuestra edad, Mustang. Silverville fue su sueño hecho realidad, pero también fue lo que acabó con él... cuando cuatro de sus amigos conspiraron para traicionarle.

—Los hombres de los que anoche me dijiste que querías vengarte a toda

costa. Los que todavía continúan en el pueblo y alrededor de los cuales has estado tejiendo esa red...

—Su socio Colm Sullivan, el banquero Maxim Lawrence, el reverendo Jacob Cross y el *sheriff* Frank Campbell. Los cuatro cretinos que lo eliminaron del mapa hace trece años.

—¿Cómo estás tan segura de que es cierto? ¿Qué pruebas tienes de que lo hicieron?

—Lo estuve sospechando durante todo el tiempo que pasé con los cheyennes, pero al regresar a Denver hace dos años me las ingenié para localizar a la señora Perkins, la antigua cocinera de mi padre —explicó Grace, y se pasó cansadamente una mano por la frente—. Sullivan les había hecho creer a todos que, al tratarse de una mujer mayor, había mezclado sin querer las hojas de la dedalera de nuestros jardines con las de la salvia con la que preparó su última comida. Pero no fue ella la responsable, Mustang...

—¿Te confesó quién se había encargado de dar el cambiazo? —se sorprendió el joven.

—Puede que te parezca increíble, pero no fue Sullivan quien lo hizo, ni ninguno de sus cómplices. Le pidió a su propia hija que recogiera las hojas... Me imagino que Ruby Lawrence no se acuerda de nada; una persona tan recta como ella se quedaría devastada si descubriese que la mano inocente que estuvo detrás del envenenamiento fue la suya.

—Me alegra que por lo menos hayas decidido ocultárselo —comentó Mustang, más desconcertado—. Aun así, Grace..., tú misma acabas de admitir que la tal Perkins era una anciana. ¿Y si lo que te contó no fueron más que imaginaciones tuyas?

—Eso es imposible —replicó ella—. Mi padre esperaba ese golpe tarde o temprano. Sabía que estaba sentenciado desde que Sullivan comenzó a considerarlo un estorbo, y por eso me quitó de en medio antes de que pudieran hacerme nada. Me envió lejos de Silverville en una diligencia para que pasara una temporada con unos parientes de mi madre, unos primos que murieron mientras me encontraba con los cheyennes...

—Pero esa diligencia no llegó nunca a la ciudad —adivinó Mustang—. Fue entonces cuando te secuestraron y acabaste en Greenwood Village con aquella anciana miserable.

—Por suerte para mí, siempre se me ha dado bien mantener las cosas en secreto. Si no me costó disimular que era una mujer, tampoco esconder esto en casa de la propia Eve.

Mientras hablaba así, sacó del interior de su corpiño el colgante con la llave de plata. Mustang lo había vislumbrado un par de veces en Silverville, y también la noche anterior entre los pliegues de la mugrienta manta con la que se había cubierto. Entonces se dio la vuelta para observar la cerradura de la puerta que había dejado entornada a sus espaldas.

—¿Tu padre te dio la llave de un panteón vacío? Pero eso solo puede ser... —Antes de acabar la frase, dio un paso hacia el ataúd—. Ah. Realmente no ha estado nunca vacío.

Al inclinarse sobre él, pudo distinguir el oscuro resplandor de los lingotes de plata apilados en el interior. En aquella penumbra el féretro casi recordaba a un joyero abierto.

—Desde luego, debía de ser un tipo ahorrador —comentó Mustang. Miró a Grace, que se había cruzado de brazos—. ¿Has sacado de aquí el dinero que necesitabas?

—No resulta tan cómodo como recogerlo en dólares en el banco —admitió ella—, pero mi padre decidió esconder en este lugar parte de su fortuna cuando comenzó a sospechar de Sullivan. Y viendo cómo acabaron las cosas, creo que es lo más sensato que pudo hacer; de esa manera me entregó la principal arma de la que me he estado sirviendo.

—Ya veo... Nunca te interesó ser la dueña de un rancho, ¿verdad? Esos caballos de los que me pediste que me hiciera cargo, esos supuestos planes para adquirir un rebaño de Longhorns y enviarlo a Kansas City..., no eran más que una distracción para el vecindario.

—Como la Mallory Railroad que nunca llegó a existir —confirmó Grace—. Tenía que demostrar que John y yo poseíamos suficiente solvencia económica para que Sullivan y los suyos no nos consideraran una amenaza. Pero, al mismo tiempo, necesitaba el dinero para empezar a socavar, sin que nadie se diera cuenta, la estabilidad de la comunidad...

—Y para lograrlo, decidiste atacarla en su talón de Aquiles —adivinó Mustang—. Les hiciste creer a todos que, pese a tu amistad con las chicas del burdel, eras un paradigma de moralidad al estar dispuesta a correr con los

gastos de la reconstrucción de la iglesia.

—También al aparentar ser una esposa perfecta. Tanto el certificado de matrimonio que le entregué al reverendo como la carta que dejé caer en la tienda general, para que Ruby Lawrence encontrara en el sobre una dirección de Denver falsa, eran de mi puño y letra. Mi firma como la señora Mallory, en cambio, la garabateé con la mano izquierda. Y ya que hablamos de ese tema — Grace se apoyó en el altar del panteón, recolocando su vestido negro—, te diré que lo primero que pensé cuando te dejé inconsciente en los jardines fue que sería un auténtico golpe de suerte que tuvieras los ojos azules. Al ver que eras rubio, se me ocurrió que podría tratar de convencerte para que te hicieras pasar por John Mallory.

—Siento que te hayas llevado una decepción conmigo —repuso Mustang—. Supongo que no me habrías contado nada de esto si no te hubiera seguido hasta aquí arriba, ¿verdad?

—Por supuesto que no, como tampoco lo de anoche en la mina de no haberme oído hablar con los Rivers. No me malinterpretes —añadió cuando lo vio entornar los ojos—, no me arrepiento de haberlo hecho, pero eres un aliado con el que no contaba, y no me siento cómoda teniendo en el tablero piezas que yo no he colocado en él.

—¿Y qué vas a hacer ahora conmigo, John Mallory? —continuó Mustang, tras unos segundos de silencio—. ¿Ordenarás que me asesinen también a mí por saber demasiado?

—No digas estupideces —replicó Grace. ¿Podría ser azoramiento lo que había en su rostro?—. He dicho que no contaba contigo en mis planes, no que lamente que ahora formes parte de ellos. Mientras cabalgábamos hacia Denver he tenido tiempo para pensarlo y he llegado a la conclusión de que confiar tanto en ti es un error. Pese a ello, aunque ni siquiera yo entienda por qué..., eres el único error que estoy dispuesta a cometer.

—Bueno, no tengo ni idea de qué responder a eso. —Aunque soltó un resoplido, parecía sorprendido—. Es un auténtico cumplido viniendo de ti.

—No te acostumbres demasiado; nunca he soportado la sensiblería. Por eso creo que, cuanto antes regresemos a unos términos estrictamente profesionales, mejor para los dos.

—Mejor para ti, querrás decir —la corrigió él—. Te da pánico reconocer

que aún sigue latiendo un corazón debajo de esa armadura que tanto te ha costado construirte.

La naturalidad con la que lo comentó redujo a Grace al silencio. Para entonces el cielo se había oscurecido tanto que casi no podían verse, aunque no le costó imaginar su expresión.

—¿Qué demonios estás tratando de darme a entender, Bill Mustang?

—Nada que a ti no se te haya pasado antes por la cabeza —contestó él—. Porque, por mucho que te desagradara la presencia de los Rivers, alguien capaz de dominarlos como tú lo hiciste horas antes no tendría por qué pedirme que me quedara toda la noche a su lado.

Mientras hablaban, unas pesadas gotas habían empezado a golpear las vidrieras del panteón y los primeros relámpagos partían el cielo amoratado en dos. Mustang no añadió nada más ni a Grace se le ocurrió qué responder, pero cuando oyó los primeros crujidos de los cipreses con los embates de la tormenta, demasiado parecidos a los lamentos de un moribundo, se preguntó si el cataclismo también sería inminente para ella.

CAPÍTULO XXXIII



La lluvia no tardó en convertirse en una auténtica tempestad, y para cuando Grace y Mustang lograron ponerse a cubierto en la pensión, después de haber tomado una cena apresurada de camino al centro de Denver, ambos estaban tan calados como si acabaran de salir del río. Habían conseguido presentarse en el banco de Larimer Street minutos antes de que cerraran las puertas, y Grace se había sentido notablemente más tranquila al dejar allí los lingotes de plata que habían sacado del panteón dentro de una discreta bolsa de arpillera.

—Habrás que madrugar para recoger el dinero a primera hora —dijo mientras Mustang y ella subían la destartada escalera de la pensión. Una lámpara de queroseno iluminaba el pasillo del primer piso, tan sucia que proyectaba una constelación de manchas sobre las paredes. Había hoteles mucho más elegantes, por supuesto, pero lo único que quería Grace aquella noche era pasar desapercibida—. Cuanto antes regresemos al banco, mejor; de ese modo podremos estar de vuelta en Silverville para la cena. Ya he pasado demasiado tiempo fuera por culpa de los Rivers, y es ahora cuando las cosas

empezarán a ponerse interesantes.

—Me parece increíble que ese cajero no te pusiera objeciones —comentó Mustang caminando tras ella por el pasillo—. Dudo que haya mucha gente en Denver, por próspero que sea todo aquí, que se presente con dos docenas de lingotes como si tal cosa.

—A los banqueros les da igual de dónde saque la plata con tal de poder obtener una comisión cada vez que la deposito en su caja fuerte. En cualquier caso, ya sabes que lo más sensato en la Frontera es no hacer preguntas. —Le miró de reojo mientras introducía en su cerradura la llave que le habían entregado abajo—. Espero que te apliques el cuento.

—Ya te he dicho que no pienso interrogarte más —respondió él—. Aunque, ahora que lo pienso, sí que hay una pregunta que me gustaría hacerte antes de que nos despidamos.

Algo en su tono de voz detuvo a Grace cuando estaba haciendo girar la llave, antes incluso de reparar en lo cerca que se encontraba de ella. Su olor le recordó de repente al de los cheyennes: una mezcla de cuero, caballo y sudor, y también de algo más que siempre había notado en él, pero que hasta la noche anterior no se había dado cuenta de que la atraía.

Mustang estiró los dedos para rozarle un brazo, descendiendo por el crespón negro hasta su muñeca desnuda. Aquello fue tan inesperado que se le erizó la piel.

—¿Puedo besarte? —Si su contacto la había desconcertado, esto dejó a la joven sin palabras... tanto que durante unos segundos temió que estuviera riéndose de ella.

—¿Qué? —consiguió articular al cabo—. ¿Estás..., estás pidiéndome permiso para...?

—Me trae sin cuidado que nadie tuviera en cuenta tu opinión hasta ahora. No voy a obligarte a hacer nada que no quieras; no tienes que recompensarme por lo de la mina ni enredarme con tus encantos para garantizar mi lealtad. —Sus dedos seguían acariciando con delicadeza los de ella—. Si me dejas besarte, quiero que sea porque tú también lo deseas.

A esas alturas los truenos eran tan intensos que los cristales del pasillo se estremecían cada pocos segundos, y Grace se alegró fugazmente de que aquel repiqueteo ahogara los vergonzosos latidos de su corazón. Como si la

armadura a la que se había referido Mustang hubiera dejado de obedecer sus órdenes, se sorprendió a sí misma asintiendo en el mayor de los silencios un instante antes de que se inclinara para posar sus labios sobre los de ella.

Le habría gustado poder decirle que nunca la habían besado, pero parecía haberse quedado sin voz. Que ninguno de los hombres que se habían metido en su cama había probado su boca como lo estaba haciendo él. Que era tan torpe como una niña en aquellas lides, completamente distintas de lo que había aprendido a hacer en el Castillo de Eve. Sin embargo, su única respuesta fue curvarse de manera instintiva contra el pecho de Mustang cuando él la hizo retroceder, apretándola contra la pared mientras profundizaba un beso que no tardó en conseguir que le temblaran las piernas. Nunca había creído que el sabor de otros labios pudiera ser tan delicioso, ni tan poco desagradable el roce de aquella barba incipiente que, casi sin darse cuenta de lo que hacía, empezó a acariciar con los dedos.

Pero el sortilegio no duró demasiado: el ruido de una puerta abriéndose a escasos metros sobresaltó a Grace, haciéndola apartar a Mustang de sí. Dos pendencieros salían de una habitación para dirigirse a la escalera. Hablaban de algo de lo más divertido, a juzgar por sus risotadas; aunque al pasar por su lado, miraron a la joven de arriba abajo.

—Usted sí que sabe, amigo —comentó el que iba delante, y le dio una palmada en un hombro a Mustang mientras el otro se echaba a reír—. Una gran elección, ¡enhorabuena!

No obstante, ambos enmudecieron ante la mirada que Mustang les lanzó; pero, antes de que pudiera responderles nada, Grace abrió precipitadamente la puerta de su cuarto y se escabulló en el interior. Cuando cerró a sus espaldas, no pudo hacer otra cosa que quedarse mirando casi sin aliento la sórdida habitación, iluminada por otra lámpara de queroseno. No había más muebles que una cama de hierro y una mesa con un aguamanil en la que apoyó las manos, casi temerosa de observar su reflejo en el diminuto espejo colgado de la pared.

Tenía veintitrés años y acababan de besarla por primera vez. En comparación con eso, los acontecimientos inesperados de las últimas horas, incluidos el asalto a la diligencia y su traslado a la mina de los Rivers, parecían de improviso poco menos que anecdóticos. «No seas ridícula: esto es

en lo que menos deberías pensar. No tiene nada que ver con el plan».

Casi sin darse cuenta, fue quitándose las capas de ropa empapada para dejarlas sobre la mesa, y se estremeció cuando el aire que se colaba por las juntas de la ventana le puso la piel de gallina. «Aun así, no es lo que más te la ha erizado esta noche. —Se mordió los labios mientras deslizaba por su cabeza el camisón que sacó de su bolsa de viaje, cerrado sobre el pecho con un lazo azul pálido—. Me pregunto qué estará pasando ahora mismo en Silverville. Puede que Sullivan ya haya desheredado a Troy por el asunto de Savannah... —La cama chirrió cuando se sentó en el borde, pasándose los dedos por el húmedo cabello que acababa de liberar de las horquillas—. Ruby tiene que haberse quedado de piedra al saberlo».

Un segundo chirrido a sus espaldas hizo que se girase hacia la pared. Debía de ser aún más delgada de lo que parecía, porque Mustang daba la impresión de encontrarse con ella en la habitación, sentado en su propia cama. Al reparar en los escasos centímetros que los separaban, el extraño calor que Grace había sentido antes la asaltó de nuevo, lo que provocó que se enfadase consigo misma. Se puso en pie y dio unos pasos hacia la esquina más alejada, como si manteniendo las distancias pudiera impedir que sus deseos la traicionaran.

«Pero ¿en qué deseos estás pensando? ¿Cómo puedes necesitar algo así después de lo que te hicieron? —No lo necesitaba, al menos no cómo la había necesitado a ella cada uno de los hombres que subían a su cuarto; solo los animales se dejaban cegar de ese modo por los instintos—. Y, aun así, te ha gustado que te besara. —La sensación, desde luego, no podía resultar más distinta—. No ha cogido nada que no quisieras darle. Nunca lo habría hecho».

Pero seguía siendo un bandido, maldita sea. Seguía siendo un hombre. Más inquieta a cada momento, se puso a recorrer la habitación de una esquina a otra, apretando los brazos contra el pecho mientras, al otro lado de la delgada pared, no se oía más que silencio. ¿Estaría preguntándose también qué pensaría ella en ese instante? ¿Sentiría el mismo calor que parecía haberle contagiado como si se tratara de una extraña enfermedad?

Nunca pudo saber cuánto tiempo continuó dando vueltas como una idiota. Lo único que recordaría a la mañana siguiente sería que en cierto momento, soltando un juramento que habría escandalizado a las beatas de Silverville, se

dirigió a la puerta para encaminarse al cuarto de al lado. Su pulso, que desde hacía un buen rato aleteaba enloquecido, amenazó con descontrolarse cuando Mustang acudió a abrir sin nada más que sus pantalones de lana.

—Quería... —empezó ella, pero de repente se encontró sin saber cómo seguir.

—Ya me lo imaginaba —respondió el joven, y se hizo a un lado para dejarla pasar. Su habitación parecía tan espartana como la de Grace, aunque no pudo prestar mucha atención a los detalles. Cuando Mustang cerró la puerta, ambos se miraron en silencio.

Era increíble que alguien de quien apenas sabía nada fuera capaz de leerle la mente como lo estaba haciendo él. Sin embargo, se sintió obligada a dejarle las cosas claras, por los dos:

—Por favor, no me lo pidas —susurró Grace—. No me pidas que te quiera.

—No pienso hacerlo —le aseguró él, acercándosele poco a poco. Era la primera vez que reparaba en lo hermosos que eran sus ojos, y aquel pensamiento la sorprendió con la guardia baja—. No pienso hacerlo... todavía —añadió antes de cogerle la cara para besarla.

Supo entonces que no se había confundido: era lo que necesitaba sentir esa noche con una desesperación que rayaba en la locura, el consuelo de un cuerpo ajeno que por una vez había escogido ella. Nadie con dos dedos de frente lo habría llamado amor, y aun así le resultó tan reconfortante el contacto de las manos de él en su cuello, de sus dedos descendiendo por su cintura para atraerla más hacia sí, que las escenas románticas de los folletines que les gustaba leer a Sugar y Pepper parecían pura palabrería comparadas con eso.

Fue consciente de cómo le temblaban los dedos al desatar el lazo de su camión, por muchas veces que lo hubiera hecho delante de otros hombres. Cuando por fin lo consiguió y la prenda cayó alrededor de sus pies descalzos, el modo en que Mustang la recorrió con los ojos, apartándose unos centímetros para contemplarla, desconcertó momentáneamente a Grace. Aquella no era la mirada de un depredador; nada en ella hacía que se sintiera a su merced.

—Eres lo más hermoso y mortífero que he visto en toda mi vida —le dijo al cabo de un instante. Esto hizo que se le humedecieran los ojos, pero su única respuesta fue besarle con una sed aún mayor cuando la levantó en un

abrazo para llevarla a la cama.

No, no se parecía a nada que hubiera experimentado, ni por asomo. La estructura de hierro chirrió cuando Grace se dejó caer sobre ella, recorriendo a tientas cada una de las cicatrices de Mustang: las heridas de bala de su hombro derecho, rugosas al contacto de sus dedos, y el navajazo del costado que le hizo preguntarse qué habría sido de quien se lo hizo. Sus manos descendieron mecánicamente hasta su cinturón, pero, antes de que consiguiera desabrocharle la hebilla, Mustang la sujetó con suavidad de las muñecas.

—No —susurró contra la boca de la joven, haciendo que la soltara—. Déjame a mí.

De todas las sorpresas que le estaba deparando ese encuentro, ninguna la descolocó tanto como aquello. Le miró perpleja desde la almohada, preguntándose cómo era posible que los gestos más básicos que había memorizado no fueran necesarios con él.

—Me dijiste que pasaron cientos de hombres por tu cama —continuó Mustang—, pero ¿alguno se molestó en acariciarte, en hacerte disfrutar de verdad? —Cada vez más confundida, Grace negó con la cabeza—. Eso hay que solucionarlo, señora Mallory.

Entonces la besó de nuevo, aunque ahora en el cuello, y cuando quiso darse cuenta sus labios estaban recorriendo sus clavículas para deslizarse centímetro a centímetro por su pecho desnudo. Al alcanzar su vientre, la respiración de Grace no era más que un jadeo contenido a duras penas. Tuvo que taparse la boca al sentir su aliento en aquella región que cuando era una niña había anhelado poder arrancarse para no soportar más roces indeseados. De algún modo le daba la sensación de que cada movimiento de la boca de él borraba uno de aquellos recuerdos, de que hacía desaparecer uno tras otro sus años de soledad y de dolor, y cuando sintió la humedad de su lengua y el roce de su barba mal afeitada en la cara interna de los muslos, su cuerpo, el mismo que le habían arrebatado a los trece años, regresó a ella para arquearse bajo el resplandor de la lámpara pidiéndole más.

CAPÍTULO XXXIV



No fue fácil conseguir que les devolvieran el cuerpo de Troy, pero después de que Max se pasara la noche entera tratando de hablar con el juez, los Lawrence y Sullivan se las ingeniaron para que se lo entregaran a la mañana siguiente. El día había amanecido tan lluvioso como la tarde anterior y, mientras colocaban el cadáver en el carro que les seguiría hasta Silverville, sin más envoltura que una manta mugrienta, a Ruby le pareció estar de nuevo ante el cuerpo sin vida de John Mallory. El nudo que se le había formado en la garganta no le permitió pronunciar palabra cuando subieron al coche de caballos y se pusieron en camino, avanzando mucho más despacio de lo que le habría gustado por las avenidas atestadas de personas que corrían para tratar de protegerse de la tormenta.

Pero ellos no podrían escapar de la suya; Ruby lo sabía sin necesidad de asomar la cabeza para mirar el bulto inerte del carro. La oscuridad del cielo parecía haberse adueñado de su alma, demasiado entumecida por el cansancio para poder sentir el dolor que sabía que la estaría esperando en cuanto

acabara de asumir lo ocurrido. Con los ojos enrojecidos después de dos noches sin dormir, se quedó observando en completo silencio a la gente que pasaba al lado del coche, riéndose como si pertenecieran a una especie distinta, hasta que su mirada se posó sobre alguien a quien Ruby ya había visto antes. Un hombre que esperaba sobre un caballo blanco delante de la puerta de un gran edificio con un letrero en el que se podía leer «First National Bank of Denver».

Pese a que el ala del sombrero le oscurecía la cara, pudo reconocer al capataz de Grace Mallory, aquel antiguo bandido al que había acogido en su casa. La somnolencia abandonó por completo a Ruby mientras, aprovechando que el coche se había detenido en la intersección de Larimer Street y 16th Street, apoyaba las manos temblorosas en el borde de la ventana. No podía creer que fuera una casualidad, no habiendo pasado solo unas horas desde el ahorcamiento de su hermano. ¿Sería posible que aquella desalmada hubiera enviado a Denver a su hombre de confianza para averiguar qué había ocurrido?

Demasiado conmocionada para pensar con claridad, tardó unos segundos en darse cuenta de que la puerta del banco se había abierto y una mujer alta, vestida de luto como ella, corría hacia el jinete sorteando las pesadas gotas. No habría necesitado que echara hacia atrás su velo para adivinar quién era, aunque su perplejidad no hizo más que crecer cuando la vio aceptar con una sonrisa la mano del hombre. Él la ayudó a subir al caballo, sentándola entre sus piernas; y antes de que pudiera espolear a su montura, la mujer se volvió en la silla, le dijo algo en voz baja y después estiró el cuello para que él la besara.

—Zorra embustera —musitó Ruby sin poder apartar los ojos de ellos.

Sonriendo aún más, Grace se giró hacia delante, Mustang azuzó al caballo y ambos desaparecieron por Larimer Street entre los coches que se dirigían hacia el sur de la ciudad, hacia las praderas.

—Cariño, ¿qué has dicho? —preguntó su marido. Se quedó mirando con perplejidad cómo forcejaba con la puerta para abrirla—. ¿Qué estás haciendo, Ruby? ¿No pensarás...?

—He de averiguar algo. No hace falta que me esperéis; volveré al pueblo esta tarde.

—¿Te has vuelto loca? ¡No podemos permitir que viajes sola, pero, si no nos damos prisa, no estaremos en Silverville hasta la medianoche! —Aunque eso no le impidió a su esposa salir del coche dando un tirón a su vestido negro —. Ruby, ¡espera!

—Déjala —murmuró Sullivan—. Al menos ella parece saber lo que hace.

Justo en ese instante el cochero hizo restallar su látigo y los caballos se pusieron en movimiento, y lo último que Ruby pudo ver fue el rostro demacrado de su padre y los ojos de Max abiertos de par en par antes de que se alejaran, seguidos por el carro con el cuerpo de Troy. Aquel era el cortejo fúnebre más deprimente que podría imaginarse, pero por desgracia había asuntos más urgentes que reclamaban su atención.

Lo que acababa de presenciar había confirmado sus peores sospechas: era cierto que aquella mujer nunca había estado casada con John. ¿Qué clase de esposa podría irse de viaje a la capital con otro hombre a los pocos días de haber enterrado al marido al que tanto había llorado? De haber sido cierto, ¿mantendría ya una aventura con Bill Mustang (con alguien que acababa de salir de la cárcel, ¡en nombre del cielo!) mientras John continuaba en Denver? Y lo que más le angustiaba, lo que le había encogido el estómago: ¿sería de verdad su amigo de la infancia aquel hombre rubio al que ella misma había ordenado matar?

Sentía cómo la cabeza le daba vueltas, tanto que tuvo que alargar una mano para apoyarse en la puerta del banco. Desde allí podía distinguir las verjas de los cajeros y el trasiego de los empleados que iban de un lado a otro. Acarició la posibilidad de entrar, dirigirse directamente al despacho del director y exigir saber quién era la mujer que sacaba dinero de una cuenta abierta a nombre de la familia Mallory. «Eso solo servirá para que se rían de mí — pensó enterrando la cara en las manos—. Es lo que haría Max si una vecina de Silverville le pidiera algo semejante».

Pero existían otros métodos para descubrirlo. Había prometido regresar esa misma tarde y no tardó en ocurrírsele qué hacer hasta que partiera la diligencia. Bajo la metralla helada de la lluvia, comenzó a caminar por la avenida arbolada hacia el norte, en la dirección en la que recordaba que se encontraba Wazee Street, donde sabía que podría encargarle a otra persona que hiciera aquel trabajo por ella. Nunca había pensado que acabaría

dirigiéndose sola a una parte tan sórdida de la capital, pero estaba tan cegada por la rabia que ni siquiera se daba cuenta de cómo las casas se volvían más miserables a medida que iba dejando atrás las arterias dominadas por la burguesía.

Hasta que no se cruzó con el primer hombre de ojos rasgados, no comprendió que se había adentrado en el barrio chino de Denver, un lugar del que solo tenía noción por algunos comentarios que les había oído a su padre y a Max. Ruby se quedó clavada en el suelo hasta que el hombre, que llevaba una túnica descolorida y el pelo recogido en una trenza muy apretada, pasó de largo sin atreverse a mirarla. Nunca antes había visto a un chino y le sorprendió que no tuviera la piel tan amarilla como los de las estampas de los cuentos infantiles. Tragando saliva, se obligó a seguir avanzando por Wazee Street lo más tranquilamente que pudo pese a tener el corazón en un puño. Las calles estaban atestadas de concurridas lavanderías de las que se escapaba un fuerte olor a jabón, con fachadas de madera cubiertas con carteles alargados que no era capaz de descifrar y numerosas ventanas destrozadas a base de pedradas. «Fuera, plaga amarilla», leyó en una pared en grandes caracteres negros, y unos metros más allá: «¡Muerte a los amarillos!».

«Están haciendo el trabajo que antes nadie quería —adivinó Ruby, observando a los lavanderas que trabajaban en silencio—, y los blancos somos demasiado orgullosos». Casi suspiró de alivio al encontrarse ante el edificio que estaba buscando, tan humilde como los anteriores, pero más parecido a las casas de Silverville. No había ninguna aldaba en la puerta, de modo que llamó con los nudillos sin dejar de mirar por encima del hombro.

Cuando le abrieron, Ruby se sintió desfallecer: el hombre que había en el umbral también era chino y vestía con la misma túnica, además de llevar un gorro de seda roja.

—Creo... que me he confundido —articuló, y dio un paso atrás—. Lo lamento...

—¿Busca Becker? —preguntó el hombre. Ruby se detuvo—. Está arriba. Señor Becker arriba, en despacho. —Y señaló la escalera que había a sus espaldas.

Tras unos segundos de indecisión, ella asintió con la cabeza. El criado se apartó para dejarla pasar y después la condujo por los crujiendo escalones

hasta un diminuto distribuidor. Había una puerta entornada por la que se escapaba una rendija de luz, y el hombre llamó con los nudillos como acababa de hacer Ruby antes de abrirla del todo.

—Señor Becker, señora quería hablarle a usted. —Y desapareció haciendo una nueva reverencia.

—Gracias, Sing Lee —murmuró un hombre sentado tras un escritorio, aunque Ruby estaba segura de que el chino no le había oído, antes de dejar a un lado su periódico.

Debía de tener unos sesenta años y era de aspecto bastante vulgar, con el rostro picado de viruelas y unos ojos pequeños pero astutos. Pareció tan extrañado de ver a una dama bien ataviada al otro lado de la mesa como la propia Ruby de verlo a él.

—Déjeme adivinar: ¿empezaba a temer que yo también fuera un oriental coletudo?

—Supongo que sí, aunque no tenga un nombre tan exótico como Sing Lee —dijo la joven a media voz. Becker se había levantado para acercarle una silla y la joven se sentó mirando discretamente a su alrededor. Aquel despacho se parecía mucho a la oficina del *sheriff* Campbell, mapa de Colorado y carteles de forajidos incluidos, sin más muebles que unas estanterías repletas de anaqueles y un viejo perchero junto a la puerta—. Soy la señora Lawrence, Ruby Lawrence. Siento haberme presentado sin avisar, pero ha sido...

—Algo inesperado, por supuesto. Es lo que siempre suelen decir los de su clase cuando visitan por primera vez el despacho de un detective —repuso Becker. Había vuelto a desplomarse en su butaca con los pulgares detrás de los tirantes—. ¿Puedo preguntar en qué clase de ambientes se mueve alguien como usted para oír hablar de mí?

—Encontré su dirección hace muchos años en un diario de mi madre. Se llamaba Elizabeth Sullivan —añadió cuando el detective enarcó unas cejas gruesas y despeinadas.

—Ah, sí..., creo que me acuerdo de ella. —Aunque su expresión no cambió, Ruby se dio cuenta de que Becker se sentía incómodo—. Vino a verme allá por 1859 o 1860 para hablar de una mina de plata... ¿Y cómo se encuentra ahora la señora Sullivan?

—Murió —respondió Ruby. «Murió porque usted no la tomó en serio»,

estuvo a punto de soltar, aunque no hizo falta; el detective también debió de pensarlo.

—Lo lamento —contestó en voz baja—. Lo lamento mucho. —Y al cabo de un rato de silencio, apoyó los codos en la mesa sin dejar de mirarla—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—No voy a andarme con rodeos, señor Becker, porque no tengo tiempo ni ánimo para hacerlo. Necesito que averigüe algo por mí. —Sintiéndose un poco más serena, cruzó las manos sobre su vestido, tan empapado que se le pegaba a las rodillas—. Tengo ciertas sospechas acerca de una persona que conozco, una mujer de mi misma edad que se está haciendo pasar por alguien que no es. Quiero saber si de veras está casada con un tal John Mallory que, según nos ha asegurado a todos, es propietario de una empresa de ferrocarriles llamada Mallory Railroad, cuya sede está situada en el 10 de Logan Street.

—Eso es un embuste como una casa, se lo puedo asegurar —repuso el detective—. Lo único que hay en esa dirección es una tienda de encurtidos. Y he oído hablar de Kansas Pacific Railroad y Denver Pacific Railroad, pero no de la empresa a la que usted se refiere.

—Me lo imaginaba —murmuró ella—. Siendo así, supongo que no le costará mucho descubrir qué clase de relación tiene esa mujer con la familia de John Mallory, quien me temo que lleva muchos años muerto. La he visto salir hace una media hora de la sede del First National Bank donde, según me dijo ella misma, los Mallory tienen una cuenta.

—Supongo que no será muy complicado descubrir a quién pertenece el dinero —dijo Becker, y se frotó el rugoso mentón—. ¿Podría tratar de describirme a la señora Mallory?

—Grace Mallory, o al menos así es como se hace llamar. De unos veintitrés años, media cabeza más alta que yo. Con pelo negro y rizado, y los ojos verde azulados...

—Un auténtico adefesio, por lo que cuenta —ironizó el detective, pero Ruby no se molestó en contestar. Abrió su bolso para sacar unos billetes del interior.

—Tenga: cuarenta dólares para empezar. Me imagino que con esto tendrá más que suficiente para sobornar a alguno de los empleados del banco, cosa que habría tratado de hacer por mí misma de haber sido hombre como usted.

Cuando todo haya acabado, si ha conseguido averiguar quién es esa mujer, le haré llegar a Denver la misma cantidad.

—Vaya, veo que las hijas de los empresarios no se andan por las ramas —comentó Becker, que cogió despacio los billetes que había puesto sobre la mesa. Después sacó un trozo de papel del cajón de su escritorio—. Si es tan amable de apuntarme su dirección...

Ruby así lo hizo y, en cuanto acabó, Becker acercó la nota a la lámpara para leerla.

—Silverville, sí... Este era el pueblo del que me habló su madre. Para ser un lugar tan pequeño, es increíble la cantidad de cosas que les pasan. —Y se guardó el papel junto con los billetes—. Será un placer trabajar para usted, señora Lawrence. Le pediré a Sing Lee que la acompañe hasta el límite del barrio; de ese modo nadie tratará de molestarla.

—No, por favor, no es necesario. Me he fijado en las lavanderías y la verdad es que los chinos son mucho más civilizados de lo que creía. Dudo que alguno fuera a...

—Me refería a los norteamericanos, no a ellos —replicó el detective, y Ruby sintió cómo se ponía roja. Becker sacudió una campanita y en cuestión de segundos su criado estaba en la puerta del despacho—. En fin, ¿puedo hacer algo más por usted?

—Sí. —Esta vez la joven sí lo miró a los ojos—. Dígame dónde conseguir una pistola.

CAPÍTULO XXXV



¡Señora Mallory! —La voz de Honey salió a recibirles en cuanto el ruido de los cascos de Simbad se dejó oír en la propiedad. Antes de que Mustang detuviera al animal, ya había salido a todo correr por la puerta de la cocina para encontrarse con ellos—. ¡Ay, señora, no sabe el miedo que hemos pasado! ¡Estábamos tan preocupadas por usted...!

—Sois unas exageradas, Honey —se limitó a contestar Grace mientras descendía del caballo con ayuda de Mustang y sacudía su mojado vestido—. Os prometí que no serían más que tres días, dos de viaje y uno en la capital. ¿Qué podía pasarme en ese tiempo?

—Después de lo que hemos oído, toda clase de cosas. Sugar oyó decir a unas vecinas que habían asaltado una diligencia que se dirigía hacia Denver hace dos días...

—Bueno, entonces ha sido una suerte que no fuera la mía. Como puedes ver, estoy sana y salva, aunque empapada por la dichosa tormenta. Pero ahora que lo dices... —Sin darle tiempo a que se les acercara, Grace le puso una mano en el hombro a Honey para guiarla a la cocina. La chica no pareció

darse cuenta de que Mustang se había quedado con la bolsa de viaje de su señora ni de la mirada que ambos cruzaron—. ¿Qué ha pasado en Silverville en mi ausencia? ¿Alguna novedad del asunto Savannah Milton?

—¿Novedad? ¿Me está diciendo que no se ha enterado de nada estando en Denver?

—No he podido leer las noticias. Los trámites con los abogados me han llevado más horas de las que pensaba. —Mientras hablaba, Grace se puso a rebuscar entre los platos amontonados en la silenciosa cocina—. ¿De qué tendría que haberme enterado?

—Pues de que Troy Sullivan fue detenido la mañana en la que usted se marchó a la ciudad. Al parecer, empujó al reverendo Cross por la escalera de su casa y lo mató. —Ante esto, Grace se volvió para mirarla con estupefacción—. Es horrible, ¿verdad? Por lo visto, la señorita Milton se marchó del pueblo porque no podía soportar el acoso de las vecinas, y a su novio se le metió entre ceja y ceja que había sido cosa del reverendo.

—Vaya con el bueno de Troy —dijo Grace tras un momento de silencio—. No tenía ni idea de que la situación se hubiera complicado tanto. ¿Sigue aún en la celda del *sheriff*?

—No, señora, se lo llevaron a Denver. Sugar también oyó que lo iba a juzgar un tribunal popular ayer por la tarde. Todavía no sabemos qué ha pasado, pero creo que lo tenía muy difícil para salvar el cuello. A estas horas debe de estar muerto.

Grace se quedó callada mientras cogía un tazón de cerámica que debían de haber fregado hacía poco, porque aún seguía oliendo a jabón. Honey continuó:

—Me imagino que el señor Sullivan y la señora Lawrence estarán destrozados. Los dos se fueron ayer a la capital con el señor Lawrence para asistir al juicio. Ha habido un escándalo tremendo por culpa de este tema, están todas las vecinas alborotadas... —Al ver que Grace abría una alacena tras otra, la muchacha preguntó—: ¿Qué busca, señora?

—Una botella de leche. Tiene que quedar alguna, recuerdo que había una docena cuando me fui... —Honey sacó una del aparador y se la alargó—. Ah, menos mal. Gracias.

—¿Para qué la necesita? Si le apetece un café, podría preparárselo en un periquete...

—No te preocupes, ahora no tengo tiempo para tomar nada. Voy a llevarle esto al señor Mustang —explicó mientras cogía también el tazón—. Dijo que le apetecía beber un poco.

—¿Un hombre tan enorme bebiendo leche como un crío? —Honey enarcó tanto las cejas que casi desaparecieron bajo sus rizos rubios—. ¿Por qué no le lleva mejor un whisky?

—Es un poco pronto para eso, pero esta noche todos nos tomaremos uno en honor a Troy Sullivan. Y ahora, Honey, te agradecería que no vinieras al establo en... —Grace le echó un vistazo al reloj de la cocina—. Un par de horas, quizá tres. Vamos a estar muy ocupados con ciertos asuntos. —Y como seguía con las cejas enarcadas, Grace añadió con un suspiro—: Voy a tratar de seducirle de una vez y lo más probable es que nos pasemos el resto de la tarde revoleándonos entre la paja. No se te ocurrirá interrumpirnos, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no! —Los ojos castaños de Honey brillaron de deleite—. Mucha suerte, señora Mallory. Si consigue domar a ese bronco, tendrá usted mi respeto eterno.

—Haré lo que pueda —contestó Grace con una mueca, y se escabulló antes de que entraran Sugar, Pepper o *madame* Gardiner. Corrió hacia los establos lo más rápido que pudo, tratando de agarrarse el vestido mientras seguía sujetando el tazón y la leche. El aroma de los caballos, el heno y la paja fresca la envolvió en cuanto cerró la puerta a sus espaldas. Simbad ya estaba en su pesebre, junto con Lord Wilmore, Maltés y los demás animales, que piafaron nerviosos cuando la joven se apresuró hacia la escalerilla del fondo.

Trepar hasta el altillo con las manos ocupadas le resultó más complicado de lo que había pensado, pero, cuando empezaba a mascullar entre dientes, Mustang se agachó para agarrarla por los brazos y subirla hasta lo alto. Era la primera vez que Grace se encontraba en aquel espacio y le sorprendió que hubiera sido capaz de convertirlo en una estancia acogedora: aunque no había más muebles que una mesa, una silla y un jergón, todo se encontraba limpio, y su ropa y su calzado, ordenados contra la pared del fondo.

—¿Todo bien? —preguntó Mustang mientras la joven se ponía en pie. Grace asintió.

—Me ha costado quitarme a Honey de encima, pero la verdad es que me ha contado algunas cosas muy interesantes. Después te lo explicaré con más

calma. —Miró a su alrededor hasta que localizó su bolsa de viaje. Mustang la había colocado al lado del jergón y había abierto los broches, y la tela con tapizado de flores se agitaba débilmente en la media luz que entraba por una claraboya—. En fin, habrá que darle la bienvenida...

Se sentó en el jergón, dejó el tazón y la leche en el suelo, y metió las manos dentro de la bolsa. No pudo evitar torcer el gesto cuando el grito de un bebé resonó en el establo, haciendo que los caballos se revolvieran de nuevo. Tenía la cara empapada y agitaba los bracitos en el aire, mirando a su alrededor con unos ojos despistados que de repente le recordaron a Pepper más que cuando Mustang y ella lo recogieron del orfanato.

—Es una suerte que los establos estén tan alejados de la casa. Con estos pulmones, podrían oírle hasta en Denver —rezongó Grace. Trató de acomodarlo con torpeza en sus brazos, pero la cabeza del bebé seguía resbalándose hacia atrás—. ¿Qué le ocurre?

—Lo que a cualquier criatura a la que arrancas de su casa —contestó Mustang—. Está asustado, no conoce este lugar y para colmo la mujer que lo está meciendo no sabe de bebés más que de coyotes. Vas a conseguir que se maree si sigue en esa postura.

—Vaya, no tenía ni idea de que fueras una niñera tan experta —replicó la joven. No obstante, se lo entregó de buena gana cuando él se agachó para cogerlo en brazos.

—Nunca lo he sido. Es solo que los niños no son muy distintos de los potros. Y he visto a las yeguas de mi padre criar unos cuantos cuando era pequeño. —Grace se quedó mirando con perplejidad cómo se ponía al niño en el hombro. Poco a poco, sus berridos fueron acallándose—. Debe de estar muerto de hambre. Trae la leche para darle de beber.

Algo herida en su amor propio, la joven vertió parte del contenido de la botella en el tazón para acercárselo a la boca, pero el bebé sacudió la cabeza y derramó la bebida.

—Pero ¿cómo quieres que la tome así? —Le echó en cara Mustang—. Es un bebé de meses, Grace, no un niño crecido. Dame mi pañuelo; está con el resto de la ropa blanca.

Cuando ella se lo tendió, él sumergió una esquina en la leche y se la acercó a la cara al bebé. Pasados unos segundos, la pequeña boca se cerró en

torno a la tela y comenzó a succionar, recorriendo mientras tanto la habitación con los ojos.

—No te gustan mucho los niños, ¿verdad? —quiso saber Mustang al cabo de un rato.

—Ni mucho ni poco. No me gustan, a secas. En el Castillo de Eve un niño solía ser sinónimo de problemas. He visto ahogar a demasiados en toneles de agua, como gatitos a los que uno no puede permitirse alimentar. —Grace se desprendió el velo de encaje y lo dejó sobre el jergón—. Por suerte, no creo que tenga nunca que aprender a cuidar de uno.

—Pensaba que después de lo que me contaste en el cementerio de Denver no habría más teatro entre nosotros —comentó Mustang—. Ya no necesitas hacerte la dura conmigo.

—Lo estoy diciendo en serio. Me hicieron tomar tantas píldoras portuguesas y polvos de *madame* Restell cuando era niña que dudo que pudiera concebir por mucho que lo deseara. Lo cual no deja de ser una suerte. —Y esbozó una sonrisa—. Así no correremos el riesgo de que ocurra una catástrofe cuando volvamos a hacer cosas como las de anoche.

Para su extrañeza, Mustang no le devolvió la sonrisa. Siguió mirándola fijamente mientras humedecía de nuevo el pañuelo, y la joven no tardó en adivinar por qué: aquella mañana se había escabullido a su propio cuarto antes de que él se despertara, demasiado confundida por encontrárselo a su lado nada más abrir los ojos. Aunque Mustang no había hecho el menor comentario al pasar a recogerla, quizás había pensado que se arrepentía de lo ocurrido, cosa que no podía ser menos cierta. Incómoda, se dio la vuelta para apoyar las manos en la repisa de la ventana; el cielo empezaba a sangrar.

—No te preocupes, no te obligaré a tenerlo mucho tiempo aquí. Dentro de un par de días lo llevaré a Silverville para que se encarguen de él quienes deben hacerlo.

—¿Piensas ocultarle esto a Pepper? —Mustang parecía perplejo—. ¿No es suyo?

—Claro que sí, pero le prometí a Honey que no le diría la verdad sobre el bebé. La pobre Pepper... *Madame* Gardiner le contó que el niño nació muerto para que renunciara a quedarse con él. Habrían tenido muchos más problemas en el pueblo de haberlo hecho.

—Pero ¿para qué hemos ido a buscarlo, entonces? ¿Para dárselo a un desconocido?

—Mustang, una mujer no puede engendrar una criatura por sí misma. Ya va siendo hora de que nuestros vecinos recapaciten sobre sus errores, incluso si eso implica hacer sufrir a quienes no tienen culpa de nada. —Grace apoyó la frente en el cristal mientras observaba cómo una bandada de cornejas desaparecía detrás de la torre a medio reparar de la iglesia—. Decididamente, este va a ser el otoño de los escándalos.

CAPÍTULO XXXVI



El segundo sitio que Ruby quería visitar antes de marcharse de Denver no estaba en una zona tan marginal como el despacho del detective Becker. Aun así, había tan pocas personas de apariencia respetable en Grant Street en aquel momento que se dio prisa en alcanzar el estudio fotográfico de Talbot & Adamson. La dirección aparecía en letra diminuta en el reverso de las fotografías de Savannah y, aunque Ruby habría dado lo que fuera a cambio de no remover aquel maldito asunto, sabía que no podría subirse a la diligencia que la conduciría de regreso a Silverville sin confirmar antes sus sospechas.

Le llevó un rato darse cuenta de que la tienda no se encontraba en Grant Street, sino en un callejón pequeño y maloliente en el que apenas entraba la luz. Calada de los pies a la cabeza, se detuvo ante el escaparate, tan cubierto de suciedad que a duras penas se podía leer el nombre del negocio («TALBOT ADAMSON. CARNETS DE VISITA, RETRATOS FAMILIARES, FOTOGRAFÍAS DE DIFUNTOS»), antes de apoyarse en la puerta para abrirla.

—¿Hola? —aventuró a media voz, mirando a su alrededor. No había nadie

detrás del mostrador situado a la izquierda ni en el diván arrinconado contra la pared opuesta, entre dos grandes cámaras de aspecto amenazador y unos extraños soportes que, como pensó Ruby reprimiendo un estremecimiento, probablemente servían para mantener erguidos a los cadáveres durante los posados—. ¿Hay alguien ahí? ¿Señor Talbot? ¿Señor Adamson?

Nadie le contestó, aunque, teniendo en cuenta el ruido que hacía el agua al golpear los canalones del edificio, era probable que no la hubieran oído. Sintióse fuera de lugar, Ruby dio unos pasos por la estancia, observando los carnets de visita con rostros bigotudos, las vistas estereoscópicas de Denver y los carteles publicitarios que cubrían casi por completo las paredes. Estaba a punto de alzar de nuevo la voz cuando le llegó un extraño sonido: algo parecido a una risita procedente de una estancia situada al fondo, sobre cuya entrada caía una cortina oscura. La tela no cubría del todo el vano, y de pronto Ruby distinguió un destello de piel clara a través de la rendija. Cuando quiso darse cuenta se había acercado para echar un vistazo, procurando no hacer ningún ruido.

Se le abrió la boca al descubrir lo que había al otro lado. Dos mujeres de su misma edad se reían en voz baja de espaldas a una cámara, rodeadas por unos extraños paraguas blancos que Ruby supuso que servirían para redireccionar la luz. Lo único que llevaban puesto eran unas medias blancas, y sonreían por encima del hombro con unos labios pintados de negro mientras cada una rodeaba con un brazo la cintura de la otra.

—Muy bien, bellezas, ahora probaremos otra cosa... —Con el corazón en un puño, Ruby vio pasar a un hombre que se detuvo junto a las chicas para hacerlas cambiar de postura. Las fue moviendo hasta que quedaron abrazadas de perfil, los rizos oscuros de la más alta mezclándose con los rubios de la pequeña—. Eso es; perfecto. —Y tras darles sendos azotes que hicieron que se riesen otra vez, regresó junto a la cámara—. Ahora vais a...

—No te preocupes, preciosa; no tienes por qué hacer lo mismo —susurró alguien en el oído de Ruby—. Podemos fotografiarte con hombres si eso te hace sentir más cómoda.

El sobresalto apagó por completo la extraña excitación que había empezado a sentir al mirar a las mujeres. Casi soltó un grito mientras se apartaba de un salto del hombre que se había detenido junto a ella, un tipo alto

y moreno que sonreía del modo más repulsivo que había visto nunca. Se apoyó en el mostrador sin dejar de examinarla.

—Demasiado delgada, pero supongo que podrá servir. Lástima que ese pelo rojo no se aprecie en las fotografías; conozco a más de un caballero al que haría perder el juicio.

—Pero ¿qué demonios está diciendo? —exclamó Ruby débilmente—. ¿Cree que me he presentado en su estudio porque estoy interesada en hacer lo mismo que esas chicas?

La respuesta acudió de inmediato a su cabeza: ¿qué otra cosa podría haberla hecho acercarse a la cortina para curiosear? No obstante, antes de que el hombre pudiera decir nada, reparó en un rostro conocido que les sonreía desde uno de los carteles de la pared.

—Ella —murmuró Ruby. Pasó junto al recién llegado para señalar a una Savannah adolescente a la que Talbot y Adamson habían fotografiado con un recatado conjunto de ropa interior («Corsés del doctor Strong, evitan la presión en los órganos internos»)—. Estaba segura de que aún seguirían teniendo fotografías suyas. ¿De qué conoce a esta joven?

—¿A Savannah Milton? —De repente, el fotógrafo había dejado de mostrarse procaz para adoptar una actitud desconfiada—. No irá a decirme que es pariente suya, ¿verdad?

—Es... —Y tras un instante de indecisión, Ruby contestó—: Es mi prima, prima segunda por parte de padre. Me fui de Denver hace años y no..., no había vuelto a saber nada de ella, pero hace poco me contaron que había estado trabajando en este estudio...

—Pues sí que han perdido contacto, sí —replicó el hombre, aún receloso—. Tanto Adamson como yo teníamos entendido que a Savannah no le quedaba nadie. La verdad es que no le habría venido mal que usted decidiese interesarse por ella hace unos meses.

—¿A qué se refiere? —preguntó Ruby.

El fotógrafo, que había rodeado el mostrador para ponerse a ordenar una montaña de negativos de vidrio al colodión, la miró ceñudo.

—¿Por qué tendría que explicárselo? ¿Qué me importan sus tejemanejes familiares?

—Supongo que nada, pero a lo mejor esto le resulta más interesante —dijo

Ruby, y sacó de su bolso diez dólares para ponerlos sobre el mostrador. «Si sigo gastando dinero en sobornos, no me quedará nada para la diligencia»—. Cuénteme qué le ocurrió a mi prima.

Los ojos de Talbot brillaron. Tras hacer desaparecer los billetes, respondió:

—A ella nada, pero sí a la señora Milton. Su tía murió hace poco más de un año tras pasar por una agonía espantosa. ¿Por qué cree que Savannah dejó de hacer sombreros?

—¿Empezó a trabajar aquí para poder costear sus medicinas? —se sorprendió la joven.

—Teniendo en cuenta lo remilgada que es, dudo que lo hubiera hecho antes de que su situación fuera desesperada. Es cierto que se le dan muy bien las plumas y las flores, pero el sueldo de una sombrerera no basta para comprar tantas inyecciones de morfina.

Una mano parecía haberse cerrado alrededor de la garganta de Ruby. Sintiéndose extrañamente culpable, contempló a la Savannah encorsetada del cartel mientras se preguntaba cuánto dolor escondía aquella sonrisa que había enamorado a su hermano.

—Todas eran así al principio —siguió el fotógrafo, señalándolo con la cabeza—, pero cuando su madre empeoró no tuvo más remedio que hacernos caso... Adamson y yo se lo decíamos por su bien, ¡es demasiado guapa para conformarse con posar para carteles!

—La convencieron para que se desnudara, como a las chicas a las que acabo de ver ahí dentro —susurró Ruby. ¿Por quiénes lo harían ellas? ¿Por un hijo, por un esposo...?

—Y no sabe lo que nos costó persuadirla, Dios santo. La primera vez tuvimos que retocarle en dos ocasiones el maquillaje porque no hacían más que saltársele las lágrimas. Sin embargo, la verdad es que tuvo suerte; a los pocos días de la primera sesión, se presentó en el estudio un caballero que se quedó prendado de ella. Uno de esos ricachones de los pueblos mineros que piensan que pueden comprar lo que sea con un puñado de plata. Me parece que venía a por unos carnets de visita, pero se olvidó por completo de ellos en cuanto echó un vistazo a las fotografías de Savannah que Adamson acababa de revelar.

Ahora el nudo de la garganta había descendido a su estómago. «Troy...».

—Se encaprichó de ella, vaya si lo hizo; aunque no quiso que se la presentásemos, se ofreció a comprarnos todas las fotografías que le hiciéramos con la condición de que no se las vendiésemos a nadie más. Adamson y yo suponíamos que sería un perverso al que le divertía pensar que tenía una amante con la que ni siquiera había hablado nunca.

—O puede que se hubiera enamorado de ella sin necesidad de hacerlo. —Ruby tuvo que esforzarse por hablar sin que la voz la traicionase. Talbot dejó escapar un resoplido.

—Considerando lo que ocurrió cuando murió la madre de Savannah, es posible que sí se tratara de eso. Cathy, otra de nuestras modelos, estuvo con ella en el funeral y esa noche nos contó que el hombre se había presentado haciéndose pasar por un amigo de la familia para correr con todos los gastos de Savannah. Cathy sabía de sobra quién era; lo había visto varias veces en nuestro estudio, pero su amiga estaba tan destrozada que no se atrevió a contarle que su supuesto príncipe azul tenía todos sus desnudos en su poder.

—Y cuando él se le declaró unos meses más tarde, ella le aceptó de inmediato —dijo Ruby, pasándose una mano por los ojos—. Porque se habían enamorado como dos idiotas.

—Veo que al menos está al tanto de esa parte de la historia. —Talbot esbozó su mefistofélica sonrisa—. Puesto que no fue al funeral, debería tratar de ir a la boda.

—Ya no habrá boda, señor Talbot. Parece que tenían las estrellas en su contra desde el principio —contestó ella. Tuvo que reunir todo su aplomo para abordar de una vez la cuestión que la había llevado hasta allí—. Pero hay algo en lo que me ha mentado. Antes ha dicho que su cliente le hizo prometer que nadie más que él tendría esas fotografías.

Como había imaginado, aquello hizo que Talbot pareciera un poco desasosegado.

—Sí, es cierto... ¡Y he cumplido con mi parte del trato! ¿Qué le ha hecho pensar...?

—No se moleste en seguir fingiendo —respondió la joven—. Sé que hace poco le ha vendido unas copias a alguien más que ha venido preguntándoles por Savannah Milton.

—No sé de qué habla, señorita. Entiéndame, me paso el día ofreciéndoles desnudos a los caballeros de Denver y es imposible que me acuerde de todos. Claro que, si tuviera otros diez dólares —añadió, sonriendo de nuevo—, podría tratar de esforzarme...

—Lo único que puedo ofrecerle es esto. Espero que le parezca igual de persuasivo.

La sonrisa de Talbot se derritió como la mantequilla al sol cuando Ruby sacó de su bolso una Derringer con la que le apuntó a la frente. Aunque era tan pequeña que le cabía en una mano, el tipo retrocedió tan deprisa que tiró al suelo los negativos de vidrio.

—Veo que va entrando en razón. Y ahora suéltelo de una vez; no tengo todo el día.

—¿Es que se ha vuelto loca? —dejó escapar Talbot. El ruido del cristal había atraído la atención del otro fotógrafo, que apartó de golpe la cortina mientras las modelos, a sus espaldas, soltaban un alarido de horror—. Adamson, ¡dile que deje de apuntarme con eso!

—Señorita..., haga el favor de tranquilizarse —le pidió el hombre, mucho más bajo que su colega, y levantó las manos—. Una dama no debería tener esa clase de juguetes.

Por toda respuesta, Ruby amartilló la pistola sin apartar sus ojos de los de Talbot.

—El nombre —insistió—. Quiero el nombre de ese cliente. Démelo y me marcharé de aquí.

—No sé..., no sé cómo se llamaba —consiguió articular Talbot; una gota de sudor le resbalaba por la frente—. Nunca lo habíamos visto en el estudio. Era un hombre de unos veinticinco años, alto y robusto. Tenía el pelo rubio y lo llevaba recogido en una coleta...

La mano de Ruby tembló tanto que las modelos se apresuraron a regresar a la habitación contigua. De nuevo aquel condenado bandido, aquel Mustang al que Grace Mallory había convertido en su mano derecha. No necesitó nada más para adivinar quién había difundido las fotografías entre los vecinos de Silverville. «Fue ella quien lo envió a Denver para conseguirlas. Ese hombre no tiene nada contra nosotros; es Grace quien ha orquestado todo esto para destruirnos tras averiguar lo que pasó».

Podía oír a Talbot, pero su cerebro era incapaz de procesar lo que le decía. Lo único que pudo hacer fue guardar la Derringer en el interior de su bolso y precipitarse hacia la puerta, desapareciendo tras el cristal por el que las gotas de lluvia corrían como lágrimas.

CAPÍTULO XXXVII



El anochecer había sorprendido a Virginia Young en la butaca en la que siempre se sentaba a leer el reverendo Cross al regresar de la iglesia. Acurrucada como una niña, lloraba silenciosamente contra la bata que su difunto patrón llevaba puesta cuando Troy Sullivan lo había empujado por la escalera. Cuando era pequeña le contaba toda clase de cosas horribles sobre el infierno, historias espeluznantes en las que los diablos cornudos se divertían torturando a los pecadores para toda la eternidad. La señora Young recordaba aún los escalofríos que le habían hecho sentir sus historias de calderas ardientes y monstruos devoradores de almas, pero en ese momento solo podía desear que la realidad resultara aún peor. No se le ocurría nada más adecuado para el canalla que le había arrebatado lo que más había amado en setenta años de vida.

Agotada tras devanar hora tras hora la enmarañada madeja de sus pensamientos, la mujer dejó la bata en uno de los brazos de la butaca, alisándola con cuidado para que no quedara ninguna arruga, antes de ponerse en pie. Se acercó a la ventana de la salita apretando contra sus ojos un

pañuelo, tan empapado que parecía a punto de deshacersele entre los dedos. La noche era oscura como boca de lobo y el viento que soplaba desde las Montañas Rocosas hacía temblar los cristales. Y pensaba por enésima vez en el reverendo y en lo que habría dado por verlo atravesar la calle en ese instante para regresar a su casa cuando observó algo al otro lado de los cristales que primero hizo que se quedara paralizada, pero que, más tarde, le arrancó un alarido de horror.

Porque el reverendo Cross se encontraba efectivamente allí. Desde la ventana la señora Young tenía una panorámica perfecta de los jardines de la iglesia por los que se deslizaba una silueta que, en medio de la penumbra que parecía devorar a Silverville, se asemejaba a una mancha de luz que deambulaba por el recinto. «Dios mío —fue lo único que pudo murmurar la anciana, más blanca que la cal—. Dios mío, ¿lo estaré soñando?».

Si se trataba de un sueño era de lo más vivido, porque sintió el dolor del pellizco que se dio en un brazo sin poder apartar los ojos de la extraña aparición. Durante casi un minuto siguió observando sus idas y venidas hasta que, al doblar la esquina de la iglesia a medio reconstruir, la señora Young acabó perdiéndola de vista. Solo cuando la noche se apoderó de nuevo del exterior consiguió salir de su parálisis para echar a correr hacia la casa de los Chadler, ahogándose más por el miedo que por las lágrimas, y aporrear con tanta fuerza la puerta que muchos vecinos salieron a la calle para averiguar qué ocurría.

Por desgracia para Virginia Young, muy pocos dieron crédito a sus palabras («Les juro que no lo he soñado, ¡era él, exactamente igual que en vida!»), pero en los siguientes días empezaron a suceder cosas desconcertantes. Pronto una prima de Agnes Miller salió a la calle de madrugada chillando que también ella había visto a Cross, y al poco hicieron lo mismo los Chadler, pálidos como muertos y repitiendo casi palabra por palabra la descripción que la señora Young había hecho del fantasma. Aquello puso al pueblo al borde de la histeria, hasta el punto de que muchas familias tomaron la costumbre, nada más empezar a hacerse de noche, de encerrarse en sus casas para rezar.

—Estoy segura de que ha sido el miedo de mi marido lo que les ha hecho comprender que no estábamos mintiendo —susurró una angustiada señora

Chadler. Virginia, Agnes y ella habían acordado reunirse en la iglesia antes de que se pusiera el sol para hablar con calma de lo que ocurría, aunque las tres estaban hechas un manojo de nervios—. Todos le tienen por un hombre perfectamente cabal, y verlo tan conmocionado les ha horrorizado.

—Lo que no puedo comprender —sollozó Virginia Young— es por qué ha sido nuestro reverendo el que se ha quedado con un pie en esta dimensión y el otro en la siguiente.

—Entiendo a qué te refieres, querida. Uno pensaría que las personas cuyas almas no pueden alcanzar la salvación tendrían que ser los criminales como Troy Sullivan, no los hombres virtuosos como el reverendo que mueren sin una sola mancha en su conciencia.

—¿En qué clase de mundo nos ha tocado vivir? Ya no sé qué pensar, Chastity, ni me atrevo a confiar en mi cordura. Herederos que se convierten en asesinos por culpa de una paloma sucia, fantasmas luminosos que abandonan sus sepulturas en plena noche...

—Hablando de sepulturas —terció Agnes Miller—, mi Jack echó un vistazo por encima de la tapia del cementerio mientras enterraban al joven Sullivan ayer por la tarde. Ya sé que uno no debería alegrarse de las desgracias ajenas, pero os diré que aparte de la familia, el *sheriff* y el párroco que vino desde Oro City para officiar la ceremonia, no había ni un alma allí. Bueno, no es que me extrañe demasiado; entre el asesinato del reverendo Cross, los insultos de Troy Sullivan a los vecinos en el saloon y el escándalo de las fotografías de su prometida, lo raro sería que alguien quisiera brindarles su apoyo.

Acababa de decirlo cuando la puerta de la iglesia se entreabrió unos centímetros y las tres mujeres se volvieron alarmadas hacia ella. Al ver entrar a una mujer vestida de negro con un velo cubriéndole la cara pensaron que sería Ruby Lawrence, pero cuando se lo echó hacia atrás suspiraron con alivio. La señora Chadler se levantó para saludarla.

—Mi querida señora Mallory, cuánto nos alegramos de verla... ¿Cómo se encuentra?

—Cansada, señora Chadler. Cansada y... todavía confundida, como si mi cerebro se negara a asimilar que John me ha dejado. —Grace hablaba como si le costara un esfuerzo terrible modular cada palabra. Inclino la cabeza en

dirección a la señora Young y la señora Miller—. Siento haber interrumpido su pequeña reunión, pero necesitaba entregarle esto cuanto antes, señora Young. Se lo prometí al reverendo Cross.

Virginia Young arrugó el entrecejo, sin comprender a qué se refería. Grace abrió el pequeño bolso con cuentas negras que colgaba de su codo y sacó un sobre del interior.

—Aquí tiene: los quinientos dólares que me ofrecí a donar para la reconstrucción de la iglesia. Estuve hace unos días en Denver para resolver unos asuntos que mi marido dejó pendientes y he aprovechado para obtener dinero en efectivo. Sé que puede parecer algo materialista en las circunstancias en las que nos encontramos, pero... —La joven se encogió de hombros y sacudió la cabeza—. El reverendo Cross parecía tan entusiasta con todo esto, con hacer renacer a la iglesia como un fénix de sus cenizas, que no creo que le importara que hablásemos de dinero en ella. ¿Y quién mejor para convertirse en la tesorera de esta empresa que la persona en la que él confiaba más que en ninguna otra?

Aquello hizo que la señora Young la mirara con los ojos abiertos de par en par. Al cabo de unos segundos de silencio, para perplejidad de sus amigas, se arrojó a los brazos de Grace y rompió a sollozar sobre la seda negra de su hombro.

—Muchas gracias, señora Mallory —la oyeron balbucear a duras penas—, no sabe cómo le agradezco sus palabras...

—No pueden ser más sinceras. Dios me libre de mentir en sagrado —aseguró Grace mientras le daba unas palmaditas a la mujer en la espalda—. En el fondo pienso que esto es lo que más ilusión le habría hecho: ver a sus feligresas más unidas que nunca.

Estoy segura de que, si por fin empezamos a confiar las unas en las otras, será como si no nos hubiera dejado. Es como si aún pudiera verlo ahí delante, con esa sonrisa suya de santo...

—En realidad ha estado en la iglesia hace muy poco —la interrumpió la señora Miller ahogadamente—. Ayer por la noche, aunque ninguna de nosotras pudiera hablar con él.

Grace se giró para mirarla desconcertada por encima de la canosa cabeza de la señora Young. Agnes Miller se acercó más para seguir susurrando:

—En los últimos días han ocurrido cosas extrañas, señora Mallory..., extrañas y, al mismo tiempo, maravillosas. Aunque nuestro reverendo esté enterrado en el cementerio de Silverville, a pocos metros de su miserable asesino..., ¡camina de nuevo por el pueblo!

—¿Qué está diciendo? —musitó Grace—. ¿Insinúa que el fantasma de Jacob Cross...?

—Ha regresado de la tumba para guiarnos en estos momentos de oscuridad —gimió la señora Young contra su hombro—. Yo fui la primera que lo vio, alrededor de la iglesia.

—Y yo también lo he hecho, y casi media docena de vecinos desde entonces —dijo la señora Chadler, e hizo la señal de la cruz—. Me imagino que los rumores no habrán llegado aún hasta su mansión, pero no se habla de otra cosa en Silverville ahora mismo.

—No pensaré que nos lo hemos imaginado todo, ¿verdad? —inquirió Agnes Miller con repentina desconfianza—. No iré a decirnos que al ser una mujer moderna...

—En absoluto, señoras. Creo que lo que acaban de decir es verdad, y lo creo porque yo también he presenciado un fenómeno parecido hace poco. —Y cuando las tres vecinas abrieron la boca de par en par, Grace añadió—: Aunque, en mi caso, no me pareció que se tratara del alma en pena del reverendo, sino de la de mi pobre esposo. Lo he visto vagar de noche por el pequeño cementerio de la propiedad, tan claramente como las estoy viendo a ustedes ahora mismo. Porque hay algo por lo que no le está permitido descansar en paz.

Durante unos segundos, lo único que se oyó en la iglesia fue el sonido de los cascos de los caballos de Ross y Carson, que rodeaban el edificio para dirigirse hacia la oficina del *sheriff*. Al final Virginia Young, apartándose de Grace, profirió un gemido.

—Lo sabía. ¡Sabía que esos fenómenos son reales! ¡Os aseguré que se trataba de él!

—¿Y cómo era el espíritu de su esposo? —inquirió la señora Miller, reacia a confiar en ella—. ¿Puede describérnoslo para comprobar si se asemejaba al del reverendo?

—Por supuesto que sí. Era una presencia luminosa, una figura que emitía

una rara fosforescencia mientras se deslizaba sin hacer ruido de una tumba a otra..., como si fuera una especie de luciérnaga, con una luz interior que lo hacía resaltar en medio de la noche...

—Santo Dios —murmuró la señora Chadler—. ¡Es exactamente igual que el nuestro!

Y de nuevo se santiguó, y la señora Miller y la señora Young hicieron lo mismo.

—Supongo que en Silverville estas cosas deben de parecer desconcertantes, pero les aseguro que en Denver la gente es mucho menos reacia a creer en los contactos con el Más Allá —continuó Grace—. Conozco a más de una mujer que se gana la vida gracias a ese don, hablando con los difuntos en las reuniones que organiza en su casa. Cuando estuve en la ciudad me reuní precisamente con una de ellas, la señora Fortescue, y le pedí que acudiera a la mansión para averiguar qué ocurre con John. Tengo entendido que estará aquí mañana por la tarde, en la diligencia que llega a las cinco...

—No es posible —murmuró la señora Chadler, repentinamente pálida—. ¿Usted se va a atrever a..., a traspasar la barrera que separa el mundo de los vivos del de los muertos?

—Técnicamente no lo haré yo, sino la señora Forescue, y como casi todas las tardes lleva a cabo el mismo ritual, no creo que suponga ningún peligro real. De hecho, estoy pensando que... —Recorrió con la mirada los semblantes pálidos y perplejos de las mujeres—. ¿No les apetecería acompañarnos?

—¿En la mansión de los Mallory? —dejó escapar Agnes Miller—. ¿Con todas esas...?

—¿Cree usted que esa señora Fortescue podría decirnos qué sucede con el reverendo? —La interrumpió Virginia Young con voz temblorosa—. ¿Qué tal vez podría atraerlo a nuestro plano para transmitirnos un mensaje, una recomendación, un...?

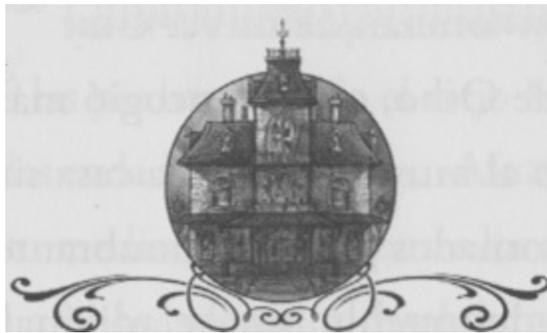
—Si existe alguien capaz de hacerlo, esa es Enola Fortescue —le aseguró Grace—. No tenga miedo, señora Young; si se decide a venir, le aseguro que me tendrá a su lado todo el tiempo.

También a mí me interesa escuchar lo que tenga que decirnos el reverendo, sobre todo después de habernos dejado en unas circunstancias tan trágicas.

La señora Chadler y la señora Miller aún parecían confundidas, pero los ojos de la señora Young brillaban de tal modo que Grace tuvo que hacer un esfuerzo por no reírse.

—Las esperaré —insistió, apretando las manos de Virginia Young—. Considérenlo la primera muestra de nuestra amistad, el nexa que nos unirá a las cuatro a partir de ahora. Si las cosas tienen que cambiar en el pueblo, no creo que haya mejor modo de empezar a recorrer esta nueva senda que con la bendición del hombre más noble que ha vivido en él.

CAPÍTULO XXXVIII



Como Grace había imaginado, la perspectiva de tener a tres de sus enemigas más encarnizadas en casa hizo que Honey, Sugar y Pepper refunfuñaran durante todo el día siguiente. El hecho de que su patrona hubiera organizado una velada espiritista con la intención de contactar con el alma en pena del reverendo Cross solo contribuyó a que se sintieran aún más desasosegadas, especialmente después de que llamaran a la puerta, una hora antes de que se presentaran las señoras Chadler, Miller y Young, y se encontraran en el umbral con la médium a la que Grace había hecho venir de Denver para la ocasión.

Enola Fortescue no parecía amenazadora, y precisamente fue eso lo que más las acobardó. Era una mujer de mediana edad más menuda que Honey, con unos bucles entrecanos que asomaban por debajo de un turbante de cachemira. Sus pendientes de cristal tintineaban mientras recorría con las manos las hojas de la puerta principal, la barandilla de la escalera y las cortinas del salón. «Siento muchas vibraciones —dijo con la voz temblorosa por la emoción—,

muchas, y no todas buenas. No estamos solas en casa».

Aquello hizo que las tres chicas se abrazaran unas a otras muertas de miedo y que *madame* Gardiner enarcara elocuentemente una ceja, pero Grace decidió que lo mejor sería dejarla sola para que pudiera acostumbrarse a «las sombras y las luces del salón».

—Pepper y yo hemos llevado todos los quinqués que nos pidió —se quejó Honey un rato después mientras Sugar ayudaba a Grace a recogerse el pelo para la sesión. Aunque no lo dijeron en voz alta, estaba segura de que no se atrevían a quedarse solas mientras la señora Fortescue se encontrara allí—. ¿Va a tener que encenderlos y apagarlos todos?

—Creo que se estaba refiriendo al aura de la habitación, o como sea que llamen las médiums a esas cosas —contestó su patrona—. Esas vibraciones que mencionó antes.

—Bueno, yo no quiero estar delante cuando empiece a hablar con los muertos —soltó Pepper, sacudiendo la cabeza—. Me meteré en la cama y me taparé entera con las sábanas.

—Haz lo que te haga sentir más tranquila. Yo no pienso perdérmelo, y no solo por ser la anfitriona. Estoy segura de que esta velada dará que hablar. — Cuando Sugar acabó de peinarla, Grace se movió para inspeccionar el recogido desde diferentes ángulos—. Buen trabajo, aunque quizás haya quedado demasiado elegante. Si me doy polvos de arroz, tal vez conseguiré estar lo suficientemente demacrada para contentar a nuestras invitadas.

—No será necesario —dijo Sugar con malicia—. Tiene usted unas buenas ojeras, aunque por suerte solo nosotras y *madame* Gardiner sabremos a qué se deben en realidad.

—¿A qué viene eso? —Grace se quedó mirando a la muchacha en el espejo. Para su desconcierto, Pepper y Honey rompieron a reír. Honey dio unas palmaditas al cabecero.

—No tiene que seguir disimulando con nosotras, señora. Este cabecero está un poco desgastado y golpea todo el tiempo contra la pared de mi cuarto. Anoche las chicas y yo nos lo pasamos en grande escuchándolos al señor Mustang y a usted. Debió de ser todo un banquete: aperitivo, primer plato, segundo y postre, o al menos eso contamos nosotras.

—Pero ¿qué estáis...? —Grace se giró para fulminarlas con la mirada—.

¿Qué clase de espías tengo infiltradas en casa? ¡Debería daros vergüenza decirme esas cosas!

—Después podrá mandarnos todas las tareas que quiera como castigo —añadió Sugar sin dejar de sonreír—, pero ahora lo que necesitamos es que nos dé detalles sobre lo que ocurrió.

—Ya podéis esperar sentadas. Juraría que sabéis de sobra cómo funcionan esas cosas.

—Señora, no puede ser tan perversa como para negarnos esa información. Es como si le enseñara un caramelo a un niño sin dárselo, una auténtica crueldad. Ahora deje de hacerse la interesante y díganos: ¿es el señor Mustang tan buen amante como parece?

—¿Sabe usar eso que las cuatro pudimos ver cuando lo bañamos? —preguntó Pepper.

—¿Monta tan bien a las mujeres como a las yeguas? —quiso saber Honey a su vez.

—Estáis enfermas —contestó Grace, perpleja—. Las tres lo estáis. No me esperaba otra cosa de ti, Honey, pero confiaba en que Sugar y Pepper tuvieran mejor gusto. —Y como no parecían en absoluto avergonzadas, Grace se alejó con un suspiro para ponerse los pendientes—. Será mejor que dejemos para más tarde esta conversación. Las señoras Chadler, Miller y Young estarán a punto de llegar, y cuando eso suceda...

Como en respuesta a sus palabras, el ruido de dos aldabonazos en la puerta hizo que se callase. Pepper se acercó a la ventana para echar un vistazo entre las cortinas.

—Son esas tres urracas, y parecen más sombrías que nunca. No la envidio, señora.

—No me extraña —suspiró Grace. Agarró el cepillo para repeinarse una última vez las trenzas prendidas con horquillas y se dirigió hacia el corredor—. Sugar, baja a decirle a la señora Fortescue que la esperamos dentro de un cuarto de hora en el salón. Más vale que acuda en auxilio de *madame* Gardiner antes de que nuestras invitadas la apedreen.

Fue lo más sensato que pudo hacer, porque, cuando alcanzó el vestíbulo, su ama de llaves no sabía hacia dónde volverse para esquivar las miradas acusadoras de las tres mujeres. También ellas vestían de negro de los pies a la

cabeza, aunque sus expresiones no podían ser más distintas; mientras que la señora Young parecía esperanzada, las otras dos se hallaban claramente atemorizadas por lo que estaba a punto de ocurrir. Grace las invitó a pasar al salón, donde se comieron con los ojos todos los adornos y rechazaron unos vasos de oporto que *madame* Gardiner sirvió para ellas. Tras un minuto de incómodo silencio, Enola Fortescue hizo su aparición, caminando como si también ella fuera un espíritu.

Grace se dio cuenta de inmediato de que sus vecinas no aprobaban su extravagante turbante ni sus pendientes, pero la médium les daba tanto miedo que lo único que pudieron hacer fue murmurar un «buenas tardes». Se sentaron las cinco alrededor de la elegante mesa de caoba mientras la señora Fortescue se recolocaba el chal de cachemira.

—Luces —dijo en su tono más soñador. *Madame* Gardiner, que se había quedado de pie junto a la puerta, hizo un movimiento hacia ella—. Si a la señora Mallory no le parece mal, preferiría que apagásemos las lámparas. Por lo general, los espíritus suelen sentirse más cómodos en las habitaciones en las que la única iluminación procede del exterior.

—Por supuesto —asintió la anfitriona—. *Madame* Gardiner, si puede hacer el favor...

Antes de que acabara de hablar, una mano se posó en el hombro del ama de llaves y Grace comprobó que era Mustang. Le hizo un gesto a *madame* Gardiner para que subiera con las chicas, cosa que ella pareció agradecerle en el alma, y después se ocupó de apagar la majestuosa araña de cristal y los quinqués de las mesitas hasta que el salón quedó sumido en la penumbra. Entre las cortinas abiertas se distinguía un cielo de un morado intenso y al fondo, medio enterradas entre la maleza, las tumbas de los Mallory.

Mientras la señora Fortescue empezaba a hablar, Grace cruzó con Mustang una mirada que le hizo adivinar que aquello le parecía una espantosa pérdida de tiempo. La médium propuso comenzar entonando unos himnos religiosos, lo cual hizo que la señora Chadler, la señora Young y la señora Miller se mostraran más tranquilas, y al concluir les pidió que unieran las manos sobre la mesa antes de sumirse en un silencio absoluto.

Aunque se suponía que tenían que mantener los ojos cerrados, Grace vio que las tres mujeres la observaban de reojo con una creciente expectación. Al

cabo de un rato, la cabeza de Enola Fortescue cayó poco a poco sobre su pecho, como si se hubiera dormido.

—¿Cree que..., que se encuentra bien? —le susurró la señora Chadler a Grace, cuyo índice estaba rozando el suyo—. ¿No habrá perdido el conocimiento por intentar...?

—Grace —dijo entonces la médium con una voz que no parecía suya—. Amor mío.

Mustang no era más que una silueta negra delante del ventanal, pero aun así Grace lo vio sacudir la cabeza con exasperación. Trató de adoptar una expresión sobrecogida.

—¡John! Dios mío, John, ¿es posible que seas tú? ¿Has venido para hablar conmigo?

—Siempre me encuentro contigo —susurró la médium—. Aunque tus ojos no puedan verme, no me he movido de esta casa desde que estuve ante ti por última vez.

—Oh, John, no puedo quitarme esa imagen de la mente. Tu cuerpo tendido en ese carro, cubierto de sangre y..., y... —Grace sacudió compungida la cabeza y recibió un nervioso apretón de manos de la señora Chadler—. Dime solo una cosa: ¿sufriste mucho?

—El dolor de un disparo no puede equipararse con el que produce estar condenado a vagar por esta dimensión. No puedo alcanzar el Otro Lado, amor mío, no mientras los que me mataron sigan en Silverville como si no hubiera pasado nada.

Como Grace había imaginado, aquello hizo que los ojos espantados de las vecinas volaran de la médium a ella. Dejó que sus labios temblaran antes de decir:

—¿A qué te refieres con eso, John? ¿Insinúas que alguien de este pueblo...?

—No lo insinúo: lo afirmo. —Enola Fortescue se removió como si una pesadilla la estuviera acosando en lo más profundo del sueño—. Sé perfectamente quiénes son, y en el fondo tú también lo sabes. El problema es que eres demasiado noble para aceptarlo...

—Muy noble, desde luego —musitó la señora Chadler sin dejar de mirar a Grace—. Dios mío...

—No quiero aceptarlo porque no puedo creer que existan personas tan malvadas en este mundo —exclamó la joven, y dejó escapar un gemido—. No, John, eso no puede ser.

—¿Necesitas que te recuerde lo que le ocurrió a mi padre antes que a mí? ¿Lo que le hicieron los que pensaba que eran sus amigos, las personas en las que más confiaba?

«Eres mejor actriz de lo que creía, vieja embustera», tuvo que reconocer Grace sin dejar de gemir, aferrándose a las manos de la señora Chadler y la señora Young. Cuando se reunió con Enola Fortescue en su elegante casa de Five Points, no le llevó más de dos minutos comprender qué clase de embaucadora era: la sensible y soñadora que, mientras le hablaba de la promesa de gloria que esperaba a John Mallory en el Otro Lado, trataba de sonsacarle el mayor número posible de detalles sobre su relación para poder construir más tarde aquella puesta en escena. Grace se había asegurado de sembrar su discurso de ligeras sospechas («puede que no sean más que imaginaciones mías», «desde luego, hubo algo extraño en su muerte», «unos cuantos conocidos de Silverville se han visto beneficiados por el fallecimiento de mi marido»), y después había hecho lo mismo al hablarle del vecindario y del párroco recientemente fallecido, cuando acudió a recibirla unos minutos antes en la puerta de la mansión («un auténtico caballero cuya pérdida ha dejado destrozadas a sus feligresas»). Como era de esperar, a la señora Fortescue aquello debía de haberle parecido una oportunidad inmejorable de conseguir más adeptas para la causa espiritista y, de paso, renovar el mobiliario de su sala de estar.

—Hay otro hombre aquí —dijo regresando a su delicada voz, como si hablara desde un territorio a medio camino entre la vigilia y el sueño—. Alguien que quiere que lo escuchen...

—Es algo bastante normal, según tengo entendido —les susurró Grace a las sobrecogidas vecinas—. Muchas veces los espíritus viajan hasta nuestro plano acompañando a otros en su misma situación.

—Estoy viéndolo en mi cabeza ahora mismo... Alto y fuerte, y muy hermoso, con el cabello del color de la nieve... —De nuevo dejó caer la cabeza antes de decir—: ¿Virginia?

—¡No...! —dejó escapar la señora Young, y sus amigas se echaron hacia

atrás en sus sillas—. No, no puede ser... Él nunca se atrevió a llamarme así, por mi nombre de pila...

—En mi cabeza siempre eras Virginia. La más fiel de mis amigas, la confidente que cualquier hombre querría a su lado. —Un jadeo se abrió camino entre los delgados labios de la señora Young. Se había ruborizado como una adolescente—. ¿Me echas de menos?

—¿Cómo no iba a hacerlo, cielo santo? —La mujer rompió a llorar—. ¡Cada día cuando me despierto en esa casa, cada segundo desde que usted nos dejó!

—Pero esta separación no durará para siempre, Virginia. Tarde o temprano volveré a encontrarme contigo, y también con Chastity y con Agnes cuando por fin hayamos dejado atrás nuestras envolturas mortales. —Al oír esto, la primera empezó a gemir y la segunda se puso del color de la leche—. Aunque debéis tener cuidado de ahora en adelante, vosotras y todos los demás. Porque el mal que hay en Silverville no descansa.

—¿El mal que hay...? —murmuró la señora Chadler entre lágrimas—. ¿De qué está hablando, padre? ¿Es que no sabe que su asesino ha pagado con su vida lo que le hizo?

—La rama estaba unida al tronco, y se ha quebrado para siempre. Pero el tronco aún está en pie, más corrupto y más maligno que nunca, infestado de mentiras y de odio...

«Ni en sueños podría haberme salido mejor», pensó Grace mientras Agnes Miller se tapaba la boca con una mano. Miró a la joven y a sus amigas con ojos desorbitados.

—¿Creéis que lo que el reverendo quiere decirnos... lo que le ocurrió a Mallory...?

—¿Tuvieron los Sullivan algo que ver con su muerte y la de su padre? —inquirió la señora Chadler, que parecía estar pensando lo mismo—. Pero ¿no eran como hermanos?

Entreabriendo los ojos, Enola Fortescue se dispuso a contestar a esto..., pero no fue capaz de hacerlo. Una repentina lividez cayó sobre su rostro al tiempo que soltaba las manos de las señoras Young y Miller. Observaba el ventanal abierto a los jardines desde el que se distinguía la carrera fantasmal de los nubarrones, aunque también...

—¡Jesucristo! —exclamó Grace lo más débilmente que pudo—. ¡Otra vez él, mi John!

Una silueta imprecisa, como hecha de luz, se deslizaba en ese momento entre las sepulturas del cementerio familiar. Aunque estaban demasiado lejos para reconocer su silueta, vieron cómo estiraba un brazo y lo agitaba muy despacio en dirección a la casa, como si estuviera despidiéndose de ellas, antes de rodear la lápida de Catherine Mallory para desaparecer de su campo visual.

—¡El fantasma de John Mallory! —gritó la señora Chadler, pero nadie chilló con más fuerza que Enola Fortescue, quien se puso en pie tan precipitadamente que derribó su silla antes de echar a correr hacia la puerta principal.

La abrió de un tirón y la cerró a sus espaldas con un portazo que casi hizo que el retrato de Angus Mallory temblara sobre la chimenea. Y como si aquello hubiera sido la chispa que había que acercar a un montón de paja para prenderle fuego, el pánico de las vecinas alcanzó unas cotas tan altas que la siguieron de inmediato, empujándose unas a otras en su precipitación por abandonar la mansión antes de que la aparición regresara.

—Vaya, vaya —comentó Grace mientras Mustang y ella las seguían hasta el umbral de la casa. Las vieron alejarse por el sendero casi envuelto en la noche, cuatro motas que el viento parecía dispersar en dirección a Silverville—. Reconozco que esto último no ha salido exactamente como había planeado, pero ha resultado ser todo un golpe de efecto.

Mustang no respondió. Había bajado los escalones para dirigirse hacia la parte de los jardines en la que se encontraba el cementerio, en el que no había ningún fantasma.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó, y Grace vio cómo se abría camino entre las sepulturas y se agachaba para coger algo luminoso enredado en los zarzales. Parecía un jirón de tela que le hizo torcer el gesto al llevárselo a la cara—. Huele a jabón de manos ya... ¿petróleo?

—Es un trozo de gasa impregnado en bencina, barniz y pintura fosforescente —declaró ella con una sonrisa maliciosa. Mustang la miró con los ojos entornados.

—Ahora lo entiendo. Has planeado todo esto a conciencia, ¿verdad? ¿A

quién has tenido que pagar para que se paseara por los jardines haciéndose pasar por un espíritu?

—¿Qué sentido tendría estropearte la sorpresa tan pronto? Lo que has presenciado no es más que el segundo acto de una pequeña comedia que he preparado para nuestras encantadoras vecinas. Los fantasmas de Silverville, podría llamarla, o también De cómo la superstición condujo a un pueblo al infierno. Escoge el título que más te guste. —Y tras decir esto, se estiró para darle un beso en los labios—. Ahora solo tendremos que esperar.

CAPÍTULO XXXIX



Cuando al reverendo Henry Joyce le ofrecieron la posibilidad de convertirse en el párroco de Silverville, se entusiasmó tanto que ni siquiera se paró a pensar en lo extraño que era que ninguno de sus compañeros, más maduros y con más experiencia, quisiera aceptar aquel puesto. En el fondo tenía motivos para estar encantado; acaba de cumplir veinticuatro años y hasta entonces apenas había visto más mundo que el pequeño pueblo agrícola en que se había formado. Imbuido del santo propósito de hacer que las vidas de sus nuevos vecinos fueran más felices y rectas, no consintió que su emoción se enturbiara por el escaso número de feligreses que asistió a su primer servicio ni por las miradas llorosas con las que Virginia Young, que había pasado a ser su ama de llaves, lo seguía por la casa que perteneció a su predecesor. Sin embargo, hasta él admitió al cabo de unos días, a pesar de su empecinado optimismo, que estaban ocurriendo algunas cosas en Silverville que muy pocas personas podrían considerar una simple casualidad.

De pie delante del diminuto espejo del cuarto de baño, Joyce se afeitaba

con su esmero habitual antes de bajar a desayunar. No dejaba de dar vueltas a aquellos asuntos mientras se pasaba la navaja: el reverendo Cross asesinado, el responsable de su muerte ahorcado hacía una semana en la capital... Frunciendo el ceño, limpió la cuchilla en una toalla con una escrupulosidad digna de un cirujano. Incluso el hecho de que la iglesia se encontrara todavía a medio reconstruir parecía una advertencia, una de tantas señales que los demás párrocos habían descifrado mejor que él. Y ahora todos aquellos rumores acerca de un alma en pena que merodeaba de noche por el pueblo, una silueta evanescente como la que la señora Young y sus amigas habían visto en los jardines de la mansión de los Mallory y que las había hecho regresar temblando de los pies a la cabeza...

Estaba tan sumido en sus pensamientos que se sobresaltó al oír el ruido de la aldaba en el piso de abajo. La señora Young había murmurado a través de la puerta de su dormitorio que iba a salir para hacer la compra, de modo que el reverendo Joyce se apresuró a secarse su redonda cara, se aseguró de que su traje negro presentaba un aspecto impecable y se dirigió a la entrada de la casa para enfrentarse a la primera sorpresa del día.

No había nadie en el umbral cuando abrió la puerta. La calle estaba desierta, y solo cuando dio un paso fuera del edificio, mirando intrigado en ambas direcciones, reparó en que su pie derecho había chocado con algo colocado delante de la puerta. «¿Una cesta? —se dijo intrigado mientras la agarraba por el asa—. ¿Se tratará de un regalo de bienvenida?».

Bueno, no era demasiado tarde para que Silverville empezara a recapacitar. El joven regresó al interior de la casa y cerró la puerta, pero, cuando colocó la cesta sobre la mesa de la salita, no pudo contener un respingo. La manta que cubría el interior ondeaba un poco, como si algo estuviera tratando de abrirse camino desde abajo; algo que, al cabo de un instante, reconoció como un pie diminuto. La boca del reverendo Joyce se convirtió en un círculo perfecto al apartar la manta y encontrarse con un bebé que, como Moisés tras ser salvado por la hija del faraón, le devolvía tranquilamente la mirada desde su cuna de mimbre.

—¿Qué...? —comenzó, pero se había quedado sin palabras. La criatura se sacó el pulgar de la boca para emitir un ruido parecido a un piar. No era un recién nacido, de eso no había duda; su pelo era bastante frondoso y tenía los

ojos muy abiertos, un poco estrábicos. «¿Un niño abandonado nada más empezar? Pero ¿qué pasa en este pueblo?».

Abrumado por la sorpresa, tardó unos minutos en descubrir que había una nota doblada bajo uno de los brazos del niño. «Para entregar a Petunia Wilcox», leyó en la luz congelada que se colaba en la salita. Y estaba preguntándose qué se suponía que tenía que hacer a continuación, y por qué nadie le había hablado de esa clase de problemas en lugar de diseccionar durante meses el Levítico, cuando volvieron a llamar a la puerta.

Quiso creer que la señora Young había regresado, pero al abrir se encontró con una muchacha que tenía el cabello del color de las zanahorias. Llevaba un vestido negro que parecía haber sido cosido por ella misma, sin mucha habilidad.

—Buenos días, padre —saludó con timidez—. Me han dicho que viniera a recoger algo...

Parecía bastante incómoda y miraba por encima del hombro como si temiera que en cualquier segundo pudiesen decirle que no tenía derecho a estar ahí. Joyce tardó unos segundos en darse cuenta de que había enrojecido, pero enseguida se recompuso.

—Ah, sí... —Miró la nota que aún sostenía en la mano—. ¿Es usted Petunia Wilcox? —Ella asintió con la cabeza—. Venga conmigo, por favor. Lo tengo en la salita...

Pepper lo siguió dócilmente, y el reverendo Joyce se preguntó qué clase de marido renunciaría a acompañarla en un momento así. «Debe de ser una viuda reciente, de ahí el vestido negro. Bien, al menos ahora tendrá algo que alivie su pena».

—Aquí está —anunció mientras se detenía ante la mesa—. No entiendo muy bien cómo ha acabado en mi puerta, pero me alegro de que haya venido a recogerlo tan pronto. No es que tenga demasiada experiencia con niños pequeños más allá del servicio dominical...

Su voz se fue apagando al darse cuenta de que la muchacha se había quedado paralizada. Miraba la cesta con unos ojos que casi habían duplicado su tamaño.

—¿Qué..., qué significa eso? —preguntó, observando de nuevo a Joyce—. ¿Es una broma?

—¿No ha dicho que es usted la señora Petunia Wilcox? ¿No venía a recogerlo a él?

—No..., nadie me había dicho que sería..., que se trataría de... —Se llevó las manos a la boca cuando el pequeño dirigió sus ojos grises hacia ella —. Oh, Dios mío... Dios mío...

Estupefacto, el reverendo no pudo reaccionar cuando Pepper sumergió las manos temblorosas en la cesta para sacar a la criatura. El bebé dejó escapar un gorjeo, con las manitas agitándose en el aire, y la chica no pudo contener un grito de euforia.

—¡Lo sabía! —Lo estrechó entre sus brazos con fuerza, hundiendo la cara en la tela arrugada que envolvía a la criatura. Para que la estupefacción de Joyce fuera mayor, se echó a llorar sobre ella—. ¡Sabía que no podías estar muerto! ¡Mi niño, mi precioso niño!

Se apartó de nuevo para mirarlo y le besó las mejillas una y otra vez, mojándole la cara con sus lágrimas. El párroco no había presenciado un éxtasis semejante en su vida.

—Es un milagro, padre... Un milagro. —Pepper le dedicó una sonrisa temblorosa que le recordó a un arcoíris en medio de la lluvia—. No puedo creerlo... Todas me dijeron que no se movía, que murió asfixiado unos minutos antes de darle a luz...

—Es su hijo, entonces —murmuró Joyce, que se sentía muy estúpido. ¿Qué clase de mujer podría fingir una reacción así?—. Pero ¿por qué lo han traído a mi casa?

—No lo sé... No entiendo nada; no puedo pensar ahora mismo. Solo sé que no me equivocaba al tener esperanzas: Dios obra milagros, padre, ahora lo comprendo, es cierto...

Demasiado conmovido por la escena, tardó un momento en darse cuenta de que la aldaba sonaba de nuevo. Dio un paso atrás, sin poder apartar los ojos de Pepper.

—Alguien llama... Voy a tener que atenderle, señora Wilcox, pero no se mueva de aquí, por favor. Le prometo que, cuando vuelva, la ayudaré a averiguar qué ha ocurrido.

Ella asintió sin hacerle mucho caso: estaba demasiado extasiada contemplando cómo el bebé estiraba los dedos con torpeza para tocarle las

mejillas. Joyce sacudió la cabeza con desasosiego, preguntándose a qué otros problemas tendría que hacer frente aquel día, y al abrir la puerta se encontró con que tampoco esa vez se trataba la señora Young. No había visto nunca al caballero elegantemente ataviado que permanecía de pie en el umbral, pero se dio cuenta enseguida de que debía de ser alguien importante; también él vestía de negro de los pies a la cabeza y llevaba alrededor del brazo izquierdo una cinta en señal de luto.

—Buenos días —le saludó con gravedad—. Me imagino que usted será el padre Joyce.

—Así es —asintió el joven, sorprendido. Cuando su interlocutor se quitó el sombrero, vio que tenía el pelo tan oscuro y engominado como el bigote—. No le conozco, ¿verdad?

—Hasta ahora no habíamos tenido ocasión de coincidir en persona. En estos últimos días han ocurrido tantas cosas que... —Sacudió la cabeza con una mezcla de cansancio e incredulidad, y le alargó una mano con un anillo de oro—. Me llamo Maxim Lawrence.

—Encantado de conocerle, señor Lawrence. ¿Puedo hacer algo por usted? Max entornó los ojos, observando al muchacho con desconfianza.

—Eso debería decírmelo usted. ¿Para qué nos ha hecho venir tan temprano?

—¿Que yo...? —comenzó Joyce, sin entender nada—. Me parece que debe de haber un error. Yo no me he puesto en contacto con usted. Ni siquiera sé dónde vive...

—Vamos a ver, ¿no nos envió una nota ayer avisándonos de que viniéramos a las ocho y media de la mañana para hablar «de un asunto de vital importancia para todos»?

—Señor Lawrence, no entiendo nada de lo que está diciendo. Ya le he explicado que se trata de una confusión; yo no me he puesto en contacto con ustedes. No tengo ni idea de qué ocurre esta mañana, pero esto empieza a ser un cúmulo de...

Le interrumpió una exclamación alborozada a sus espaldas y el correteo de unos pies acercándose a la entrada. Pepper había abandonado la salita con el niño en brazos y, al darse cuenta de quién era el recién llegado, se había precipitado hacia el vestíbulo.

—¡Señor Lawrence! —gritó sin dejar de llorar y de reír a la vez—. ¡Ha sido usted, ha tenido que ser usted! ¡Ha sabido todo este tiempo lo de nuestro bebé y ha conseguido...!

Se detuvo en seco al reparar en la expresión con la que él la estaba mirando. Joyce dio un paso hacia ella, preocupado por la mezcla de desconcierto y horror que acababa de aparecer en los ojos de Max Lawrence, pero, antes de que pudiera salir de su mutismo, alguien se detuvo junto al caballero. Verity, también enlutada, observó perpleja al niño segundos antes de que la cabeza de su madre asomara por detrás del hombro de Max.

Cuando vio que Ruby estaba allí, Pepper retrocedió en un acto instintivo. Aunque ella no pronunció una palabra, la lividez de su semblante cubierto de pecas hablaba por sí sola.

—Señora..., señora Lawrence —balbuceó la muchacha. Miró a Joyce, que cada vez parecía más perdido, y después a Max, y de nuevo a Ruby—. Se..., será mejor que me...

—No —fue lo único que consiguió articular Ruby—. La que se va de aquí soy yo.

Y antes de que Max pudiera detenerla, agarró a Verity de un brazo y se apresuró hacia su casa con las cintas de su sombrero persiguiéndola como dos serpientes negras.

CAPÍTULO XL



Cuando Grace bajó de su dormitorio media hora después, fingiendo que no había abandonado hasta entonces la casa, descubrió que la cocina se había convertido en un auténtico gallinero tras el regreso de Pepper. La euforia de haber recuperado a su bebé había sido sustituida por la angustia cuando Max Lawrence, sin molestarse siquiera en mirarlo, echó a correr detrás de su esposa y su hija dejándola plantada en la puerta del reverendo Joyce. Hasta la inocente Pepper había acabado comprendiendo que no podía haber tenido nada que ver con la aparición del niño, aunque estaba demasiado abatida para preguntarse cómo habría llegado al pueblo. *Madame Gardiner*, por el contrario, le lanzó a Grace una mirada recelosa que valía más que mil palabras. Mientras Sugar y ella le secaban la cara empapada a Pepper, Grace decidió enviar a una perpleja Honey a los establos para que ayudara a Mustang a cambiar la paja de los pesebres. Algo le decía que su reacción no sería muy distinta de la de *madame Gardiner* cuando supiera lo que había hecho con el bebé; con el rencor de una persona tenía más que suficiente.

—No sabes cuánto siento haberte engañado, cariño —le susurró *madame* Gardiner a Pepper mientras le acariciaba la cabeza, reclinada sobre su hombro—. Estaba convencida de que, si sucedía esto, se te partiría el corazón. No creo que la señora Lawrence vaya a tomar represalias contra ti, pero tu situación en Silverville no será fácil a partir de ahora.

—Nunca lo ha sido, ni en este pueblo ni en ningún otro —sollozó Pepper—. Por eso quería quedarme con él, porque pensaba que sería lo único realmente mío que tendría...

—Lo que no entiendo —murmuró Sugar— es cómo pudiste quedarte embarazada. Las tres usábamos los polvos de *madame* Restell al mismo tiempo, y Honey y yo teníamos muchos más clientes que tú. Nosotras no pertenecíamos en exclusiva a ningún hombre...

—Cabe la posibilidad de que Pepper no tomara esos polvos —intervino Grace, lo que provocó que las tres mujeres la miraran—. Quizá tenía un motivo secreto para no querer renunciar a un hijo de Max Lawrence..., como haberse enamorado de él. Esa ha sido la auténtica razón de que estuvieras tan deprimida desde que dejasteis el Silver Garden, ¿no?

Sugar se llevó las manos a la boca. Pepper asintió con la cabeza mientras regaba con sus lágrimas la del bebé, cuyo cabello era tan oscuro y denso como el de su padre.

—Por el amor de Dios, Pepper. —*Madame* Gardiner parecía espantada—. ¿En qué estabas pensando? ¿Cómo podías esperar que un hombre así estuviera interesado en ti?

—Es lo mismo que me habría dicho mi madre —sollozó la muchacha—. Siempre he sabido que no soy muy lista y que no valgo gran cosa al lado de una dama como Ruby Lawrence... pero como él se empeñó en ser mi único cliente, pensé que quizás deseaba...

—Lo que Max Lawrence deseaba era comer en un plato diferente de los mineros y granjeros de Silverville, pequeña mía. Durante todo este tiempo ha seguido enamorado de su esposa y solo te visitaba cuando no podía soportar que le rechazara. —Y al darse cuenta de que Pepper había abierto mucho los ojos, *madame* Gardiner añadió con tristeza—: Le oí hablar más de una vez desde la habitación de al lado. «Ruby», te llamaba todo el tiempo, «Ruby, Ruby». Y en cuanto acababa desaparecía, seguramente asqueado de sí mismo.

Tu pelo era lo único que le atraía de ti, tu pelo rojo y tus piernas abiertas.

Al oír esto Pepper rompió a llorar una vez más, tan desconsoladamente que *madame* Gardiner, suspirando, la envolvió de nuevo en sus brazos. También el bebé se puso a gimotear, seguramente alarmado por sus hipidos. Sus berreos no tardaron en ser tan ensordecedores que torció el gesto.

—Vamos, acompáñame fuera —le susurró a Sugar—. Será mejor esperar a que se hayan tranquilizado un poco para seguir hablando.

—Pobrecilla —murmuró esta mientras salían a los jardines, peinadas por un viento que dibujaba corrientes sinuosas sobre la hierba—. Qué injusto es todo, señora Mallory...

—Por desgracia, es lo más normal en vuestra profesión. Pepper no ha sido la primera ingenua que pensó que los caballeros también se comportan como tal con las prostitutas.

—Pero el señor Lawrence volverá a su casa, su esposa le acabará perdonando tarde o temprano y los veremos pasear por Main Street mientras Pepper tiene que criar a su hijo sin más ayuda que la nuestra. ¿Es que no tienen ni una pizca de dignidad?

—Sugar, a los hombres deja de preocuparles la dignidad en cuanto se bajan los pantalones. Ahora, por favor, ven conmigo un segundo. —Grace la agarró por la muñeca para que la siguiera hacia la parte de los jardines en la que se encontraban las tumbas de los Mallory—. Necesito que me hagas un favor y que no se lo cuentes a nadie, ni siquiera a *madame* Gardiner. ¿Podrías tratar de abofetearme con todas tus fuerzas?

—Pero ¿qué está diciendo, señora? —La chica parecía tan aturdida que Grace suspiró.

—Ahora no tengo tiempo para explicártelo, pero créeme: no te lo pediría a menos que fuera necesario. ¿Me harás ese favor o tendré que darme un cabezazo contra un árbol?

Estupefacta, Sugar alzó una mano con indecisión para darle un golpecito en la cara.

—¿Qué clase de bofetada es esa? —le recriminó Grace, agarrándole la mano cuando se disponía a apartarse—. Te he dicho que no tengas miedo de hacerme daño. He soportado cosas muchísimo peores. —Y cuando Sugar la golpeó de nuevo, solo un poco más fuerte, Grace estalló—: ¿Quieres dejar de

hacerte la delicada de una condenada vez? ¿De verdad piensas que tus aires de señorita remilgada te hacen menos puta que el resto?

Casi no le dio tiempo a acabar de hablar; el puñetazo que le asestó Sugar la envió contra una lápida, con tanta fuerza que incluso ella se agarró gimiendo la mano. Cuando se dio cuenta de lo que había hecho, sus mejillas se pusieron como dos amapolas.

—¡Ay, señora! —sollozó mientras la ayudaba a levantarse—. ¡Ay, lo siento mucho...!

—Tranquila —murmuró Grace, un poco aturdida—. Es justo lo que necesitaba. Ahora sube esto a mi dormitorio. —Y tras desatarse el batín y dejarlo en manos de una Sugar muerta de vergüenza, tiró enérgicamente de su corpiño para rasgarlo a la altura del pecho. Después hizo lo mismo con la falda, abriendo un desgarrón que ascendía hasta su cadera para dejar entrever la enagua—. ¿Qué aspecto tengo? —preguntó a continuación.

—El de alguien a quien acaba de golpear su criada —contestó Sugar apesadumbrada.

—Bueno, no te preocupes tanto. Prometo no volver a pedírtelo —aseguró Grace, y le dio unas palmaditas en el hombro antes de apartarse de ella—. Os veré a la hora del almuerzo.

—Pero ¿adónde piensa ir con la ropa así? ¡Señora Mallory! —exclamó Sugar, pero ella no se detuvo: rodeó la mansión sin hacer ruido, escogiendo la ruta más alejada de los establos en los que supuso que aún seguirían Mustang y Honey, y solo cuando estuvo en el sendero que conducía a Silverville se arremangó el vestido para correr hacia el pueblo.

Unos cuantos granjeros se quedaron mirándola con perplejidad, aunque la joven ni siquiera se detuvo. Se palpó la mejilla izquierda: empezaba a estar hinchada y ardía tanto como si le hubieran aplicado carbones al rojo. «Buen gancho de derecha, Sugar», reflexionó mientras dejaba atrás los últimos cercados y se apresuraba hacia Main Street.

Tardó casi un cuarto de hora en llegar a la oficina del *sheriff*. Para entonces se había asegurado de tener los ojos inundados de lágrimas y la respiración tan alterada que a Carson, que estaba sentado a la puerta fumando, casi se le cayó el cigarro al verla.

—¡Por todos los diablos, señora Mallory! ¿Qué significa esto? —Se

apresuró a bajar hacia ella para agarrarla por los hombros. Grace dejó escapar un sollozo ahogado—. ¿Qué diantres le ha pasado? ¿Es que alguien ha tratado de atacarla? ¿Ese Miller otra vez?

—No... —articuló Grace entre lágrimas—. Al salir de casa..., unos hombres me..., me...

—¡Señora Mallory! —oyó gritar a Ross desde dentro—. ¡Eh, jefe! ¡Venga ahora mismo!

Hubo ruido de pisadas apresuradas y un momento después la joven oyó la voz alarmada de Campbell: «¡Grace! ¡Por Dios, Grace!». Se había reclinado contra Carson como si no pudiera mantenerse en pie, y entre los tres hombres la condujeron al interior de la oficina («Cuidado, tened cuidado con la puerta») y la recostaron en el asiento de Campbell («Dame un vaso de agua, Ross»). Parpadeó confundida cuando sintió el metal húmedo contra los labios, y luego miró a su alrededor como si acabara de despertarse.

—Grace —repitió Campbell con el semblante lívido. Se había agachado junto a la silla con una mano de la joven entre las suyas—. ¿Cómo se siente? ¿Puede oírme?

Ella asintió vagamente, intentando enderezar la espalda. Carson había empapado su pañuelo en agua y se lo pasaba por la frente para tratar de refrescársela.

—Su cara, Grace —insistió el *sheriff*. Cuando la joven volvió a tocarse la mejilla comprobó que no se había equivocado: cada vez estaba más abultada—. ¿Quién...?

—Dos hombres —repitió tan bajo que tuvieron que inclinarse para escucharla—. Dos hombres ocultos en la espesura, cerca de mi casa... Acababa de salir cuando..., cuando...

—¿Eran vecinos de Silverville? —quiso saber Ross, pero ella negó con la cabeza.

—No, creo que no... No los había visto antes. Me acorralaron cerca del riachuelo, a una docena de metros del puente... Creo que querían robarme, pero lo único que llevaba de valor eran mis joyas de plata y azabache. —Se tocó el cuello con un nuevo gemido de dolor, y Campbell le aferró la mano con más fuerza—. Y después quisieron..., quisieron...

—¿Qué le han hecho? —preguntó el *sheriff*. Aunque trataba de mantener la

calma, los dedos le temblaban de cólera.

—Nada, nada porque conseguí escapar a tiempo. No sé cómo lo hice, pero me solté cuando estaban a punto de tirarme al suelo, después de haberme destrozado el vestido...

—¿Qué aspecto tenían esos hombres? ¿Eran cuatreros como Mustang? ¿Mendigos?

—Eran... —En un súbito arrebató de inspiración, añadió—: Creo que eran antiguos cazadores de esclavos. Me pareció oír los relinchos de un par de caballos entre los árboles.

—Lo sabía —murmuró Ross—. Sabía que esos tipos nos traerían problemas. Apuesto a que algunos decidieron quedarse en la zona después de que tratáramos de ahuyentarlos.

—Es lo mismo que pensé yo, señor Ross, pero tenía tanto miedo que solo pude correr hasta aquí. Necesitaba contarles lo que había pasado, sobre todo al *sheriff*... —Al oír esto, Campbell apretó los labios contra la mano de Grace con un resplandor oscuro en los ojos que le hizo adivinar que, si tuviera delante a uno de sus supuestos atacantes, le arrancaría los ojos con sus propias manos—. Pero ahora temo por mis criadas, a las que no he podido alertar... Estoy segura de que, si esos hombres les intentan hacer algo, Mustang no dudará en plantarles cara, pero aun así están solos y...

De nuevo había dado en el clavo: Campbell solo necesitó escuchar el nombre de Mustang para ponerse en pie. «Bendito orgullo masculino, ¿qué sería de nosotras sin él?».

—Carson, Ross, quiero que os dirijáis de inmediato al riachuelo. No dejéis un metro cuadrado sin peinar hasta dar con esos canallas. Os esperaré aquí con la señora Mallory.

—Entendido, jefe —dijo Ross, y tras coger sus sombreros y ajustarse las cartucheras, se apresuraron hacia el poste en el que permanecían atados sus caballos.

Grace los vio alejarse con un estremecimiento y después miró a Campbell, que se había sentado en el borde del escritorio, hizo ademán de cubrirse la parte herida de la cara con una mano.

—No me mire de ese modo, Frank, se lo ruego. Me hace sentir tan monstruosa...

—No diga tonterías —susurró él—. Hace falta mucho más que una magulladura para que deje de ser la mujer más hermosa que ha pisado la tierra. Aun así, le garantizo que, cuando les ponga las manos encima a esos tipos, se arrepentirán de lo que le han hecho.

Grace amagó una sonrisa mientras reclinaba la mejilla sobre la mano de Campbell.

—Qué espectáculo debo de haber dado en el pueblo... Ahora mismo todo el mundo estará comentando que me han visto correr con el vestido roto como una desarrapada.

—No se preocupe por eso: casi todos los vecinos están en la iglesia. —«Perfecto», se dijo la joven—. No sé qué ha pasado hace unas horas en casa del reverendo Joyce, algo relacionado con un bebé que han dejado en su puerta. Supongo que nuestras vecinas estarán ávidas de detalles y por eso no han querido perderse el servicio religioso de hoy.

—Bebés abandonados, violadores en el bosque... Esto es el Apocalipsis —murmuró Grace, y se puso en pie con dificultad—. La cabeza me da vueltas, Frank. Me siento tan mareada... ¿Le importaría que me tumbara un momento en esa esquina?

—¿Dentro de la celda de los delincuentes? Ni en sueños —replicó Campbell. Le rodeó los hombros con un brazo para conducirla hacia la puerta—. Será mejor que descanse en mi casa unos minutos. No se preocupe, es solo un tramo de escaleras; apóyese en mí.

Sumisa como un animalillo, se dejó conducir por los precarios peldaños de madera adosados al lateral del edificio que comunicaban con el piso superior. Campbell abrió la puerta revelando una habitación en la que no había más muebles que una cama deshecha, una mesa calzada con un libro y un armario sin puertas con un par de camisas.

—No es que sea muy elegante en comparación con su casa —se disculpó él.

—Eso no me importa. Necesito..., necesito... —Grace apoyó las manos en la cama y después se dejó caer de espaldas, tratando de contener un gemido—. Mi pobre cabeza...

Era consciente de que uno de los desgarrones del vestido se le había abierto aún más, revelando una considerable porción de piel blanca del

escote. Pudo atisbar entre sus párpados entornados cómo Campbell, sintiéndose algo culpable, luchaba por apartar la vista.

—¿Cree que sus hombres los atraparán, Frank? ¿Seguirán todavía en el bosque?

—No hay manera de saberlo hasta que regresen. Probablemente les lleve un par de horas como mínimo, pero no se preocupe; puede quedarse el tiempo que quiera.

—Se me pone la piel de gallina al pensar... en lo que podría haber sucedido. —Y tras tragar saliva, Grace le alargó los brazos—. Venga conmigo, Frank. Abráceme, por favor...

El semblante del *sheriff* era un poema cuando se tendió a su lado. Grace rodó para acurrucarse contra él, aferrando su camisa con dedos crispados. Tras unos segundos de incredulidad, Campbell la rodeó con los brazos para que reclinara la cabeza en su pecho.

Todo era silencio en torno a ellos, un silencio expectante. Al final, habló Grace:

—Me siento mucho mejor; más tranquila sabiendo que estoy con usted. —Apoyó las manos en el pecho de él mientras alzaba un poco la cabeza—. ¿Qué estaba haciendo antes de que yo apareciera? ¿Ha habido problemas esta mañana de los que tenga que ocuparse?

—Nada relevante. Discusiones sin importancia entre pendencieros...

Parecía costarle un esfuerzo indecible elaborar una frase completa. La joven se daba cuenta de cómo aumentaba su temperatura, casi como si estuviera al lado de una estufa.

—No sabe cómo lamento causar tantas molestias —siguió en un susurro. Se había quitado los zapatos al tenderse en la cama y su pie rozaba muy despacio el tobillo de Campbell—. Espero que Ross y Carson consigan dar con esos criminales o pasará una vergüenza horrible por haberlos apartado de este modo de sus obligaciones en el pueblo.

—No se preocupe por eso. No hacen más que su trabajo, pero ahora que lo menciona... —Tragando saliva, Campbell murmuró—: Tal vez sea mejor que la deje sola.

—¿Por qué? —Grace trató de adoptar la expresión más inocente del mundo—. ¿Cree que a estas alturas va a preocuparme que alguno de nuestros

vecinos nos sorprenda así?

—Esto no tiene nada que ver con ellos, sino... conmigo. Debería volver abajo.

Con la mandíbula apretada, el *sheriff* apartó con suavidad los brazos de Grace para sentarse en la cama. Tenía la expresión de quien se enfrenta a una tentación irresistible.

—Frank —lo llamó ella en voz baja. Al apoyar una mano en su hombro, rozando la estrella de plata de la chaqueta, pudo sentir su tensión—. Si he hecho algo que le haya...

—No —fue la respuesta de él—. No ha hecho nada. Nada que no me haga perder el juicio, que no me haga desearla como un loco desde que la conocí. —Tras unos segundos de silencio, se volvió hacia ella apesadumbrado—. Es como una enfermedad de la que nunca seré capaz de curarme. Cuanto más cerca la tengo, más me contagio, y lo peor es que sé que no hay antídoto posible. Usted y yo no somos... Nunca podríamos...

Antes de que acabara de hablar, Grace le agarró la cabeza con las dos manos para atraerlo hacia sí. El contacto de sus labios dejó a Campbell sin aliento, tan perplejo que estuvo a punto de caer sobre la cama. Durante unos segundos no fue capaz de reaccionar, no hasta que ella, apartándose unos centímetros, lo miró con ojos húmedos.

—Usted y yo seríamos capaces de todo —comentó en un hilo de voz—, y nada de lo que puedan decir en nuestra contra me hará cambiar de opinión. Hace unos minutos estaba segura de que moriría sin poder confesarle lo que me hace sentir, Frank. Ahora que estoy a salvo, a su lado... —Le acarició una mejilla suavemente—, no quiero que se aleje de mí.

La estupefacción de Campbell era tal que no podía dejar de observarla, pero, antes de que Grace pudiera añadir nada más, la besó de nuevo. Lo hizo con tanta voracidad que la joven cayó de espaldas, arrastrándole consigo mientras los dedos de él, titubeantes al principio y más ansiosos a cada segundo, descendían por su cuello y por sus hombros como si quisiera aprenderse de memoria su anatomía. «Grace —le oyó susurrar contra su boca—. Grace, Grace...».

Pero el tiempo de las palabras había quedado atrás y, cuando la joven lo hizo rodar para ponerse sobre él, forcejeando con los botones de su chaleco

tan furiosamente como lo hacía Campbell con los de su vestido, se encontraba demasiado embriagado para darse cuenta de que, aunque el cuerpo de Grace estuviera a su lado en la cama, su mente estaba pendiente de cada ruido procedente de Main Street.

CAPÍTULO XLI



Ruby, por favor, deja que te lo explique... Necesito que me escuches antes de...

—No hay nada que explicar: la situación no puede ser más clara. Lo peor es que ni siquiera has tenido la decencia de contármelo en casa para que nadie más lo descubriera.

—¡No podía contártelo porque no sabía que había ocurrido algo así! ¡Me acabo de enterar ahora mismo, a la vez que tú! Créeme, Ruby, si hubiera sabido que esa chica...

Sin molestarse en mirarle, Ruby dio otro tirón al brazo de Verity, arrancándole un pequeño grito, para cruzar la cerca de su casa. «Cuanto antes nos escondamos en nuestra guarida, mejor. Por el amor de Dios, ¿es que aún podemos caer más bajo?».

—Deberías al menos llamarla por su nombre. —Incluso ella se sorprendió de que la voz no le temblara, habiéndose desatado semejante terremoto en su interior—. He oído a la señora Miller hablar de ella... Es la pelirroja,

Pepper, ¿verdad?

—¿Qué importa cómo se llame? —dijo Max, cada vez más angustiado. Cuando Ruby se disponía a llamar a la puerta, se interpuso entre ella y la aldaba—. Ella no significa nada para mí, nada en absoluto. No ha sido más que una debilidad por mi parte..., un error...

—Un error en el que has reincidido, al parecer. ¿O es que pretendes que me crea que tuviste tan buena puntería como para dejarla embarazada en vuestra única noche juntos?

Max no fue capaz de contestar a esto. Era la viva imagen de la angustia en aquel momento, mirándola como si temiese que pudiera arrancarle la cabeza de un puñetazo.

—Te quiero —fue lo único que consiguió decir pasado un rato. Verity los miraba a uno y a otro con los ojos muy abiertos—. Esa es mi única excusa: te quiero más que a nada en este maldito mundo y habría dado cualquier cosa a cambio de que me correspondieras.

—Tienes una curiosa manera de demostrármelo —respondió fríamente la joven—. ¿Te acordabas también de lo mucho que me querías mientras estabas con ella en el burdel?

—¿Por qué crees que iba a aquella casa, maldita sea? ¿Piensas que lo habría hecho si tú no me hubieses echado de tu cama? Durante todos estos años he confiado en poder derretir algún día tu hielo, pero nunca me has permitido acercarme a ti ni conocerte...

—Es increíble la labia que tienes cuando te interesa —se lamentó Ruby, agarrando la aldaba para llamar—. Lástima que no vayas a deleitarme nunca más con ella.

Entró en el vestíbulo en cuanto Smithson apartó la hoja de la puerta y Max, tras unos segundos de estupefacción, se apresuró a seguirla. La alcanzó al pie de la escalera.

—¿Qué..., qué estás tratando de decirme? ¿No pensarás que por culpa de ese niño...?

—No —contestó Ruby sin soltar la mano de Verity—. Esto no tiene nada que ver con Pepper y su criatura. Fue una equivocación casarme contigo; ahora me doy cuenta.

—No puedes estar hablando en serio —murmuró Max—. Tú y yo hemos

sido felices juntos, aunque no quieras recordarlo. Podemos volver a serlo si entre los dos intentamos...

Sintiéndose cada vez más cansada, Ruby se dio la vuelta para observarle un par de escalones por encima. ¿Cómo podía parecer tan perdido, tan desolado?

—No, Max. Nunca lo hemos sido y nunca lo seremos. Puede que en el fondo estés en lo cierto: no he sido una buena esposa y no tengo derecho a reprocharte nada. —Negó con la cabeza sin dejar de sostenerle la mirada—. Había cosas de mí que no sabía cuando acepté casarme contigo. Siento haberte hecho perder tanto el tiempo. No te lo merecías.

—Ruby, espera... Por favor, Ruby, no... —Max la siguió por la escalera, pero no se atrevió a subir al primer piso. Lo último que vio fueron los ojos aturdidos de Verity un segundo antes de que su madre tirase de su brazo para conducirla a su cuarto.

Rita limpiaba con un plumero la lámpara de cristales del corredor, pero no se atrevió a decir nada cuando pasaron de largo.

Ruby solo soltó a la pequeña después de cerrar la puerta del dormitorio. Fue a abrir el armario mientras le decía:

—Trae tu baúl y ayúdame a guardar tus cosas. Cuando antes nos marchemos, mejor.

—¿Marcharnos? —repitió Verity. Miró cómo su madre sacaba tres vestidos, media docena de medias y un camisón y los dejaba en la cama—. ¿Nos vamos de viaje con papá?

—No, a casa del abuelo. Papá no va a venir con nosotras, Verity. Supongo que eres lo bastante mayor para entender lo que sucede, ¿verdad? —Sin ni siquiera mirarla, Ruby cogió un peluche al azar y lo colocó con la ropa—. ¿Es que no me has oído? ¿Y tu baúl?

—Yo no quiero irme —protestó la niña—. Quiero mucho al abuelo, pero también a papá.

—Verity, no me vengas con tonterías. ¡Te he dicho que vamos a marcharnos y no pienso consentir que por tu culpa nos quedemos ni un solo minuto más aquí!

—¡No, no quiero hacerlo! —exclamó su hija—. ¡Te has peleado con papá, pero yo no! ¡Esta es mi casa, estos son mis juguetes y...!

Antes de que acabara de hablar, Ruby, más impaciente a cada momento, se acercó a ella y la abofeteó para que se callara de una vez. Fue algo instintivo de lo que se arrepintió en el acto, pero ya era demasiado tarde: la pequeña se había quedado aterrada.

—¡Eres mala! —comenzó a chillar entre lágrimas—. ¡Mala, mala, mala...!

—Verity, lo siento mucho... —Ruby trató de rodearla con los brazos, pero la niña se apartó como si fuera un perro que pudiera morderla—. No quería..., es solo que todo esto...

—¡Sí querías! —vociferó Verity, con la espalda contra el armario—. ¡Querías hacerlo porque no te importo! ¡Tú no querías tenerme y ahora estás enfadada porque otra señora ha tenido un bebé con papá! ¡Seguro que ella lo quiere mucho más!

Aquello se le hundió en el corazón como un estilete. Curiosamente, lo que le hizo más daño no fue que Verity le hablara así, sino que tuviera razón. «Es cierto: no me hacía más ilusión ser madre que ser esposa. Lo hice porque era lo que se esperaba de mí».

—Solo quería que fuésemos como las demás. —La niña tenía la cara empapada por las lágrimas—. Que me quisieras como una mamá de verdad.

—Verity, claro que te quiero... Por favor, no me digas esas cosas. Te prometo que...

—Déjame —contestó Verity antes de correr hacia la puerta—. Le pediré a papá que me lleve con la otra señora. Quiero conocer a su bebé y también a ella.

Y cerró dando un portazo que resonó en toda la habitación. Ruby miró la puerta durante unos segundos; después enterró la cara en las manos. «Supongo que esta es la auténtica verdad: soy un fracaso. —Respiró hondo para tratar de serenarse, pero los ojos ya habían empezado a arderle—. He fracasado como esposa. He fracasado como madre. No he podido hacer nada de lo que me aseguraron que había nacido para hacer».

La certeza de que la naturaleza se había equivocado con ella pesaba como una bola de plomo en su pecho. «Qué distinto habría sido todo si yo hubiese sido un hombre. Si hubiese sido Troy». Trató de recomponerse cuando uno de los criados llamó a la puerta.

—Señora Lawrence... —Era un Smithson claramente alarmado por lo que

acababa de escuchar—. Siento molestarla, pero hace un rato nos han entregado una carta para usted.

—¿Una carta...? —se extrañó Ruby, aunque se quedó callada al darse cuenta de que el matasellos era de Denver. Sus lágrimas se secaron en el acto—. Muchas gracias por subírmela, Smithson. —Y la cogió—. Puede retirarse; no lo necesitaré más.

El mayordomo agachó la cabeza antes de abandonar la habitación. Ella esperó a que cerrara la puerta dando vueltas nerviosamente al sobre. Para su estupefacción, era de Becker, el detective del barrio chino. «No puede haberlo logrado en tan poco tiempo, ¡no ha pasado ni una semana desde que estuve en su despacho!». Desplegó la carta y leyó:

Estimada señora Lawrence:

Como le prometí, me pongo en contacto con usted para explicarle las conclusiones a las que he llegado en estos días; es probable que le resulten interesantes, a pesar de que la investigación no haya arrojado los resultados que esperaba. Hace un par de horas, gracias al dinero que me entregó y a media docena de whiskies con tabaco mascado, uno de los cajeros del First National Bank acabó contándome todo lo que necesitaba saber sobre John Mallory. Tal como aventuré, no hay ningún caballero en la ciudad con ese nombre ni existe tampoco una empresa llamada Mallory Railroad. La persona que abrió una cuenta en el banco hace un par de años fue la propia Grace Mallory, quien, según usted, está haciéndose pasar por alguien que no es. Supongo que esto confirma sus sospechas: no está más casada con el tal John Mallory que yo. La descripción del cajero coincide con la que usted me dio (una mujer alta y curvilínea con unos ojos azules impactantes) salvo por el detalle de que, según él, no tenía el pelo negro, sino rubio.

Lo curioso es que antes de ayer, cuando estaban a punto de cerrar el banco, esa misma mujer se presentó en la sucursal para depositar una cantidad considerable de lingotes de plata, con la diferencia de que esta vez su cabello sí era negro, y a la mañana siguiente regresó para obtener a cambio dinero en efectivo. El cajero la reconoció pese a ir enlutada; al parecer, es una de esas damas que uno no olvida así como así. No me atrevo a aventurar qué hay detrás de todo esto, pero supongo que esta información

le resultará mucho más elocuente a usted que a mí, ya que tenía tanto interés en conocer los tejemanejes de la señora Mallory.

Dado que por el momento no he sido capaz de averiguar nada más sobre ella, no es necesario que me haga llegar más honorarios que los que me entregó en Denver. Considere las pesquisas que he realizado hasta ahora un favor personal dedicado a la memoria de su difunta madre. Confío en volver a escribirle pronto con más novedades.

Atentamente,

J. Becker

Ruby ni siquiera pudo leer las últimas líneas. La asimilación del contenido de la carta había sido como el impacto de un rayo. Con los ojos desorbitados, la dejó resbalar hasta la alfombra mientras daba unos pasos por el dormitorio, debatiéndose entre la más completa estupefacción y la certeza de que por fin estaba mirando a la verdad a la cara.

Pelo rubio. Ojos azules y pelo rubio. Casi sin darse cuenta, se sentó en el borde de la cama entre las muñecas de Verity. «Quien abrió esa cuenta fue Grace Mallory. —No había razón alguna para que el detective le estuviera mintiendo, ni para que el cajero del First National Bank hubiera hecho lo mismo con él—. Y ahora tiene el cabello negro...».

Se tapó la boca con las manos. Como si volviera a estar en la tienda de los Chadler, recordó la risa de Grace y sus bromas sobre lo que John supuestamente le había contado acerca de sus travesuras con Ruby. «Aún guarda muy buen recuerdo de las cosas que hicieron juntos». ¿Cómo no iba a estar al tanto de todos sus juegos si fue ella quien corrió a su lado por las praderas, quién la instó a robar una lápida deteriorada a los sepultureros, quién le enseñó a hurtadillas el reloj de su padre?

—Yo no maté a John —consiguió murmurar Ruby entre sus dedos—. Nadie mató a John, ni hace unas semanas ni hace trece años. John sencillamente... nunca existió.

Tenía que haber sido ella quien consiguió descubrir lo que Ruby le había pedido a Campbell, quizás espiando la conversación que este había mantenido en su oficina con el antiguo preso al que le había encargado dar el golpe. Por

eso el reloj de bolsillo de Angus Mallory había llegado a sus manos, porque Grace lo había encontrado en la mansión y se lo había enviado al *sheriff* desde Denver como si fuese cosa de su sicario...

—Maldita... —Sin poder contenerse, agarró una de las muñecas de Verity y la arrojó contra el armario. La cabeza de biscuit crujió al impactar contra la puerta, pero ni siquiera pudo oírlo. «¡También fue ella quién escribió aquella carta, por eso la letra era la de John! ¡Y seguro que hizo lo mismo con el acta matrimonial que le dio a Cross!».

Ya no podía seguir aferrándose a la esperanza de que Grace no averiguara nunca lo que le habían hecho a su padre. Si había acudido a Silverville después de haber pasado trece años en paradero desconocido, había sido por ese motivo; había construido sin que nadie se diera cuenta una trampa mortal a su alrededor, y Ruby sabía que no se detendría hasta haber acabado con todos ellos. «Las fotografías de Savannah, la muerte de Cross por culpa de su pelea con Troy... y ahora lo de ese bebé». Cada vez más abrumada, cerró los ojos, recordando lo que Pepper había gritado al ver a Max: «¡Ha sido usted, ha sabido todo el tiempo lo de nuestro bebé!». ¿Significaba eso que el niño le había sido arrebatado, pero que de repente había regresado a sus brazos? Si era así, tenía que ser también cosa de Grace, pero ¿en qué la ayudaba aquello si no debía de importarle en lo más mínimo que su relación con su marido estuviera muerta desde que nació?

Había preguntas más urgentes que hacerse en ese momento, como, por ejemplo, si su padre no albergaría ninguna sospecha al respecto. Con el corazón agitándose como un pájaro en su pecho, Ruby se puso en pie y se precipitó hacia la puerta para subir lo antes posible a la mansión de los Sullivan. Aunque hubiera fracasado en lo que en teoría había nacido para hacer, aún podía ocuparse de muchas cosas que nadie habría imaginado que hiciera.

CAPÍTULO XLII



Había tenido que morir forzosamente, se dijo Frank Campbell; lo había asesinado horas antes un cuatrero, un cazador de esclavos o un apostador de medio pelo, y ahora se encontraba en el paraíso. Nunca habría imaginado que acabaría en él, pero, si de verdad era aquello, empezaba a pensar que había tardado demasiado en alcanzarlo.

Acurrucada como una gata perezosa entre sus brazos, Grace sonreía como si nunca hubiera visto nada más divertido. Campbell supuso que su expresión extasiada debía de ser algo ridícula, pero no podría haberle preocupado menos. Con un suspiro agotado, la besó en la garganta mientras recorría con la mano izquierda la pierna desnuda de la joven, enroscada alrededor de su cintura como si quisiera asegurarse de que no se separaría tan pronto de ella. Sí, no había ninguna duda: estaba en el cielo con una diosa.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? —Fue lo único que pudo murmurar. Habían acabado de hacer el amor como dos animales de la selva un minuto antes y el hombre aún podía sentir cómo su cuerpo se estremecía junto al suyo, embalsamados de sudor.

—En mi mansión —dijo Grace, que sonrió aún más—, esperando a que te decidieras a dar el paso. Por muy moderna que sea, hay ciertas cosas que deberíais hacer vosotros...

—Lo tendré en cuenta para la próxima —se echó a reír él. Esta vez la besó en los labios, sujetándole la barbilla—. Eres como una droga. No sé cómo lo has hecho, pero me has vuelto adicto a ti. Dudo que consiga desintoxicarme algún día.

—No tienes por qué hacerlo. Esta debe de ser es la droga más saludable del mundo.

Mientras decía esto, sus dedos recorrían los tendones del cuello de Campbell en una caricia que casi le hizo temblar de placer. El sol ya había conseguido abrirse camino entre los nubarrones y la cama se mecía en un mar de luz dorada.

—Lo único que me preocupa —continuó el *sheriff* pasados unos minutos — es que esto haya tenido que suceder en semejantes circunstancias. No me refiero solo a la muerte de tu marido, sino también al ataque de esos miserables escondidos cerca del riachuelo...

—Teniendo en cuenta lo considerado que era John, no creo que le importara que me ayudaras con el alivio de luto. Y en cuanto a esos hombres —Grace se apoyó en un codo para incorporarse—, te aseguro que no me darán ningún miedo a partir de ahora. ¿Quién se atrevería a hacerme daño sabiendo que cuento con un caballero protector como este?

Campbell no pudo evitar sonreír cuando ella se puso a horcajadas sobre él, con las manos apoyadas en sus hombros. Contuvo el aliento mientras la joven deslizaba los dedos por su pecho, deleitándose con cada uno de sus músculos.

—¿Qué es esto? —Había una pequeña cicatriz entre sus costillas, y Grace inclinó la cabeza para observarla con atención—. Parece una marca de cuchillo. ¿Quién te la hizo?

—Un vendedor de pieles itinerante al que tuve que detener el año pasado por herir a un minero en el saloon. Aún debe de seguir cumpliendo condena en la prisión de Denver.

—Me gustan estas heridas —contestó ella, y cuando Campbell la miró con extrañeza, añadió—: Me parecen trofeos, pequeñas conquistas a la muerte. ¿Y

esta? —Puso un dedo sobre una cicatriz más alargada que había en su costado—. Es de flecha, ¿verdad?

—Sí —contestó el *sheriff*. No le pasó inadvertido el cambio en su voz—. Unos indios.

Pese a que su semblante se había ensombrecido, no era capaz de apartar los ojos de los gloriosos pechos de ella, acariciados por sus cabellos del color de la noche. Si se quedaba mucho tiempo sentada sobre sus muslos, no podría continuar con aquella charla.

—¡Unos indios! —exclamó Grace—. Espero que les dieras una lección, Frank. Seguro que eran apaches; creo que están sembrando el terror en la frontera con Nuevo México.

—En realidad eran cheyennes. —Su cuerpo estaba reaccionando de nuevo, ansioso por invadirla una vez más—. Un grupo me atacó hace unos cuatro años cerca de Pike's Peak.

—Pero tenía entendido que esos territorios les fueron arrebatados cuando se crearon las primeras explotaciones de oro. ¿Querían tenderte una emboscada por alguna razón?

—¿Qué importancia tiene eso ahora? —contestó Campbell, y sin poder contenerse, la agarró por las caderas para hacerla rodar sobre la cama. Se puso sobre ella, sujetándole las muñecas sobre la almohada, y se inclinó para recorrer con la boca aquellos pechos con los que llevaba demasiado tiempo fantaseando—. Me traen sin cuidado ahora mismo los pieles rojas. Me trae sin cuidado todo lo que no esté dentro de esta cama. Si por mí fuera...

Su voz se apagó cuando algo quebró la burbuja que los envolvía. Campbell se volvió hacia la ventana mientras Grace lo observaba con extrañeza.

—¿Qué ocurre, Frank? —susurró, tironeándole del cabello. Levantó un poco más las caderas para apretarlas incitantemente contra las de él—. ¿Acaso te has enfriado?

—Juraría que... —Frunciendo el ceño, el *sheriff* se apartó con esfuerzo de ella, pese a que Grace trató de retenerlo, y se acercó desnudo a la ventana. La joven lo vio abrir mucho los ojos—. Santo Dios —dijo en un hilo de voz—. Me temo que hay problemas.

Embriagado por la pasión, no había oído las voces que habían comenzado

a propagarse en Main Street en los últimos minutos ni los sollozos de unas mujeres reunidas a escasa distancia de la oficina. Se alejó de la ventana tan precipitadamente que estuvo a punto de tropezar con su ropa, y se puso los calzones y los pantalones a toda velocidad.

—Pero ¿qué ha sucedido? —preguntó Grace desde la cama—. ¿Por qué grita esa gente?

—No tengo ni idea, pero más vale que me reúna cuanto antes con los vecinos. He abandonado mi puesto durante demasiado tiempo... —Se detuvo y se acercó a ella para darle otro beso, cogiéndole la cara con las manos—. No pienses que me arrepiento de lo que ha pasado. No lo haré mientras viva.

—Tampoco yo —respondió Grace con una sonrisa que le tranquilizó. Se puso en pie para recoger su ropa interior del suelo—. Pero la próxima vez mejor que sea en mi casa.

Campbell sonrió a regañadientes mientras acababa de vestirse, se ponía la chaqueta con la estrella de plata y abandonaba la habitación. Grace esperó a que el ruido de sus espuelas se perdiera escalera abajo para convertir su expresión risueña en una mueca de asco. «Maldito infeliz», pensó, frotándose los labios con el dorso de una mano y haciendo más tarde lo mismo con su cuello. No había esperado tener que llegar tan lejos, no después de que las últimas noches en la mansión de los Mallory, algo más discretas para no tener que soportar más burlas de sus criadas, hubieran desdibujado aún más los odiosos recuerdos del Castillo de Eve. Sin embargo, se obligó a recordar que lo único importante era que había conseguido cumplir con su parte del trato. «Si no fuera a preparar algo muchísimo peor para ti, Frank Campbell, te habría condecorado con una última cicatriz».

Se vistió, se recogió el cabello y se asomó al exterior. Por suerte, la muchedumbre estaba demasiado pendiente de lo que ocurría en el edificio situado entre el saloon y la oficina del *sheriff* para reparar en que había salido de su habitación. Fue abriéndose camino entre los alborotados vecinos hasta alcanzar a los de la primera fila.

—Señor Chadler, ¿qué ha ocurrido? —le preguntó al dueño de la tienda general casi a gritos para que la oyera. El hombre estaba tan blanco como su poblado bigote.

—Una catástrofe, señora Mallory. Una auténtica catástrofe —le contestó

—. Hace un momento hemos salido del servicio religioso y nos hemos encontrado con que alguien...

—¡Nos lo han robado todo! —gimió la señora Chadler, con la frente apoyada en el hombro de su marido—. ¡Solo un canalla se atrevería a hacer algo así mientras rezábamos!

—¿Cómo? —La joven se giró con expresión perpleja hacia el banco—. ¿Un robo...?

—Compruébelo usted misma, si es que la dejan acercarse —replicó el cantinero del saloon, y fulminó con los ojos a Ross y Carson, que trataban de contener como podían a la enardecida multitud—. ¡Creo que mucha gente va a tener que darnos explicaciones!

Los ayudantes del *sheriff* parecían al borde del colapso; gritaban a todo el mundo que hicieran el favor de mantener la calma hasta que averiguaran qué había pasado. No dejaron entrar a Grace («Tendríamos que hacer lo mismo con todos, señora Mallory, y eso sería una locura»), de modo que tuvo que conformarse con echar un vistazo desde fuera.

Campbell se había detenido en medio del banco, una estancia alargada con paneles de roble y papel adamascado de color salmón. Había una bandera norteamericana en un rincón salpicada de sangre; también se habían teñido de rojo una mesita de té derribada en el suelo y los barrotes dorados que protegían a los cajeros. «No parecen haber servido de mucho —pensó Grace mientras veía al *sheriff* atravesar la pequeña puerta y agacharse al lado del joven Travis, que se había quedado tendido con una expresión de horror en la cara—. Los Rivers deben de haberles obligado a abrir la cámara antes de acabar con ellos».

Efectivamente, la puerta metálica de la diminuta estancia, situada en el extremo más alejado, parecía reírse a carcajada limpia de los vecinos. Desde aquella posición era capaz de distinguir las hileras de cajetines, todos abiertos de par en par y tan vacíos como la mirada de Travis. Antes de que pudiera decir nada, las voces se volvieron más exaltadas a su espalda y, cuando Grace se dio la vuelta estirando el cuello, observó que Max Lawrence se acercaba desde la acera de enfrente. Su expresión era la de alguien que ha despertado de una pesadilla solo para darse cuenta de que se encuentra atrapado dentro de otra. No le dio tiempo a asimilar lo que estaba viendo; la multitud lo rodeó

ocultándolo de su vista y Grace decidió aprovechar aquel tumulto para esfumarse.

Corrió por Main Street con el vestido arremangado y pronto estaba ascendiendo la colina de los Mallory. La noticia del atraco debía de haber llegado ya a las granjas, porque se cruzó con muchos hombres que se apresuraban hacia el pueblo con el semblante demudado. Por suerte, no la interceptaron para hacerle preguntas, ni se fijaron siquiera en los escandalosos desgarrones abiertos en su vestido. Deseosa de llegar a casa cuanto antes, cruzó el puente a todo correr, y estaba a punto de adentrarse en la propiedad de los Mallory cuando, a un par de metros de distancia, un hombre montado en un caballo blanco surgió de la espesura, tan inesperadamente que se le escapó un grito.

Casi suspiró de alivio al ver que era Mustang. Había temido encontrarse con un asaltante como los que ella misma había inventado, pero de golpe lo entendió: sin duda, él recordaba que Grace les había encargado a los Rivers dar el golpe aquella mañana; simplemente quería asegurarse de que no le había pasado nada.

—¡Gracias a Dios que eres tú! Iba a ir a los establos para pedirte que me ayudaras...

—¿Y qué llevo haciendo desde que nos conocemos, Grace? —respondió él. Sus ojos se incendiaron al reparar en su mejilla magullada—. ¿Quién demonios te ha hecho eso?

—No tiene importancia. Estoy sana y salva, el banco de Silverville acaba de caer y he averiguado algo que, de confirmarse mis sospechas, puede serme muy útil. —Grace le alargó una mano para que la ayudara a montar sobre Simbad y Mustang sentó ante él—. Primero necesito pasar por casa de los Lawrence para dejarles una nota y, cuando lo hayamos hecho..., ¿crees que sabrías llegar desde aquí hasta el río Smoky Hill?

—Claro —contestó él sin poder disimular su sorpresa—. Pero no es un viaje sencillo y nos llevaría bastante tiempo alcanzar la orilla oeste. ¿Qué se te ha perdido en esa zona?

—Dado que tenemos bastantes horas por delante, me dará tiempo a explicártelo todo de camino. Y de paso —añadió mientras Mustang azuzaba a Simbad para regresar por el puente— podrás hablarme largo y tendido de esa

tribu de cheyennes con la que conviviste.

CAPÍTULO XLIII



¡Estamos haciendo todo lo que podemos, señores, se lo aseguro! —Tuvo que decir Max a pleno pulmón, aunque casi no percibió su propia voz en medio de semejante algarabía—. ¡Siento no tener tiempo para atenderles uno a uno, pero trataré de resolver lo más pronto posible este asunto! ¡Lo único que necesito es que me den unas horas más!

Habían pasado casi cuatro desde que el banco había sido saqueado y Max tenía la sensación de que un torrente contra el que no podía luchar lo arrastraba sin remedio de un lado a otro. La conmoción del pueblo se había convertido en una histeria absoluta en cuanto los propietarios de las granjas se presentaron con sus familias, exigiendo saber al igual que los demás vecinos qué ocurriría con sus ahorros. De nada sirvió que les repitiera una y otra vez que el *sheriff* Campbell estaba peinando los alrededores para tratar de dar con los ladrones; todos querían una solución y la querían ya. Para colmo de males, estaba absolutamente solo; no podía contar con Travis y los otros dos cajeros, y también estaba el asunto de dar explicaciones a sus familiares y ofrecerse a pagar sus funerales cuando ni siquiera sabía cuánto dinero guardaba en su

despacho...

—¡Solo unas horas! —vociferó cuando por fin hubo alcanzado la cerca de su casa, seguido por una docena de ruidosos mineros empeñados en retenerle —. ¡Déjenme estar un momento a solas, por Dios! ¡Necesito saber cómo organizarme a partir de ahora!

Hasta que no cerró la puerta a sus espaldas no consiguió escapar de aquel enjambre que lo seguía como abejas en pos de un panal de miel. «Santo cielo», pensó Max con la espalda apoyada en la puerta, prestando atención hasta que estuvo seguro de que las voces se alejaban. Aquella situación lo estaba conduciendo a un ataque de nervios, y lo peor era que no tenía ni idea de a quién pedir ayuda. Ruby se había marchado poco antes de que él se enterara del robo, pero, aunque siguiera en casa, habría apostado un brazo a que no habría hecho nada para tratar de consolarle. «Pero no es consuelo lo que necesito ahora mismo, sino dinero —meditó mientras se apartaba de la puerta con pasos vacilantes—. Si Campbell no detiene a los ladrones y consigue recuperarlo todo, estaré perdido».

Al reflexionar sobre los contactos a los que podría pedir ayuda, recordó lo que había dicho Grace Mallory en aquella cena que parecía tan lejana. «Quizá pueda convencerla de que me haga un préstamo, pero no sé con qué garantía pedirle algo así. Apelando a nuestra amistad tal vez..., y rezando para que no sospeche lo que ocurrió con su suegro y su marido». Pero aquella esperanza se deshizo como la escarcha al sol cuando un nervioso Smithson le entregó una nota que habían llevado en su ausencia.

Apreciado señor Lawrence:

Sin duda imaginaré cuál es el motivo de que me ponga en contacto con usted tan repentinamente. No dispongo de mucho tiempo, de modo que procuraré ser breve: lo que acaba de ocurrir con su banco me ha hecho replantearme inevitablemente mi decisión de cerrar la cuenta de los Mallory en Denver para abrir una nueva en el pueblo. Desconocía que Silverville fuera un lugar tan poco seguro, pero al menos ha sido una suerte haberlo descubierto antes de iniciar los trámites pertinentes. Por supuesto, soy consciente de que nada de esto es culpa suya y confío en que mi decisión no afecte de ahora en adelante a la cordialidad de nuestras relaciones. Le

deseo la mayor de las suertes en este asunto; me parece que la va a necesitar.

Sin otro particular, se despide atentamente

Grace Mallory

Cuando Max quiso darse cuenta, había estrujado la carta en un puño mientras con el otro golpeaba silenciosamente el empapelado de la sala de estar. Apoyó la frente en la pared y se preguntó, por enésima vez aquel día, qué había hecho tan terrible para que el universo le castigase de semejante manera. «Ruby diría que asesinar a Mallory —reconoció en un instante de lucidez, aunque se obligó a apartar ese pensamiento: no quería recordar a Ruby, no podía hacerlo o acabaría volviéndose loco. En alguna de las habitaciones del piso de arriba se oía sollozar a Verity mientras Rita trataba de tranquilizarla—. Solo me queda una opción. —Se guardó la carta temblorosamente en el bolsillo del chaleco y se encaminó hacia el vestíbulo—. Pero si esto también sale mal...».

Estaba a punto de abrir la puerta principal cuando se lo pensó mejor y se dirigió en cambio hacia la del servicio. No parecía haber vecinos en la parte de atrás, de modo que se dio prisa en saltar la cerca para correr hacia la casa de su suegro. La sensación de que en cualquier instante alguien podría salir a su encuentro era tan acuciante que no respiró hasta que el mayordomo de Sullivan le hizo pasar. A Max le pareció detectar en su mirada que estaba al tanto de lo ocurrido, pero por suerte prefirió no hacer ningún comentario. «Me estoy volviendo paranoico. Vamos, procura tranquilizarte...».

Cuando desembocó en el corredor en el que se encontraba el despacho de su suegro, tenía la frente cubierta de sudor. Ringo dormitaba junto a la puerta con la cabeza apoyada en las patas, y miró perezosamente a Max cuando se agachó a su lado, pero, antes de que pudiera acariciarlo, el animal se incorporó para marcharse a otra habitación. Cada vez más desalentado, dio unos golpes en la puerta con los nudillos para anunciar su presencia.

—Adelante —oyó decir a Sullivan en voz muy baja. Entró en el despacho y lo encontró sentado detrás del escritorio, con los ojos clavados en el infierno que ardía en la chimenea—. Ah, Max —lo saludó en el mismo tono—.

Supuse que vendrías a visitarme.

«También se ha enterado», se lamentó él. No había vuelto a verlo desde el funeral de Troy y le sorprendió que su aspecto hubiera empeorado tanto en unos días. Puede que fueran imaginaciones tuyas, pero le dio la impresión de que apenas quedaban cabellos cobrizos en su barba; parecía haber envejecido diez años desde que ahorcaron a su hijo.

—Sullivan —lo saludó a su vez—. ¿Cómo se encuentra? ¿Ha conseguido descansar?

—A estas alturas he renunciado a hacerlo en lo que me queda de vida. Pero algo me dice que no has venido hasta aquí para interesarte por mi salud, ¿me equivoco?

Max tragó saliva, sintiendo cómo se sonrojaba a su pesar. Al acercarse al escritorio, reparó en que había un sobre al lado del quinqué. Temió que fuera otra carta de la señora Mallory, pero al mirarla de reojo se vio que el remitente era un tal Becker, nombre que no le sonaba de nada. Se obligó a mirar de nuevo a su suegro.

—Me imagino que se habrá enterado de lo sucedido —fue lo único que pudo decir.

—Es difícil no hacerlo, teniendo en cuenta que el pánico se está propagando por el pueblo como un incendio —contestó Sullivan—. Mis criados llevan toda la mañana hechos un manojo de nervios. No es para menos, si uno se para a pensar que prácticamente todo lo que habían ahorrado durante más de tres décadas se hallaba depositado en tu cámara.

A su yerno se le había empezado a empapar el bigote, pero tampoco esta vez supo qué contestar. Sullivan se sirvió un poco de *brandy* sin molestarse en ofrecerle una copa.

—¿Se sabe al menos quiénes han sido los responsables del robo? —siguió diciendo.

—He estado hablando con Campbell largo y tendido. Creo que sospecha de la banda de los hermanos Rivers; al parecer, un granjero se cruzó poco antes del asalto con unos hombres cuya descripción coincidía con la de esos criminales. Probablemente fueron los mismos que atacaron esta mañana a la señora Mallory cuando acababa de salir de su casa.

—La señora Mallory —repitió Sullivan en voz baja. Al cabo de unos

segundos en los que ambos guardaron silencio, añadió—: Al menos nos queda el consuelo de saber que se habrán llevado una decepción. Sin duda esperaban conseguir más dinero con este golpe.

—Es... una suerte que algunos vecinos decidieran guardar en sus propias casas parte de sus ahorros —se mostró de acuerdo Max—. De hecho, creo recordar que una vez me contó que tiene en su caja fuerte personal la misma cantidad que en el banco, ¿ver...?

—Para eso has venido, ¿no es así? —lo interrumpió su suegro—. ¿Piensas pedirme que te preste la cantidad necesaria para poder calmar durante unos días a nuestros vecinos?

Su tono acabó de desarmarle por completo. Haciendo un esfuerzo, Max contestó:

—Aún no he tenido tiempo para tomar ninguna decisión..., pero lo cierto es que no me quedan muchas más opciones, Sullivan. Mi situación es desesperada y...

—¿No habías concedido ningún préstamo a los vecinos? ¿No puedes exigirles que te devuelvan ese dinero lo antes posible para subsanar con él las pérdidas de los demás?

—Es lo primero que se me ocurrió, pero, aunque pudiera recuperar esa cantidad, no contaría con suficientes fondos para restituir a mis clientes más que el cincuenta por ciento de lo que han perdido, el sesenta como mucho. —El cuello de la camisa le apretaba más y deslizó un dedo por debajo de su corbatín para aflojárselo—. Mucho me temo que, si en unos días no consigo reunir más dinero mediante algún préstamo...

—Tendrás que declararte insolvente y Silverville dejará de ser un lugar en el que puedas dormir con la seguridad de que nadie te meterá una bala entre ceja y ceja —concluyó Sullivan, apoyando los codos en el escritorio. Lo miró durante un rato sobre sus dedos entrelazados—. ¿Y por qué tendría que ayudarte después de lo que le has hecho a mi hija?

Una mano pareció cerrarse en torno al estómago de Max. «Está al tanto de todo».

—Veo que Ruby se lo ha... contado. Al no encontrarla en casa, me imaginé que...

—En efecto, se ha instalado con sus cosas en su antigua habitación, pero,

aunque no me hubiera dicho nada, no habría tardado en averiguarlo. Estás muy equivocado si piensas que una noticia como esa no circula casi tan rápido como la del asalto a un banco.

—Todo esto ha sido un terrible contratiempo. Le aseguro que, si hubiese sabido que acabaría ocurriendo algo así, no habría... No sé qué pudo pasarme, no era consciente de...

—Max —lo acalló alzando una mano—, no quiero escuchar tus excusas. Creo que no comprendes qué es lo que me ha indignado de este asunto. No soy tan ingenuo como para pensar que eres el primer imbécil que recurre a una prostituta estando casado con una mujer maravillosa, pero ser tan descerebrado como para dejarla preñada...

—Le juro que no tenía ni idea de que había sucedido algo así —susurró—. ¡Daba por hecho que solían ser las palomas sucias quiénes se ocupaban de tomar precauciones!

—Siempre y cuando no se les presente la oportunidad de chantajear a un caballero con un hijo ilegítimo. —Sullivan negó con la cabeza, tan hastiado como si llevara un rato hablando con un niño corto de entendederas—. La jugada no podría haberle salido mejor: en cuanto esto se dé a conocer, convertirás a Ruby en el hazmerreír de Silverville. Por lo menos me queda el consuelo de que se haya separado de ti antes de tu caída en desgracia.

—Sullivan, se lo ruego. —Max se acercó para apoyar las manos en el escritorio—. Se lo suplico, por la amistad que un día hubo entre nosotros... Si no quiere ayudarme con lo del asalto al banco, hágalo al menos con Ruby. La quiero más que a nada en el mundo...

—Me parece que ya he hecho mi buena acción del día concediéndote unos minutos para que te desahogaras —fue la respuesta de su suegro—. Ahora será mejor que te marches, Max. Tengo que ocuparme de cuestiones mucho más serias que tus problemas.

El hombre volvió a mirar la carta de Denver abierta sobre la mesa, y Max se dio cuenta de que no estaba haciendo más que perder el tiempo. Despacio, sin fuerzas casi para despedirse, dio la espalda al que siempre había creído que sería su protector y abandonó el despacho con la sensación de que la alfombra ondeaba bajo sus pies. Para cuando se encontró en la escalera del vestíbulo, su angustia había crecido tanto que tuvo que apoyarse en la

balaustrada antes de que las piernas le fallaran. Y estaba a punto de desmoronarse cuando le pareció captar con el rabllo del ojo un movimiento al otro lado de la estancia, en una de las galerías abiertas que rodeaban el piso superior del vestíbulo.

Ruby estaba atravesándola rauda para dirigirse al ala norte de la casa. Sus ropas negras acentuaban aún más la palidez de su rostro, pero la expresión que había en él era la más decidida que Max había visto en su vida. Solo al cabo de unos segundos la joven reparó en su presencia, pero la mirada que le lanzó no pudo ser más fugaz; habría mirado del mismo modo a Ringo si hubiese estado mordisqueando un hueso. Saltaba a la vista que su mente se encontraba a mucha distancia de la casa, de Silverville y de él.

Fue solo en ese instante, después de que Ruby desapareciera sin decir una palabra, cuando su esposo comprendió que la había perdido para siempre. Lo único que pudo hacer fue ponerse el sombrero con una mano que no parecía suya antes de abrir la puerta principal. De pie en el umbral de la casa, se quedó observando durante un rato aquellos jardines por los que había dado por hecho que Ruby y él pasearían durante el resto de sus vidas, cuando Troy estuviera casado con Savannah y sus hijos corretearan con Verity de un lado a otro sin dejar de reír. Miró después la panorámica de Silverville, un monstruo amenazador agazapado al pie de la colina, y se preguntaba durante cuánto tiempo más podría seguir viviendo en su casa cuando oyó susurrar su nombre desde la espesura.

Sintió que el corazón le daba un vuelco al reconocer a Pepper, cuyo pelo resaltaba como una hoguera entre los moribundos rosales. Llevaba un bulto blanco apretado contra el pecho que Max, al acercarse a ella entre enfurecido y perplejo, dedujo que era el bebé.

—¿Qué diantres haces aquí? —le espetó. No pudo evitar echar un vistazo a la fachada, casi temiendo encontrar a Ruby en una ventana—. ¿Es que me has seguido?

—Fui hace un rato a su casa, señor —balbuceó una sonrojada Pepper—, pero no me dio tiempo a alcanzarle antes de que llegara a la de los Sullivan. Quería hablar con usted de...

—Tú y yo no tenemos nada de lo que hablar. —Furioso, la agarró por un codo para conducirla hasta la cerca, asegurándose de nuevo de que nadie les

estaba viendo—. Lo que hubo entre nosotros se acabó cuando *madame* Gardiner decidió echar el cierre a su negocio. No quiero volver a verte, ¿me oyes? No quiero que me busques ni que trates de acercarte a mi familia. Ya has causado suficientes problemas esta mañana.

«No solo has destrozado mi matrimonio —estuvo a punto de añadir—, sino que me vas a arruinar por completo. ¡De no haber sido por ti, Sullivan habría accedido a echarme una mano!»». Era increíble que ambas cosas hubieran tenido que suceder a la vez, como si todos ellos fueran unas marionetas que un titiritero estuviera haciendo bailar a su antojo.

—Lo único que quiero —continuó Pepper, al borde de las lágrimas— es hacerle saber que yo no he tenido nada que ver con esto. No ha sido una encerrona, se lo juro...

—Eso lo sé de sobra —tuvo que admitir Max a regañadientes—. Me di cuenta en casa del reverendo Joyce de que la aparición del niño te había sorprendido tanto como a mí.

—Creí que había nacido muerto, señor Lawrence. Es lo que *madame* Gardiner me...

—¿Y por qué os empeñasteis en ocultármelo? Conque tenías que recuperarte de una hidropesía, ¿eh? ¿Esperabas que no lo descubriera nunca?

—Si lo hicimos fue precisamente para no causarle problemas —murmuró ella. A Max le sorprendió comprobar que estaba ablandándose; nunca había visto a una persona que pareciera más desconsolada—. Como no me dejaron quedarme con el niño, no me pareció necesario contarle que había dado a luz a una criatura muerta si eso podía afectar a su matrimonio con la señora Lawrence. Pero ahora que lo he recuperado, que me van a permitir quedarme con él... —Sin dejar de hablar, Pepper apartó un poco la manta con la que lo había envuelto—. Acérquese, por favor. Mírelo a la cara, aunque solo sea una vez...

De mala gana, Max la instó a que se escondiera aún más entre la espesura antes de echar un vistazo al niño. Lo único que recordaba del primer encuentro en el umbral del reverendo Joyce era una cabeza sonrosada con un mechón de pelo oscuro, pero en ese momento le pudo prestar más atención... y lo que vio, muy a su pesar, acabó de aplacarlo. La joven debió de reparar en su aturdimiento, porque siguió diciéndole con una sonrisa insegura:

—He decidido esta mañana llamarlo Patrick, como el santo irlandés. Recuerdo que la primera vez que vino a verme fue un diecisiete de marzo, después de que el señor Sullivan organizara una cena a la que invitó a O’Leary y los demás irlandeses del pueblo...

Como si supiera que estaban hablando de él, el niño entreabrió los ojos para devolverles la mirada y Max se percató de que, si bien sus ojos eran idénticos a los de su madre, en todo lo demás se le parecía muchísimo. Cuando quiso darse cuenta, lo había cogido de brazos de Pepper para observarlo con un interés que, para su sorpresa, no hacía más que crecer. «Podría haber sido el heredero que Ruby no quiso que tuviéramos».

Al pensar en su esposa miró de nuevo a la chica que tenía delante, y por primera vez la vio a ella en lugar de a la Ruby que había tratado desesperadamente de encontrar en su cuerpo. Santo Dios, si todavía era una niña... ¿Cuántos años podía tener, dieciocho, veinte como mucho?

—Creo que será mejor que vengáis conmigo, los dos. —Le devolvió el bebé antes de conducirla hasta la cerca. Ni siquiera él tenía claro qué pretendía; solo sabía que el nudo de su estómago se había aflojado—. Iremos a mi casa para hablar con calma de esto, pero más vale que sepas mantenerlo callado. Ya tengo demasiados quebraderos de cabeza sin tener que soportar a unos criados escandalizados.

CAPÍTULO XLIV



Durante todo el día Grace y Mustang cabalaron hacia el este, sin detenerse más que en una ocasión para que Simbad pudiera reponer fuerzas junto a un arroyo antes de reemprender el camino. La joven nunca había atravesado las Llanuras Orientales de Colorado, una meseta tan amplia que parecía extenderse hasta el infinito, y la visión de aquel páramo apenas cubierto por unos matorrales reseco la cogió por sorpresa. Los ranchos y las granjas no tardaron en escasear, y al cabo de cinco horas lo único que de vez en cuando interrumpía la monotonía parduzca del paisaje eran los retazos de nieve que salpicaban la meseta, como si una mano despistada la hubiera espolvoreado de azúcar.

El horizonte se encontraba tan alejado que no costaba distinguir las tormentas de nieve que arreciaban a muchos kilómetros de allí, pero, cuando por fin desembocaron en el río Smoky Hill, las nubes habían desaparecido casi por completo. Grace exhaló un suspiro.

—¡Gracias a Dios que hemos llegado! Si hubiera sabido que esto se encontraba tan lejos de Silverville, habría descansado unas cuantas horas

antes de ponernos en camino.

—No digas que no te lo advertí —le recordó Mustang. Hizo que el caballo descendiera hasta el cauce grisáceo del río, continuando por la ribera en la que crecía algo más de vegetación—. ¿No visitaste esta zona cuando vivías con los cheyennes?

—No, los míos se habían establecido al norte de Denver. Era un lugar más salvaje en el que no corrían el riesgo de ser descubiertos, a diferencia de lo que supongo que les ocurrirá a los de Smoky Hill. No entiendo cómo nadie ha dado con el campamento al que nos dirigimos, sobre todo teniendo en cuenta que debido a la fiebre del oro...

Su voz se fue apagando al reparar en que Mustang había dejado de escucharla. Los brazos que la rodeaban estaban tensos, asiendo con fuerza las riendas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Grace pasado un momento—. ¿Hay algo que te preocupe?

—El aire ha cambiado —contestó él. Hizo avanzar a Simbad al trote mientras peinaba las riberas con los ojos—. Juraría que no estamos solos. Es como si... —Entonces guardó silencio y esta vez Grace sí supo por qué—. Bueno, eso es que ya estamos cerca.

Tres siluetas oscuras acababan de aparecer a mano izquierda sobre una pequeña elevación salpicada de zarzales. Aunque el atardecer cabalgaba a toda velocidad hacia ellos, fueron capaces de distinguir el contorno de sus grandes arcos y sus carcajs.

—Exploradores —susurró Mustang, y siguió diciendo en algonquino—: Buenas tardes.

—¿Quiénes sois vosotros? —les contestaron desde lo alto del promontorio. A Grace le pareció intuir una manifiesta hostilidad en esa voz, y hasta juraría haber oído el susurro de una flecha al deslizarse contra un arco—. ¿Qué hacéis en nuestro territorio?

—Estamos buscando a Coyote Negro, el hijo de Antílope Blanco. Somos amigos desde hace años y viajamos desde las montañas para hablar con él.

—Lo habéis encontrado —replicó una cuarta silueta que surgió al lado de las anteriores. Iba montada en un caballo pardo y, cuando lo hizo descender hacia ellos, vieron que se trataba de un joven cheyenne de aproximadamente la

edad de Grace. Llevaba suelto el largo cabello negro tocado con una pluma, que resbalaba sobre un pecho musculoso sin más adornos que un collar de cuero—. Caballo Salvaje —añadió al cabo de un instante—. No esperaba volver a verte por aquí. Creí que te habían encerrado.

—Han ocurrido bastantes cosas últimamente —contestó Mustang con calma—, tantas que, si empezamos ahora a hablar de ellas, no acabaremos hasta que se haya hecho de día.

—En eso te doy la razón —intervino Grace—. Ya encontraremos tiempo para explayarnos.

Coyote Negro tardó un poco en reconocerla, pero, cuando lo hizo, sus ojos rasgados se abrieron de par en par. Tenía el rostro noble de sus ancestros, alargado y de pómulos extraordinariamente marcados. «Por fin es un auténtico jefe», se congratuló la muchacha.

—¿Asesina del Alba? —preguntó el guerrero con incredulidad—. Si no te hubiera oído hablar, no creo que hubiera podido reconocerte. ¿Qué le ha ocurrido a tu pelo amarillo?

—Como acaba de decir Caballo Salvaje, en estos años han sucedido muchas cosas.

—¿Por qué siempre suceden demasiadas cuando tú estás involucrada? —dijo el joven con una resignación que la hizo sonreír—. ¿De qué queréis que hablemos?

—De venganza —contestó Grace.

El silencio que siguió a estas dos palabras fue tan absoluto que lo único que se oía fue el piar de los pájaros que volaban de una ribera a otra. Los cheyennes que acompañaban al joven jefe, con la misma piel cobriza, la miraron sin pestañear; finalmente Coyote Negro hizo que su caballo se diera la vuelta con un «acompañadme» que, como sabían Grace y Mustang, valía más que mil palabras viniendo de él. Lo siguieron durante cerca de un cuarto de hora hasta que, tras escalar un promontorio infestado de zarzales, pudieron contemplar por fin el campamento cheyenne instalado a sus pies en el resplandor mortecino del crepúsculo.

Grace creyó estar viendo una versión en miniatura de las Montañas Rocosas. Más de un centenar de tipis se alzaban en la orilla oeste del río, como volcanes cubiertos de nieve de los que se escapaban tenues hilachas de

humo. Parecía haber una gran animación, a juzgar por las voces que ascendían hasta ellos; las primeras hogueras se encendían y los cheyennes deambulaban por entre las tiendas y los carrromatos con sus ropajes cargados de flecos. Todos los observaron con curiosidad cuando desmontaron de sus caballos y siguieron a Coyote Negro hasta los tipis situados en el centro. Para sorpresa de Grace, no solo no se alarmaron, sino que muchos se acercaron para saludar a Mustang con un abrazo o una palmada en el hombro.

«Es muy popular», pensó sin poder ocultar del todo su perplejidad. Un minuto más tarde, Coyote Negro se detuvo delante de un tipi del que, después de que el joven cheyenne soltara un peculiar silbido, asomó la primera cara conocida por Grace...

—¡Mujer Fantasma! —gritó sin poder dar crédito a lo que veía. Echó a correr hacia la muchacha y la estrechó fuertemente contra su pecho—. ¡No sabía que te encontraras aquí!

—Asesina del Alba —dijo a su vez la princesa. Siguieron abrazadas unos segundos, mejilla contra mejilla, hasta que Mujer Fantasma se apartó—. Me alegro tanto de verte...

Pese a que debía de rondar los dieciocho años, aún tenía la cara redonda de la niña que se acurrucaba al lado de Grace en el burdel de Greenwood Village. El pelo casi le llegaba por la cintura y lo llevaba recogido en dos trenzas adornadas con hilos azules.

—Estás distinta —comentó mientras miraba a su amiga como si estuviera viendo a través de ella—. Hay más oscuridad en ti que cuando nos despedimos. ¿Eso significa que has...?

—Aún no, pero estoy a punto de conseguirlo —contestó Grace con una sonrisa—. Por eso he viajado hasta vuestro territorio, aunque, por suerte, no he hecho el camino sola.

—Conoces a Caballo Salvaje. —Los ojos negros de la muchacha se clavaron en Mustang, que por fin había conseguido despedirse de sus amigos—. Mi hermano me ha hablado de él. Nunca le había oído referirse a un blanco con admiración...

—No tiene la culpa de ser uno —intervino Coyote Negro, casi dos cabezas más alto que su hermana—. Su color es lo único que le traiciona: en todo lo demás es un cheyenne.

Aquel comentario desconcertó a Grace más que las muestras de afecto que los indios le habían brindado a Mustang. Cuando se reunió con ellos, Coyote Negro hizo las presentaciones y Mujer Fantasma y él intercambiaron un «É-peve-énésétovoésta» antes de seguir al guerrero hasta el interior del tipi, cuya lona había quedado medio levantada.

Era la tienda de Mujer Fantasma; Grace la habría reconocido entre un millón. La cubierta de pieles de bisonte aún desprendía aquel característico olor que siempre tendría asociado a las únicas noches felices de su adolescencia. Los cojines en los que las dos se sentaban para hablar durante horas, bordados con el azul y el rojo de los cheyennes, se hallaban colocados en torno a la hoguera central, y Coyote Negro les hizo un gesto para que tomaran asiento antes de avivarla con unas ramitas que cogió de una pequeña pila.

—Parece que tu colección de plantas medicinales ha aumentado bastante —comentó Grace, y señaló los saquitos que colgaban sobre la cama de Mujer Fantasma, cubierta por una piel de oso que le había regalado su hermano—. ¿Ya eres una auténtica sanadora?

—Dudo que alguien pueda llegar a serlo, considerando la cantidad de secretos que la tierra se guarda para sí —comentó la muchacha mientras cogía uno de los saquitos—. Estaba preparando por primera vez una infusión de mahkha nowas cuando habéis aparecido...

—Creo que he oído hablar antes de ella —dijo Mustang—. ¿Es para el envenenamiento?

—También para las irritaciones de la piel producidas por la hiedra venenosa. Uno de los niños tiene una inflamación espantosa por confundirla con una planta inofensiva.

—Preferiría que dejáramos esta conversación para más adelante —les interrumpió su hermano—. Querías hablarnos de algo muy importante, Asesina del Alba, así que será mejor que lo hagas cuanto antes..., sobre todo si tiene que ver con la venganza.

—No puedes hacerte una idea de hasta qué punto —contestó Grace. Se desprendió de los zapatos para cruzar las piernas antes de continuar—: No estoy del todo segura, pero es probable que en Silverville haya dado con un hombre al que los vuestros se la tienen jurada desde hace tiempo. Necesito

saber cuál es la razón exacta de ese odio.

—¿Es que no tenemos suficientes razones para odiar a los blancos? —replicó el joven—. ¿No nos detestan ellos por principio? ¿Por qué no podemos hacer lo mismo?

—Estoy muy de acuerdo, pero en el caso de ese tipo... me da la sensación de que no es simple antipatía racial. Al parecer, unos cheyennes le atacaron en las cercanías de Pike's Peak hace cuatro años; a todas luces debió de ser una emboscada. Traté de descubrir el motivo, pero no conseguí que me lo contara. Se llama Frank Campbell y...

Cuando pronunció aquel nombre, Mujer Fantasma se quedó tan quieta como si la hubieran convertido en una estatua. Su hermano, en cambio, se puso en pie de un salto.

—¿Frank Campbell? —repitió en un tono casi tembloroso—. ¿Estás segura de que...?

—Sí, es un hombre de unos treinta y cinco años, no muy alto pero musculoso, con el pelo y los ojos oscuros. Ahora mismo ostenta la estrella de plata en Silverville. —Y al reparar en la creciente conmoción de ambos, Grace preguntó—: ¿Le conocéis, entonces?

—Demasiado bien, por desgracia —escupió Coyote Negro—. Campbell fue uno de los capitanes con los que el coronel Chivington asoló nuestro poblado, Sand Creek, hace ocho años. Y el responsable de que mi hermana acabara en ese burdel en el que os conocisteis.

Las hojas de astrágalo que Mujer Fantasma había extraído del saquito de mahkha nowas cayeron sobre su regazo cuando se tapó la cara con las manos. Grace los observó a ambos unos segundos, con la boca entreabierta por la sorpresa, hasta que rompió a reír.

Fue una reacción tan espontánea que no pudo contenerse ni siquiera cuando los demás le devolvieron una mirada perpleja. Siguió riendo durante un rato, saltándosele casi las lágrimas, hasta que, al reparar en el ceño fruncido de Coyote Negro, logró decir:

—Por favor, perdonadme, es solo que ni en mis mejores sueños podría haber imaginado algo como esto. —Y se pasó una mano por los ojos—. Santo Dios, es fantástico...

—Si tuviera que escoger un término para definirlo, no sería ese —le

espetó el joven.

—No me he expresado bien. Lo que ocurre es que he venido a hablar con vosotros para descubrir qué secreto escondía Campbell, convencida de que tenía relación con los cheyennes..., ¡y de repente me entero de que estuvo implicado en el mayor genocidio que se ha cometido contra vosotros hasta el día de hoy! —Un poco más tranquila, negó con la cabeza mientras apoyaba una mano en el hombro tembloroso de su amiga—. ¡Casi parece como si el destino hubiese querido que nuestros caminos se cruzaran de nuevo!

—¿Cómo has sabido que fue nuestra gente quién lo atacó? —inquirió Coyote Negro.

—El propio Campbell me lo contó cuando le pregunté quién le había disparado una flecha en el costado. No usó la palabra «emboscada», pero el sentido estaba muy claro.

—Ya veo... Me imagino que no mencionaría tampoco que formó parte del ejército hasta que, cuando el temor a las represalias de sus superiores por lo ocurrido en Sand Creek le hizo convertirse en un desertor, se apresuró a darse a la fuga —explicó Coyote Negro, encendido de furia—. Encontró a mi hermana entre los pocos niños que habían conseguido sobrevivir y la subió a su caballo para venderla a los blancos, probablemente para tener con qué vivir hasta que hubiera desaparecido del todo. Puede que en el fondo tengas razón, Asesina del Alba: nuestro encuentro ha sido providencial.

—Un momento —intervino Mustang, y alzó una mano—. Comprendo cómo te sientes, pero deberías tratar de calmarte antes de tomar una decisión. Me temo que no serviría de nada que cabalgaseis hasta Silverville para acabar con ese miserable...

—¿Cómo puedes decir algo así? —exclamó Coyote Negro; Grace también lo miraba con estupefacción—. ¡Precisamente tú, a quien encarcelaron por proporcionarnos rifles!

—Si os los di no fue para atacar a vuestros enemigos, sino para defenderos —repuso Mustang sin dejarse amedrentar—. Sabes que la vida de un cheyenne vale para mí más que cien de los de mi raza, pero en cuanto os acerquéis a ese lugar os matarán. No es un fuerte comandado por soldados, pero los vecinos tienen suficientes armas de fuego para acabar con vosotros. No podéis perder a más hermanos, no por culpa de Campbell.

—¿Vas a hablarme de masacre precisamente a mí, Caballo Salvaje? —le preguntó el joven jefe en un tono más quedo, casi un susurro—. ¿Después de haber presenciado en Sand Creek cómo los nuestros eran aniquilados uno a uno por Chivington, a pesar de ser un asentamiento de ancianos, mujeres y niños sobre el que ondeaba la bandera blanca?

Había apretado tanto los puños que sus nudillos casi estaban pálidos. Dio un par de pasos hacia Mustang, quien lo miraba con una expresión entre preocupada y resignada.

—¿Quieres saber lo que presencié esa noche? Tenía quince años y lo recuerdo a la perfección, como si hubiera sucedido ayer. Los propios rostros pálidos se escandalizaron de lo que contaron vuestros periódicos, de las historias de los tipis incendiados y de los caballos robados, pero no comentaron nada sobre los niños y mujeres a los que los hombres de Chivington abrieron la cabeza a culatazos. No vieron cómo les arrancaban el cuero cabelludo, ni cómo les cortaban los dedos y las orejas para quedarse con sus joyas. No me olvidaré nunca de cómo uno de los soldados, con su glorioso uniforme azul, abrió el vientre de una de mis tías para arrancarle a la criatura a la que pronto habría dado a luz. Muchos de sus compañeros hicieron lo mismo y, cuando de Sand Creek no quedó más que humo y ceniza, se marcharon a Denver entre risotadas, cabalgando con los despojos sangrientos de cientos de cheyennes prendidos en la ropa a modo de condecoraciones.

Ni Mustang ni Grace se atrevieron a decir nada; Mujer Fantasma había agachado la cabeza para que no la vieran sollozar. Su hermano siguió diciendo entrecortadamente:

—¿Y quiénes fueron los valientes que hicieron eso? Los soldados norteamericanos, los que nos acusan de ser incivilizados. ¿Quiénes fueron juzgados cuando fue imposible acallar los rumores sobre lo ocurrido? Chivington y sus perros de presa, los mismos que días más tarde fueron absueltos sin ningún cargo. —Coyote Negro negó con la cabeza, sin apartar los ojos de Mustang—. No me pidas que tenga con los vuestros la compasión que ellos no han tenido nunca con los míos, Caballo Salvaje. No después de haberles visto convertirse en las bestias más crueles que han poblado nuestras tierras.

—Supongo que tienes razón... Yo también desearía ajustar cuentas con

Campbell si hubiera tomado parte en la matanza de mi familia —admitió Mustang de mala gana—. Pero eso no me hace estar menos preocupado por lo que pueda ocurrirnos si tratáis de atacarle.

—Recuerda que estás hablando con cheyennes, no con un pueblo de las praderas cuyos únicos intereses son la caza y la religión —intervino Grace, que le puso una mano en la rodilla—. Son guerreros desde la cuna, viven enteramente para proteger a los suyos...

—Pero Coyote Negro se ha convertido en nuestro líder —susurró Mujer Fantasma—, y nuestro padre siempre decía que un líder no debería pensar como un guerrero. Cuando se está al frente de un pueblo, todos los pensamientos deben estar orientados hacia la paz.

—Y puede que nuestro padre se equivocara, por mucho que nos duela pensarlo —la atajó su hermano—. Si no hubiera confiado en los blancos, aún estaría con nosotros.

Mujer Fantasma prefirió no responderle. Grace no la había visto tan desasosegada desde las noches en el Castillo de Eve, lo cual le hizo sentirse un poco culpable. Coyote Negro había empezado a deambular por el tipi con los brazos apretados contra el pecho.

—Si ese malnacido se encuentra en Silverville, juro por Maheo que no le permitiré escapar por segunda vez. Iré ahora mismo a hablar con los hombres de la tribu para que...

—No —le interrumpió Grace, y Coyote Negro dejó de caminar para mirarla—. Esta no es una decisión que convenga tomar a la ligera. Caballo Salvaje tiene razón: el pueblo está repleto de hombres armados que no dudarían en dispararos en cuanto os vieran aparecer.

—¿Y crees que eso podría darnos algún miedo habiendo sobrevivido a Sand Creek?

—No estoy hablando de miedo, Coyote Negro, sino de sentido común. Estás muy equivocado si piensas que voy a consentir que un solo cheyenne pierda la vida en Silverville.

—Pero todos los que están en el campamento opinarán lo mismo que yo —contestó el joven sin relajar el ceño—. Hemos pasado años buscando a Campbell en las tierras que los suyos nos arrebataron sin comprender cómo había conseguido esfumarse. Supongo que estaría tan asustado que optó por

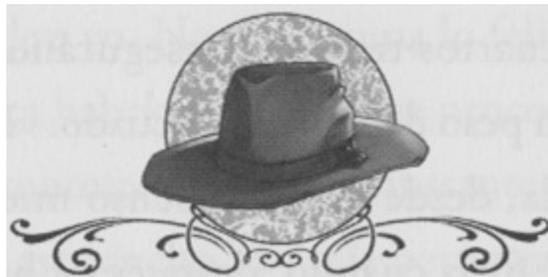
esconderse en ese pequeño pueblo, convencido de que el nombre de su *sheriff* nunca llegaría a nuestros oídos. Bueno, espero que se haya encariñado con Silverville: muy pronto su guarida se convertirá en su tumba.

—Pareces haber olvidado que, si habéis dado con él, es gracias a mí. Además, Frank Campbell es uno de los responsables de la muerte de mi padre. Los dos tenemos derecho a vengarnos, pero debes hacerme caso: si te pido que esperemos, es por una buena razón.

A juzgar por cómo ardían los ojos de Coyote Negro, nada de lo que Grace pudiera pedirle le supondría más esfuerzo que eso. La joven se levantó para apoyar las manos en los brazos cruzados del guerrero mientras Mustang y Mujer Fantasma los observaban.

—Confía en mí —le pidió en voz más baja—. Te he querido como a un hermano y te he admirado como a un líder, y lo último que deseo es arrebatarte tu venganza. Pero, si la llevas a cabo siguiendo mis indicaciones, te prometo que no será dulce, sino embriagadora.

CAPÍTULO XLV



Hasta pasada la medianoche Grace no pudo retirarse al tipi que Mujer Fantasma había hecho preparar para ellos y, cuando por fin se dejó caer sobre la cama, estaba tan cansada que creyó que volvería a quedarse dormida con la ropa puesta. Al menos tenía motivos para sentirse satisfecha: después de haber escuchado su plan, Coyote Negro no puso ni un solo reparo a lo que había ideado. Mientras compartían con el resto de la tribu un delicioso asado de búfalo aderezado con verduras tin'psila pejuta, la joven lo miró varias veces de reojo y distinguió en sus ojos un destello con el que estaba más que familiarizada. «No va a detenerse hasta salirse con la suya. Es justo lo que necesitaba: poder contar con alguien tan entregado a esta causa como yo».

Despacio, se desabrochó el vestido y lo dejó caer sobre la estera. Hizo lo mismo con las enaguas, los pololos y el corsé; cuando estuvo solo con la combinación de seda, se deslizó debajo de las pieles. Era un auténtico placer estar acurrucada en esa tienda cálida sabiendo que al fin podría disfrutar de una noche de tranquilidad. Alzó la vista hacia la parte superior del tipi, por

donde sobresalían los palos de la estructura y el humo escapaba al exterior, y observó durante un rato las estrellas, que tintineaban muy por encima de su cabeza como si quisieran advertirle algo. En Denver nunca las había visto brillar así, ni mucho menos en Silverville; quizá lo que había en las ciudades no les llamaba tanto la atención. Ahogando un bostezo con la mano, se cubrió más con las pieles y empezaba a adormecerse cuando Mustang entró en la tienda.

No hizo más ruido que un cheyenne acostumbrado a moverse con los ojos cerrados por el campamento. El resplandor de la hoguera convertía su sombra en la de un gigante sobre las pieles de bisonte que cubrían el tipi. La joven lo siguió con los ojos mientras se dirigía a la cama situada al otro lado, preguntándose si el hecho de que esa noche le pareciera más atractivo que nunca se debía a que por fin se sentía en paz consigo misma.

—¿Has hablado con Coyote Negro de lo que te expliqué? —preguntó en voz baja. Él asintió con la cabeza y se acomodó en el borde de la cama para quitarse las botas—. ¿Está de acuerdo con partir mañana por la mañana, aunque les toque esperar unos días más allí?

—Ha pasado ocho años preparándose para ese momento; no creo que unas horas supongan una gran diferencia —replicó Mustang. Dejó las botas en la estera antes de sacarse por la cabeza la polvorienta camisa—. Es rencoroso como él solo.

—Me suena de algo —sonrió Grace—. ¿Sabes si va a acompañaros alguien más o...?

—Toda la tribu, parece ser. Ahora mismo acaba de explicárselo a los demás y no he visto a nadie que no alzara la mano como voluntario. Va a ser una auténtica escabechina.

—Y pensar que me lo voy a perder... Bueno, espero que me lo cuentes todo después.

Mustang no contestó a esto. Se tumbó en la cama con los brazos estirados y clavó los ojos en las estrellas, como había hecho Grace unos minutos antes. La joven lo contempló durante un rato hasta que levantó un poco las pieles con las que se cubría.

—¿No te apetece venir conmigo? —le preguntó. Él tardó tanto en responder que se dio cuenta de que algo le ocurría. No obstante, no

comprendió lo que era hasta que dijo:

—¿Cómo conseguiste que el *sheriff* Campbell te confesara dónde tenía esa cicatriz?

Sobre la tienda descendió un silencio tan denso que Grace casi pudo oír las conversaciones de los tipis cercanos. Quizá debería haber imaginado que llegaría aquel momento, pero habían sucedido tantas cosas últimamente que no se le había ocurrido...

—No me lo confesó. Le dije que... tenía un desgarrón en la camisa y que se lo podía remendar mientras esperábamos a que regresaran sus ayudantes. Entonces me fijé...

—Al menos podrías dejar de lado las mentiras cuando hablas conmigo —replicó Mustang sin mirarla a la cara—. Si es que la palabra «sinceridad» aún significa algo para ti.

Lo dijo en un tono que consiguió que se le encogiera el estómago, aunque Grace no estaba dispuesta a sentirse culpable. No habiendo tenido siempre tan claras sus prioridades.

—Está bien, tú ganas. Tuve que acostarme con él esta mañana aprovechando que estábamos en su habitación y que sus hombres nos habían dejado solos. No fue ningún plato de gusto, pero sirvió para... —Se quedó callada cuando Mustang se volvió por fin hacia ella—. ¡Tenía que cumplir con mi parte del trato! Les prometí a los Rivers que me ocuparía de que las fuerzas del orden no se encontraran en sus puestos cuando...

—Y, obviamente, no había ninguna otra manera de distraer a Campbell. Es curioso que hayas podido llevar a cabo un auténtico despliegue de imaginación con todo lo demás.

Sus ojos eran como dos flechas indias en la penumbra, atravesándola de un modo que casi hizo que se sonrojara. Grace se esforzó por mantener la calma mientras echaba hacia atrás las pieles para sentarse en la cama. Al parecer, la noche no iba a ser tan placentera.

—Te recuerdo, por si lo has olvidado, que ese hombre fue uno de los que acabaron con mi padre. ¿Qué clase de placer crees que podría encontrar en hacer esas cosas con él?

—Eso tendrías que preguntártelo a ti misma. Ya eres lo suficientemente adulta para entender la diferencia entre saber usar tus armas y entregarte a

alguien a quien detestas.

—¿Quieres dejar de echármelo en cara de una maldita vez? —exclamó ella. No podía soportar que siguiera mirándola así, como si nunca se hubiera encontrado con nada más decepcionante—. ¿Crees que a estas alturas de mi vida necesito contar con un aya que me diga qué es correcto y qué no, qué es aprovecharse de los demás y qué es...?

—Tienes razón: no tengo ningún derecho a recriminártelo. —También Mustang se sentó en la cama, con los pies apoyados en la estera—. Porque tú y yo no somos nada, ¿no?

Aunque seguía rabioso, había tanta resignación en su voz que Grace tragó saliva.

—Es culpa mía —continuó él al cabo de unos segundos—. Debería haber recordado la promesa que te hice en Denver: no tenía derecho a esperar nada más por tu parte, no podía pedirte que me quisieras. Bien pensado, puede que hubiese sido mejor haberme negado a trabajar para ti, aunque eso me hubiera enviado de vuelta a la prisión.

—No digas esas cosas —susurró Grace con un nudo aún mayor en el estómago—. Sabes de sobra lo mucho que te aprecio. Probablemente más que a ninguna otra persona.

—Contéstame solo a esto: ¿habrías dejado que estrecháramos lazos como lo hemos hecho si no hubieses sabido desde el principio que podría resultarte de utilidad?

—¿Cómo puedes hablarme así? ¿Insinúas que lo único que he hecho ha sido usarte?

—Dado que desde que te conozco no te he visto hacer otra cosa, me imagino que yo no tenía por qué ser una excepción. Espero que por lo menos hayas quedado satisfecha.

Aquello hizo que la cólera de Grace ascendiera por su garganta como la lava por una chimenea volcánica. Se puso en pie tan precipitadamente que casi tropezó con la estera.

—¿Y qué otra cosa debería haber hecho, según tú? ¿Conformarme con vivir en casa de mi padre fingiendo que no sé lo que le hicieron las personas que hasta ahora habían disfrutado de una vida plena? ¿Enterrar el hacha de guerra para que nadie me acuse de ser una maquiavélica? —Sacudió la

cabeza, lo que hizo ondear su melena—. Te lo dije hace días en la guarida de los Rivers: solo abandonaré esta partida cuando me hayan vencido.

—Y ese convencimiento de que uno tiene derecho a vengarse lo justifica todo, por supuesto —contestó Mustang—. Incluso volver a vender tu cuerpo como lo hacías antes.

La bofetada que le asestó Grace resonó como un trueno en la tienda. Él ni siquiera se inmutó; ella, en cambio, se había puesto roja como la grana. La voz le tembló al decir:

—No te consiento, escúchame bien, ¡no te consiento que me hables así! ¿Qué sabes tú de lo que es venderse a alguien a quien odias con toda tu alma? Si por el hecho de ser una mujer no se me permite hacer cosas que para vosotros son perfectamente normales, ¡no pienso renunciar al único poder que los hombres nos habéis permitido tener! ¡Y si he de servirme de mi cuerpo como si fuera un arma, te aseguro que lo haré cientos de veces si es necesario! ¡Me acostaría con el mismísimo Lucifer si con eso pudiera hacer que Sullivan, Lawrence y Campbell acabaran exactamente igual que el reverendo Cross!

—Estás loca —respondió Mustang—. Estás loca y te he perdido. Quizá nunca te tuve.

A Grace se le enredaron las palabras en la garganta cuando se levantó y se dirigió a la abertura de la tienda. Se apresuró a salir tras él, descalza y desmelenada.

—¿Adónde crees que vas? —lo llamó a gritos. Un par de cheyennes que se habían parado a hablar junto a un tipi se volvieron para mirarles—. ¡Aún no he acabado contigo!

—Lo hiciste hace tiempo, Grace. Pero descuida: a partir de ahora te será mucho más sencillo seguir con tu partida. Cuanto antes retires las piezas que ya no te sirven, mejor.

—¿Qué estás...? ¡Mustang, espera! —Corrió para agarrarle de un brazo, pero no consiguió que se detuviera. De pronto se sentía desfallecer—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Que espero de corazón que tengas éxito, aunque no creo que me entere. Cuando por fin culmines tu venganza, no me tendrás a tu lado para celebrarlo. —Y tras contemplarla en silencio durante unos segundos, se soltó de su mano—. Suerte, Asesina del Alba.

Se alejó entre las tiendas y los carros sin dirigirle una mirada más, y lo único que pudo hacer Grace fue observar con los ojos muy abiertos cómo la oscuridad se lo tragaba. Sentía la boca rebosante de reproches, tantos y tan furibundos que no fue capaz de articular ni uno solo en voz alta. Dio una fuerte patada en el suelo, haciéndose daño con una piedra demasiado afilada que se habían olvidado de retirar, y acababa de agarrarse el pie descalzo entre gemidos cuando le llegó el suave rumor de unas pisadas.

Era Mujer Fantasma, y no parecía demasiado sorprendida por su cólera. Traía en la mano un pequeño cuenco que despedía un extraño olor mezcla de hierbas y de grasa.

—Ungüento para la magulladura de tu cara —anunció mientras se lo enseñaba—. No hará que la piel recupere antes su color, pero evitará que se te hinche todavía más la mejilla.

—Muchas gracias, pero no hace falta —replicó Grace. Pasó de largo junto a ella para regresar al tipi—. Lo he pensado mejor y creo que haría bien volviendo esta noche a casa.

La muchacha enarcó las cejas, pero se limitó a seguirla en silencio hasta el interior de la tienda. Una vez dentro, se quedó observando cómo Grace recogía todas las prendas que se había quitado para ponérselas de nuevo. «¿Cómo se atreve? ¿Cómo?».

—¿De verdad son necesarias las prisas? —preguntó la princesa—. ¿Qué ha ocurrido?

—Nada. Nada inesperado, al menos. —Terminó de atarse el corsé con ciertas dificultades y comenzó a ponerse las enaguas—. Considerando la cantidad de frentes abiertos que tengo en Silverville, lo más sensato será que me haga cargo de ellos personalmente. Dudo que Caballo Salvaje pregunte por mí, pero si lo hace —dio un rabioso tirón a la segunda enagua para abrochársela— no te molestes en darle explicaciones.

Los dedos le temblaban tanto que no atinaba a encontrar los cierres, y en un brote de desesperación le dio tantos tirones que la rasgó. Mujer Fantasma se acercó para ayudarla, fingiendo no darse cuenta de cómo se estremecía la barbilla de su amiga.

—Has discutido con él —dijo al cabo de un rato, y no era una pregunta—. ¿Por qué?

—Porque no comprende nada. Porque es un maldito bronco testarudo incapaz de atender a razones. Se ha empeñado en que estoy equivocándome con todo esto, en que mi afán por impartir justicia está haciéndome perder el norte...

—Y yo pienso lo mismo —reconoció Mujer Fantasma, sin inmutarse ante la mirada que le lanzó Grace—. Te lo habría dicho antes que él si hubiésemos podido hablar a solas, pero no creo que me hubieras hecho ningún caso.

—¿Cómo puedes pensar eso? —preguntó Grace, perpleja—. ¡Tú también acabaste en ese agujero hace ocho años por culpa de Campbell! ¡Si alguien se merece ser castigado, es él!

—¿Y acabar con Campbell hará que me sean devueltos cada uno de los días que pasé en aquel lugar? ¿Cambiará lo ocurrido para que esos recuerdos dejen de hacerme daño?

—Tú no puedes entenderlo —susurró Grace—. No llegaron a tocarte, no les dio tiempo a hacerlo. Si tus recuerdos son dolorosos, los míos son una agonía. Los recuerdo entrando y saliendo de mí como puñales, abriendo una herida que no ha dejado de sangrar. Tendría que estar loca para olvidarlo, para intentar perdonarles...

—¿Piensas que a mí no me hirió lo que tuve que presenciar en Sand Creek? Lo que les hicieron a mi padre, a mis hermanos... ¿Eso no sería un buen motivo para vengarse?

Grace abrió la boca para contestar, pero no se le ocurrió qué decir. Sintiéndose un poco avergonzada, dejó que Mujer Fantasma le pasara por la cabeza el vestido negro, se lo ajustara al cuerpo y se lo abrochara en la espalda.

—Temo por mi hermano. Se parece demasiado a ti y está ebrio de cólera ahora mismo. Tengo miedo de que fracase, pero también de que tenga éxito.

—Sigo sin entenderte. ¿Qué peligro puede haber en alcanzar esa meta?

—La venganza solo genera más venganza. Por cada crimen que comete un ser humano, otro promete ajustar cuentas con él tarde o temprano. —Mujer Fantasma dejó escapar un suspiro—. Y de ese modo la rueda no dejará de girar y algún día acabaremos devorándonos unos a otros, como las más innobles de las bestias que pueblan esta tierra.

—Supongo que, si yo me parezco a Coyote Negro, Caballo Salvaje es

como tú —murmuró Grace. Se había quedado mirando las botas de Mustang, abandonadas sobre la estera—. No imaginas lo que daría a cambio de que fuera más comprensivo conmigo...

—Aun así, le quieres —comentó la princesa.

Grace dudó un momento.

—No..., no estoy del todo segura. Ni siquiera sé si puedo seguir queriendo..., si no he perdido del todo esa capacidad. Mi corazón está tan inundado de oscuridad ahora mismo que no queda ni un resquicio por el que pueda entrar la luz. —Incluso ella misma pareció desconcertada por sus palabras. Sacudió la cabeza, repentinamente apesadumbrada—. Es como si alguien hubiera arado un campo con sal para que ya no pudiese crecer nada en él.

—Entonces ellos han vencido —dijo con tristeza su amiga—. Te lo han arrebatado todo.

Un minuto más tarde, abandonaban el campamento en la dirección en que se encontraban los caballos. Mujer Fantasma ató una cuerda alrededor de la cabeza de uno cobrizo y le dio a Grace el extremo después de que hubiera montado en la silla bordada.

Estaba a punto de despedirse de la princesa cuando esta le agarró una mano y le susurró:

—Caballo Salvaje es el blanco más noble que hemos conocido. No dejes que esto os separe, aunque te haga renunciar a alguno de tus objetivos. Nunca te lo perdonarías.

—Mujer Fantasma... —comenzó Grace, pero, antes de que pudiera antes de que pudiera seguir, la joven se dio la vuelta para regresar al campamento. En la oscuridad los tipis le recordaron a las olas embravecidas de los océanos que aún no había conocido, un mundo en el que la gente amaba, reía, sufría y moría, pero que, al parecer, a ella le había sido vedado. Mustang aún estaba ahí, una entre cientos de almas, tan lejos de Grace como si pertenecieran a dimensiones diferentes. ¿No había sido siempre así, en realidad? ¿No se movía acaso en un universo propio en el que solo existía la venganza?

Tardó un rato en reparar en que se le habían inundado los ojos de lágrimas. Furiosa consigo misma, con él y con todo, clavó los talones con tanta rabia en los costados del caballo que el animal relinchó asustado antes de lanzarse a

cabalgar. La noche la acogió como un amante paciente, susurrándole al oído que no prestara atención a los consejos de nadie. «Si no pueden comprender tu lucha, que aprendan cuanto antes a vivir sin ti».

CAPÍTULO XLVI



Cuando recordara muchos años más tarde lo que ocurrió la noche siguiente, el reverendo Joyce seguiría empeñado en sostener que había sido culpa del viento. Era casi medianoche y sus pasos arrancaban unos ecos siniestros al interior de la iglesia, que con sus vigas sin pintar hacía pensar en el esqueleto de alguna especie de cetáceo de madera.

Ni siquiera él sabía muy bien qué le había conducido hasta allí. Habían sucedido tantas cosas en las últimas horas que se encontraba demasiado inquieto para conciliar el sueño. Aquella tarde había tenido lugar un improvisado conciliábulo en el salón de baile de Silverville, al que se había visto arrastrado por sus feligreses. Decir que se encontraban furiosos con Max Lawrence sería quedarse corto; no había servido de nada la insistencia de sus antiguos clientes, puesto que el banquero aún no les había dado ninguna explicación sobre lo que pasaría con sus ahorros desde el robo del día anterior. Joyce no habría querido estar en su piel, por muy elegante y poderoso que pudiera ser ese hombre.

—... Huyendo ayer a casa de su suegro como una rata, el cochino ladrón.

Apuesto lo que sea a que, en cuanto nos descuidemos, tratará de escaparse del pueblo a escondidas.

—No podrá hacerlo, Jack: hay granjeros montando guardia para impedir que nos deje en la estacada. ¡Tarde o temprano Lawrence tendrá que responder ante nosotros!

—Pero ¿y si de veras no tiene con qué pagarnos? —Se inquietó la señora Chadler.

—Chastity, ese no es nuestro problema —repuso su marido—. Si depositamos nuestra confianza en su banco, lo mínimo que puede hacer ahora es dar la cara como un hombre.

—Están podridos, todos ellos —murmuró la señora Miller—, tanto los Lawrence como los Sullivan. ¿No recordáis lo que nos contó el espíritu del reverendo Cross en casa de los Mallory?

—«El tronco aún está en pie, más corrupto y más maligno que nunca» —citó en voz alta la señora Young a la derecha del reverendo Joyce, que trataba en vano de abrir la boca para pedir un poco de prudencia—. Fue un Sullivan quien lo mató, y el alma en pena de John Mallory, que Dios lo tenga en su seno, insinuó que también lo asesinaron a él.

—¿Y qué pasa con el *sheriff*, que siempre ha sido uno de sus acólitos? ¡No veo que se encuentre ahora con nosotros, como tampoco estuvo en su puesto durante el atraco!

Las voces fueron aumentando más de volumen, y para cuando todos se marcharon, a Joyce no le habría extrañado que se presentaran en casa de los Lawrence para linchar al banquero. «No, no le envidio en absoluto —pensó mientras deslizaba una mano sobre el altar, cubierto por una capa de serrín por culpa de las obras—. Ni siquiera ahora que sé lo que hubo entre él y la señora Wilcox. La señorita Wilcox, mejor dicho».

Joyce había pensado en Pepper mucho más de lo que le habría gustado, aunque no estuviese dispuesto a admitirlo. Su sonrisa eufórica continuaba danzando ante sus ojos mientras empezaba a ascender la escalera de la torre, con una pequeña lámpara que había prendido al entrar en la iglesia. Nunca había creído mucho en los fantasmas, pero, si lo que susurraban las vecinas era cierto, el de su predecesor, por virtuoso que fuera en vida, causaba muchos problemas en Silverville. «Ojalá no hubieran subido nunca a la casa de esa tal

Grace Mallory. ¿Cómo es posible que las cosas se estén torciendo tanto?».

Pero no había rastro del alma en pena de Cross en su templo ni se oía nada aparte del bramido del viento alrededor de la torre. Joyce ascendió con una mano en la áspera barandilla que aún no había habido tiempo de barnizar. Las sombras parecían retroceder a su alrededor cuando hacía girar la lámpara para inspeccionar cada uno de los polvorientos rincones. Pasado un rato comprendió que se estaba comportando como un crío, y eso le hizo suspirar y detenerse ante una de las ventanas. «Quizás estén en lo cierto y este no acabe siendo nunca mi hogar. Silverville parece una causa perdida».

Como una gárgola sobre el mar de tejados, se preguntó cómo se suponía que tenía que ganarse el respeto de un rebaño que, como había demostrado de sobra, no lo quería como pastor. Cerró los ojos unos segundos, dejando que el viento le revolviere el pelo. Cuando quiso darse cuenta, pensaba de nuevo en Pepper y en su bebé, y hasta se preguntaba si no habría nada que él pudiera hacer por esa pobre chica.

Preocupado por el rumbo que tomaban sus ideas, abrió los ojos para echar un último vistazo a Silverville cuando reparó en algo, cerca del muro de la iglesia, que al principio le extrañó, pero que le acabó helando la sangre. Una silueta se deslizaba como si flotase entre los rosales del jardín, brillando como una luciérnaga en la noche. Al joven se le abrió la boca, aunque no fue capaz de gritar; la frente se le cubrió de sudor mientras observaba de hito en hito cómo rozaba con sus vestiduras, que se agitaban a sus espaldas como una estela fosforescente, uno de los bancos del jardín.

—Padre nuestro que estás en el cielo —se oyó murmurar de repente. Pero aquello no hizo que dejara de ver lo que estaba viendo ni que el fulgor de la silueta se apagara. Sus ojos continuaron prendidos sobre ella cuando rodeó sin hacer el menor ruido la torre y se dirigió al otro extremo del jardín. «No puede ser», se dijo, y echó a correr por el siguiente tramo de escalera para alcanzar otra ventana. «No, ¡esto no es real!».

Pero allí seguía el espíritu, un fuego fatuo en medio de las sombras empeñadas en apoderarse de Silverville. Se había detenido junto a la fuente, con las manos a ambos lados del cuerpo y la cabeza alzada hacia el oscuro cielo. Cada vez más aterrorizado, el joven sacó medio cuerpo por la ventana para tratar de distinguir su rostro, aunque no era más que una mancha luminosa

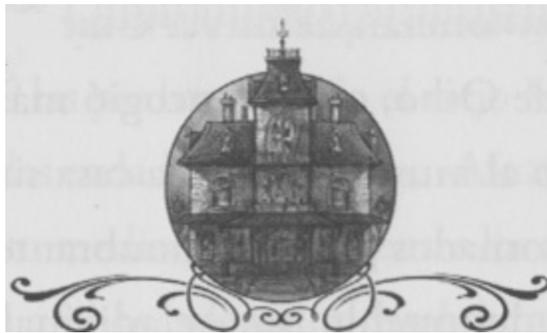
desde su posición... Y entonces fue cuando sucedió.

Lo hizo el viento, quiso creer horas después; lo hizo el viento y nada de aquello fue culpa suya, porque la lámpara continuaba firmemente asida en su mano a pesar de lo mucho que le temblaba. Zarandeada por las corrientes que soplaban desde las Montañas Rocosas, dejó escapar un par de chispas que cayeron sobre el jardín y que, tras revolotear durante unos segundos en el aire, alcanzaron las vestiduras ectoplasmáticas de aquel ser.

El chillido que dejó escapar cuando su ropa se incendió casi hizo que el reverendo perdiera el equilibrio. Paralizado, contempló cómo el fuego envolvía al fantasma hasta convertirlo en una tea que corría de un lado a otro, sin dejar de emitir aquellos alaridos que, como comprendió con creciente espanto, se parecían demasiado a los de alguien de carne y hueso. Lo vio avanzar por uno de los senderos, chocar contra un seto, girar sobre sí mismo y abandonar el jardín a ciegas, manoteando para tratar de apagar el incendio que lo consumía. Las primeras ventanas habían empezado a abrirse y algunos vecinos señalaban a la aparición infernal que, tras cruzar Main Street sin dejar de vociferar, había tropezado con el abrevadero del saloon y había caído de bruces en él.

Ninguno se atrevió a acercarse hasta que el agua apagó las llamas culebreantes y el fantasma dejó de retorcerse; cuando el cantinero lo sacó tirando de sus ropajes, nadie pronunció una palabra. La mitad de la cabeza había sido devorada por el fuego y no era más que una calavera carbonizada y humeante, pero cuando le dieron la vuelta pudieron reconocer uno de los ojos castaños, los rizos rubios y la cara redonda de Honey Hensley.

CAPÍTULO XLVII



Grace esperaba poder acordarse de la ruta que habían seguido horas antes, pero en el viaje de vuelta se despistó en un par de ocasiones y tardó casi un día entero en regresar a Silverville. Para cuando distinguió en medio de la noche los tejados de las primeras granjas, tenía la cara y las manos tiznadas por la polvareda del camino y estaba tan extenuada que los músculos casi no le respondían. Conteniendo un suspiro, desmontó del caballo cobrizo en la trasera de la propiedad y se encaminó con él hacia los establos.

Le extrañó que los demás animales estuvieran tan alterados. Muchos piafaban sin parar y sacudían las cabezas, y el pequeño Maltés no dejaba de encabritarse en su pesebre como si tratara de prevenir a su ama de algún peligro invisible. Grace se quedó un rato a su lado acariciándole el cuello hasta que consiguió que el bronco se tranquilizara. Tardó unos minutos en darse cuenta de que estaba hablándole en susurros como hacía Mustang cada vez que los cepillaba. Aquello le puso de nuevo un nudo en la garganta, pero

cerró los ojos y se obligó a recobrar la calma antes de dirigirse a la puerta trasera de la mansión.

—¿Honey? —llamó en voz alta al entrar en la cocina—. ¿Sugar? ¿Pepper? ¿Estáis...?

Las palabras murieron en sus labios. Había alguien sentado a la mesa de la cocina, pero no era ninguna de las chicas del Silver Garden. La luz de un candil arrancó destellos al ojo de cristal de Cole Rivers, quien alzó la cabeza para recibirla con una oscura sonrisa.

—Hola, preciosidad —la saludó—. Empezaba a temer que no fueras a regresar nunca.

Grace abrió la boca, pero fue incapaz de hablar. El bandido se había acomodado en una silla para examinar con calma la cubertería de los Mallory, extendida sobre la mesa.

—Tu familia no se llevaba cualquier cosa a la boca, desde luego —comentó, mirando atentamente el mango de una cuchara—. «Copeland & Biederhase, 1856». La plata será de vuestras minas, claro. —La devolvió a la mesa—. Siempre tan refinados, tan sibaritas...

—¿Dónde están mis criadas? —consiguió preguntar la joven—. ¿Qué les has hecho?

—No he visto a nadie, y eso que he recorrido las habitaciones una a una. De algún modo tenía que conseguir que el trayecto desde nuestra guarida mereciera la pena, ¿no?

Señaló con el mentón las demás cosas que había sobre la mesa. Grace reconoció las joyas que había conseguido que le devolvieran, un broche de amatistas que pertenecía a *madame* Gardiner y un par de pendientes que conservaba Sugar de sus días de bailarina.

—Plata por todas partes, mires donde mires —siguió diciendo Cole Rivers, y ahora cogió un tenedor—. ¿No os daba miedo acabar enterrados bajo tanta plata?

—¿Tus hermanos también han venido? —inquirió Grace—. ¿Dónde se encuentran?

—Han preferido quedarse en casa durante una temporada, por lo menos hasta que se hayan calmado un poco los ánimos. No les parecía sensato dejarse caer por Silverville a las pocas horas de haber vaciado por completo

su banco. Pero eso no significa que estén menos enfadados que yo. —Cole examinó con atención las púas, haciendo girar el tenedor ante sus ojos—. ¿Quieres saber qué hemos encontrado dentro de las cajas fuertes?

Hubo un momento de silencio mientras Grace, aprovechando que el bandido no le prestaba atención, se llevaba la mano derecha a la espalda para sacar con la mayor discreción posible la Beretta, escondida dentro de su manga. Cole continuó:

—Prácticamente nada, en comparación con lo que esperábamos robar. Poco más de quince mil dólares entre monedas, billetes, sellos y bonos del estado. —Cuando por fin la miró, su ojo auténtico parecía más oscuro que nunca—. Puede que suponga una pequeña fortuna para tus vecinos, pero, decididamente, no es lo que les prometiste a mis hermanos.

—¿Cómo? —La perplejidad casi hizo que Grace se olvidara de su inquietud—. Eso no tiene ningún sentido... ¡La mina de Silverville siempre ha producido muchos beneficios!

—Sí, eso es lo que creíamos nosotros. Pero, de alguna manera, parece que las cosas han dejado de funcionar como antes, algo de lo que olvidaste advertirnos. Así que —clavó el tenedor en la mesa con tanta brusquedad que Grace retrocedió— hemos dado un golpe maestro a cambio de una miseria, haciendo que el precio de cada una de nuestras cabezas aumentara hasta cinco mil dólares en menos de veinticuatro horas. Es iróni...

Antes de que acabara de hablar, Grace le apuntó a la cara con la pistola, pero Cole estaba preparado; se puso en pie para arrojarle la mesa encima. El golpe envió a la joven contra la pared opuesta, haciéndole soltar la Beretta y más tarde un grito de dolor cuando el bandido, rodeando las joyas desperdigadas por el suelo, se detuvo a su lado para darle una patada en el estómago con todas sus fuerzas. Había olvidado que era uno de esos hombres que siempre necesitaban abofetearla antes de abrirle las piernas, un animal que no encontraba placer más que en el dolor de los demás. La segunda patada le alcanzó en el pecho, y trataba de recuperar el aliento antes de la que sabía que no tardaría en seguirla cuando sus dedos rozaron algo situado junto al pie del bandido.

Era uno de los cuchillos de la cubertería. Jadeando, aferró el mango y se dio la vuelta enseguida para clavárselo a Cole en el tobillo a través de la tela

del pantalón.

—¡Serás puta...! —gritó mientras la sangre teñía los dedos de la joven. Por desgracia para Grace, solo consiguió hundírsele un par de centímetros y, antes de que tuviera la oportunidad de hacer otro movimiento, Cole se lo arrancó conteniendo un quejido. La miró con tanto odio que ella temió que pudiera desintegrarla—. Conque esas tenemos, ¿eh? ¿La gatita quería sacar las uñas? ¿Qué tal si le dan a probar su medicina?

Y diciendo esto, enarboló el cuchillo para hundírsele en la mano izquierda. Grace sintió cómo el filo atravesaba su palma dejándola clavada en el suelo, pero el crujido de la madera al hacerse astillas fue acallado por el alarido que escapó de sus labios. Cole se echó a reír con su ojo sano rezumando aún aquel odio. Removió el cuchillo para abrir más la herida mientras Grace gritaba sin parar, con la cara tan blanca como la nieve.

—Duele, ¿verdad? ¿Por qué creía que estarías más acostumbrada al dolor? —Al cabo de unos segundos de perverso deleite, soltó el mango del cuchillo. Grace no pudo dejar de sollozar ni siquiera cuando metió las manos bajo sus enaguas para agarrar con fuerza sus rodillas. Las apartó a ambos lados, inclinándose sobre ella—. Tendré que recordarte un par de lecciones aprovechando que no está por aquí nuestro querido amigo Mustang.

De pronto volvía a ser una niña de trece años que contemplaba aterrorizada cómo un hombre al que no conocía se desabrochaba el cinturón sin dejar de sonreír. «Más vale que dejes de lloriquear o me aseguraré de que esto te duela de verdad». Inmovilizada por el peso de Cole, cerró los ojos suplicando que acabara cuanto antes, pero el sonido de un disparo le hizo volver al mundo real. Separó un poco los párpados, temiendo lo peor.

Vio el rostro del bandido a escasos centímetros del suyo. Un hilo de sangre brotaba de su boca y recorría el surco de la cicatriz que le atravesaba la cara. A sus espaldas, en la puerta abierta a los jardines, Frank Campbell sujetaba un Cok humeante.

Grace estaba tan espantada que ni siquiera pudo quitarse a su agresor de encima. Tuvo que ser el *sheriff* quien lo hiciera, cayendo a continuación de rodillas al lado de la joven.

—¡Grace! ¡Dios...! —Se había puesto tan blanco como ella al reparar en el cuchillo, pero sus dedos no temblaron cuando lo agarró para sacárselo—.

Tranquila, enseguida te...

Grace dejó escapar otro alarido al sentir cómo el metal abandonaba su carne, dejándola convertida en un amasijo sanguinolento de músculos desgarrados. Se encogió sobre sí misma sin poder dejar de gritar mientras Campbell la rodeaba con los brazos.

—Ya ha pasado —le oyó susurrar contra su oído—. Ya ha terminado, te lo prometo...

—¿Está... muerto? —acertó a murmurar. Cole se encontraba tendido en medio de un charco de sangre cada vez mayor; la bala debía de habersele hundido en la espalda.

—Como el clavo de un ataúd —contestó él—. No volverá a molestarte, tenlo por seguro.

Poco a poco, consiguió que Grace se pusiera en pie y se sentara en la silla que el bandido había ocupado minutos antes. Las lágrimas no dejaban de resbalar por su cara mientras el *sheriff* le limpiaba la herida y se la envolvía en unas vendas que sacó de una alacena. Era tan profunda que, cuando acabó, la mano de Grace parecía la de una momia.

—Haré que Daniels, el médico, venga a verte ahora mismo. No me gusta el aspecto que tiene esto. —Aunque no se atrevió a decírselo, supo lo que estaba pensando: ninguna mano recuperaría del todo la movilidad después de semejante destrozo. Campbell se giró para fulminar con los ojos al bandido—. Era uno de los Rivers. Lo habría reconocido en cualquier sitio. —Después se dirigió a Grace—. ¿No te fijaste en el cartel de mi oficina?

—Sí, pero fue la noche en que encerraste a Mustang... Y con todo lo que ocurrió...

Aquel recuerdo la hizo sollozar aún más. Campbell debió de imaginar que aún era por el dolor, porque se agachó a su lado para abrazarla con ternura. La besó en la frente.

—No te preocupes, es comprensible. ¿Dijo dónde se esconden sus hermanos?

—Sí... —repitió la joven. Una idea había acudido a su mente, brillando en medio del asfixiante dolor como una linterna—. Habló de... una guarida a la que quería llevarme...

—¿Una guarida? —El *sheriff* abrió mucho los ojos—. ¿Por casualidad no

mencionó...?

—Dijo algo sobre un poblado..., una de esas aldeas abandonadas de la montaña. —Se pasó la mano sana por la cara, fingiendo reflexionar—. Queen's... Creo que empezaba así...

—¿Queen's Canyon? —repitió él. Se puso despacio en pie—. Sí, es uno de los pueblos fantasmas del norte. Grace, ¿estás segura de que dijo...?

—Ese es el nombre —asintió ella—. Queen's Canyon. Me sonaba de algo, pero en ese momento estaba tan asustada que no me di cuenta: es el pueblo en el que nació *madame* Gardiner. En una ocasión me habló de la explotación de oro que hubo hace años en él.

—Ha debido cambiar mucho desde entonces. Nunca he estado allí, pero, por lo que tengo entendido, no queda un alma en el lugar. Era de esperar que se convirtiese en un nido para alimañas como esas. —Guardó silencio, debatiéndose entre impulsos enfrentados—. ¿Crees que estarás bien mientras me hago cargo de ese asunto?

—Por supuesto —se apresuró a decir—. No te preocupes por mí, Frank. Subiré a mi dormitorio y me encerraré con dos vueltas de llave hasta que regreses a Silverville.

—Preferiría que no te quedaras aquí, no mientras no pueda encargarme del cuerpo de ese malnacido —reconoció el *sheriff*, señalando a Cole—. Mejor espera a que venga Daniels y, cuando haya examinado tu mano, pídele que te acompañe al pueblo. Estaré más tranquilo sabiendo que esta noche duermes en casa de alguna de nuestras vecinas.

Grace no puso objeciones, de modo que Campbell agarró por los pies a Cole para arrastrar su cadáver hasta los oscuros jardines. La luna se reflejaba en su ojo de cristal como una sonrisa de plata, lo que le daba una apariencia tan viva que la joven se estremeció.

—Creo que fue uno de los hombres que me atacaron ayer por la mañana. Los dos se habían tapado la mitad de la cara con unos pañuelos, pero ese ojo resulta inconfundible.

—Es lo que deduje cuando me enteré de que habían asaltado el banco. Carson, Ross y yo nos hemos pasado el día a caballo para peinar los alrededores y tratar de dar con los Rivers. No hemos podido regresar al pueblo hasta ahora, pero supongo que no habrá ocurrido nada relevante. —

Campbell se encasquetó el sombrero con aire pensativo antes de añadir—: Si encontramos el dinero en Queens Canyon, regresará la paz al vecindario.

—Y Max Lawrence podrá respirar tranquilo, y también su querido suegro —contestó ella, un poco más serena—. No quiero ni imaginar cómo deben de estar pasándolo...

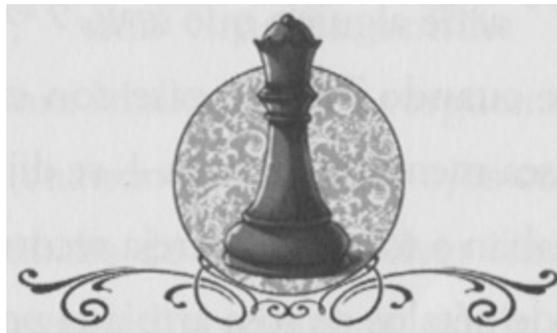
—Ahora que mencionas a Sullivan, acabo de recordar que me había pedido que te diera un mensaje de su parte. —Ante esto, Grace dejó de toquetearse las vendas y volvió los ojos hacia él—. Quiere que sepas que te espera en la mina, aunque no entiendo a qué se refiere. Por supuesto, después de lo que ha pasado será mejor aguardar a mañana.

—Sí —musitó Grace, sin poder dar crédito a lo que oía—. Sí, yo... lo tendré en cuenta.

—Tengo que irme. —Campbell se le acercó para darle un beso de despedida. Ella se había quedado tan sorprendida que ni siquiera pudo reaccionar—. Haz lo que te he dicho, por favor. Espérame en Silverville y reza por mí. Cuando haya acabado con esos tipos...

No hizo falta que terminara la frase; la devoción que había en su mirada hablaba por sí sola. Grace trató de esbozar una sonrisa húmeda y después observó desde el umbral de la casa cómo el *sheriff* montaba en su caballo y se perdía entre las sombras que reptaban por los jardines. Era consciente de que nunca más volvería a verlo, pero estaba tan desconcertada por lo que Sullivan se traía entre manos que lo único que pudo hacer fue correr de nuevo hacia los establos, obligándose a pensar que el momento de saborear su triunfo estaba cada vez más cerca.

CAPÍTULO XLVIII



Madame Gardiner, no entiendo por qué hacemos esto —se quejó Sugar mientras bajaban la colina sobre la que se asentaba la mansión—. ¡Son casi las dos de la madrugada y ni siquiera ha querido decirme adónde vamos! ¡Deberíamos estar en la cama!

—Te aseguro, Sugar, que no es momento para explicaciones —le respondió *madame* Gardiner con voz temblorosa—. Confía en mí, por favor. Tenemos que alejarnos de aquí.

Parecía tan devastada que la muchacha no se atrevió a comentar nada más. Mientras se abrían camino por el sendero infestado de maleza, tan densa que apenas podían avanzar sin que se les enredaran los vestidos, comprendió que el asunto debía de ser muy grave, ya que *madame* Gardiner no le había permitido recoger sus cosas. Lo único que había metido en un hatillo después de llegar mortalmente pálida a la casa habían sido unas mudas de ropa, una hogaza de pan y una botella de leche que cogieron de la cocina.

—Esto se ha convertido en un auténtico polvorín —la oyó susurrar al cabo

de unos minutos, cuando alcanzaron una parte del sendero algo más despejada —. Mucho me temo que quedarnos esta noche en el pueblo equivaldría a firmar nuestra sentencia de muerte.

—¿Qué está diciendo? —exclamó Sugar, más asustada—. ¿Qué ha pasado para que ahora estemos en peligro? ¿Y cómo vamos a irnos de aquí sin las demás?

—Cariño, me temo que nunca más volveremos a saber de ellas. —Ahora el brillo de las lágrimas era más visible en los ojos de *madame* Gardiner—. Pepper se marchó con su bebé ayer mientras hacía la colada, seguramente a casa de Maxim Lawrence. En cuanto a Honey... —La chica la oyó tragar saliva antes de murmurar—: Honey acaba de..., de morir.

—¿Qué? —Sugar se detuvo en seco en medio del sendero—. ¿Cómo que acaba de...?

—La he visto hace un rato en el pueblo, cuando me dirigía a la iglesia para darle al reverendo Joyce nuestra pequeña contribución para la reforma. Estaba tumbada en Main Street, rodeada por un centenar de vecinos. El fuego casi la había devorado por completo...

—¿El fuego...? —Sugar parecía más espantada a cada instante—. Pero tiene que tratarse de un error... ¡Honey subió a acostarse hace horas, después de ayudarme con la vajilla!

—Me temo que nos ha engañado a todas. Alguien debió de encargarle que se paseara por el pueblo de noche con un sudario fosforescente para hacerse pasar por el reverendo Cross. Parece ser que estaba tan impregnado de bencina que una pequeña chispa la convirtió en una antorcha humana.

Estaba convencida de que nunca se arrancaría aquella imagen de la cabeza, de que la Honey sonriente y dicharachera de sus recuerdos había sido sustituida para siempre por una calavera carbonizada en la que, por primera vez desde que la conocía, había creído percibir la sombra del pánico. Sugar se había quedado paralizada por el horror y *madame* Gardiner aprovechó que no estaba en condiciones de protestar para conducirla hasta el puentecillo de madera. Lo único que hacía retroceder a la oscuridad era el reflejo de la luna en el riachuelo, contagiando al agua de un temblor parecido al de las dos mujeres. No obstante, en lugar de adentrarse en el pueblo al alcanzar el otro lado, *madame* Gardiner la hizo rodear las primeras granjas para seguir

difícilmente por la orilla.

Sabía que, si continuaban por aquella ruta, acabarían llegando al cabo de unas horas a Oro City, y una vez allí podrían pedirle a algún comerciante que las llevara a Denver, recurriendo si era necesario a la moneda que estaban más acostumbradas a emplear... Y cuando estuvieran en la capital, ¿qué sería de ellas? ¿Comenzarían una nueva vida juntas haciéndole creer al mundo que eran una madre y una hija que lo habían perdido todo?

—Pero ¿qué pasará cuando la señora Mallory se dé cuenta de que nos hemos ido sin despedirnos? —dijo Sugar al cabo de un rato entre lágrimas—. ¿Qué pensará de nosotras?

—La señora Mallory... —*Madame* Gardiner se esforzó por apartar los ojos de la granja de los Miller—. Me temo que no es quien decía ser, cariño. También ella nos ha engañado.

—¿Cómo puede decir algo así? ¡Es la única que nos ha tratado como seres humanos!

—Porque nos necesitaba para que su plan funcionara. No hemos sido más que peones en su partida, Honey, Pepper, tú y yo. Puede que Mustang también, aunque él debió de descubrir hace tiempo cuáles eran sus intenciones; es más astuto que yo.

—No entiendo de dónde ha sacado eso. ¿Qué le ha hecho pensar que ella querría...?

—Los escuché hablar la tarde en que enterraron al señor. Estaban de pie al lado de las tumbas, debajo de la ventana de mi habitación. La señora trató de pagar a Mustang por haber hecho pasar a un desdichado de Denver por el supuesto John Mallory al que enterramos en los jardines. Todo ha sido mentira, Sugar, una enrevesada mentira: Grace Mallory nos ha...

No le dio tiempo a hablarle de las fotografías de Savannah Milton ni de la extraña aparición del bebé de Pepper. *Madame* Gardiner la agarró con brusquedad por los hombros para que se detuviera y la chica la miró con extrañeza hasta que se dio cuenta, soltando un grito ahogado, de que una sombra aguardaba de pie ante ellas en la orilla embarrada.

—Señora..., ¿señora Young? —susurró *madame* Gardiner al reconocer la esquelética silueta del ama de llaves del reverendo Cross—. Cielos, nos ha dado un susto de muerte...

Hizo que Sugar le pasara un brazo por los hombros para avanzar más rápido por la orilla, pero la expresión con que la anciana las miraba la obligó a aminorar el paso.

—Señora Young —insistió. Nunca se había encontrado ante una persona cuyo rostro destilara tanto rencor—. ¿Qué le ha ocurrido? ¿Pensaba visitar a la señora para...?

—La señora —repitió la aludida, y sonó casi como si escupiera esas palabras—. No ha nacido la mujer que pueda continuar siendo una señora habiendo estado a vuestro lado.

—Tú lo has dicho, Virginia. En este cesto ha habido demasiadas manzanas podridas.

Esta vez la voz sonó a sus espaldas; cuando *madame* Gardiner y Sugar se dieron la vuelta, se toparon con Agnes Miller y Chastity Chadler. Debían de haber salido de la granja en cuanto las oyeron hablar con su amiga, aunque lo hubiesen hecho en susurros.

—Ha sido una auténtica suerte que en los últimos días haya llovido tanto —comentó la señora Miller—. Gracias al barro, hemos podido rastrear las huellas de la ramera lisiada.

—¿Cómo se atreve a hablarnos así? —Se encrespó *madame* Gardiner mientras Sugar, pese a su creciente aprensión, se ponía encarnada de rabia—. ¿Por qué nos han seguido?

—No creerían que nos quedaríamos de brazos cruzados viendo cómo se marchan de Silverville después de haberse reído de nosotras, ¿verdad? —le increpó la señora Chadler.

—Les juro por mi honor que no entiendo de qué hablan. Ni Sugar ni yo nos hemos movido hasta ahora de la casa de los Mallory, de modo que es imposible que...

—¡Por su honor! —exclamó la señora Miller, y su amiga rompió a reír—. Tiene que ser una broma de mal gusto: ¡ni un puñado de valores confederados valdría menos que eso!

—¿Todo esto es por Honey? ¿Por lo que ha hecho estos días? —*Madame* Gardiner sacudió la cabeza, esforzándose por no dejarse amedrentar—. Lo que les estoy diciendo es verdad: ¡nosotras no teníamos ni idea de lo que se traía entre manos! No la hemos animado a cometer esa travesura, y si lo

hubiésemos sabido, les aseguro que le...

La interrumpió un repentino alarido de Sugar; Virginia Young la había agarrado del pelo para tirar de ella hacia el agua. «¡No!», gritó *madame* Gardiner corriendo hacia ellas, pero las otras dos mujeres se apresuraron a inmovilizarla.

—Habéis disfrutado con esto, ¿verdad? ¿Os habéis burlado de nuestro sufrimiento en esa casa que habéis convertido en un nido de perdición? —Sin dejar de hablar, la señora Young soltó con tanta brusquedad a Sugar que le hizo perder el equilibrio. La muchacha cayó de rodillas en el riachuelo embarrado, que en esa zona apenas le cubría por las caderas—. ¿No os parasteis a pensar que los malvados, tarde o temprano, siempre reciben su merecido?

—¡Nosotras no nos hemos burlado de nadie! —exclamó Sugar. Casi no le salía la voz de puro miedo—. ¡De verdad, si hubiésemos sabido lo que Honey estaba haciendo...!

No pudo continuar; Virginia Young le había agarrado la cabeza para hundírsela en el agua con una fuerza sorprendente, tratándose de una mujer tan mayor y tan delgada.

—¡Basta ya! —chilló *madame* Gardiner mientras se revolvía como una fiera entre los brazos de las otras dos—. ¡Suéltela ahora mismo! ¡Han perdido totalmente el juicio!

—Yo diría que nunca habíamos estado más cuerdas —replicó Agnes Miller—. Lo que no entiendo es cómo hemos tardado tanto en hacerlo. Hemos sido demasiado cobardes.

—¡Se va a ahogar si no la deja levantarse! ¡Señora Young, se lo suplico, deténgase!

Mientras tanto, la muchacha no había parado de sacudir las manos en el agua, y solo con muchos esfuerzos había conseguido apoyarse en los codos para respirar. Tenía todo el pelo empapado y sus ojos eran dos círculos oscuros de absoluto horror, pero, antes de que recuperara el aliento, Virginia Young le rodeó el cuello con un brazo mientras con la otra mano le apretaba la nariz. Volvió a empujarla contra el lecho del río, echándose sobre Sugar para asegurarse de que no podría soltarse una segunda vez.

—¡Por el amor de Dios, deténgase! —sollozó *madame* Gardiner, sintiendo

cómo las lágrimas le empapaban la cara aún más que el agua en la que estaba chapoteando la joven—. ¡Acabe conmigo si quiere, pero deje que Sugar se marche! ¡Ella no les ha hecho nada malo!

De nada sirvieron sus súplicas. No le quedó más remedio que observar, tan cerca que casi podría haberlas tocado, cómo los movimientos de la muchacha a la que había querido como a una hija se volvían más desesperados, hasta que sus manos acabaron hundiéndose en el agua. «No, por favor —se sorprendió a sí misma implorando al cielo, aunque sabía que no serviría de nada—. No, Sugar no... Por favor, por favor, Dios mío, por...».

Pero, antes de que fuera capaz de hablar, *madame* Gardiner sintió cómo uno de los brazos de Agner Miller dejaba de sujetarla un segundo antes de que una piedra se estrellara contra su nuca. Como si se tratara de una respuesta a sus plegarias, el mundo entero se desvaneció a su alrededor y la luna, que había presenciado la escena como una deidad pagana, se apagó para siempre.

CAPÍTULO XLIX



«**V**e a buscar a Verity y esperadme en casa. Si a las dos de la madrugada no he vuelto, pídele a uno de los criados que os lleve a Denver para que me reúna con vosotras lo antes que pueda». Las últimas palabras de su padre se le habían clavado en el pecho como un espantoso presentimiento, pero Ruby sabía que nada de lo que le dijera podría hacerle cambiar de opinión. No tuvo más remedio que observar, de pie en la entrada de la mansión, cómo se alejaba en su caballo en dirección a la mina en la que había citado precisamente a la persona que quería acabar con él. «No hay otro modo —le había dicho con un último beso—, no si queremos zanjar este asunto de una vez. Confía en mí, mo chailín». Con el corazón en un puño, Ruby subió a su dormitorio de la infancia para cubrirse con una capa oscura, tan corta que apenas le llegaba por los tobillos, y se puso en camino hacia la casa en la que hasta hacía poco había creído que seguiría viviendo cuando fuera anciana.

No le sorprendió que hubiera vecinos rondando por los alrededores, pero sí que su número se hubiera incrementado tanto en las últimas horas; era como

si todo Silverville hubiera decidido acordonar la propiedad para impedir que el banquero pudiera poner pies en polvorosa. En otras circunstancias Ruby habría sentido lástima de él, pero todos sus pensamientos estaban puestos en Verity, en encontrarla sin que Max lo descubriera y en encerrarse con ella en la mansión hasta que Sullivan regresara. Moviéndose de un árbol a otro como una sombra, se aseguró de que ninguno de los vecinos que montaban guardia en la trasera de la casa reparara en su presencia y después, entre bochornosas contorsiones provocadas por la amplitud de su vestido, saltó la cerca y se apresuró hacia la pequeña puerta. Fue una suerte que nadie hubiera decidido echar el pestillo, aunque no pudo evitar alarmarse ante semejante imprudencia.

Tuvo que ser ella misma quien trabara la puerta antes de ocultarse en el hueco de la escalera de servicio, aguardando en silencio hasta que le llegó el conocido repiqueteo de los pies de Rita. A la chica se le escapó un grito cuando estiró una mano para agarrarla.

—¡Señora Lawrence, me ha dado un susto de muerte! —exclamó débilmente. Ruby se dio cuenta de que estaba muy pálida—. ¡Creía que había decidido quedarse con su padre!

—He vuelto a por Verity, pero no quiero que mi esposo lo sepa. ¿Dónde se ha metido?

—La última vez que la vi, hace un par de horas, se encontraba en el cuarto de los juguetes con sus muñecas —dijo Rita y, cuando Ruby abandonó el hueco de la escalera, exclamó—: Señora, ¿qué sucede? ¿Por qué hay tantos vecinos esperando ahí fuera?

Pero Ruby no tenía tiempo ni ganas de dar explicaciones. Subió por la escalera de servicio tan deprisa que estuvo a punto de tropezar con el bajo de su vestido y se dirigió sin perder un instante a la habitación que Rita le había indicado. Sin embargo, la niña no estaba en ella: lo único que encontró fue una acumulación de muñecas, peluches y rompecabezas que, como comprendió al cabo de unos instantes, Verity debía de haber revuelto en un acceso de rabia. Sorprendida, dio unos pasos sobre la alfombra, pero se detuvo cuando sus ojos se posaron sobre algo de color rosa que le resultó muy familiar.

Solo cuando se agachó para cogerlo supo de qué se trataba: era una de las rosas de tela que había cosido para Verity, un adorno para la boda de Troy y Savannah. La niña lo había destrozado a conciencia, convirtiéndolo de nuevo

en una simple tira de tela que hizo que se le humedecieran los ojos. «Eres mala —resonó en sus oídos como si su hija siguiera allí—. No te importo. No querías tenerme».

Apartar de su mente aquellos pensamientos le supuso un esfuerzo atroz, pero se las ingenió para cerrar a sus espaldas la puerta del cuarto de los juguetes antes de seguir recorriendo el pasillo. Fue inspeccionando las habitaciones del primer piso, conteniendo el aliento cada vez que le llegaba una voz masculina, pese a que ninguna fuera la de Max. No obstante, no fue capaz de dar con Verity, y al cabo de un cuarto de hora su nerviosismo había aumentado tanto que tuvo que sentarse en el borde de su antigua cama. Con la cara hundida en las manos, se obligó a respirar hondo mientras se repetía a sí misma que la niña no podría haber ido muy lejos. Aquella casa era muy grande... Quizá Verity la había oído entrar a hurtadillas y la estaba castigando a su manera, o a lo mejor se encontraba con Max en alguna de las estancias en las que Ruby no se había atrevido a entrar para no tropezarse con él. «Puede que estén en su despacho —pensó—. Tal vez no me quede más remedio que verle..., aunque no sé cómo conseguir que me permita llevarme a Verity».

Sabía que no podía perder más tiempo; tenía que regresar cuanto antes a la casa de los Sullivan para reunirse con su padre o marcharse a Denver si aún no estaba allí. Sintiendo cómo le temblaban las piernas, se puso en pie, y estaba a punto de agarrar el pomo de la puerta cuando reparó en que las voces de los criados, en algún momento, se habían convertido en gritos. Eso le hizo fruncir el ceño, aunque supuso que probablemente solo era que empezaban a ponerse histéricos por el acoso de los vecinos.

«Los vecinos. —Una chispa prendió en su mente, y abrió la puerta de un tirón para regresar al corredor—. Si Verity se ha marchado de la propiedad, tienen que haberla visto salir. Hace horas que no se han movido de los alrededores». Un poco más esperanzada, se disponía a descender por la escalera principal cuando captó algo que detuvo y que, al cabo de un instante, consiguió helarle la sangre.

Un olor inconfundible ascendía hasta ella, imponiéndose al perfume de las flores de los jarrones y la cera con la que las criadas habían brillantado el suelo: el olor de la madera quemada. «No —fue lo único que acertó a pensar—, no, son imaginaciones mías...».

Pero no lo eran. Lo supo en cuanto acabó de bajar a toda velocidad la escalera hasta el vestíbulo, por el que corrían unos sirvientes tan espantados que ni siquiera se dieron cuenta de que su patrona estaba entre ellos. Absorta en sus cavilaciones, no se había percatado de cómo, poco después de que entrara en la casa, un humo cada vez más denso había comenzado a extenderse por la planta baja, igual que una niebla oscura que no tardó en hacerla toser. Comprendió de inmediato lo que había ocurrido, y la certeza la dejó reducida a la inmovilidad: ¡los vecinos habían prendido fuego al edificio!

El pánico estalló en su interior como un barril de pólvora. La cocinera y sus dos ayudantes estuvieron a punto de empujarla al abalanzarse hacia la puerta principal, y la joven se disponía a seguirlos cuando las pesadas hojas se precipitaron sobre el suelo con un estruendo que le arrancó un grito. Los hombres que esperaban fuera habían conseguido derribar aquella entrada y la muchedumbre estaba dispersándose por el vestíbulo como una plaga que, tal como Ruby imaginó, ya no se detendría ante nada.

Se dio prisa en escabullirse detrás de un Smithson paralizado por la sorpresa antes de que los intrusos repararan en ella. Jadeando más por el espanto que por el humo, tan espeso que casi tenía que sacudir los brazos para poder ver dónde estaba, fue chocando contra las paredes hasta alcanzar la zona en la que se hallaban las habitaciones del servicio. Lo que se encontró en esa parte de la casa la espantó aún más, tanto que, durante unos segundos, no pudo hacer otra cosa que observarlo todo con los ojos abiertos de par en par.

El fuego tenía que haber comenzado allí, porque la techumbre ardía casi como si alguien la hubiera impregnado de queroseno. Las llamas corrían como caballos desbocados por las vigas, de las que se escapaban grandes fragmentos carbonizados que caían sobre la alfombra, propagando aún más el incendio. También las paredes estaban siendo consumidas por su voraz apetito, convirtiendo en cenizas el empapelado del que se había sentido tan orgullosa. «Mi casa —se dijo mientras una náusea subía por su garganta cuando una viga entera se desplomó en medio del estrecho corredor, entre la puerta de servicio y la joven—. Mi..., mi hogar...».

Más mareada a cada instante, giró sobre sus talones para dirigirse, sorteando como podía la lluvia de cenizas, hacia una puerta más pequeña que había al otro extremo del corredor. Desde allí se accedía a la cocina y Ruby

confiaba en poder abrir los pestillos de las ventanas sin ayuda de nadie, aunque un segundo después comprendió que no sería posible: también allí se había desplomado la techumbre y la puerta que estaba buscando, como comprobó al detenerse frente a ella, se encontraba bloqueada. «Estoy atrapada... ¡y no sé si Verity sigue aquí!».

Pero entonces los vio a ambos, a través de una juntura entre las vigas. Una mujer a la que no le costó reconocer como Pepper se había acurrucado en la esquina opuesta, rodeando con los brazos un pequeño bulto como si así pudiera impedir que las llamas lo alcanzaran como le estaba sucediendo a ella. Había una segunda persona en la cocina cuya ropa también se había incendiado, y Ruby creyó morir cuando, en medio de unas llamas tan crepitantes que apenas era capaz de oír sus alaridos, reconoció el rostro de Max.

Antes de que pudiera sobreponerse al horror, la pared que había a su derecha cedió cuando los hombres que habían sitiado la casa se arrojaron contra ella con todas sus fuerzas. La madera crujió y se astilló empujando a Ruby contra la pared opuesta, pero los brazos de unos desconocidos ya la habían agarrado para sacarla a rastras hasta los jardines. «Max —era lo único que acertaba a pensar—. Max, no..., tú no...».

—¡Pero si es la señora de la casa! —Aterrorizada, Ruby tardó en poder reconocer aquella voz: era la de Jack Miller—. ¡Parece que estamos de suerte, muchachos!

—¡Suéltente ahora mismo! —chilló la joven entre jadeos—. ¡No se atrevan a tocarme!

—¿Crees que después de lo que nos ha hecho tu marido nos va a importar tratarte de una forma poco caballerosa? De alguna manera tendrá que pagarnos, ¿no te parece?

—Mira la cruz que lleva, Jack —señaló otro hombre, que se acercó a Ruby mientras el joven Miller le sujetaba los brazos a la espalda—. No sería mala idea echar un vistazo a lo que esconde debajo de la ropa, y no solo para darle una buena lección. Después podrás...

No le dio tiempo a acabar la frase. Como si la noche acabara de engendrarlos, Ringo y Dallas surgieron de las tinieblas como dos centellas que se precipitaron sobre Ruby y sus captores entre ensordecedores ladridos. Su

aparición fue tan inesperada que todos se sobresaltaron, aunque Jack Miller reaccionó a tiempo: cuando Ringo se disponía a saltar sobre él, le asestó una fuerte patada en la cabeza que lo envió contra la pared.

El perro soltó un gáñido antes de caer al suelo, pero ninguno de los presentes pudo oírlo debido a los ladridos con los que Dallas se abalanzó sobre Miller. El ataque fue tan brutal que el joven no consiguió esquivarlo, y cuando quiso darse cuenta había caído de espaldas mientras el animal, enloquecido por la rabia, le abría la garganta de dos certeros mordiscos, con las patas fuertemente apoyadas sobre su pecho.

Los gritos se apagaron casi al unísono. Mudos de horror, los vecinos se quedaron mirando cómo Dallas, después de haber reducido a su presa al silencio, alzaba la cabeza para mostrarles los dientes ensangrentados. Fueron retrocediendo mientras Ruby apoyaba una mano en el cuello de la perra, que emitía un ronco gruñido, con todos los músculos en tensión, y sacaba con la otra la pistola que llevaba dentro del corpiño.

De repente los rostros que la rodeaban le recordaron a unas máscaras, con los ojos y la boca abiertos de par en par. La joven fue apuntándolos uno a uno antes de susurrar:

—Largaos de mi casa. Largaos lo más rápido que podáis o me aseguraré de enviaros por mi propia mano a un lugar del que no podréis regresar jamás.

Como para mostrar su conformidad, Dallas dejó escapar un ladrido que hizo que los vecinos retrocedieran aún más. Un momento más tarde, se dieron la vuelta para perderse en la oscuridad y Ruby se encontró sola a los pies de la pira en la que todo lo que un día había amado ardía codo con codo con su familia.

CAPÍTULO I



Desde la colina de los Mallory, la casa de los Lawrence resplandecía como un faro sobre un océano de tinieblas. Grace seguía tan confundida por el hecho de que su enemigo hubiera decidido citarla a solas en la mina que apenas tuvo tiempo para prestar atención a lo que la rodeaba, pero aun así se dio cuenta de que en la parte más alejada de Silverville acababa de declararse un incendio en toda regla. Las llamas culebreaban en el horizonte como almenaras que avisaran de un peligro inminente y el humo que se extendía por el pueblo hizo que tosiese mientras se encaminaba hacia la montaña.

Al decidir cabalgar campo a través para no llamar la atención, no se percató de lo que había sucedido en el río con Sugar y *madame* Gardiner, ni oyó tampoco los gritos que se propagaban entre las primeras granjas. Avanzaba con una única idea en la cabeza, un propósito que le hizo apretar los dientes cuando distinguió a lo lejos, detrás de los últimos árboles, el estrecho sendero que ascendía hasta la mina. Una sacudida que no tenía nada que ver con los movimientos del caballo le atenazó el estómago, y se disponía a

empezar la ascensión cuando el viento cargado de cenizas arrastró hasta ella una voz muy familiar.

Casi se le detuvo el corazón al reconocer a Mustang a sus espaldas. Cabalgaba a lomos de Simbad como una aparición de un blanco sobrenatural, con el pelo cayéndole en desordenados mechones sobre la cara. Instintivamente, Grace tiró de las riendas para detener a su montura mientras lo veía rodear la ladera pedregosa para reunirse con ella.

—Grace —volvió a llamarla cuando estuvo ante ella, casi sin aliento—. Por fin..., por fin he dado contigo. Temía que, si tú también habías caído en manos de esos cretinos...

—¿Qué demonios haces aquí? —soltó ella, estupefacta—. ¿No dijiste en Smoky Hill que no volvería a saber nada más de ti? ¿Por qué has regresado a Silverville?

—Si te lo creíste, es que no me conoces en absoluto —contestó Mustang en voz baja—. Fui al tipi media hora después de dejarte, pero ya te habías marchado del campamento... Busqué a Mujer Fantasma y, después de mucho insistir, conseguí que me confesara que decidiste regresar antes de lo previsto. Habría partido detrás de ti en ese mismo instante, pero me había comprometido a guiar a Coyote Negro y a los suyos...

—¿Lograsteis encontrar la ciudad? —preguntó la joven, ansiosa—. ¿Los dejaste allí?

—Se han quedado todos en Queen's Canyon, esperando a Campbell. Me pidieron que los acompañara, pero tenía que volver. Quería arreglar las cosas contigo.

Pese a que seguía demasiado perpleja para pensar con claridad, sintió un extraño calor extendiéndose por su pecho al oírle hablar así. Era increíble que fuese justo entonces, cercados por la rabia y la muerte, cuando se diera cuenta por primera vez de hasta qué punto se había sentido incompleta sin Mustang a su lado. «No me han vencido del todo, Mujer Fantasma. Todavía puedo sentir algo..., aunque no sepa qué es».

—Te lo agradezco mucho —contestó tras unos segundos de silencio—, pero me temo que este no es el mejor momento para hablar. Están ocurriendo demasiadas cosas al mismo tiempo.

—Vengo directamente del pueblo, así que puedo dar fe de eso. —A Grace

le extrañó el modo en que Mustang la miraba, como si esperara que su rostro reflejase una conmoción atroz—. ¿Estás al corriente de lo que ha pasado al lado de la iglesia y del río?

—Lo único de lo que me he enterado es de que hay un incendio, pero no he hablado con ningún vecino del asunto. Todavía me queda una última cuenta por saldar ahí arriba. —Señaló la montaña con la cabeza—. Hasta que no lo consiga, no podré pensar en nada más.

—¿Alguien te espera? —Mustang echó un vistazo al sendero, pero no parecía haber nadie allí; en la penumbra recordaba a una cinta de plata enredada entre las rocas.

—Sullivan me ha citado en la mina. Campbell me entregó un mensaje suyo antes de irse a Queens Canyon, supuestamente para detener a dos de los Rivers. Sí, me quedé tan desconcertada como tú —añadió Grace cuando Mustang enarcó las cejas—. No tengo la menor idea de qué se trae Sullivan entre manos, salvo que haya descubierto quién soy...

—¿Y piensas caer en su trampa? —dijo él con incredulidad—. ¿Vas a ser tan ingenua como para pensar que lo único que quiere hacer es mantener una agradable charla contigo?

—Por supuesto que no, pero ¿qué opciones me quedan? ¡Silverville está ardiendo ahora mismo, Mustang! En el pueblo debe de haberse desatado el caos y, si no consigo enfrentarme a Sullivan esta noche, es muy posible que no sea capaz de dar con él nunca más.

—Espera, Grace. —Hizo avanzar a Simbad para detenerse ante ella, justo al comienzo del escarpado sendero—. Sabes que no tienes por qué hacerlo, ni ahora ni nunca.

—¿Lo que me faltaba por oír! —exclamó—. ¡Sigues empeñado en darme lecciones de moralidad cuando no te las he pedido y cuando estoy a escasos minutos de...!

—De convertirte en alguien tan ruin como tus enemigos. Me temo que has llegado demasiado lejos y parte de la culpa es mía, por no haberme dado cuenta de cómo estaba cegándote la sed de venganza. Pero las cosas aún pueden cambiar si me dejas ayudarte.

—¿A qué clase de ayuda te refieres? —preguntó Grace. Tenía que hacer unos esfuerzos titánicos por no apartarle a un lado y subir a la mina—. ¡No

voy a dejar que seas tú quién acabe con Sullivan después de lo que les he hecho a los demás!

—¡Esto no tiene que ver con Sullivan, sino con nosotros dos! Te estoy pidiendo que te marches conmigo, Grace. Lo más lejos posible, donde nadie pueda encontrarnos.

A la joven se le abrió poco a poco la boca. Durante unos instantes, lo miró como si esperara que se echase a reír, pero, para su sorpresa, Mustang continuó diciendo:

—Sé que Silverville no significa nada para ti; solo querías instalarte en este lugar para destruirlo desde dentro. Pero ahí fuera —extendió un brazo hacia el horizonte— hay un mundo entero que puede ser nuestro. Podemos regresar con los cheyennes a Smoky Hill y dejar que los blancos se maten entre sí si es lo que desean. Sabes que allí encontraríamos nuestro propio hogar... sin más ataduras ni odio, solo tú y yo...

—Estás... —Trató de decir Grace, aunque se había quedado sin habla—, ¿estás proponiéndome abandonarlo todo, ahora que casi estoy en la meta, para irme contigo?

—¿Crees en serio que lo que obtendrías acabando con tus enemigos te haría más feliz que una nueva vida en la que no fueras esclava de esa obsesión? ¿No ves que esa recompensa que esperas conseguir no es real? No está más que en tu cabeza, Grace. Tú eres de carne y hueso, y yo también. — Se llevó al pecho la mano con la que no sujetaba las riendas de Simbad. La joven nunca había visto tanta determinación en sus ojos—. Si continúas por ese sendero, no seré capaz de seguirte, y ya no quiero una vida de la que tú no formes parte. No puedo dejarte pasar, Grace, no si está en mi mano el...

Mustang no llegó a terminar la frase; con los dedos agarrotados por una mezcla de cólera y espanto, Grace sacó del interior de su vestido la Beretta para apuntarle con ella.

—Hazte a un lado —susurró mientras el caballo cheyenne, alarmado por el *crescendo* de sus voces, sacudía nervioso la cabeza—. Hazte a un lado ahora mismo, Mustang, o...

¿Por qué tenía que temblarle la voz como si solo fuera una niña asustada? ¿Y por qué él no dejaba de mirarla de esa manera, ni siquiera mientras estaba apuntándole al corazón?

—¡Hazte a un lado! —chilló ella, más nerviosa a cada momento—. ¡Si de verdad te importo, si significo tanto para ti como dices, no puedes pretender que me detenga ahora!

—No pienso apartarme, Grace —se limitó a contestar Mustang—. No mientras exista una posibilidad de que el monstruo en el que has empezado a convertirte no acabe contigo.

—¡Maldita sea, no puedes hacerme esto! ¡He confiado en ti más que en ninguna otra persona! ¡Sabes que he pasado años preparándome para este momento y ahora...! ¡Ahora...!

Las palabras se le enredaban en la lengua, tan calientes como las lágrimas que no tardarían en nublarle la vista. «No quiere que sea como Sullivan —entendió de pronto, aferrando la pistola también con la mano vendada—. No quiere que me convierta en él».

—Bill... —Su nombre sabía a sangre en sus labios, a una sentencia de muerte—. Por favor, Bill... No me hagas esto, no me obligues a hacer esto...

Los ojos se le empaparon aún más cuando Mustang negó con la cabeza. En medio de su desesperación, no pudo evitar pensar que se parecía más que nunca a un guerrero cheyenne sobre su caballo blanco, encarando imperturbable su destino. Grace tardó un minuto en darse cuenta, con un dedo apoyado ya en el gatillo, de que estaba llorando.

—Ahora..., ahora lo comprendo. En realidad, siempre te he querido. No lo olvides...

El ruido del disparo partió en dos la noche e hizo alzar el vuelo a unos grajos que se habían posado en un árbol cercano.

Grace había cerrado los ojos un instante antes de accionar el arma, porque no se creía capaz de soportar aquella visión; aun así, fue consciente de cómo Mustang, sin proferir un solo gemido, resbalaba de su caballo encabritado poco a poco y caía sobre el suelo embarrado con un repiqueteo de espuelas. Para entonces las lágrimas de Grace se habían convertido en unos sollozos que amenazaban con ahogarla, inclinada sobre el cuello de su montura mientras, todavía con los párpados fuertemente apretados, presionaba sus flancos con los talones para hacerla avanzar por el sendero que acababa de quedar despejado, consciente de que el único lugar al que la conduciría sería el abismo del que Mustang había intentado salvarla.

CAPÍTULO LI



Faltaba poco para que amaneciera cuando el *sheriff* Campbell y sus ayudantes se adentraron en el cañón al que los había enviado Grace. Se encontraban tan cansados que apenas hablaban entre sí, pero el silencio les resultó mucho más ominoso cuando comenzaron a abrirse camino entre los enormes monstruos de piedra erguidos a ambos lados del sendero. El río que había atravesado aquel territorio hacía millones de años había excavado una garganta de más de cien metros de profundidad, semejante al surco que podría haber dejado una serpiente milenaria al arrastrarse entre las montañas.

—Santo Dios —murmuró Carson—. He visto muchas cosas en mi vida, pero ninguna más extraña que esta. Es tan siniestra como un cementerio...

—Es mucho peor —repuso Ross—. Al menos en un cementerio uno siente que está al aire libre, mientras que aquí da la sensación de que las rocas se nos van a venir encima.

—No habléis tan alto; el eco puede ser traicionero y aún no sabemos si los

Rivers se han dado cuenta de que hemos llegado —les advirtió su jefe, un par de metros por delante.

Desde que las paredes del cañón los habían rodeado, cada palabra que pronunciaban parecía multiplicarse hasta el infinito, como el reflejo de un objeto situado entre espejos enfrentados. Los cascos de los caballos sonaban como cañonazos y, mientras avanzaban por el sendero que descendía hacia la antigua población minera, Campbell no dejaba de repetirse que sería un milagro que no los oyeran acercarse. Aquella amenaza volvía aún más opresivo el escenario en el que se hallaban, con las gigantescas rocas de arenisca roja tan erosionadas por el agua que recordaban a las columnas de unos palacios arruinados.

—Ahí está —dijo Ross, rompiendo el extraño hechizo—. Queen's Canyon se encuentra al final de la garganta. ¿A quién se le ocurriría instalarse en un sitio así?

A lo lejos, entre los peñascos que parecían brotar del suelo como estalagmitas, se entreveían los despojos de lo que no mucho antes había sido un pueblo muy parecido a Silverville. Aún estaban a demasiada distancia para apreciar los detalles, pero Campbell se dio cuenta de que lo único que quedaba de muchos de los edificios eran las fachadas de madera.

—Parecen lápidas —susurró Carson a su lado. No necesitó mirarle para comprender que estaba tan desasosegado como él—. Lápidas de las que se han borrado los nombres...

—Será mejor que desmontemos antes de acercarnos. —Y diciendo esto, el *sheriff* descendió de su caballo para rodear con las bridas uno de los peñascos—. Haremos menos ruido si entramos a pie. Tened los revólveres preparados; ya no me fio ni de mi sombra.

Carson y Ross obedecieron y, al cabo de unos minutos, se encontraron en la entrada del poblado minero. El panorama que reinaba en Queen's Canyon era desolador: ni una casa se mantenía en pie ni había más señales de vida que los esqueletos de algunos roedores que debían de haber dejado a su paso los coyotes. Campbell oyó crujir los huesos bajo sus botas mientras se adentraban en la calle principal del poblado, bañada por el mismo resplandor plateado que las rocas del cañón. Vio los restos de un saloon más pequeño que el de Silverville, los escombros de lo que algún día había sido un salón de

reuniones, la enseña descolorida de una oficina que podría haber sido la suya. Quizá los Rivers habían convertido alguno de esos cuchitriles en su guarida; no sería extraño que estuvieran apuntándoles en aquel preciso instante, alertados por el ruido de sus espuelas.

—Ross, ve por la izquierda —ordenó Campbell a media voz—. Carson, rodea el saloon para hacer lo mismo mientras yo continúo en línea recta. Si esos desgraciados tratan de tendernos una emboscada, no les daremos el gusto de sorprendernos a los tres a la vez.

Ambos asintieron antes de dirigirse hacia los edificios que les había indicado. Sin dejar de mirar a su alrededor, el *sheriff* aferró con más fuerza el Colt y avanzó hasta alcanzar un carro derribado en medio de la calle. Se agachó tras él y colocó el cañón del revólver sobre el costado, pero la noche seguía tan silenciosa como un sepulcro.

Aunque tenía el corazón en un puño, no podía dejar de pensar ni siquiera entonces en Grace Mallory. Habría dado lo que fuera a cambio de estar a su lado, cuidando de ella mientras el doctor Daniels examinaba su mano herida. Mientras viajaban hacia el norte le había dado tiempo a pensar en lo que haría después de acabar con los Rivers, y la perspectiva de que tanto Grace como los vecinos lo consideraran un héroe por haber recuperado el dinero del banco le había parecido aún más seductora que los quince mil dólares que cobrarían Carson, Ross y él a cambio de sus cabezas. Supuso que en el fondo era lo que anhelaba desde que se refugió en Silverville al acabar la guerra: una especie de perdón divino manifestado a través de sus congéneres, una nueva vida en la que pudiera sentir que estaba limpio de una vez, que había sido absuelto...

Abstraído en estas reflexiones, tardó en captar con el rabillo del ojo un movimiento a su izquierda, y cuando se volvió hacia allí sintió cómo se le erizaba la piel. Medio escondido entre las sombras, Ross se tambaleó unos segundos antes de caer de espaldas al lado de una funeraria, sin que se escapara de sus labios el menor gemido.

—¿Ross? —susurró Campbell con los ojos muy abiertos. ¿Qué le había pasado a su ayudante?—. ¿Es que te has desmayado? —Y se puso en pie—. Ross, no me...

Acababa de dar un paso en su dirección cuando sintió una extraña ráfaga de aire a escasos centímetros de su nuca. Campbell se giró de inmediato, justo

para ver cómo Carson se derrumbaba también al otro lado de la calle. No fue tan silencioso como su compañero; al *sheriff* le dio tiempo a oír un «¡maldi...!» antes de que alcanzara el suelo.

—¡Carson! —exclamó débilmente. Tras dudar un instante, echó a correr hacia él y cayó de rodillas a su lado—. Por el amor de Dios, ¿qué os pasa? ¿Qué habéis...? —Pero su voz murió poco a poco al darse cuenta de que algo alargado sobresalía de su cuerpo.

Era una flecha con el astil pintado de rojo. Se había hundido tan profundamente en el pecho de Carson que lo había dejado clavado en el suelo, en el corazón del charco rojo que se expandía a su alrededor. Durante unos segundos, Campbell no fue capaz de reaccionar; solo pudo observar la flecha como si fuera un mal sueño hasta que, a sus espaldas, le pareció captar un suave susurro que le hizo ponerse en pie.

Creyó que estaba mirando cara a cara a un fantasma. Dos puntos de luz relucían en el centro de un rostro blanco, volviéndose más nítidos con cada paso silencioso que daba hacia él. Aunque la perplejidad lo había dejado momentáneamente paralizado, Campbell consiguió retroceder cuando, al tener a la aparición a un par de metros, se dio cuenta de que había más colores en ella: una ancha franja roja adornaba su frente.

No tuvo tiempo para procesarlo. Otros dos pares de ojos aparecieron a la derecha del fantasma y un segundo después lo hicieron otros cuatro al otro lado; para cuando consiguió reaccionar, se habían desplazado sin hacer ruido para formar un amplio círculo a su alrededor. Mirara donde mirara, no dejaba de encontrarse con nuevos rostros que surgían sin cesar de la oscuridad, unos decorados con una mano roja, otros con líneas verticales que descendían hasta la barbilla como lágrimas. El arma temblaba en su mano mientras daba vueltas en el centro del círculo, notando cómo una oleada de bilis ascendía por su garganta al reparar por fin en los tocados de plumas, los carcajs y los arcos que sostenían. «No, por favor... No puede estar ocurriendo otra vez...».

Nadie decía una palabra, y aquello solo sirvió para acrecentar su horror mientras alzaba la vista hacia los escasos tejados que aún se mantenían en su sitio. También había indios sobre las tiendas ruinosas, en las ventanas de las viviendas, encaramados a las podridas enseñas. Y no todos eran hombres; también distinguió mujeres y hasta niños...

—¡Atrás! —gritó con una voz que no parecía suya—. ¡Atrás ahora mismo o..., o...!

—O empezarás a dispararnos —oyó decir a un hombre—. Es una pena que esas pistolas vuestras solo tengan espacio para seis balas y nosotros seamos doscientos.

Aunque tenía un acento muy marcado, no le costó entender lo que le decía. Lo vio abrirse camino hacia el centro del círculo como si estuviera examinando una presa caída.

—Frank Campbell, supongo —le saludó. Su rostro, de pómulos muy marcados y ojos oscuros, mostraba una sorprendente calma bajo las pinturas—. Hemos oído hablar mucho de ti, mis hermanos y yo. Sobre todo, de las hazañas que llevaste a cabo en Sand Creek.

—¿Sois... supervivientes de aquel poblado? —acertó a balbucear Campbell—. Si es así, tenéis que saber también que yo no..., no intervine activamente en el ataque, ni azucé a los hombres que tenía a mi cargo como hizo Chivington...

—Por supuesto que no: estabas demasiado pendiente de salvar el pellejo. Lástima que te esfumaras antes de ordenar a tus soldados que dejaran de masacrar a mis hermanos.

Tragando saliva, Campbell giró sobre sus talones, sin dejar de aferrar el revólver. Si esperaba encontrar un mínimo atisbo de comprensión en aquella muralla de rostros de nieve, se sintió desolado: todos mostraban la misma cólera congelada que el joven jefe.

—Puesto que te diste tanta prisa en desaparecer, supongo que no te enterarías de lo que tus hombres hicieron con mi padre, Antílope Blanco. —Y cuando negó con la cabeza, Coyote Negro continuó—: No te preocupes: yo mismo me encargaré de explicártelo.

—Por favor —imploró el *sheriff* casi sin aliento—. Nada de eso fue... Yo nunca quise...

—Lo mataron nada más comenzar el ataque, estando acostado en su cama, pero eso no calmó la sed de sangre de los tuyos. Le arrancaron el cuero cabelludo, probablemente para presentarse con él en Denver como un trofeo. —Sin perder su aterradora calma, Coyote Negro alzó la mano derecha para extraer una flecha del carcaj—. También le cortaron las orejas y la nariz;

según tengo entendido, un soldado de tu regimiento estuvo fanfarroneando de habérselas quedado para colocarlas en una de las vitrinas de su salón.

—¡Yo no tengo nada que ver con todo eso! —exclamó Campbell. Tenía la frente cubierta de sudor—. ¡Me marché antes de que lo hicieran, ya os lo he dicho! ¡Si hubiera sabido hasta qué punto querían..., si hubiera adivinado lo que...!

—Seguramente habrías plantado cara a tu superior como un valiente —dijo Coyote Negro sin inmutarse—. El mismo que se fugó en su caballo con mi hermana de ocho años.

—¿Cómo...? —La voz de Campbell se convirtió en un gemido cuando comprendió hasta qué punto estaban al corriente de lo ocurrido—. En ese momento no pensé... ¡Solo quería alejarme de ese infierno, pero no tenía nada con lo que empezar una nueva vida!

—Y vender a una chiquilla a los blancos te pareció una gran idea, ¿no es así?

—Me odié por ello nada más dejarla en Greenwood Village, os lo juro... ¡He pasado los últimos ocho años buscándola por todo Colorado, burdel tras burdel, para tratar de...!

—Un gesto de lo más noble por tu parte —replicó Coyote Negro—. Si quieres que sea sincero, había pensado hacerte lo mismo que le hicisteis a mi padre, pero puede que lo mejor sea acabar cuanto antes con ello. —Y tras apoyar la flecha en el arco, lo tensó estirando su musculoso brazo—. Considéralo una recompensa por tus desvelos.

Horrorizado, Campbell no pudo apartar los ojos de aquella flecha que parecía apuntarle como un dedo acusador, el mismo que desde la masacre de Sand Creek sentía sobre sí. Ningún cheyenne añadió una sola palabra; la única respuesta fue el crujido de doscientos arcos tensándose al unísono y el aullido lejano de unos coyotes que no tardarían en convertirse de nuevo en los únicos habitantes de Queen's Canyon.

CAPÍTULO LII



Se ha hecho de rogar, pero sabía que vendría —dijo Sullivan sin darse la vuelta cuando Grace se reunió con él en la parte más elevada del desfiladero—. Ahora podremos contemplar juntos cómo acaba de destruir mi mundo, ¿no es lo que deseaba?

Ella ni siquiera pudo responderle; estaba casi sin aliento, a pesar de haber subido a caballo. Su aspecto no podía ser más distinto del de la refinada dama que había acudido a casa de los Sullivan nada más instalarse en el pueblo: tenía el vestido hecho jirones, la mano izquierda envuelta en vendas y la cara magullada y empapada de lágrimas. No obstante, los brazos no le temblaron al alzar la pistola, nada más desmontar, para apuntar a su enemigo.

Se dio cuenta vagamente de que el incendio se había extendido aún más en la última media hora. Desde aquel promontorio se distinguían dos enormes hogueras, la casa de los Lawrence y la mansión de los Sullivan, y gran parte de los edificios que mediaban entre ellas, al estar contruidos en madera, se habían convertido también en pasto de las llamas.

—Ahorrémonos toda esta palabrería —susurró la joven—. No sabe lo que

he tenido que hacer para llegar hasta aquí ni a qué he debido renunciar por su culpa. He pasado trece años preparándome para este momento, Sullivan. Trece años aguantando, esperando...

—Una muestra admirable de paciencia —fue la respuesta de él—. Siento reconocer que yo no tuve tanta a la hora de vengarme de Angus Mallory. Es probable que, si lo hubiera planificado con más calma, no hubiese tenido que involucrar a tantos amigos inocentes.

No parecía acobardarle tener un cañón apuntando directamente a su pecho. Casi contra su voluntad, la joven lo observó con repentino desconcierto por encima del arma.

—¿Qué demonios trata de decirme con eso? ¿Cómo puede hablar de venganza si...?

—Ah, por supuesto. La historia que conoce es la que ha construido en su cabeza durante estos años. La que se ha obligado a usted misma a creer porque no concebía que alguien como su padre pudiera ser el más ruin de los hombres que ha pisado esta tierra.

—¡Cállese! —gritó ella, enrojeciendo de rabia—. ¿Cómo se atreve a hablar así de él?

—Tiene razón: ruin no es un término adecuado para referirme a Angus. Canalla sin escrúpulos sería más correcto. —Entonces, sin dejar de observar a Grace, Sullivan señaló una de las pequeñas cuevas abiertas en la montaña—. Dígame, ¿ha estado antes aquí?

—Está muy equivocado si piensa que me voy a dejar distraer así como así. No sé a qué se refiere ni qué problemas tuvo con mi padre, pero nada cambia el hecho de que...

—Por supuesto que lo cambia. Todavía está muy lejos de comprenderlo, a pesar de lo inteligente que se considera. Venga a echar un vistazo a esto, si no lo ha hecho antes.

Durante unos segundos que parecieron alargarse un siglo, Grace siguió inmóvil hasta que, sin bajar la pistola, se aproximó paso a paso a él.

—Es... —dijo al cabo de un rato, mirando la pequeña gruta excavada en la roca. Se encontraba tan oscura que no acertaba a distinguir el fondo, pero no parecía mayor que la cocina de su casa—. Es una cueva normal y corriente. Seguramente la excavó la propia naturaleza.

—Vuelve a equivocarse: fuimos su padre y yo quienes lo hicimos. En los primeros meses que pasamos en este lugar, antes de que Silverville existiera, cavamos en diferentes puntos de la montaña para tratar de descubrir la veta de plata que Angus estaba seguro de que encontraríamos. En el fondo no se equivocaba, aunque dar con ella nos llevara más tiempo de lo que habíamos imaginado. Hay muchos agujeros como este en un radio de diez kilómetros, aunque ninguno tan cercano a nuestra mina. Supongo que no tendrá la menor idea de para qué la usó su padre durante años, ¿me equivoco?

—¿Mi padre? —se extrañó ella. Observó la boca abierta de la cueva—. ¿Para qué querría acercarse a este lugar si, como usted mismo acaba de decir, no había plata en él?

—No la había cuando llegamos aquí —fue la agria respuesta de Sullivan—, pero años más tarde, cuando mis hijos y usted ya habían nacido, la Compañía Minera Mallory & Sullivan comenzó a registrar unas pérdidas... sorprendentes, considerando que la veta de plata no había comenzado a agotarse como sin duda sabrá que nos sucede ahora.

—Espere, ¿no estará insinuando que...? No, eso es imposible.

—Sí, es lo mismo que pensé cuando me lo dijeron. Supongo que a nadie le resulta fácil aceptar que su padre no era más que un ladrón, ni tampoco el amigo al que quería como a un hermano. Lo reconozco: fui un estúpido durante demasiado tiempo. Tenía las pruebas ante mis ojos y aun así me negaba a asumirlo, por mucho que me insistieran...

—¿Pero no tiene ningún sentido! ¿Cómo iba mi padre a saquear su propio negocio si estaba tan obsesionado como usted con sacar adelante a la compañía?

—Lo único con lo que estaba obsesionado Angus Mallory era la plata —respondió Sullivan sombríamente—. Al igual que usted, yo también cometí el error de pensar que era la mina en sí misma lo que le interesaba, no lo que pudiera obtenerse gracias a ella. Siempre la hemos visto vestir de punta en blanco, señora Mallory. ¿De verdad que hasta ahora no se había planteado de dónde salió el dinero con el que ha pagado esos oropeles destinados a impresionarnos? ¿Ni cómo era posible que mi pobre Ruby, siendo también hija de un empresario, no se encontrara en una posición económica tan desahogada como la suya?

Demasiado perpleja para responder, Grace vio cómo Sullivan daba unos pasos hacia el promontorio en el que se había detenido minutos antes. Las hogueras que seguían ardiendo en Silverville convertían el paisaje en un infierno a sus espaldas.

—Desconozco durante cuánto tiempo estuvo haciéndolo, pero el hecho es que Angus sobornó a un puñado de nuestros mineros, seguramente los más pobres, para que desviarán el contenido de algunas de las vagonetas hasta aquí. Hizo de esta gruta una especie de depósito clandestino en el que almacenaba el mineral, el mismo que después enviaba a Silverville en comitivas secretas que partían en plena noche. Sabía que le gustaba subir solo a la montaña, pero siempre lo había considerado un gesto romántico; me llevó mucho tiempo entender qué había detrás de sus escapadas. Y dudo que lo hubiera hecho si alguien que lo había calado mucho mejor que yo no me hubiera advertido de ello.

»Mi esposa Elizabeth nunca había confiado del todo en Angus, y ese fue quizás el único desencuentro que hubo en nuestro matrimonio. Continuamente me prevenía de que no era trigo limpio, de que había algo en su expresión que no le gustaba... Yo creía que simplemente estaba celosa del tiempo que le dedicaba a mi amigo, bien por razones de trabajo, bien por la confianza que había entre nosotros. Por supuesto, me eché a reír a carcajadas cuando acudió a mi despacho para decirme que había visto a Angus dar con disimulo unas bolsas de dinero a un par de trabajadores. “Seguro que les pidió que se hicieran cargo de alguna tarea extra”, le contesté. “Deja de hacerte mala sangre de una condenada vez por culpa de ese tema. A Angus le confiaría mi vida, y también la tuya”.

»Pero Elizabeth, como debería haber imaginado, no se quedó conforme; era tan terca como Ruby cuando tenía algo entre ceja y ceja. Durante meses se dedicó a hacerse la contradiza con Angus, subiendo a la mina en los momentos más inesperados y preguntando por él a nuestros trabajadores con la esperanza de descubrirlo con las manos en la masa. No tuvo suerte, ni pudo pedirle a nadie que la ayudara; llegó incluso a contactar con un detective de Denver para que se ocupara del asunto, pero me temo que no le hizo más caso que yo... En fin, con el tiempo acabó sintiéndose tan frustrada que una noche, cuando vio subir a Angus a caballo por la pendiente de la montaña desde una

de las ventanas de nuestra casa, me escribió una nota a toda prisa y me la dejó en el escritorio. Todavía recuerdo aquellas tres líneas, palabra por palabra: “Colm, ha regresado a la mina. Sé lo que está haciendo y no me detendré hasta habértelo demostrado”.

El semblante de Sullivan, que cuando sonreía parecía tan bonachón como el de un leprechaun, se había oscurecido tanto que a Grace le resultaba irreconocible. No podía dejar de escucharle con la boca abierta, bajando la pistola sin darse cuenta.

—Tampoco podré olvidarme nunca del aspecto que presentaba cuando, a eso de las cinco de la mañana, conseguimos dar con ella. Max Lawrence y Frank Campbell me habían acompañado a casa después de tomar algo en el saloon, y se empeñaron en venir conmigo para detenerla antes de que montase un alboroto.

Elizabeth... —A Sullivan se le quebró la voz, como un tronco en una chimenea—. Elizabeth estaba tendida al pie de este promontorio, sobre un charco de sangre. Recuerdo que lo primero que pensé al verla fue que estaba muerta. Max tuvo que sujetarme mientras Campbell corría hacia ella y le buscaba el pulso con los dedos. «Aún vive, pero no sé por cuánto tiempo», dijo casi tan pálido como mi mujer. «Ha debido de resbalarse desde lo alto en la oscuridad».

»La llevamos enseguida a la casa y enviamos a dos criados a por el reverendo y el doctor Daniels. Cross fue el primero en llegar, y por eso los cuatro estábamos al lado de la cama cuando Elizabeth abrió los ojos... “Te dije que era él”, me susurró cuando le cogí la mano, sin poder dejar de sollozar. “Al menos ahora sabes lo que está haciendo”.

Para entonces, la confusión de Grace se había convertido en espanto. Volvía a ser una niña de diez años que, descalza y en camisa, miraba adormilada a su padre desde la escalera. «¿De dónde vienes tan tarde?». «No me hagas preguntas, chico». «¿Y todo ese polvo? ¿Qué le ha pasado a tu ropa?». Y al día siguiente, la pequeña maleta en la mano y el último beso de Angus Mallory en su frente, un beso empapado. «Perdóname si es que algún día eres capaz de hacerlo, John. Y reza a Dios para no acabar pareciéndote a mí».

—La empujó —fue lo único que pudo articular. Se sentía como si toda su

sangre se hubiera evaporado—. Mi padre... la empujó desde esas rocas cuando la señora Sullivan lo siguió..., para que no pudiera contarle a nadie lo que guardaba en esta cueva...

—Debió de marcharse a su mansión mucho antes de que la encontráramos —susurró su interlocutor—, convencido de que Elizabeth había muerto en el acto. No vivió más que unos minutos, pero le dio tiempo a explicarnos lo que había visto a Campbell, Cross, Max y a mí. Fuimos de inmediato a casa de Angus, pero el muy cretino había sido más rápido: lo encontramos jugando a las cartas con dos de los obreros a los que pagaba en secreto y que, según Campbell, habían sido sobornados para servirle como coartada. No hubo manera de demostrar lo que había hecho, pero delante de la tumba de Elizabeth, después de que Angus se marchara con los demás vecinos cuando hubo concluido el funeral, los cuatro prometimos hacérselo pagar, porque todos teníamos un motivo para hacerlo. El mío era la venganza; el de Cross, el arrepentimiento por no haberse tomado en serio las sospechas de Elizabeth cuando acudió a contárselas también a él; el de Campbell, atrapar al ladrón de plata al que el *sheriff* de aquel entonces, un completo inútil llamado Robert Williams, llevaba meses buscando en vano, y en cuanto a Max, sospecho que ya estaba interesado en convertirse algún día en parte de la familia, aunque aún no pudiera imaginar que se enamoraría tanto de Ruby cuando ella creciera. No hubo fisuras en el plan porque nadie tenía un motivo para delatar a los demás, y cuando Angus apareció muerto semanas más tarde en su cama, el hecho de que los vecinos supieran que padecía desde hacía años del corazón hizo que a ninguno se le ocurriera sospechar de nosotros.

Respiró hondo y dio la espalda a la ciudad incendiada para encararse de nuevo con Grace. Aunque tenía los ojos húmedos, había recuperado parte de su aplomo.

—Así que ya lo ve, Grace Mallory: toda esta venganza que ha planeado, la red que ha estado tejiendo a nuestro alrededor desde que se instaló en Silverville, no tiene nada de justa ni de gloriosa. Porque cada vez que se ha vengado de mí..., mediante la muerte de Cross, el ajusticiamiento de mi heredero, la destrucción del pueblo que ayudé a crear..., no impartía justicia, sino que añadía un grano más a la montaña de agravios que los Mallory nos han causado. Yo fui quien realmente se vengó, Grace. Usted, en cambio, lo ha

destruido todo.

—«Reza a Dios para no acabar pareciéndote a mí» —susurró Grace—. Fue lo último que me dijo mi padre antes de enviarme lejos. No era una advertencia, sino una súplica...

—Quizá se trató de lo único sincero que Angus dijo en toda su vida. Solo Dios sabe las cosas que somos capaces de hacer por nuestros hijos, incluso cuando los obligamos a convertirse en la versión que queremos de ellos, como fue su caso. —Antes de que Grace pudiera salir de su estupor, Sullivan sacó un revólver con el que la apuntó como ella había hecho minutos antes—. Por eso no dejaré que me tiemble el pulso. No mientras mi Ruby...

El disparo resonó como un trueno entre las rocas, sobresaltándola aún más que la visión del arma. Su primer pensamiento fue que Sullivan había accionado el gatillo, que la bala la enviaría en cuestión de segundos con su padre, pero, cuando el anciano trastabilló hacia atrás, supo lo que estaba pasando... y también lo que se encontraría al darse la vuelta.

Casi creyó estar ante un muerto en vida cuando Mustang se tambaleó hacia ellos, sin dejar de observar cómo Sullivan, con una mano en el pecho, lo miraba también con estupefacción.

—Su Ruby ya debía de saber al despedirse de usted que estaba condenado. —Pese a abrir la boca para contestarle, nada salió de los labios de Sullivan; unos instantes después, cayó de rodillas con la mano aún contra las costillas—. Tanto como todos nosotros.

Conteniendo un gemido, Mustang extendió un brazo para apoyarse en la pared rocosa, y entonces Grace reparó en la mancha escarlata que se extendía por su manga izquierda, allí donde se había hundido la bala cuando creyó haber acabado con él.

—¿Bill...? —Nunca lo había visto tan pálido, lo cual acrecentaba la sensación de estar en presencia de un cadáver—. No es posible, yo lo oí... ¡Oí cómo caías al suelo!

—Los caballos suelen encabritarse con los disparos, incluso cuando están tan bien adiestrados como Simbad —murmuró él—. Debe de encontrarse en Denver a estas alturas.

La pistola resbaló de los dedos temblorosos de la joven cuando Mustang se tambaleó de nuevo. Corrió a su lado para sujetarle, comprendiendo, con un

vuelco en el corazón, que ni siquiera podía haberle dado tiempo a sacarse la bala. Debía de haberse arrastrado sendero arriba para tratar de detener a Grace antes de que fuera demasiado tarde.

«Demasiado tarde para mí, no para Sullivan», pensó mientras observaba aturdida, por encima del hombro de Mustang, cómo el anciano boqueaba antes de quedarse inmóvil. La sangre que había brotado de la herida parecía haber devuelto a su cabello el rojo de antaño.

—¿Cómo has podido? —susurró—. ¿Cómo has podido hacerme esto, Bill? —Le dio un empujón en el pecho para apartarlo de sí—. ¡Sabías que este era el único objetivo de mi vida! ¡Que si he conseguido llegar hasta aquí ha sido solo por esto!

—Precisamente —contestó él sin apenas voz—. No podía dejarte caer aún más bajo.

—¡Pero juré acabar con Sullivan con mis propias manos y tú me lo has impedido! ¡No me sirve de nada saber que está muerto si...! —«Si en realidad no era el canalla que durante años he creído que era», no pudo evitar pensar la joven, aunque eso no le impidió darle otro empujón, tragándose las lágrimas de rabia—. ¡Nunca te perdonaré por esto! ¡Nunca!

—Claro que lo harás. —Mustang le sujetó los brazos para que dejara de golpearle—. Lo harás porque, por mucho que lo intentaste, no pudiste seguir apuntándome al corazón.

Aquello hizo que los puños de Grace cayeran y, cuando la rabia a la que trataba de aferrarse se evaporó por completo, se encontró hundiendo la cara en su camisa ensangrentada, rodeándole la cintura con los brazos. «En realidad, siempre te he querido. —El eco de sus últimas palabras continuaba latiendo entre ellos; estaba segura de que también resonaban en su cabeza—. Pero nunca tanto como cuando creí estar enviándote al infierno».

—Te odio, Bill Mustang —sollozó contra su pecho—. Te odio casi tanto como me odio a mí misma. ¿Por qué tuviste que ponerte ante mí si sabías lo que era capaz de hacerte?

—Por el mismo motivo por el que he acabado con Sullivan, aunque nunca me dirigiese siquiera la palabra —susurró Mustang contra su frente temblorosa—. Porque esta noche ya han caído demasiados inocentes para dejarte añadir una muerte más a tu cuenta.

—¿Demasiados inocentes? ¿De qué estás...? —Pero entonces Grace recordó algo que él había dicho al pie de la montaña, y sintió un extraño acceso de vértigo—. Bill, ¿qué ha ocurrido con nuestra gente? *Madame Gardiner*, las chicas del burdel... ¿no sabrás dónde...?

Cualquier esperanza que pudiera quedarle se desintegró en cuanto lo miró a los ojos.

—Te pregunté si estabas al tanto de lo sucedido en el pueblo porque cuando pasé por allí no se hablaba de otra cosa, y eso que la casa de los Lawrence estaba en llamas.

—¿Qué les ha pasado a mis chicas? —repitió ella débilmente—. ¿Qué les han hecho?

Y de nuevo aquel silencio, más preocupante que cualquier confesión. Más aterrador.

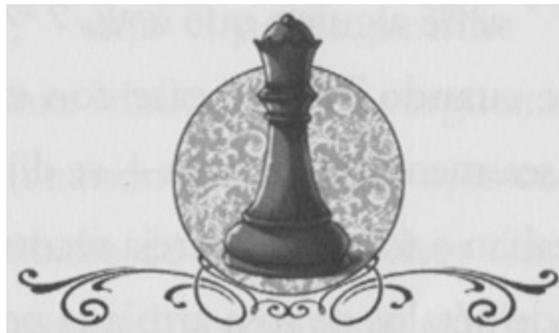
—Están muertas, las cuatro —acabó respondiendo Mustang. La joven se aferró a él de manera instintiva, sin reparar siquiera en las punzadas de dolor de su mano—. No pude preguntarle a nadie por lo ocurrido, pero todos coincidían en lo mismo; algunos hablaban de justicia divina cuando pasé de largo con el caballo, lo que me hace pensar que fueron los propios vecinos quienes se ocuparon de ello. —Cuando Grace se tambaleó más, Mustang la rodeó con los brazos—. No voy a decirte que te lo advertí, porque sabías tan bien como yo lo que podría suceder: nada siembra mayor caos que la venganza, por merecida que sea.

—No —consiguió decir ella, con los ojos húmedos de nuevo—. No, no puede ser...

«Y de ese modo la rueda no dejará de girar y algún día acabaremos devorándonos unos a otros, como las más innobles de las bestias que pueblan esta tierra». Era curioso que recordara las palabras de Mujer Fantasma con tanta claridad habiéndose negado a prestarles atención en su momento. Debería haber comprendido que era más sabia que ella, porque su sabiduría no nacía del resentimiento, sino del perdón. «La venganza solo genera más venganza». Miró a Sullivan, tendido a escasos metros del lugar desde el que Angus Mallory empujó a su esposa, y por fin fue plenamente consciente de que, tras trece años planeando su venganza, las cosas no podían parecerse menos a lo que había esperado.

Trece años aguardando aquel momento. Trece años viviendo por él, respirando por él, por la euforia que había creído que la embargaría cuando culminase sus planes... y de repente se daba cuenta de que la plenitud que había anhelado alcanzar no era más que un espejismo, dado que lo único que había después era oscuridad. Unas tinieblas que, como constató Grace tratando de ahogar un grito de horror entre sus manos ensangrentadas, no le permitían ver más allá de los cuerpos inertes de las que había considerado sus protegidas.

CAPÍTULO LIII



Verity estaba muerta. Ruby había pasado más de una hora rebuscando como una loca entre las ruinas de la casa, abrasándose las manos con las cenizas ardientes de la que poco antes había sido una de las propiedades más admiradas de Silverville. Aunque no consiguió dar con ella, lo que había ocurrido resultaba tan evidente que ni siquiera entendía cómo era capaz de respirar. Había perdido a su pequeña, la misma que la había acusado días antes de no quererla. Verity se había marchado sin que Ruby pudiera pedirle perdón.

Ahogada por los sollozos que no podía seguir conteniendo, se dejó caer de rodillas sobre la hierba cubierta de hollín mientras Ringo, que aún parecía algo atontado por la patada de Jack Miller, le acariciaba la cabeza con el hocico húmedo. Dallas no dejaba de dar vueltas alrededor del cadáver del joven, tan tensa que Ruby acabó conduciendo a ambos perros al sendero que comunicaba con la casa de su padre, cuando comprendió que no había nada más que hacer en aquel lugar para que ningún vecino pudiera dar con ellos.

Le parecía flotar al dirigirse despacio a Main Street, donde el fuego seguía extendiéndose como una enfermedad infecciosa. La oficina del *sheriff* no era más que una furiosa antorcha al lado del saloon del que salía O'Leary, con las cejas chamuscadas y un saco de arpillera apretado contra el pecho. Ruby vio cómo lo soltaba dentro del carro aparcado ante el local, demasiado aterrado para reparar en la presencia de la muchacha, y después observó cómo la enseña se desgajaba de la estructura y caía con un estrépito sobre el burdel de *madame* Gardiner, haciendo añicos las lámparas que flanqueaban la entrada. «Nosotros no somos los únicos que estamos muriendo —pensó en un segundo de repentina lucidez, en medio de su conmoción. Tampoco había rastro de Verity en esas calles; había sido una estúpida al confiar en que no se encontrara con Max en casa—. Silverville también tiene las horas contadas. Todo esto ha sido culpa nuestra...». Y se preguntaba dónde se habrían metido Campbell y sus hombres, y cómo era posible que las fuerzas del orden no hicieran nada por detener aquella catástrofe, cuando el eco de un disparo lejano resonó en la calle, amplificado por las rocas del desfiladero.

Creía que el corazón se le iba a salir por la garganta. Se giró en el acto hacia la montaña, al igual que O'Leary, al que se le acababa de escapar un grito, y sintió un repentino mareo al comprender lo que podía haber ocurrido. «Padre. Padre, dime que has sido tú, dime que ha sido tu pistola...». Horrorizada, se agarró el vestido para echar a correr hacia la montaña, pero, al reparar de nuevo en el carro de O'Leary, se lo pensó mejor.

—¡Señora Lawrence! —exclamó el cantinero al verla encaramarse en el pescante y aferrar las riendas—. Espere, ¿qué cree que...? —Pero para entonces Ruby ya había azuzado al caballo con un grito y el destartado vehículo se alejaba de Main Street, entre las dos murallas de fuego en que se habían convertido sus fachadas de madera.

Nunca le había resultado tan largo un trayecto ni había estado más convencida de que la muerte la aguardaba detrás de cada recodo. Normalmente era el cochero de Max el que la llevaba de un lado a otro, y la poca maña que se daba con las riendas, sumada a su creciente histeria, hizo que le pareciera un milagro alcanzar sana y salva el pie de la montaña. El sendero se encontraba despejado y no había caballos a la vista, aunque la tierra estaba cubierta de marcas de cascos..., además de algo que le provocó

una náusea en el estómago.

Pese a que no hubiera más iluminación que la de la luna, pudo distinguir un rastro de sangre que ascendía hacia el desfiladero. Ruby aferró las riendas con tanta fuerza que casi se hizo daño, observando con los ojos abiertos de par en par cómo el surco se hacía cada vez más fino hasta convertirse en poco más que un rosario escarlata. «Alguien ha resultado herido en este lugar. —Instó al caballo para que continuara, tratando de seguir con los ojos las diminutas marcas en el sendero—. Pero ¿por qué se dirigiría a la mina y no al pueblo?».

Era imposible que se tratara de su padre; le había dicho que pensaba citar a Grace Mallory en lo alto de la montaña, de modo que el surco avanzaría en dirección contraria si uno de los dos hubiera conseguido herir al otro. Aun así, Ruby continuó con el corazón en un puño hasta que el caballo, sacudiendo la cabeza entre relinchos agotados, se adentró por fin en el espacio abierto ante la mina, donde tampoco parecía haber ni un alma.

—Padre —llamó en voz baja cuando hubo bajado del pescante. Nadie salió a darle la bienvenida ni obtuvo más respuesta que el lejano crepitar del incendio—. ¿Estás ahí, padre?

Dio unos pasos hacia el comienzo del túnel, pero saltaba a la vista que nadie había pasado por allí desde que los mineros se marcharon la tarde anterior. Más desasosegada a cada instante, la joven siguió dando vueltas por los alrededores hasta que recordó dónde se había encontrado con Sullivan en su última visita, y aquello le hizo arremangarse la ropa y correr como alma que lleva el diablo hacia el angosto camino que conducía al desfiladero.

En dos ocasiones estuvo a punto de caer de bruces y los últimos metros casi tuvo que recorrerlos a rastras de tanto como le temblaban las piernas. Su aprensión no hizo más que aumentar al distinguir aquí y allá, como las migajas dejadas por Hansel y Gretel, nuevas manchas de sangre que no admitían equívocos: alguien había atravesado ese mismo sendero no hacía mucho. Finalmente, distinguió el promontorio desde el cual habían contemplado Silverville, la pequeña cueva excavada en la roca, y justo delante...

—¿Padre...? —Pero cuando pronunció su nombre ya sabía lo que estaba viendo, y el susurro de Ruby se convirtió en un grito de horror—: ¡Padre, no! —Corrió hacia él—. ¡No...!

Quiso morirse al acariciarle la cara y mancharse los dedos de rojo. Había

sangre en su chaleco adamascado, en su cabello canoso..., demasiado canoso, pensó sin saber bien por qué, casi blanco desde que habían perdido a Troy, desde que Grace Mallory se lo arrebató.

—¡Por favor, padre! —Sin dejar de sollozar, lo sacudió como si esperara despertarle de ese modo. Ni siquiera era capaz de pensar en que aquella condenada mujer tal vez estaba apuntándola a ella en ese momento, contando los segundos para culminar su venganza—. ¡Tienes que hablarme, padre, tienes que demostrarme que aún estás conmigo! ¡Si logras levantarte, te llevaré hasta el carro, haré que te vea el doctor Daniels y...!

Un recuerdo acudió a su memoria: Sullivan paseándose con ella sobre los hombros en una de las fiestas del pueblo, tan enorme como un gigante a sus ojos de niña y tan cariñoso que supo que nunca podría sentirse más protegida. «Nadie te hará el menor daño mientras tu padre esté cerca, mo chailín. Eres lo mejor que tengo y siempre lo serás».

—Lo siento muchísimo —siguió sollozando la joven, y sin dejar de estrujar los pliegues de su camisa entre los dedos—. Si hubiera sabido lo que esa mujer era capaz de hacernos..., ¡si me hubieras confesado antes lo que nos hizo Mallory, lo que ocurrió con madre aquí mismo...!

Sus dedos recorrieron temblorosamente el rostro de Sullivan, constatando con una pizca de sorpresa que no lo había visto tan tranquilo desde antes de la detención de Troy. Desde antes de que el reverendo Cross muriera en la escalera, desde antes incluso de que Grace Mallory les dirigiera la palabra por primera vez. Resultaba extraño pensar que todos ellos habían estado juntos esa noche, dándole la bienvenida a su hogar... como a uno de esos vampiros a los que, según las historias de terror, había que invitar a una casa para que pudiera acabar con sus propietarios. Ella lo había conseguido, desde luego: había ganado la partida y solo quedaba Ruby en el tablero. Ya no había nada que le diera sentido a su vida.

Sin percatarse casi de lo que hacía, había apoyado con suavidad la cabeza de su padre en el suelo y se había puesto en pie para aproximarse al desfiladero. El horizonte envuelto en llamas parecía susurrar su nombre, recordándole que no merecía la pena resistirse; su destino estaba sellado desde que su madre la trajo al mundo. ¿Habría sido ese el punto exacto desde el cual ella había caído? ¿Habría contemplado antes el mismo paisaje, el

mismo cielo?

Unas piedrecitas se desprendieron bajo sus zapatos. La joven observó cómo repiqueteaban por la ladera del acantilado hasta ser absorbidas por la oscuridad del fondo. Sí, eran las mismas penumbras que se habían tragado a su madre, envueltas en una promesa de silencio y de... paz. Nunca se había sentido tan cerca de ella, ni siquiera cuando aún vivía.

Le llevó un rato reparar en que no era el humo lo único que nublaba su vista. Casi le parecía oír su voz: «Ruby, todos hemos partido antes que tú y te estamos esperando. Ya no hay sitio para nosotros en este mundo calcinado». Y confundiéndose con esa voz, otra más suave, más infantil: «Sí que me querías, mamá. No me dejes sola ahora».

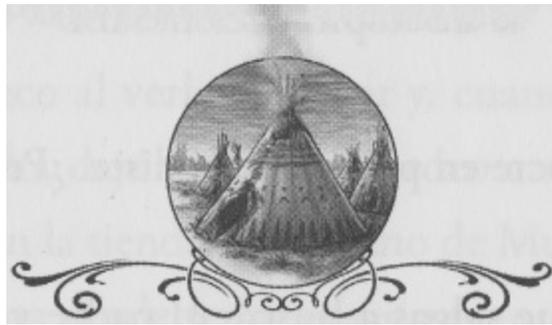
—Verity —murmuró Ruby entre lágrimas. Una ráfaga de aire arrojó en su dirección el olor de la ceniza, y el nudo de su garganta se hizo aún mayor—. Lo siento tanto, cariño...

Hubo otro pequeño desplome bajo su pie derecho, y sus ojos abandonaron el pueblo para clavarse en las profundidades. Su llamada era cada vez más poderosa, más irresistible.

«Mírame ahora, madre. —Cerró los ojos antes de dar el que sabía que sería su último paso—. Mírame y siéntete orgullosa. —Era como volar, pensó mientras su vestido se abría a su alrededor; como ascender en un segundo al cielo—. En este instante, el último, sí que somos como dos gotas de agua».

Y el abrazo de las rocas la recibió como una absolución.

EPÍLOGO



La criatura se hizo de rogar tanto que el propio Maheo parecía receloso de dejarla venir al mundo. Eran las cinco de la madrugada y la ribera oeste de Smoky Hill, sepultada por una capa de nieve tan espesa que acallaba cualquier otro sonido, se estremecía con los gritos de la joven cheyenne acucillada en la tienda, con el pelo sudoroso pegado a la cara y los brazos de una de las comadronas apretados alrededor del abdomen. Solo cuando Mujer Fantasma regresó con una infusión de corteza de cerezo el proceso pareció acelerarse, y cuando el primer grito del recién nacido se sumó a los de su madre, desde el heno en el que acababa de caer, las mujeres que la habían asistido casi se sentían tan agotadas como ella.

No importaba en cuántos partos hubiera estado presente; el acontecimiento siempre conmovía a Asesina del Alba hasta las entrañas. Mientras la otra comadrona se encargaba de limpiar al bebé, ella se agachó junto a Mujer Fantasma para lavarse las manos, haciendo que el agua que habían recogido del río en una vasija de barro acabara teñida de escarlata.

—Se pondrá bien en unos días —aseguró su amiga al darse cuenta de que Asesina del Alba continuaba mirando a la extenuada madre por encima del hombro—. Estaba tan asustada que apenas podía acordarse de respirar. Es normal; les pasa a muchas primerizas.

—He traído el ocre en polvo que pediste. ¿Preparo la pomada ceremonial?

—Mejor será que salgas a buscar al padre y te marches después a la cama. Solo me faltaba tener que cuidar también de ti, después de lo mucho que has estado trabajando.

Aunque Asesina del Alba nunca se lo hubiera contado, la princesa sabía tan bien como ella por qué había decidido dedicarse a aquello. Parecía tener sentido ayudar a los demás a venir al mundo después de haber enviado a tantos otros a la oscuridad en una vida anterior que cada vez sentía más lejana, por suerte para su cordura. Para entonces el bebé ya estaba limpio y la expresión con que la joven cheyenne lo recibió de manos de la comadrona, tan radiante que el tipi pareció inundarse de luz, le hizo sentir una extraña nostalgia.

—Si quieres, puedo ocuparme de la placenta mientras las demás seguís aquí. Ya he aprendido a hacer el atado tradicional, y ayer vi unos árboles perfectos para colgarla...

—Asesina del Alba —insistió la princesa, obligándola a guardar silencio—. Hazme caso y vete a descansar. Has estado toda la noche en vela y apenas te tienes en pie. Además, Caballo Salvaje está a punto de regresar con los demás. —Sonrió mientras la empujaba hacia fuera—. No quiero que piense que no te he dado un respiro.

La brisa que recorría el campamento hizo que le castañearan los dientes al salir. El padre de la criatura, en efecto, se encontraba en el exterior, paseando nervioso con los brazos contra el pecho. Su detuvo en seco al verla aparecer y, cuando Asesina del Alba asintió sonriendo, dejó escapar un jadeo antes de precipitarse a toda velocidad en la tienda. Una mano de Mujer Fantasma asomó desde dentro para tenderle un pesado mantón, y su amiga se lo echó sobre los hombros mientras dejaba vagar la vista por el blanco horizonte.

Aquel invierno había nevado tanto que la primavera parecía dormir muy por debajo de sus pies. Se pasó los dedos por la frente, apartándose los cabellos que habían escapado de su pesada trenza rubia, y contempló cómo un par de chiquillos madrugadores se deslizaban entre risas por la superficie

congelada del Smoky Hill. Sabía que los peces aún nadaban debajo de la capa de hielo, pero a esas horas el mundo entero parecía cristalizado como un enorme diamante, empezando a resplandecer con los primeros rayos del sol. «Rojo como la sangre —pensó mientras se miraba de nuevo las manos. Seguían limpias, o por lo menos lo parecían—. Puede que sí sea posible resucitar como un ser completamente nuevo, incluso después del invierno más devastador».

No fue fácil para ella empezar de cero, ni siquiera entre los cheyennes. Las primeras semanas se sintió tan sobrepasada por la culpa que se refugió en el interior de su tipi como un animal herido, demasiado inundada por el dolor para dirigirle la palabra a nadie. Jamás creyó que la pérdida de cuatro personas a las que apenas le había dado tiempo a conocer pudiera destrozarla de aquel modo. Sus fantasmas la rondaban día y noche, sus voces se colaban en cada uno de sus sueños. «Gracias por todo, señora Mallory —le susurraban una y otra vez—. Gracias por enseñarnos lo mucho que le importaba la lealtad».

Ni siquiera le quedaban fuerzas para acordarse de los Sullivan, ni mucho menos para regodearse en el sufrimiento que les había causado. Poco importaba que se lo merecieran o que estuvieran en su derecho al vengarse de Angus Mallory; aquellas almas en pena no le daban ningún miedo porque nunca le importó lo que pudiesen pensar de ella. En cambio, la pérdida de Honey, Sugar, Pepper y *madame* Gardiner (la pérdida no, el asesinato a sangre fría, aunque no fuese a manos suyas) dolía más que ninguna otra cosa que Asesina del Alba hubiera experimentado desde que escapó de casa de la vieja Eve. Pero una noche en la que no había luna, casi dos meses después de regresar a Smoky Hill, abandonó por fin su tienda para encontrarse con que Caballo Salvaje montaba guardia fuera.

Le llevó un instante comprender que el único enemigo del que quería protegerla era ella misma; siempre lo había sido, incluso cuando acababan de conocerse. Aún se acordaba del modo en que él la había mirado cuando se sentó a su lado para observar en silencio las estrellas. «¿Crees que podrán perdonarme algún día, si es que aún son capaces de verme?», había preguntado al cabo de unos minutos en los que ninguno habló. «¿Podrás perdonarte antes tú?», inquirió él. «Creo que sí —respondió ella en voz baja,

rozando con suavidad su mano—, si sigues a mi lado para enseñarme a hacerlo».

Habían pasado diez años desde aquella noche. Diez años en los que nadie la había vuelto a llamar Grace Mallory, suficientes para darse por muerta y enterrada a sí misma. La joven cerró los ojos durante unos segundos y dejó que sus pulmones se embriagara del aire congelado del amanecer, y estaba a punto de regresar a su tienda cuando el retumbar de los cascos de unos caballos hizo que se girase rápidamente, con un revoloteo de su mantón.

Una docena de rastreadores descendía hacia la ribera del río, sus siluetas recortándose como sombras chinescas contra el cielo sonrosado. El corazón de Asesina del Alba pareció esponjarse en su pecho al reconocer los cabellos rubios de la que se encontraba en cabeza.

—Por fin estáis de vuelta... —dijo cuando Caballo Salvaje, nada más desmontar, se apartó del grupo para reunirse con ella—. Te he echado de menos —añadió—. Demasiado.

Él no le respondió, aunque no era necesario. Había sido capaz de leerle la mente en sus peores momentos; no había ningún motivo para que no lo hiciera en los mejores. Sus manos se encontraron en silencio y se miraron el uno al otro, hasta que Caballo Salvaje sacó de su chaqueta adornada con flecos una pequeña bolsa de cuero.

—Milenrama. —Y se la entregó a la joven—. Los lakota dicen que puede sanar hasta las cicatrices más profundas. No estaba seguro de si Mujer Fantasma tenía, así que...

Cogió la mano izquierda de Asesina del Alba para darle la vuelta, deslizando el pulgar por las truculentas marcas de su palma. La herida infligida por Cole Rivers sangraba tanto mientras huían de Silverville que Caballo Salvaje tuvo que cauterizársela con el cañón de su pistola al rojo vivo. Supuso que aún se sentía algo culpable, pese a que Mujer Fantasma hubiera conseguido reducir aquel destrozo a unas cuantas protuberancias rugosas.

—Te lo agradezco, pero no hacía falta. —Sonriendo, colocó su otra mano sobre la de Caballo Salvaje—. Empiezo a creer que todas mis heridas cicatrizarán.

—Me alegra oírlo —susurró él, apretando sus dedos—. Me alegra

muchísimo.

Un repentino alboroto les hizo volverse de nuevo hacia los recién llegados, y entonces Asesina del Alba se percató de que no todos eran pieles rojas. Su perplejidad fue mayúscula al reparar en la presencia de unos hombres blancos atados de manos entre los rastreadores.

—Un grupo de bandidos con los que nos tropezamos poco después de atravesar las montañas —le explicó Caballo Salvaje, que aún sujetaba su mano—. Consiguieron herir a uno de los nuestros, aunque no de gravedad; pero lo más sorprendente es que no estaban solos.

Una figura más pequeña permanecía apartada del resto del grupo. Una chica morena de unos catorce o quince años que, para que el desconcierto de Asesina del Alba fuera aún mayor, parecía llevar un buen rato observándola con atención, tan inmóvil como un tótem.

—¿De dónde ha salido esa chiquilla? —se extrañó—. ¿Qué hacía con esos hombres?

—Los bandidos la secuestraron la semana pasada, cuando se toparon con ella al huir de una escaramuza. Los encontramos poco después, así que no les dio tiempo a hacerle nada.

—Bandidos —casi escupió Asesina del Alba. Se le encogió el corazón; no era mucho mayor que ella cuando la condujeron al Castillo de Eve—. Tendremos que devolverla a su casa lo antes posible. Su familia debe de estar preocupadísima por ella.

—Me temo que no hay nadie esperándola —contestó Caballo Salvaje—. Parece ser que se encontró con los bandidos cuando se dirigía a caballo hacia el este. Nadie viajaba con ella, pese a su juventud. —Entonces reparó en que uno de los cheyennes le llamaba con un gesto, y se despidió de Asesina del Alba besándola en la frente—. Hablaremos más tarde.

Ella esbozó una sonrisa y, cuando Caballo Salvaje se hubo alejado con el resto de los rastreadores, se acercó en silencio a la muchacha, que se había sentado encima de una roca.

—Bienvenida. —No pareció sorprendida al oírla hablar en inglés; supuso que su pelo rubio ya le había dado alguna pista—. Es un honor para nuestra tribu tenerte aquí.

—Menos mal —contestó ella—. Pensé que me esperaba lo mismo que a

esos tipos.

—Nadie los consideraría unos valientes ahora mismo, ¿verdad? —Ambas se quedaron mirando cómo los bandidos eran conducidos al círculo de tipis, con unas expresiones que revelaban un creciente temor por su cuero cabelludo —. Pero puedes estar tranquila: nadie te pondrá un dedo encima mientras estés aquí. Nos aseguraremos de que no se te acerquen.

La muchacha estaba temblando; no llevaba más que un vestido de algodón que parecía demasiado infantil para su edad. Sintiendo una punzada de ternura, Asesina del Alba se desprendió de su mantón para pasárselo por los hombros. Al recolocarle los pliegues, reparó en que algo le colgaba del cuello: una pequeña cruz de plata.

Los bandidos no debían de haberse dado cuenta o se la habrían quitado nada más ponerle las manos encima. Al deslizar pensativamente los dedos por el colgante, no pudo evitar acordarse de la llave que la había acompañado durante más de la mitad de su vida, y que Caballo Salvaje y ella habían arrojado al Smoky Hill pocos meses después de reunirse con los cheyennes. La plata de los Mallory seguiría pudriéndose en el panteón de Denver del que nunca debería haber salido; era el destino que les correspondía a las cosas muertas.

—Me recuerdas tanto a mí misma cuando tenía tu edad... —comenzó a decir Asesina del Alba, pero se obligó a detenerse. No quería que la muchacha reparara en el temblor de su voz—. Has tenido mucha suerte cruzándote en el camino de los cheyennes —continuó.

—No hago más que pensarlo, señora. Es como si de alguna manera estuviera escrito.

—Puede que tengas razón. Hace tiempo que dejé de creer en las casualidades. —Y pasándole un brazo por los delgados hombros, la condujo hacia el poblado—. Aquí podrás reponer fuerzas durante todo el tiempo que necesites. A propósito, ¿hacia dónde querías...?

—¿Tendré que quedarme para siempre con ustedes? —La interrumpió la muchacha.

—En absoluto; no eres una prisionera de guerra. Cuando estés preparada para volver a la civilización, solo tienes que decírnoslo. Yo misma te acompañaré, aunque no entre en la ciudad contigo. —La miró con una sonrisa

—. Estoy segura de que seremos grandes amigas.

Entonces la muchacha le devolvió el gesto y, aunque no hubiera podido decir por qué, hubo algo en su sonrisa que la estremeció, porque le hizo pensar en Silverville.

—Lo estoy deseando —contestó Verity Lawrence—. No sabe cuánto.

FIN

AGRADECIMIENTOS

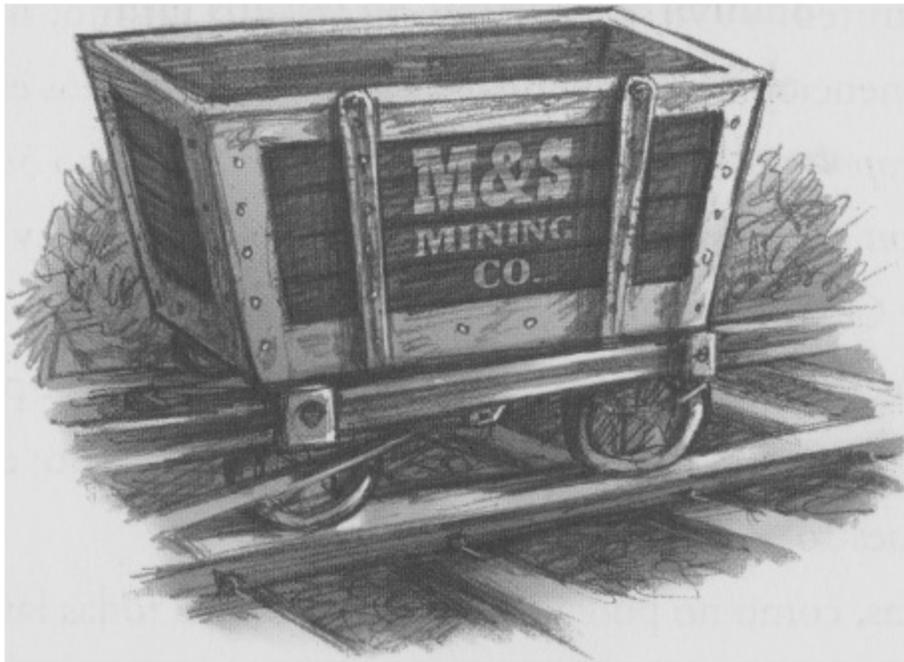
Ninguna de mis historias habría llegado a ver la luz de no ser por el apoyo constante de quienes siempre han creído en mí. A mis padres, Guillermo, Clara, Celia, Ana, GRACIAS en mayúsculas por todos vuestros ánimos, tanto en el proceso de escritura como en el de publicación. Si Silverville consiguió abandonar mi estantería para pasar a las de los demás, ha sido porque siempre lo tuvisteis mucho más claro que yo. Espero poder recompensaros algún día por el entusiasmo, el cariño y la paciencia que no hacéis más que demostrarme.

Han sido muy numerosos los estudios consultados para poder crear Silverville de la nada, pero me gustaría destacar algunos títulos como *Wild Women of the Old West* editado por Glenda Riley y Richard W. Etulain (Fulcrum Publishing, 2003), *Women of the Western Frontier in Fact, Fiction, and Film* de Ronald W. Lackmann (McFarland, 1997), *Red Light Women of the Rocky Mountains* de Jan MacKell (University of New Mexico Press, 2011) *Upstairs Girls: Prostitution in the American West* de Michael Rutter (Farcountry Press, 2012), *Gold Rushes and Mining Camps of the Early American West* de Vardis Fisher y Opal Laurel Holmes (Caxton Press, 1968), *Colorado's Healthcare Heritage: A Chronology of the Nineteenth and Twentieth Centuries* de Thomas J. Sherlock (Universe, 2013), *Denver's Early Architecture* de James Bretz (Arcadia Publishing, 2010), *Forgotten Heroes & Villains of Sand Creek* de Carol Turner (Arcadia Publishing, 2010) y *Four Great Rivers to Cross: Cheyenne History, Culture, and Traditions* de Patrick M. Mendoza, Ann Strange Owl-Raben y Nico Strange Owl (Libraries Unlimited, 1998). En relación con esto último, no puedo dejar de mencionar

algunos de los artículos publicados en *American Anthropologist* acerca de la cultura cheyenne, como *Some Cheyenne Plant Medicines* de George Bird Grinnell (1905) y *Notes on Cheyenne Child Life* de M. Inez Hilger (1946). Y como siempre, mi agradecimiento a Clara Largo y Ana Roux por la paciencia con que siguen asesorándome cada vez que las necesito; esto también es vuestro.

Gracias, como no podía ser de otro modo, a todas las compañeras que la literatura ha puesto en mi camino y el paso del tiempo ha convertido en mis amigas: a Selene M. Pascual, Iria G. Parente, Lehanan Aida, Clara Cortés, Gema Bonnín, Andrea Izquierdo, Concha Perea, Laia Soler, Beatriz Esteban, Laura Tárraga, Arantxa Comes, Rolly Haacht y tantas otras. Por todos los consejos, las esperanzas, las historias compartidas y, sobre todo, porque gracias a ellas he podido descubrir lo maravilloso que es recorrer esta senda en compañía. Un abrazo especial para Iria, Laia y Fer Alcalá por su apoyo; no sabéis el honor que supone contar con vosotros como padrinos.

Por último, gracias de corazón a Irina C. Salabert, Paula González y el resto del equipo de *Nocturna* por seguir demostrándonos con cada novela que saben hacer suyos nuestros propios sueños. Y por supuesto, gracias también a mis lectores, todos y cada uno de ellos, por haberme acompañado en un nuevo viaje; aún nos quedan muchos más que emprender.





VICTORIA ÁLVAREZ (Salamanca, 1985) es historiadora del arte, trabaja como profesora en la Universidad de Salamanca y está especializada en literatura artística del siglo XIX. Tras la publicación de sus primeras novelas —*Hojas de dedalera* (Versátil, 2011) y *Las Eternas* (Versátil, 2012)—, en 2014 inició la trilogía Dreaming Spires con *Tu nombre después de la lluvia* (Lumen), que continuó en *Contra la fuerza del viento* (Lumen, 2015) y *El sabor de tus heridas* (Lumen, 2016). En 2017 publicó *La ciudad de las sombras* (Nocturna), el comienzo de la trilogía *Helena Lennox*, cuya historia continúa en *El príncipe de los prodigios* (Nocturna, 2018). En 2018 publicó otras dos novelas independientes: *Silverville* (Nocturna) y *La Costa de Alabastro* (Alianza: Runas), y en 2019 ha salido *La voz de Amunet* (Nocturna), una historia ambientada en el Antiguo Egipto.